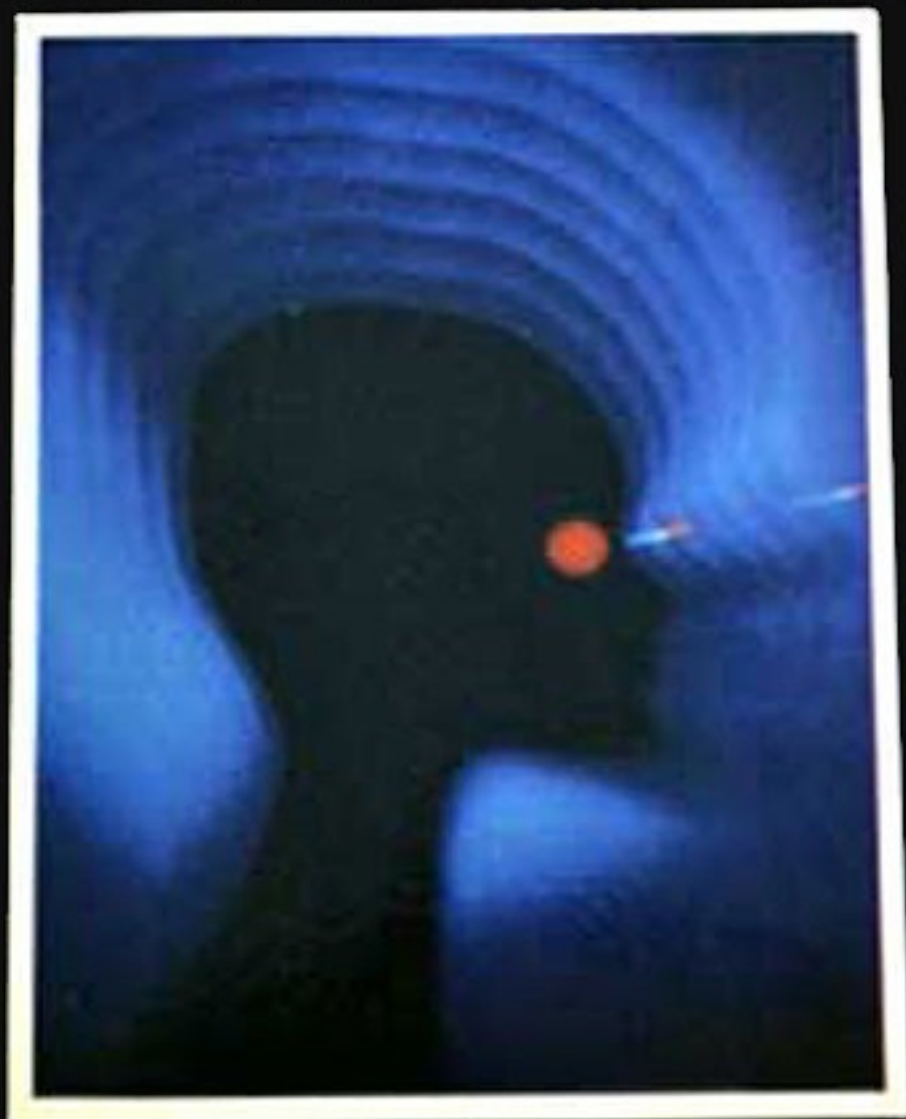


**DEAN R.  
KOONTZ**

**LOS OJOS  
DE LA OSCURIDAD**



se

Tina, una joven y atractiva mujer, ha pasado un año infernal: ha perdido a su hijo y se ha divorciado de su marido. Ahora, se dispone a estrenar un espectáculo musical cuyo éxito puede aliviar el dolor pasado. Pero el obsesivo y reiterado aviso de que su hijo no ha muerto se encarga de recordar a Tina y a Elliot, su nuevo compañero, que la pesadilla apenas ha empezado.

*Los ojos de la oscuridad* es una novela inquietante, que consigue mostrar realidades más duras que la propia muerte, aunque también más cargadas de esperanza.



Dean R. Koontz

# Los ojos de la oscuridad

ePub r1.1

GONZALEZ 23.08.16

Título original: *The Eyes of Darkness*

Dean R. Koontz, 1981

Traducción: Lorenzo Cortina

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: Lorimbar

ePub base r1.2



*Dedico este libro a  
algunos amigos de Bedford, Pa.:  
Ross y Ángela Cerra,  
Henry y Virginia Hillegass,  
a quienes siempre tengo presentes*

## **Primera parte**

**MARTES, 30 DE DICIEMBRE**

Poco después de la medianoche, justo cuatro minutos pasados de la madrugada del martes, Tina Evans iba camino de casa tras haber realizado, a últimas horas, un ensayo de su nuevo espectáculo. Creyó haber visto a su hijo, Danny, en un coche desconocido. Pero, por desgracia, Danny llevaba muerto más de un año.

Cuando estaba a dos manzanas de su casa, se acordó de que necesitaba comprar un par de litros de leche y una barra de pan. Tina se detuvo en un supermercado que no cerraba durante las veinticuatro horas del día y aparcó debajo del mágico resplandor amarillento de una farola de arco de sodio, junto a un «Chevrolet» familiar color crema. El chico se hallaba sentado en la parte delantera, en el asiento del pasajero, en espera de que su madre, o su padre, saliese del establecimiento. Tina podía ver sólo un lado de su rostro, pero sintió un sobresalto al percatarse de su parecido.

*Danny.*

El muchachito del automóvil tenía unos doce años, la edad de Danny, y el fuerte cabello oscuro de Danny, la nariz de Danny e incluso la delicada mandíbula de Danny. Sin darse cuenta de que ella lo miraba, el muchacho se llevó una mano a la boca y empezó a morderse con suavidad el doblado nudillo del dedo gordo, algo que Danny había comenzado a hacer más o menos un año antes de su muerte. Tina había tratado de quitarle aquella mala costumbre, pero sin éxito.

Ahora, mientras contemplaba a aquel niño del coche de al lado, tuvo la extraña sensación de que su parecido con Danny era algo más que una mera coincidencia. De repente, la boca se le secó. El corazón comenzó a palparle deprisa. Puesto que no se había acostumbrado a la pérdida de su único hijo, y tampoco había tratado o deseado, en realidad, conformarse con ello, empleó aquel parecido con Danny como una excusa para fantasear, ante todo, en que aquella pérdida no se había producido. Le asaltó el loco pensamiento de que aquel niño al que miraba *era* Danny, y cuanto más lo consideraba, menos disparatado le parecía. A fin de cuentas, nunca había visto el cadáver de Danny. La Policía y los médicos forenses le explicaron que el cuerpo de Danny estaba tan mutilado, tan horriblemente desfigurado, que era mejor que no lo mirase. Trastornada, atormentada por la pena, había seguido su consejo, y el funeral de Danny se llevó a cabo con el ataúd cerrado. Pero tal vez se hubieran equivocado en la identificación del cadáver. Quizá Danny no se había matado en el accidente. A lo mejor, sólo se trató de una grave lesión craneal, algo lo bastante grave como para producirle... amnesia. Sí. Amnesia. Tal vez se hubiese alejado del destrozado autobús y, llegado el momento, le encontraran a kilómetros y kilómetros del lugar del accidente, sin ningún tipo de identificación, incapaz de decirle a nadie quién era o de dónde venía. Aquello podía ser posible, ¿verdad? Es algo que ves en las películas. Claro que sí. Amnesia. Y si ése había sido el caso, podría haber terminado en un hogar de adopción, en una nueva vida. Y ahora estaba sentado allí delante, en aquel

«Chevrolet» familiar crema, traído hasta ella por el destino y...

Se interrumpió en mitad de su elaborada fantasía cuando el niño fue consciente de su mirada y se volvió hacia la mujer. Ella contuvo la respiración cuando la cabeza del chico empezó a volverse con lentitud. Durante unos cuantos segundos, mientras se miraban mutuamente a través de las dos ventanillas, y en medio de aquella extraña luz sulfúrea, tuvo el pensamiento de que entraban en contacto a través de un inmenso abismo de espacio, tiempo y destino. Pero luego vio que aquel rostro relleno no tenía el menor parecido con Danny.

Apartó los ojos de él y se contempló las manos, tanto tiempo y con tanta fuerza aferradas al volante del coche que le dolían.

—Maldita sea —musitó.

Se enfureció consigo misma. Creía ser una mujer fuerte, competente, bien centrada, capaz de hacer frente a cualquier problema que la vida le planteara, y se veía perturbada por su continuada falta de habilidad para aceptar la muerte de Danny.

Tras la conmoción inicial, tras el funeral, había comenzado a enfrentarse con aquel trauma. De una forma gradual, día a día, semana a semana, había dejado a Danny atrás, con tristeza, con un sentimiento de culpabilidad, con lágrimas y amargura, pero también con firmeza y determinación. Durante el año anterior había dado algunos pasos importantes en su carrera, y se acostumbró al trabajo duro, como una especie de morfina, para que su labor amortiguase aquel terrible dolor hasta que la herida sanase.

Luego, hacía un par de semanas, comenzó a deslizarse hacia el estado en que se había encontrado inmediatamente después de recibir la noticia del accidente. Una vez más, esa atormentadora sensación de que el niño estaba vivo se había posicionado de ella. El tiempo debería haber puesto mayor distancia entre sus sentimientos y la angustia, pero, en vez de eso, los últimos días no hacían otra cosa que dar vueltas en torno del círculo de su pena. No era la primera vez que imaginaba que ese muchacho del coche era Danny; durante las últimas semanas le parecía ver a su desaparecido hijo en todas partes. E incluso, recientemente, había comenzado a tener un sueño repetido en el cual Danny estaba vivo y, horas después de despertarse, no podía hacer frente a la realidad; trataba de convencerse de que el sueño era una premonición del eventual regreso de Danny a ella, que, de alguna manera, había sobrevivido y, tarde o temprano, regresaría a sus brazos. Constituía una cálida y maravillosa fantasía, pero, por supuesto, no podía mantenerla durante demasiado tiempo. Aunque siempre se resistía a la triste verdad, cada vez surtía su efecto, por lo que debía forcejear y verse obligada a aceptar el hecho de que el sueño no era ninguna premonición. No obstante, sabía que cuando lo tuviera otra vez hallaría nuevas esperanzas en él, lo mismo que ya le sucediera en tantas ocasiones.

Y aquello no era bueno.

Resultaba enfermizo.

Lanzó un vistazo al coche tipo familiar y se percató de que el chico la



contemplaba aún. Se miró las manos otra vez y encontró la fuerza suficiente para soltarlas del volante.

El dolor podía volver loca a una persona. Lo había leído en alguna parte. Pero no dejaría que aquello le sucediera a ella. Debía ser fuerte consigo misma. Simplemente, no debía permitirse tener esperanzas. Había amado a Danny con todo su corazón, pero él se había ido. ¡Maldita sea, estaba muerto! Mutilado y destrozado en un accidente de autocar con otros catorce niñitos, sólo una víctima más de una gran tragedia. Desfigurado más allá de cualquier reconocimiento. *Muerto*. En un ataúd. Bajo tierra. Para siempre.

Su labio inferior comenzó a temblarle. Deseaba llorar, pero no lo hizo.

El chico del «Chevrolet» había perdido todo interés para ella. Ahora miraba de nuevo hacia la entrada del supermercado, en espera de quien lo hubiera llevado allí.

Tina salió de su «Volkswagen» *Rabbit*. La noche resultaba agradablemente fresca. Respiró hondo aquel aire limpio y se dirigió hacia el supermercado. Dentro, hacía demasiado frío y las luces fluorescentes eran en extremo brillantes.

Compró dos litros de leche desnatada y una barra de pan blanco cortada en finas rebanadas para los que hacían régimen, a fin de que cada una de ellas contuviese la mitad de calorías de una rebanada corriente de pan. Ya no era bailarina: trabajaba detrás del telón, en la producción final del espectáculo; pero se sentía física y psicológicamente mejor cuando no sobrepasaba el peso que tenía cuando era bailarina.

Cinco minutos después se encontraba ya en casa. Se hizo un par de tostadas, extendió crema de cacahuets encima, se sirvió un vaso de leche fría y se sentó a la mesa de la cocina.

Las tostadas con crema de cacahuete era uno de los alimentos favoritos de Danny, incluso cuando era casi un bebé, que no hacía demasiado tiempo que andaba y resultaba muy caprichoso respecto de lo que deseaba comer. Si cerraba los ojos, aún lo veía, con tres años, los labios y la barbilla churretosos de crema de cacahuete, mientras sonreía y pedía:

—Más quema de cacué, po favo.

Abrió los ojos con un estremecimiento puesto que aquella visión suya del niño era demasiado *vivida*, y, en aquel preciso instante, no deseaba recordar. Pero resultó ya demasiado tarde. Su corazón parecía habersele hecho un nudo en el pecho, y su labio inferior comenzó a temblarle de nuevo. Reposó la cabeza sobre la mesa. Y los sollozos estallaron.

Aquella noche soñó que Danny estaba vivo. De alguna forma. En alguna parte. Vivo. Y el niño la necesitaba.

En el sueño, Danny estaba al borde de un precipicio insondable; Tina se encontraba en el otro lado, enfrente de él, y lo miraba a través del inmenso abismo. Danny la llamaba por su nombre. Estaba solo y tenía miedo. Ella se atormentaba porque no veía la forma de llegar hasta él. Mientras tanto, el firmamento se iba

poniendo cada vez más oscuro por segundos; unas masivas y sombrías nubes de tormenta se apoderaban de las últimas luces del día. Los gritos de Danny las respuestas de ella se volvieron más agudos y desesperados, pues ambos sabían que debían estar juntos antes de que la noche cayera o, en caso contrario, se perderían para siempre; había algo en la noche que aguardaba a Danny, algo espantoso que se apoderaría de él si se encontraba solo después de anochecer. De repente, el cielo se vio desgarrado por un relámpago y, después de ese destello, se produjeron una infinita negrura y el fuerte retumbar del trueno.

Tina Evans se incorporó en la cama, con la certidumbre de que había oído un ruido en la casa. Y no se trataba del trueno del sueño. El sonido que había escuchado se produjo en el momento de despertarse, era un ruido real, no imaginario. Escuchó con atención, dispuesta a retirar la ropa y saltar de la cama ante el menor sonido, pero todo estaba en silencio. La duda empezó a apoderarse de su mente, llevaba un tiempo en que había estado muy intranquila. Aquélla no era la primera noche en que estuvo segura de la presencia de un intruso. Durante las pasadas dos semanas, aquello había sucedido media docena de veces, pero, en cada ocasión, cuando había sacado la pistola de la mesilla de noche y empezado a registrar el lugar, habitación por habitación, no había encontrado a nadie. Recientemente se hallaba sometida a una gran presión, tanto personal como profesional. Tal vez lo que había oído esta noche hubiera sido simplemente el trueno del sueño. Siguió en guardia durante un par de minutos, pero la noche era tan apacible que debió admitir que no había nadie más en la casa. Los latidos de su corazón se calmaron poco a poco y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

En momentos así hubiera deseado que Michael y ella estuviesen aún juntos. Cerró los ojos y se imaginó a su lado, alargaba la mano hacia él en la oscuridad, lo tocaba, se apretaba contra él, en el refugio de sus brazos. Él la consolaría, la tranquilizaría y, en un santiamén, estaría dormida de nuevo.

Por supuesto, si ella y Michael estuviesen en la cama juntos en aquel instante, nada ocurriría así. No harían el amor. Se pelearían. Se resistiría al afecto de ella, la rechazaría y comenzaría una pelea. Empezaría por algún tema trivial y la aguijonearía hasta que aquello acabaría en una batalla campal. Así había sucedido hacia el final; siempre estaba encolerizado, a cada momento buscaba una excusa para volver su rabia sobre ella. Como lo había amado hasta el final, la disolución de sus relaciones la hirió y entristeció profundamente; pero también quedó aliviada cuando todo acabó.

Había perdido a su hijo y a su marido en el mismo año, primero el hombre y luego el niño; el hijo, a la tumba; el marido, a los vientos del cambio. Durante los doce años de su matrimonio, ella había cambiado de una manera drástica, pero Michael no lo había hecho en absoluto. Comenzaron como amantes: lo compartían todo; sin embargo, en la época en que el divorcio concluyó, se habían convertido en dos extraños. Aunque Michael vivía aún en la ciudad, a menos de un kilómetro de distancia, en algunos aspectos, se encontraba tan lejos e inalcanzable como el mismo

Danny. Suspiró resignada y abrió los ojos.

Ahora ya no estaba soñolienta, pero sabía que debía descansar un poco más. Al día siguiente, tenía que estar fresca y bien dispuesta, porque constituiría uno de los días más importantes de su vida. El 30 de diciembre. Otros años, aquella fecha no había significado nada en especial. Pero, para bien o para mal ese 30 de diciembre era la bisagra sobre la que debía girar todo su futuro.

Durante quince años, después de cumplir los dieciocho, y dos antes casarse con Michael, Tina Evans había vivido y trabajado siempre en Las Vegas. Empezó su carrera como bailarina en el «Lido» de París, un espectáculo en un escenario gigantesco, en el «Stardust Hotel». El «Lido» era una de aquellas increíbles producciones lujosas que podían verse en cualquier lugar del mundo además de en Las Vegas, pero era sólo en esa ciudad donde un espectáculo que costaba varios millones de dólares podía representarse año tras año, sin preocuparse para nada de los beneficios; se gastaban sumas tan enormes en los elaborados decorados y vestidos, y en el enorme reparto y personal, que, en realidad, los del hotel eran felices sólo con que la producción se mantuviera con el importe de la entrada y las ventas de las consumiciones. A fin de cuentas, por fantástico que aquello fuese, el espectáculo era sólo un incentivo, un gancho con el único propósito de atraer cada noche al hotel a unos cuantos miles de personas. Al entrar y salir de la sala de espectáculos, la gente había de pasar por delante de las mesas de juego de dados, *blackjack*, ruleta, por las hileras de máquinas tragaperras, y allí estaba donde se conseguía el auténtico beneficio. Tina disfrutaba con su trabajo en el cuerpo de baile del «Lido», y en él permaneció durante dos años y medio, hasta que se enteró de que estaba embarazada. Tuvo que tomarse un descanso durante esos meses y el parto de Danny: después pasó muchos días con él durante sus dos primeros meses de vida. Cuando Danny tenía ya seis, Tina empezó a adiestrarse para hallarse en forma de nuevo, y, después de tres meses de arduos ejercicios, consiguió una plaza entre las chicas del coro para un nuevo espectáculo. Logró convertirse en una buena bailarina y en una buena madre, a pesar de que eso no siempre le resultara fácil; amaba a Danny, y disfrutaba inmensamente con su trabajo; tampoco le importaba hacer frente a una doble obligación.

Sin embargo, cinco años atrás, en su vigésimo octavo cumpleaños, comenzó a percatarse de que no había hecho otra cosa que pasar diez años como bailarina en un espectáculo. Por ello, decidió introducirse en el negocio desde otro ángulo, para no encontrarse de pronto, en los treinta y ocho, teniendo que ponerse a trabajar de lavaplatos. Alcanzó un puesto como coreógrafa en una revista de tipo salón, una pálida imitación del «Lido», y, llegado el momento, también se hizo cargo del asunto del vestuario. A partir de ese instante, se movió en medio de una serie de trabajos parecidos en unos salones mayores, luego ya en pequeñas salas, en las que cabían quinientos o seiscientos espectadores, en hoteles de segunda categoría, con presupuestos limitados para el espectáculo. De vez en cuando, dirigía una revista, y

luego dirigía y producía otra. Rápidamente, su nombre fue respetado en aquel mundo tan entrelazado de las diversiones en Las Vegas, y ahora sabía que estaba a punto de alcanzar un gran éxito.

Casi dos años atrás, poco después de que Danny muriera, le habían ofrecido un empleo para dirigir y coproducir un auténtico e importante espectáculo de elevado presupuesto, un despilfarro de tres millones de dólares que se representaría en la lujosa sala principal, con un total de dos mil asientos, del «Desert Mirage», uno de los mayores y más fantasiosos hoteles en el Strip. Pareció algo terrible que se le hubiera presentado aquella maravillosa oportunidad antes de haber tenido incluso tiempo de sobreponerse al duelo por la pérdida de su hijo; era como si el destino tratara de equilibrar la balanza para ella, e intentara disimular la muerte de Danny con aquella espléndida oportunidad. Aunque se sentía vacía, amargada, y con una profunda depresión a causa de su hijo, aceptó el trabajo. Incluso sabía que debía aceptar el proyecto y comprometerse por completo para superar su dolor. De no haber aceptado el desafío, se habría limitado a quedarse sentada en su casa o a trabajar en unas producciones más pequeñas y más sencillas, con el resultado de que le habría quedado mucho más tiempo que dedicar a la pérdida de su hijo, y que, de esa forma, jamás se habría recuperado.

El nuevo espectáculo se llamaba *Magyck!*, porque los números de variedades, entre los importantes de baile, eran todos de magia, y porque estaban basados en temas sobrenaturales. Aquel título tan atractivo no era idea de Tina, pero sí la mayor parte del programa, y todo cuanto había logrado la complacía... También se hallaba agotada. El año anterior se le había pasado en un abrir y cerrar de ojos, entre jornadas de trabajo de catorce horas, sin vacaciones, con apenas algún que otro día libre.

Pero, de todos modos, incluso con lo preocupada que había estado con *Magyck!*, experimentó serias dificultades para acostumbrarse a la muerte de Danny. Apenas un mes antes, había pensado que, a lo mejor, ya comenzaba a sobreponerse a su dolor. Por primera vez fue capaz de pensar acerca del muchacho sin llorar; visitar su tumba sin ponerse histérica. Si lo consideraba todo en su conjunto, se veía razonablemente bien, animada. Nunca olvidaría a aquel dulce niño que había constituido una parte tan importante de su vida, pero no podía seguir viendo su existencia en torno del agujero en el que lo habían metido. La herida estaba tierna aún, pero a punto de cicatrizarse. Eso era lo que había pensado sólo un mes antes. Continuó considerando las cosas de la misma manera durante una, durante dos semanas. Y luego comenzaron los sueños. Y constituyeron algo peor que nada que la acometieran después de la muerte de Danny.

Tal vez la ansiedad que sentía acerca de la reacción ante *Magyck!* Le hacía recordar la gran ansiedad que la asaltara a causa de Danny. Pasadas menos de diecisiete horas, a las ocho de la tarde del 30 de diciembre, el «Desert Mirage Hotel» daría una especial y primera representación de *Magyck!*, con invitación, para la gente importante, y la noche siguiente, fin de año, el espectáculo se representaría para el

público en general. Si la reacción de la audiencia era tan fuerte y positiva como Tina pensaba, su futuro financiero quedaría asegurado, puesto que el contrato le adjudicaba el dos y medio por ciento de los ingresos brutos, con excepción de las ventas de licores, a partir de los tres millones. Si *Magyck!* constituía un éxito importante y se representaba durante tres años, como alguna vez sucedía en los espectáculos de gran éxito de Las Vegas, se convertiría en millonaria cuando aquello acabase. Desde luego, si la producción resultaba un fracaso, si no acababa de complacer al auditorio, debería volver a trabajar en los pequeños salones, en una carrera cada vez más descendente. Aquel negocio era implacable.

Tenía buenas razones para sufrir ataques de ansiedad. Su miedo obsesivo a los intrusos de la casa, sus perturbadores sueños acerca de Danny, su renovado dolor..., todas aquellas cosas podían ser sólo consecuencia de su preocupación por *Magyck!* Y si ése era el caso, todos aquellos síntomas desaparecerían en cuanto el futuro de su espectáculo quedara despejado. Sólo necesitaba que transcurriesen unos cuantos días más, y, en la relativa calma que seguiría, se serenaría por completo.

Pero, ahora, lo que necesitaba era dormir un poco más. A las diez de la mañana tenía una reunión con dos representantes de agencias de viajes, que estaban considerando la posibilidad de reservar ocho mil entradas para *Magick!* durante los siguientes tres meses. Todo el personal y los técnicos debían reunirse para un ensayo general con vestuario a la una en punto.

Mulló la almohada, rehízo la ropa de la cama y se alisó el camisón corto con el que dormía. En un intento de relajarse, cerró los ojos e imaginó una dulce marea nocturna que besaba una plateada playa.

*¡Bum!*

Se sentó de repente.

Algo se había caído en algún lugar de la casa. Se trataba de un objeto lo bastante grande y pesado para que el ruido, amortiguado por las distintas paredes, fuese lo suficiente fuerte como para conseguir sobresaltarla.

Pero no, no sólo se trataba de que se hubiera caído. No. Fuera lo que fuese..., era algo que habían tirado. Los objetos no se caen por sí solos en una habitación desierta.

Ladeó la cabeza y escuchó con atención. Había otro ruido, más suave que el primero, más continuado, pero no duró lo bastante como para que Tina identificara su origen o la significación de todo aquello.

En ese momento no se imaginaba una amenaza. En verdad, había algo en la casa.

Encendió la lamparita de noche y abrió el cajón de la mesilla. La pistola estaba cargada. Le quitó los dos seguros.

Escuchó.

No oyó nada. Sólo el frágil silencio de una noche desierta.

Saltó de la cama y se metió las zapatillas. Con la pistola en la mano derecha, se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

Nada. Silencio.

Consideró si debía de llamar a la Policía; pero temía comportarse como una boba. ¿Qué ocurriría si llegaban con las luces destellando y la sirena puesta, y no encontraban a nadie? De haber avisado a la Policía cada vez que se había imaginado un merodeador en la casa durante las dos últimas semanas, ya haría tiempo que hubieran llegado a la conclusión de que «le faltaba un tornillo». Pero ahora, en realidad, estaba segura de que no se trataba de su imaginación. Muy segura. Aunque no era del todo positivo. No había forma de tener una absoluta seguridad en asuntos así. Era una mujer orgullosa, que no soportaba el pensamiento de aparecer como una histérica ante una pareja de «polis» machistas que le sonreirían y, más tarde, gastarían bromas acerca de ella cuando se tomasen sus bollos y café. Registraría en ese mismo instante, y sola, toda la casa.

Apuntó la pistola hacia el techo y metió una bala en la recámara.

Suspiró hondo, abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo.

Tina registró toda la casa, excepto la antigua habitación de Danny, y no encontró al intruso. Casi hubiera preferido hallar a alguien al acecho en la cocina o agazapado en un armario, en vez de verse obligada a mirar en el cuarto de Danny. Pero ya no tenía elección.

El dormitorio de Danny se encontraba en el extremo opuesto de la casita, en relación al dormitorio principal, en lo que en un tiempo había sido el estudio. Poco después de su décimo cumpleaños, algo más de un año antes de que muriese en aquel accidente, el niño había expresado su deseo de tener más espacio e intimidad de la que gozaba en su original y pequeño dormitorio. Michael y Tina le habían ayudado a trasladar sus cosas al estudio y luego se llevaron el sofá, el sillón, la mesita del café y el aparato de televisión desde el estudio al cuarto que el niño había ocupado en un principio.

En esa época Tina estaba segura de que Danny tenía conocimiento de las discusiones nocturnas que ella y Michael mantenían en el dormitorio contiguo al del niño, y que éste deseaba trasladarse para no oír como se peleaban. Ella y Michael no solían elevar el volumen de sus voces; sus desacuerdos se habían mantenido en un tono normal, incluso en susurros a veces; pero Danny había escuchado lo suficiente como para saber que tenían problemas. Tina se había entristecido por ello, lamentó que él tuviese que saberlo, pero no le había dicho ni una palabra; no le ofreció explicaciones ni lo tranquilizó al respecto. En realidad, no supo qué decirle. De hecho, no podía compartir con él su propia valoración de la situación: *«Danny, cariño no te preocupes por nada de lo que puedas haber oído a través de la pared. Lo único que le pasa a tu padre es que está pasando por una crisis de identidad. De un tiempo a esta parte se porta como un asno, pero lo superará»*. Y ésa era otra de las razones por las que no intentara explicarle a Danny los problemas entre ella y Michael: pensaba que se trataría de algo temporal. Había amado a su marido y estado segura de que su amor lo suavizaría todo. Seis meses después, ella y Michael se separaban, y, menos de cinco meses después de la separación, estaban divorciados.

Ahora, ansiosa ya por acabar la búsqueda del merodeador —que con gran rapidez se estaba convirtiendo en tan imaginario como todos los demás merodeadores que había buscado durante otras noches—, abrió la puerta del dormitorio de Danny. Encendió la luz y entró.

Nadie.

Con la pistola por delante, se dirigió al armario, titubeó y luego abrió la puerta. Tampoco allí se ocultaba alguien. A pesar de cuanto había oído, resultó que se encontraba sola en la casa.

Mientras contemplaba el contenido del mohoso armario —los zapatos del niño, sus tejanos, pantalones de vestir, camisas, suéteres, la gorra azul de béisbol de los «Dodgers», el pequeño traje gris que se había puesto en ocasiones especiales—, se le

hizo un nudo en la garganta. Se apresuró a cerrar la puerta y apoyó la espalda contra ella.

Aunque el funeral se había celebrado hacía menos de un año, no se había sentido con fuerzas para librarse de las pertenencias de Danny. De alguna forma, el hecho de que se llevaran toda su ropa le parecía más triste y más definitivo que observar cómo metían su féretro en la tumba.

Y no sólo eran sus prendas lo que había conservado de él. Su cuarto se hallaba igual que lo dejó. La cama bien hecha; varios muñecos de la Guerra de las Galaxias se encontraban en el ancho cabezal de aquélla. Más de un centenar de libros en rústica se alineaban por orden alfabético en una librería de cinco estantes. Su pupitre ocupaba una esquina; tubos de pegamento, botellas en miniatura de esmalte de todos los colores y una gran variedad de herramientas para modelar se disponían en ordenadas filas en una de las mitades del escritorio, mientras que la otra mitad aparecía vacía, en espera de que comenzara a trabajar en ella. Nueve modelos de aviones llenaba una caja expositora, y otros tres colgaban de alambres sujetos del techo.

Las paredes aparecían decoradas con carteles debidamente separados entre sí (tres estrellas del béisbol y cinco monstruos de películas de terror), como Danny los había colocado con sumo cuidado. A diferencia de muchos niños de su edad, el orden y la limpieza lo habían preocupado y, respetando sus preferencias por la pulcritud, Tina había dado instrucciones a Mrs. Neddler, la mujer de la limpieza, que acudía dos veces por semana, para que pasase la aspiradora y quitase el polvo de su desocupado dormitorio, como si al niño no le hubiese ocurrido nada.

Echó una ojeada a lo que habían sido las aficiones del niño muerto, sus juguetes y patéticos tesoros, y (aunque no por primera vez) se percató de que no resultaba saludable para ella mantener ese lugar como si se tratara de un museo. O de un santuario. Mientras dejase todas aquellas cosas, sin tocar, podría seguir alentando la esperanza de que Danny no estaba muerto, de que sólo se encontraba fuera de casa durante una temporada, y que muy pronto reanudaría su vida en el instante en que la había dejado. Su incapacidad para desocupar aquella habitación la asustó de repente; por primera vez, le pareció algo más que una simple debilidad espiritual; como la señal de un serio trastorno mental. Debía permitir que los muertos descansaran en paz. Si tenía que acabar sus sueños acerca del niño, si necesitaba ejercer un control sobre su pena, en ese caso, su recuperación debía empezar ahí, en ese mismo cuarto, y acabar con su irracional necesidad de conservar tan ordenadamente las pequeñas posesiones del niño.

Se hizo el propósito de despejar el lugar el jueves, el día de Año Nuevo. Tanto el preestreno de los VIP como la noche del estreno de *Magyck!* habrían quedado atrás para entonces. Podría relajarse un poco y tomarse algo de tiempo libre. Empezaría por pasar unas cuantas horas en esa habitación el jueves por la tarde, metiendo en cajas las ropas, los juguetes y los carteles.



En cuanto hubo tomado aquella decisión, la mayor parte de su energía nerviosa desapareció. Se quedó hundida, flácida, cansada, preparada para regresar a la cama.

Echó a andar hacia la puerta, pero su mirada captó el caballete, se detuvo y se volvió. A Danny le había gustado dibujar, y el caballete, junto con una caja de lápices, pinturas y rotuladores habían sido un regalo de su noveno cumpleaños. Había un caballete a un lado y una pizarra al otro. Danny lo había colocado en el extremo más alejado de la habitación más allá de la cama, contra la pared, y había permanecido en pie la última vez que Tina estuvo en el cuarto. Pero ahora se encontraba en una esquina, con la base contra la pared, el caballete ladeado y la pizarra caída, al otro lado de una mesa de juegos. En esa mesa había montada una batalla naval electrónica, tal y como Danny tenía preparada para jugar con ella, pero el caballete se había caído encima y había tirado las piezas al suelo.

Al parecer, aquél era el ruido que había escuchado. Pero ¿qué había derribado el caballete? ¿Cómo pudo caerse solo?

Rodeó los pies de la cama y colocó el caballete en su correspondiente lugar. Se agachó y reunió las piezas del juego, que dejó encima de la mesa.

Cuando recogía las esparcidas tizas y el borrador de fieltro y se volvía hacia la pizarra, se percató de que en ella había tres palabras, escritas con torpeza, en la negra superficie:

## NO ESTOY MUERTO

Se quedó mirando el mensaje, con el ceño fruncido. Estaba prácticamente segura de que no había nada en la pizarra cuando Danny se fue a aquella excursión de los exploradores. Tenía la completa seguridad de que no había nada escrito en la pizarra la última vez que ella había entrado allí.

Con bastante retraso, el significado de aquellas palabras la asaltó, y se quedó helada. *No estoy muerto*. Aquello era una negación de la muerte de Danny. Una enfurecida negativa a aceptar la espantosa verdad. Un desafío a la realidad.

¿Habría escrito ella misma aquellas palabras?

No recordaba haberlo hecho.

En uno de sus terribles ataques de dolor, en un momento de loca y negra desesperación, ¿habría acudido a la habitación y, escrito, sin darse cuenta, aquellas palabras en la pizarra de Danny?

Si ella había dejado ese mensaje, significaba que sufría momentos de inconsciencia, de amnesia temporal, algo de lo que hasta ese momento ni sospechaba. Aquello era inaceptable. ¡Dios mío...! Impensable.

Por lo tanto, aquellas palabras debían haber estado allí durante todo el tiempo. Y Danny era quien las habría escrito. Sus letras eran limpias, claras, como todo lo suyo, y no torcidas como ésas. Pero, de todos modos, él era quien debía haberlas escrito. Debía ser él.

¿Y la obvia referencia que las palabras hacían con respecto al accidente de autocar?

Coincidencia. Mera coincidencia. Eso era todo. Sólo podía ser eso.

Rehusó considerar cualquier otra posibilidad porque las alternativas resultaban demasiado aterradoras.

Se encogió de hombros. Sintió las manos heladas; le enfriaban los costados incluso a través del camisón.

Temblando, borró las palabras de la pizarra y salió del cuarto.

Se hallaba despierta en ese momento por completo.

Necesitaba dormir un poco más. Por la mañana tenía muchas cosas que hacer. Sería un gran día.

En la cocina cogió una botella de «Wild Turkey» del armario que estaba al lado del fregadero. Era el bourbon favorito de Michael. Se sirvió una generosa cantidad en un vaso de agua. No era una gran bebedora, todo lo más de vino, y no habría aguantado una cantidad tan grande de whisky; pero se tomó el bourbon de dos tragos, e hizo una mueca ante su amargor mientras se preguntaba por qué Michael había alabado siempre lo suave de aquella bebida. Titubeó, y luego se sirvió otro buen chorro, que acabó con rapidez, como un niño que se toma una medicina. A continuación, dejó la botella en su sitio.

Ya en la cama, de nuevo, arregló la ropa, cerró los ojos y trató de no pensar en la pizarra. Pero su imagen apareció detrás de sus párpados cerrados. Cuando se percató de que no podía dejar de lado esa imagen, trató de modificarla, de eliminar las palabras. Pero regresaban de nuevo. Una y otra vez. Siguió borrándolas, pero aparecían mientras se quedaba atontada a causa del bourbon, hasta que, por fin, se deslizó en el bien recibido olvido.

El martes por la tarde, Tina observaba el final del ensayo con vestuario de *Magyck!* desde una butaca, en el centro de la sala del «Desert Mirage». El teatro tenía la forma de un enorme abanico, y se extendía desde un techo alto y en forma de cúpula. La sala descendía hacia el escenario en una serie de paraísos, anchos y estrechos, alternados. En los niveles más anchos, unas largas mesas, cubiertas con manteles de lino, formaban ángulos rectos con el escenario. Cada paraíso estrecho estaba formado por un pasillo de un metro de ancho, con una barandilla baja a un lado y una hilera curvada al otro lado de cómodos y aterciopelados palcos. Por supuesto, todos los asientos aparecían orientados hacia el escenario, una maravilla del tamaño requerido para los espectáculos de Las Vegas, vez y media más grande que el mayor escenario de Broadway. Era tan grande que un avión de pasajeros «DC-9» podría rodar por él sin utilizar más que la mitad del espacio disponible (una proeza que había sido llevada a cabo ya como parte de un número de una producción en un escenario similar en el «MGM Gran Hotel», de Reno). A pesar de su tamaño, el lujoso empleo del terciopelo, del cuero negro, de los candelabros de cristal y de una gruesa alfombra azul, junto a un excelente y dramático empleo de la iluminación, aquella sala colosal daba la impresión de ser un agradable cabaret. Tina estaba sentada en un palco de la tercera grada; nerviosa, sorbía agua helada mientras miraba su espectáculo.

El ensayo con vestuario se desarrollaba sin un solo fallo. Con siete importantes números de producción, cinco grandes números de variedades, cuarenta y dos chicas de conjunto, cuarenta y dos bailarines, quince estrellas principales, dos cantantes masculinos y dos femeninos (una de ellas, temperamental), cuarenta y siete técnicos y operarios, una orquesta de veinte músicos, un elefante, un león, dos panteras negras y doce palomas blancas, la logística de todo aquello era muy complicada, pero resultaban evidentes los efectos de un año de arduo trabajo, puesto que el programa se deslizaba sin el menor tropiezo. Cuando acabó, los miembros del reparto y los técnicos se concentraron en el escenario, se aplaudieron a sí mismos, y se abrazaron y besaron unos a otros. Había electricidad en el ambiente, una sensación de triunfo, una impaciente expectativa de que aquello fuera un gran éxito.

Joel Bandiri, el coproductor de Tina, había observado el espectáculo desde un palco de la primera grada, la fila para los VIP, donde los peces gordos y otros amigos del hotel se sentarían durante cada una de las noches de las representaciones. En cuanto el ensayo acabó, Joel se levantó, corrió por el pasillo, trepó por los escalones de la tercera grada y se precipitó hacia Tina.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó al llegar cerca de ella—. ¡Hemos logrado que este maldito espectáculo funcione!

Tina salió del palco para reunirse con él.

—¡Tendremos un exitazo! —continuó Joel, la abrazó con orgullo y le plantó un

beso en ambas mejillas.

Ella le devolvió el abrazo.

—¿De veras los crees así, Joel?

—¿Creerlo? ¡Lo sé! ¡Un éxito gigantesco! Eso es lo que hemos conseguido. ¡Gigantesco! ¡Un Gargantúa!

—Gracias, Joel. Gracias, muchas gracias, muchísimas gracias...

—¿A mí? ¿Por qué me das las gracias?

—Por concederme la oportunidad de probarme a mí misma.

—Eh, no te he hecho ningún favor, tía. Has trabajado mucho. Te has ganado cada céntimo que este juguetito dé, tal y como pensé que harías. Formamos un gran equipo. Cualquiera otro que hubiese intentado llevarlo a cabo habría acabado con un gran fracaso entre las manos. Pero tú y yo lo hemos convertido en un exitazo.

Joel era un raro hombrecillo de apenas metro sesenta, algo rechoncho, aunque no gordo del todo, con rizado cabello castaño y una serie infinita de elásticas expresiones. Llevaba unos tejanos lisos, una barata camisa azul de trabajo y anillos por valor de ochenta mil dólares, por lo menos. Exhibía seis, tres en cada mano, algunos tenían diamantes; otros, esmeraldas, llevaba un enorme rubí en uno, y en otro, un ópalo más grande aún. Como siempre, daba inequívocas señales de estallar de energías. Cuando al fin dejó de abrazar a Tina, no pudo permanecer quieto. Equilibraba su peso de un pie a otro mientras hablaba acerca de *Magyck!*, giraba sobre sí mismo, y hacía amplios ademanes con sus rápidas manos cargadas de gemas, casi como si bailara una pequeña giga.

A los cuarenta y seis años, era el productor de mayor éxito de Las Vegas, con veinte años de espectáculos a sus espaldas. Las palabras *Joel Bandiri presenta* encima de una marquesina eran garantía de una diversión de primera clase. Había invertido parte de sus sustanciosas ganancias en bienes raíces en Las Vegas, era copropietario de dos hoteles, de una concesionaria de automóviles y tenía participación en una máquina tragaperras de un casino del centro de la ciudad. Era tan rico que hubiera podido retirarse al día siguiente y vivir el resto de su vida en el lujoso estilo y esplendor por el que tenía auténtica afición. Pero Joel no lo haría jamás de buen grado. Amaba su trabajo. Lo más probable sería que muriese en el escenario, en medio de los intrincados problemas de una superproducción.

Había observado el trabajo desarrollado por Tina en algunos salones de la ciudad, y la sorprendió cuando le ofreció la posibilidad de coproducir *Magyck!* Al principio, Tina no había estado segura de si debía de aceptar el trabajo. Sabía que Joel tenía fama de perfeccionista, de ser un productor que exigía esfuerzos casi sobrehumanos de su gente. También le preocupaba el ser responsable de un presupuesto de tres millones de dólares. El tener a su disposición tanto dinero para su trabajo era algo a lo que no estaba acostumbrada; se trataba de un salto de gigantes. Joel la convenció de que no tendría dificultades para seguirle el paso, o para hacer frente a sus niveles de exigencia, y la tranquilizó con respecto a que estaba capacitada para aquel desafío.

Ayudó a Tina a descubrir nuevas reservas de energía, nuevas áreas de aptitud en sí misma. Joel se había convertido para ella no sólo en un valioso asociado en los negocios, sino también en un buen amigo, una especie de hermano mayor. Y ahora todo tenía el aspecto de que iban a conseguir un gran éxito juntos.

Mientras Tina se encontraba de pie, en aquel hermoso teatro, y miraba hacia aquellas personas de colorido vestuario que se arremolinaban en el escenario; y luego contemplaba el arrugado rostro de Joel, escuchando cómo su coproductor hablaba sin rubor acerca de su obra maestra, se sentía más feliz de lo que hubiera podido ser en mucho, muchísimo tiempo. Si el auditorio de esa noche en el preestreno para la gente importante reaccionaba con entusiasmo ante *Magyck!*, ella tendría que comprarse unas bolas muy pesadas para no flotar por encima del suelo cuando anduviera.

Veinte minutos después, a las cuatro menos cuarto, se dirigió por el suave empedrado, delante de la entrada principal del hotel, y tendió su ticket al chico que cuidaba del estacionamiento. Mientras éste iba en busca de su «Volkswagen», permaneció de pie, bajo el cálido sol de la tarde, incapaz de dejar de sonreír.

Se dio media vuelta y contempló el «Desert Mirage Hotel-Casino». Su futuro se encontraba ligado a aquel montón llamativo, pero impresionante sin duda, de hormigón, acero y cristal. Las pesadas puertas giratorias de bronce y cristal brillaban al moverse impulsadas por un flujo continuo de personas. Unas murallas de granito rosado se extendían una docena de metros a ambos lados de la entrada; aquellos muros carecían de ventanas y se hallaban chillonamente decorados con gigantescas monedas de piedra, un torrente de monedas que caían de un pétreo cuerno de la abundancia. Directamente por encima, el techo del inmenso estacionamiento se alineaba con centenares de luces; ninguna de las bombillas estaba encendida aún, pero, en cuanto se hiciese de noche, empezarían a proyectar una deslumbrante luminosidad dorada por encima del liso embaldosado del suelo. El «Desert Mirage» había sido construido con un costo que excedía de los ciento cuarenta millones de dólares, y los propietarios se aseguraron de que cada centavo empleado fuese todo un espectáculo por sí mismo. Tina suponía que algunas personas dirían que el hotel era ordinario, tosco, sin gusto, feo; pero a ella le agradaba mucho aquel lugar porque era precisamente allí donde le habían proporcionado su gran oportunidad.

Hasta ese momento, el treinta de diciembre había constituido un día atareado, ruidoso y excitante en el «Desert Mirage». Tras la relativa quietud de la semana de Navidad, una ininterrumpida corriente de huéspedes se vertía a través de las puertas delanteras. Las reservas en la contratación indicaban que iba a constituir todo un récord de afluencia en Las Vegas la fiesta de Año Nuevo. El «Desert Mirage», con una capacidad de doscientas dos habitaciones, estaba ya contratado al completo, como cualquier otro gran hotel de la ciudad. Unos minutos después de las once, una secretaria de San Diego había metido siete dólares de plata en una máquina tragaperras y conseguido un pleno de doscientos mil dólares; esa noticia había llegado incluso a la gente que había entre bastidores, a la sala de espectáculos. Poco

después del mediodía, dos peces gordos de Dallas, que se sentaban a la mesa de *blackjack*, y que en tres horas habían perdido casi un cuarto de millón de dólares; reían y hacían bromas al retirarse para probar en otro juego. Carol Hinson, una camarera de cócteles que era amiga de Tina, le había hablado de los tejanos minutos antes.

Carol tenía los ojos brillantes y estaba sin respiración porque los ricachones le habían dado fichas verdes de propina, como si hubieran ganado en vez de perder, y cuatrocientos dólares por llevarles media docena de bebidas. Sinatra se hallaba en la ciudad, en el «Caesar's Palace» y había generado más excitación en Las Vegas que cualquier otro nombre famoso; tal vez porque un montón de peces gordos eran sólo unos muchachos cuando la carrera de Frankie floreció por primera vez, acudían a la ciudad cada vez que él aparecía, miles de ellos, muchos más de los que podrían conseguir un asiento en su actuación de cada noche. A todo lo largo del Strip, y en los casinos menos elegantes, pero no por ello menos atestados del centro de la ciudad, las cosas se hallaban en todo su apogeo. Y en menos de cuatro horas el preestreno de *Magyck!* tendría lugar.

El chico condujo el coche ante Tina y ésta le dio una propina.

El muchacho comentó:

—Que tengas éxito esta noche, Tina.

—Dios sabe cuánto lo deseo —replicó ella.

A las cuatro y cuarto se encontraba ya en casa, y tenía dos horas y media a su disposición antes de regresar de nuevo al hotel. No necesitaba tanto tiempo para ducharse, maquillarse y vestirse, por lo que decidió guardar algunas de las pertenencias de Danny. Había llegado el momento de realizar una tarea poco agradable, pero se encontraba de muy buen humor, y no creía que ver la habitación del niño bastara para derrumbarla, como por regla general ocurría. No tenía objeto dejarlo todo para el jueves, como había planeado. Por lo menos podría guardar las ropas de Danny, aunque no hiciese ninguna otra cosa más.

Al instante de entrar en el cuarto de su hijo, vio que el caballete de la pizarra volvía a estar caído. Lo levantó.

En él aparecían escritas tres palabras:

NO ESTOY MUERTO

Un escalofrío le recorrió la espalda.

La noche pasada, después de beberse el bourbon, ¿habría regresado y...?

¡No!

No había perdido la conciencia. No había escrito aquellas palabras. No se estaba volviendo loca. No era la clase de persona que olvidaría una cosa así. Se sabía fuerte. Siempre se había vanagloriado de su fortaleza y de su resistencia.

Cogió el borrador de fieltro e hizo desaparecer de nuevo las palabras.

Alguien le estaba gastando una sucia broma, y de muy mal gusto. Alguien había entrado en la casa mientras ella se encontraba fuera y vuelto a escribir aquellas tres palabras en la pizarra. Alguien que deseaba ponerle otra vez ante la tragedia que tan penosamente intentaba olvidar.

La única persona que tenía derecho a encontrarse en la casa era Vivian Neddler, la mujer de la limpieza. Vivian tenía previsto ir a comienzos de la tarde, pero lo había cancelado. En su lugar, acudiría unas horas por la noche, mientras Tina se encontraba en el preestreno. Pero, en el supuesto de que Vivian hubiese cumplido su primer compromiso, nunca hubiera escrito aquellas palabras en la pizarra. Vivian era una dulce anciana, de temperamento agradable y muy independiente, carácter que no casaba con la clase de persona a la que le gustaran aquellas bromas crueles.

Durante un momento, Tina se preguntó quién podría ser el responsable, y luego se le ocurrió un nombre. Era el único sospechoso posible: Michael. No había señales de que hubiesen realizado un escape en la casa, ninguna evidencia de puerta forzada, y Michael era la única otra persona que poseía una llave. Ella no había cambiado las cerraduras después del divorcio.

Michael la había culpado de la muerte de Danny. Quedó tan destrozado por la muerte de su hijo que, durante meses, se mostró en extremo desagradable e irracional con ella después del funeral. Como Tina había sido la única en dar permiso a Danny para aquella excursión campestre, Michael le echaba la culpa del accidente. Pero Danny deseaba ir más que cualquier otra cosa en el mundo. Además, Mr. Jaborski, el jefe de exploradores, llevaba catorce años encargándose de otros grupos de *Scouts* en excursiones de invierno de supervivencia, y nadie había resultado lesionado lo más mínimo hasta entonces. No acudían a lugares desiertos por completo, sino sólo un poco alejados de sitios concurridos, y estaban preparados para cualquier tipo de contingencia. Se suponía que una experiencia como aquélla era algo bueno para un muchacho. Y segura. Dirigida con cuidado y atención. Todos le habían asegurado que no existía posibilidad alguna de problemas. Ella no tenía el menor medio de saber que el decimoquinto viaje de Mr. Jaborski fuese a acabar en un desastre, aunque Michael le echase la culpa a ella. Tina creía que él habría cambiado de opinión durante los últimos meses, pero, evidentemente, no había sido así.

Se quedó mirando la pizarra y pensó en las tres palabras que habían estado escritas allí; entonces comenzó a encolerizarse. Michael se comportaba como un chiquillo despechado. ¿No se percataba de que, a ella, el dolor, le resultaba tan difícil de soportar como a él el suyo? ¿Qué trataba de demostrar?

Furiosa, se dirigió a la cocina, descolgó el teléfono y marcó el número de Michael. Al cabo de cinco timbrazos, cayó en la cuenta de que estaría trabajando, por lo que colgó.

Aquellas tres palabras, en blanco sobre negro, ardían en su mente: *NO ESTOY MUERTO*.

Llamaría a Michael por la noche, cuando regresara a casa después del preestreno

y la fiesta que se daría a continuación. Era probable que ya fuera algo tarde, pero no le preocupaba lo más mínimo si lo despertaba.

Permaneció indecisa en el centro de la pequeña cocina durante un momento, mientras trataba de reunir fuerzas para regresar al cuarto de Danny y empaquetar sus ropas, tal y como tenía planeado. Pero había perdido las energías. No podía volver allí. Esa tarde, no. Tal vez al cabo de unos cuantos días.

*¡Maldito Michael!*

En el frigorífico quedaba media botella de vino blanco. Se sirvió un vaso lleno y se lo llevó al cuarto de baño principal.

Se dio una prolongada ducha. Dejó que el agua caliente le golpease el cuello durante varios minutos, y suavizara sus endurecidos músculos.

Después de la ducha, el vino helado le relajó el cuerpo más aún, aunque no consiguió calmar su mente ni despejó su ansiedad. Seguía con la pizarra, fotografiada en su mente.

*NO ESTOY MUERTO.*



A las siete menos diez de la tarde, Tina se encontraba de nuevo entre bastidores, en la sala de espectáculos. El lugar estaba relativamente tranquilo, excepción hecha del apagado y oceánico rugido de la muchedumbre de VIP que aguardaban en la sala principal, detrás del telón de terciopelo.

Se habían cursado mil ochocientas invitaciones —los que movían los hilos en Las Vegas, además de otras personas importantes de fuera de la ciudad— y más de mil quinientos habían devuelto sus tarjetas de aceptación, tal y como se les había pedido. Los camareros, con chaquetillas blancas; las camareras, con sus almidonados uniformes azules, y unos diligentes ayudantes habían comenzado a servir a los comensales el *filet mignon*.

A las siete y media, la zona entre bastidores bullía de actividad. Los técnicos realizaban una doble comprobación de los decorados móviles, las conexiones eléctricas y las bombas hidráulicas que subían y bajaban algunas partes del escenario. Los empleados contaban y preparaban los accesorios. Las mujeres del vestuario remendaban desgarrones y cosían dobladillos descosidos que se habían encontrado a última hora. Las peluqueras y los técnicos de iluminación se precipitaban a cumplir tareas de último momento. Los bailarines, que llevaban esmoquin negro para el número de apertura, aguardaban tensos, toda una colección de tipos esbeltos y guapos, a los que resultaba agradable mirar.

Docenas de hermosas chicas del coro se hallaban también entre bastidores. Algunas llevaban satén y encajes. Otras, terciopelos y falsos diamantes o plumas y lentejuelas o pieles. Muchas se encontraban aún en los vestidores comunes, mientras otras chicas, ya con sus trajes, aguardaban en los pasillos cerca del escenario, y, entre tanto, hablaban de sus niños, maridos, novios o recetas, como si se tratase de secretarias en el descanso para tomarse un café, y no algunas de las mujeres más hermosas y encantadoras del mundo.

Tina deseaba encontrarse entre bastidores durante el espectáculo; pero sabía que ya no quedaba nada que ella pudiera hacer. *Magyck!* se hallaba ahora en manos de los intérpretes y de los técnicos.

Veinticinco minutos antes de la hora señalada, Tina abandonó el escenario y se dirigió a la ruidosa sala. Se encaminó hacia los palcos centrales en la fila de los VIP, donde Charles Mainway, el director general y principal accionista del «Desert Mirage Hotel», la aguardaba.

Primero, se detuvo en el palco contiguo al de Mainway. Joel Bandiri se encontraba en él con Eva, su mujer desde hacía ocho años, y un par de amigos. Eva tenía veintinueve años, diecisiete menos que Joel, y, con su metro setenta, era diez centímetros más alta que él. Se trataba de una antigua corista, rubia, esbelta, de delicada belleza. Oprimió la mano de Tina con suavidad.

—No te preocupes. Eres demasiado buena en tu trabajo para que pienses siquiera

en el fracaso.

—Hemos conseguido un exitazo —le aseguró Joel a Tina una vez más.

En el palco semicircular de al lado, Charles Mainway se desenvolvía como si se considerase un aristócrata. Su melena de plateado cabello y sus claros ojos azules contribuían a la imagen que deseaba proyectar. Sin embargo, su rostro contradecía el aspecto de hombre de la aristocracia. Sus rasgos físicos eran grandes, cuadrados y pronunciados, sin la menor evidencia de sangre patricia. Saludó a Tina con entusiasmo; pero, a pesar de las suavizadoras influencias de los maestros de elocución, su voz, de un natural grave y bajo, hacía pensar a Tina en tiempos difíciles y en la vida en las calles.

Cuando Tina se deslizó en el palco, al lado de Mainway, un *maître* en esmoquin apareció y sirvió una copa de «Dom Perignon» a Tina.

Helen Mainway, la esposa de Charlie, se sentó a su izquierda.

Helen era, casi por naturaleza, todo aquello que Charlie se esforzaba en ser: modales exquisitos e impecables, sofisticación, gracia, con gusto y confianza absoluta en cualquier tipo de situación. Era una mujer notable, alta y delgada, de cincuenta y cinco años, aunque lucía la apariencia de ser una bien conservada mujer de sólo cuarenta.

—Tina, querida. Deseo que conozcas a un amigo nuestro —dijo Helen, al tiempo que le señalaba a la última persona del palco—. Es Elliot Stryker. Elliot, esta encantadora damita es Christina Evans, la mano directora que hay detrás de *Magyck!*

—Una de las dos manos directoras —la corrigió Tina—. Joel Baldiri es más responsable del espectáculo que yo..., en especial si constituye un fracaso.

Stryker se echó a reír.

—Encantado de conocerla, Mrs. Evans.

—Llámame Tina —repuso.

—Pues a mí debes llamarme Elliot.

Se trataba de un hombre enjuto, atractivo, ni gordo ni delgado, de unos cuarenta años. Sus oscuros ojos se movían rápidos, y eran inteligentes y divertidos.

—Elliot es mi abogado —explicó Charlie Mainway.

—Oh —exclamó Tina—. Pensaba que lo era Harry Simpson...

—Harry es el abogado del hotel. Elliot es quien lleva mis negocios particulares.

—Y los lleva muy bien —añadió Helen—. Tina, si necesitas un buen abogado, estás delante del mejor que hay en Las Vegas.

Stryker se dirigió a Tina:

—Pero si lo que necesitas son halagos..., y estoy seguro de que recibes un montón de ellos, con lo maravillosa que eres, nadie en Las Vegas puede lisonjear a cualquiera con más encanto y estilo que Helen...

—¿Te das cuenta de lo que acaba de hacer? —preguntó Helen a Tina—. Con sólo una frase ha conseguido halagarme a ti y a mí, además de impresionarnos a todos con su modestia. ¿Te percatas del estupendo abogado que es?

—Pues imagínatelo defendiendo algo ante los tribunales —terció Charlie.

—Y además tiene un excelente carácter —concluyó Helen.

Stryker sonrió a Tina:

—Sin embargo, ya ves, por muy buen carácter que yo tenga, no puedo ni parecerme a estos dos.

Siguieron conversando de temas agradables e intrascendentes durante los siguientes quince minutos, y nada de lo que hablaron se relacionó con *Magyck!*; Tina era consciente de que trataban de quitarle de la cabeza la representación, y les agradeció mucho sus esfuerzos.

De todos modos, por muy divertida y relajada que fuese aquella conversación, o por mucha cantidad de «Dom Perignon» helado que le sirvieran, nada podía apartarla de la excitación que se formó en la sala cuando se alzó el telón. A medida que los minutos pasaban, la nube de humo de cigarrillos que había por encima de sus cabezas se hacía cada vez más densa. Camareras, camareros y *maîtres* iban y venían, tratando de atender las peticiones de bebidas antes de que el espectáculo comenzara. El rugido de las conversaciones se hizo más intenso a medida que los segundos transcurrían, y el ruido se volvió más frenético, más alegre y salpicado por risas con mayor frecuencia.

De alguna forma, aunque parte de su atención se viera atraída por el estado de ánimo de la multitud, y por Helen y Charlie, Tina era consciente, sobre todo, de la reacción que Elliot Stryker había experimentado ante ella. No hizo una gran demostración de hallarse interesado por ella más de lo normal; pero, en sus ojos, se evidenciaba la atracción que Tina había despertado en él. Debajo de aquel exterior cordial, ingenioso, y algo frío, su respuesta secreta era la de un saludable animal macho, y la conciencia que ella tenía al respecto era más instintiva que intelectual, como la respuesta de una yegua a los primeros y leves movimientos de deseo de un semental.

Hacía año y medio, tal vez dos años, que un hombre no la miraba de esa manera. O, quizá, sólo se trataba de que aquélla era la primera vez en todos aquellos meses en que había sido consciente de ser mirada así. Las peleas con Michael, el hacer frente al choque de la separación y del divorcio, el dolor por Danny, si todo aquello se ponía junto a lo de Joel Baldiri y el espectáculo..., todas aquellas cosas habían llenado sus días y sus noches de una forma tan plena, que no había tenido la menor posibilidad de pensar en un romance.

Había sentido que respondía al inexpresado anhelo de los ahumados ojos de Elliot y, de repente, se sintió excitada y cálida, entonces pensó: «¡Dios mío, cómo me estaba dejando marchitar! ¿Cómo he podido olvidarme de eso?».

Ahora que ya había pasado más de un año doliéndose por su roto matrimonio y por la pérdida de su hijo; ahora que *Magyck!* era casi pasado ya, tendría tiempo de volver a ser de nuevo una mujer. Ella se *buscaría* el tiempo. ¿Tiempo para Elliot Stryker? No estaba segura de eso. Tampoco necesitaba salir a la carrera en busca de

placeres olvidados. No tenía que brincar ante el primer hombre que la deseara. Seguramente, aquello no sería la cosa más inteligente que cupiese hacer. Por otra parte, él era bastante atractivo. Y su rostro reflejaba una atractiva gentileza. Tuvo que admitir que había encendido en ella los mismos sentimientos que, en apariencia, ella había hecho arder en él.

Aquella velada empezaba a prometer que sería mucho más interesante de cuanto había esperado.

Vivian Neddler aparcó su «Nash Rambler» del cincuenta y cinco contra el bordillo, poniendo un especial cuidado en no rayar los encalados muros. El coche estaba inmaculado, en mejor forma que muchos coches nuevos de aquellos días. En un mundo de planeada caída en desuso, Vivian sacaba placer en conseguir un uso prolongado y pleno de todos los objetos que compraba, desde una tostadora de pan a un automóvil. Disfrutaba haciendo que las cosas durasen. Ella misma había durado ya bastante; tenía setenta años, aún gozaba de buena salud, era una mujer robusta, con un rostro dulce cual una *madonna* de Botticelli y el paso despreocupado de un sargento del Ejército. Salió del coche y se encaminó hacia la casa de Tina Evans.

La amarillenta luz de las farolas de la calle no iluminaba todo el trayecto por el césped desde la acera hasta la puerta de entrada. Al lado del camino, unos bajos arbustos de adelfas ondeaban con la brisa. Detrás de la casa había una imitación de una antigua lámpara de carruaje, y la negra agua de la piscina brillaba con los astillados reflejos de la luna en cuarto creciente que se movía en un cielo sin nubes.

Vivian entró por la puerta de la cocina. Llevaba casi dos años limpiando la casa de Tina Evans, y durante todo aquel tiempo habían depositado en ella la confianza suficiente como para darle una llave.

El lugar estaba silencioso a excepción del sordo zumbido del frigorífico.

Vivian comenzó a trabajar en la cocina. Frotó los mostradores de mármol y los aparatos, limpió los listones de las persianas «Levelor» y pasó la fregona por el suelo de azulejos mexicanos. Realizó una buena labor. Creía en el valor moral del trabajo duro, y siempre daba a sus patronos el costo de su dinero.

Por lo general, trabajaba durante el día, no por la noche. Sin embargo, aquella tarde estaba jugando en un par de máquinas tragaperras en el «Hilton Hotel», y no había querido apartarse de ellas mientras le estuviesen recompensando con tanta generosidad. Algunas personas para las que hacía la limpieza de las casas insistían en que debía atender con puntualidad las horas concertadas, una o dos veces a la semana, y armaban algo de jaleo cuando se presentaba con unos cuantos minutos de retraso. Pero Tina Evans era muy simpática; sabía lo importante que las máquinas tragaperras eran para Vivian, y no se molestaba si, de vez en cuando, ésta debía concertar un nuevo horario para su trabajo.

Vivian era una «duquesa del níquel». Aquél era el término con que los empleados del casino se referían a las mujeres locales, ya ancianas, cuya vida social giraba en torno a un obsesivo interés por aquellas máquinas tragaperras de un solo brazo. Las «duquesas del níquel» siempre jugaban en máquinas baratas, de monedas de cinco y diez centavos, nunca en las de veinticinco o de dólar. Manejaban las palancas durante horas cada vez, y a veces conseguían un premio de cinco dólares después de una prolongada tarde. Su filosofía lúdica era muy simple: *No importa si pierdes o ganas, siempre y cuando sigas en el juego*. Con aquella actitud, más algunas habilidades

para conseguir unas cuantas monedas, eran capaces de mantenerse mucho más tiempo que la mayoría de los jugadores que probaban con las máquinas de a dólar, sin haber estado en las de níquel, y a causa de su paciencia y perseverancia, las «duquesas» ganaban más plenos que las mareas de turistas que iban de un lado para otro junto a ellas. Las «duquesas del níquel» llevaban guantes negros, para impedir que los dedos se les pusieran negros después de media hora de manejar monedas, y siempre se sentaban en taburetes cuando jugaban; también se acordaban de alternar las manos al empuñar las palancas de las máquinas para no fatigar sólo los músculos de un brazo, y llevaban botellas con linimento por si les hacía falta. Las «duquesas», que en su mayoría eran viudas y solteronas, a menudo almorzaban o cenaban juntas; se alegraban en las raras ocasiones en que alguna conseguía algún pleno importante; y cuando una moría, las otras solían acudir al funeral en masa. Juntas formaban una rara pero sólida comunidad, y tenían una agradable sensación de pertenecer a ella. En un país que parecía adorar sólo a la juventud, la mayoría de los estadounidenses de cierta edad ansiaban descubrir un lugar al que pudieran pertenecer; pero muchos de ellos nunca lo descubrían.

Vivian tenía una hija, un yerno y tres nietos en Sacramento. Durante cinco años, exactamente después de su sexagésimo quinto cumpleaños, la habían estado presionando para se fuese con ellos. Los amaba mucho, y sabía que de veras deseaban que viviese con la familia; no la invitaban por un mal entendido sentimiento de culpabilidad y obligación. Sin embargo, ella no quería vivir en Sacramento. Después de varias visitas, había decidido que se trataba de una de las ciudades más monótonas del mundo. A Vivian le gustaban la acción, el ruido, las luces y la excitación de Las Vegas. Además, de vivir en Sacramento, ya nunca más sería una «duquesa del níquel»; ya no sería nada especial; sólo otra vieja dama, que vivía con la familia de su hija, que jugaba a hacer de abuelita y que pasaba el tiempo sólo aguardando la muerte.

Una vida así le resultaría intolerable.

Vivian valoraba su independencia más que cualquier otra cosa. Rezaba para seguir sana el tiempo suficiente para continuar con su trabajo y viviendo por sí misma hasta que, al fin, le llegara su hora.

Mientras pasaba la fregona por el último rincón del suelo de la cocina, mientras pensaba cuan vacía sería la vida sin sus amigas y sin sus máquinas tragaperras, oyó un ruido en otra parte de la casa. Hacia la zona delantera. Por la sala de estar.

Se quedó rígida, mientras escuchaba.

El motor del frigorífico cesó en su zumbido. Un reloj dejó oír su suave tic-tac.

Al cabo de un largo silencio, se produjo otro ruido, una especie de castañeteo que asustó a Vivian.

Y el silencio de nuevo.

Se acercó al cajón al lado del fregadero y seleccionó un cuchillo largo y afilado entre un surtido de muchos más. Ni siquiera se le ocurrió llamar a la Policía. Si los

telefoneaba y salía de la casa a la carrera, no encontrarían a ningún intruso cuando llegasen, y creerían, simplemente, que era una vieja loca. Vivian Neddler se negaba a dar razones a cualquiera para que creyera que era una tonta. Además, durante sus últimos veintiún años, incluso desde que su Harry murió, siempre se había cuidado de sí misma, y en ese aspecto también había hecho las cosas condenadamente bien.

Salió de la cocina, pulsó el interruptor de la luz a la derecha del umbral y vio que el comedor estaba desierto.

En la sala encendió una lámpara «Stifel». Allí tampoco había nadie.

Estaba a punto de dirigirse hacia el estudio cuando se percató de que había algo raro en las cuatro fotografías con brillo, de ocho por diez, que se hallaban agrupadas en la pared, por encima del sofá. Aquella exposición siempre había constado de seis fotos y no sólo de cuatro. Pero el hecho de que faltaran dos de ellas no era lo que había captado la atención de Vivian. Las cuatro fotografías oscilaban adelante y atrás colgando de los ganchos que las aguantaban. Nadie se hallaba cerca de ellas; pero, de repente, dos de ellas comenzaron a golpear con violencia contra la pared, y, luego, ambas se salieron de sus ganchos para ir a estrellarse contra el suelo, detrás del sofá beige de pana cepillada.

—¡Qué diablos...! —exclamó Vivian, sorprendida.

Un segundo después, las dos fotografías restantes se apartaron de la pared volando por el aire. Una de ellas se cayó detrás del sofá y la otra encima.

Vivian parpadeó, asombrada, incapaz de comprender lo que acababa de ver. ¿Un terremoto? Pero no había notado que la casa se moviera; las ventanas tampoco habían trepido. Cualquier temblor que fuera tan potente como para notarse, también podría arrancar las fotos de la pared.

Se acercó al sofá y recogió la que se había caído encima de los cojines. La conocía muy bien. Le había quitado el polvo muchas veces. Era un retrato de Danny Evans, como también las otras cinco que, habitualmente, estaban colgadas a su alrededor. En esta foto tendría diez u once años, un muchachito de cabello castaño, ojos oscuros y una encantadora sonrisa.

Vivian se preguntó si habrían efectuado alguna prueba nuclear; tal vez ésa fuera la causa de aquellos movimientos. La Zona de Pruebas Nucleares de Nevada, donde se llevaban a cabo explosiones subterráneas varias veces al año, estaba sólo a menos de ciento sesenta kilómetros de Las Vegas. En la ciudad, cuando el Ejército hacía estallar una bomba de gran potencia, los altos hoteles se balanceaban, y cada casa de la ciudad se estremecía por lo menos durante un instante.

Pero la casa no se había movido un minuto antes, lo cual significaba que las fotografías no podían haberse caído de la pared a causa de una prueba nuclear. Y, además, las pruebas nucleares nunca se llevaban a cabo de noche.

Intrigada, con el ceño fruncido, y pensativa, Vivian dejó el cuchillo que llevaba en la mano, separó de la pared uno de los extremos del sofá y recogió los marcos de ocho por diez que se encontraban en el suelo, detrás del mueble. Había cinco fotos

además de la que estaba caída encima del sofá; dos de ellas eran las culpables de los ruidos que la habían hecho acercarse a la sala de estar, y las otras tres eran las que había visto salirse de las alcayatas. Las colocó otra vez donde habían estado y luego arrastró el sofá hasta que de nuevo ocupó su antiguo lugar.

Una explosión de agudo ruido electrónico llenó la casa de repente: *Aiii-eee, aiii-eee, aiii-eee...*

Vivian jadeó, volvió y miró a su espalda. Seguía sola.

Su primer pensamiento fue: «*La alarma antirrobo*». Pero la casa de los Evans no tenía sistema de alarma alguno.

Vivian hizo una mueca de dolor cuando aquel graznido electrónico se hizo cada vez más fuerte. Las ventanas comenzaron a vibrar, lo mismo que el cristal de encima de la mesita del café, y sintió, a través de una resonancia por simpatía, que también los dientes y los huesos le rechinaban a ella.

No podía identificar la fuente de aquel sonido dolorosamente agudo. Parecía provenir de cada rincón de la casa.

—¿Qué diantres está pasando aquí? —exclamó en voz alta.

No se preocupó de recoger el cuchillo, pues estaba segura de que el problema no procedía de un merodeador. Era algo más, algo muy raro.

Cruzó la estancia hasta el pasillo que llevaba a los dormitorios, los cuartos de baño y el estudio. Encendió la luz. El ruido era más pronunciado en el pasillo que en la sala de estar. Aquel ruido, que desquiciaba los nervios, rebotaba en las paredes del estrecho corredor, y alzaba ecos y contraecos. Vivian miró a ambos lados, y luego se dirigió a la derecha, hacia la puerta cerrada del extremo del pasillo, la antigua habitación de Danny.

En el pasillo, el aire estaba más frío que en el resto de la casa. Al principio, Vivian creyó que se imaginaba aquel cambio de temperatura. Pero cuanto más cerca se hallaba del final del pasillo, más y más frío hacía. Cuando llegó ante la puerta cerrada, tenía ya piel de gallina y los dientes le castañeteaban.

Su curiosidad empezó a dejar paso al miedo. Algo andaba muy mal. Una ominosa presión parecía comprimir el aire a su alrededor.

*Aiii-eee, aiii-eee...*

Pensó que lo más prudente que podía hacer sería dar media vuelta, alejarse de la puerta del cuarto de Danny y salir de la casa. Pero ya no tenía un perfecto dominio sobre sí misma; se sentía un poco como una sonámbula; una fuerza que sentía, pero que no podía definir, la arrastraba de manera inexorable hacia esa habitación.

*Aiii-eee, aiii-eee, aiii-eee...*

Vivian acercó la mano al pomo de la puerta, pero se detuvo antes de tocarlo, incapaz de creer en lo que tenía delante. Parpadeó con rapidez, luego, cerró los ojos durante un momento y los abrió de nuevo, pero el pomo de la puerta parecía *aún* como revestido por una fina e irregular capa de hielo. Por fin lo tocó. Sí, era *hielo*. Su mano casi se pegó al pomo; la retiró y se quedó mirando sus humedecidos dedos. El



rocío se había condensado en el metal y luego se había helado.

Pero ¿cómo era aquello posible? ¿Cómo, por Dios bendito, podía haber hielo ahí, en una casa tan cálida?

El quejido electrónico comenzó a gorjear más deprisa, pero no por ello a menos volumen ni con menor intensidad que el anterior.

«Detente, Vivian», se dijo a sí misma. «Aléjate de aquí. ¡Sal lo más deprisa que puedas!».

Pero ignoró su propio consejo. Se sacó la blusa de los pantalones y empleó el faldón de aquélla para protegerse las manos del hielo que había en el pomo de la cerradura. Éste giró, pero la puerta no se abrió. El intenso frío había hecho que la madera se contrajese y alabease. Apoyó el hombro contra la puerta, empujó con suavidad, y luego con mayor fuerza. Por fin, la puerta se abrió hacia dentro.

*Magyck!* era, con mucho, el mejor espectáculo que Elliot Stryker había visto jamás. El programa se abría con una electrizante interpretación de «Esa Vieja magia negra». Los cantantes y bailarines, brillantemente vestidos, actuaban en un asombroso decorado construido con escalones de espejos y paneles también con espejos, así como candelabros giratorios de sala de baile de cristal que, cuando las luces del escenario periódicamente se atenuaban, lanzaban sobre todos ellos rayos giratorios de colores. La coreografía era compleja y los dos primeros cantantes tenían unas voces fuertes y frescas. Aquel número iba seguido por otro de magia de primera clase, delante del telón cerrado. Unos diez minutos después, la escena cambiaba, los espejos habían desaparecido y el escenario era una pista de hielo; el segundo número de producción se realizaba con patines en un decorado invernal tan logrado que los espectadores sentían auténtico frío.

Aunque *Magyck!* excitara la imaginación y atraía la mirada, Elliot no era capaz de dedicarle toda su atención. Seguía contemplando a Christina Evans, tan deslumbrante como el mismo espectáculo que había creado. Dedicaba toda su atención a los intérpretes, sin parar mientes en la mirada del hombre. Un ceño pulsátil y nervioso se extendía por su rostro, alternando con la tímida sonrisa que aparecía en él cuando el auditorio se echaba a reír, aplaudía o jadeaba de sorpresa.

Resultaba una mujer de una belleza singular. Era elegante y esbelta, aunque madura, con largas piernas, caderas estrechas, pero femeninas, y una cintura increíblemente breve. El cuello en V de su vestido revelaba las cálidas redondeces de unos senos grávidos y bien formados. Pero no era su cuerpo, por agradable que fuese, lo que contribuía más a su belleza. Su rostro. De eso se trataba. Su fuerte y brillante cabello castaño, casi negro, que le llegaba hasta los hombros, oscilaba sobre su frente y le caía hacia los lados, enmarcando su rostro como si se tratase de la pintura de un gran maestro. Y, en verdad, *era* una auténtica obra de arte. ¡Dios mío, qué cara! Su estructura ósea, tan delicada, tan claramente definida, tan en su quintaesencia femenina, hacía latir más deprisa el corazón de Elliot con su sola visión. Su tez sin defectos tenía tonos oliváceos, pero no tan oscuros que sus rasgos se perdiesen en ellos, aunque sí lo bastante oscuros como para proporcionarle un aspecto exótico e intrigante.

Su boca era llena, sensual. Y sus ojos... Sería extraordinariamente hermosa de haber tenido los ojos oscuros, en armonía con el tono de su cabello y mentón, como cabía esperar que fuesen. Pero los tenía azules, de un azul cristalino, no de un frío azul helado, sino brillantes y cálidos, el azul de una llama de gas. El contraste entre su apariencia italiana y aquellos ojos nórdicos resultaba algo devastador. Elliot supuso que otras personas podrían haber encontrado defectos en su rostro. Tal vez algunos dirían que su frente resultaba demasiado ancha. Su nariz era tan recta que alguien comentaría que le proporcionaba una expresión de gravedad. Otros podrían

opinar que tenía la boca demasiado grande, o que su barbilla era un poco demasiado apuntada. Pero, para Elliot, se trataba de un rostro perfecto. Perfecto.

Aunque su rostro había sido lo primero que suscitó su deseo, y a pesar de que su sensual cuerpo alimentó ese deseo, no era ni siquiera su belleza física lo que más lo excitaba. Estaba interesado, en primer lugar, por conocer más acerca de la mente que había creado una obra como *Magick!* Había visto menos de una cuarta parte del programa, pero ya sabía que constituiría un gran éxito; era, muy de lejos, superior a cualquier otro parecido. Un espectáculo de Las Vegas de aquella naturaleza podía salirse de madre. Si los decorados gigantes, los costosos vestidos y la intrincada coreografía se desmadraban, o si cualquier elemento se ejecutaba de manera inapropiada, el espectáculo empezaría a caer con rapidez del otro lado de la delgada línea que separa un espectáculo realmente maravilloso y la pura y lisa chabacanería. Una brillante fantasía podría metamorforearse en un tostón sin gusto, estúpido, de haber sido dirigido por unas manos torpes. Elliot deseaba saber más acerca de Christina Evans. Y en un nivel más fundamental, simplemente, la deseaba.

Ninguna mujer le había hecho efecto con tanta fuerza desde que Nancy, su esposa, muriera tres años antes.

Sentado allí, en el oscurecido teatro, sonrió, no ante el mago de un número cómico, que actuaba delante del bajado telón del escenario, sino a causa de su propia y repentina exuberancia juvenil.

La trabada puerta protestó, gimió y crujió cuando Vivian la forzó para que se abriera.

*Aiii-eee, aiii-eee...*

Una oleada de aire helado salió de la oscura habitación hacia el pasillo.

Vivian metió la mano, tanteó por la pared en busca del interruptor de la luz, lo encontró, encendió y entró con cautela. La habitación estaba desierta.

*Aiii-eee, aiii-eee...*

Era igual que los dormitorios de miles de muchachitos. Las paredes aparecían cubiertas de carteles de estrellas del béisbol y de monstruos de películas de terror. Tres aviones de modelismo colgaban del techo. Esos objetos estaban allí como siempre, desde que Vivian empezara a trabajar en la casa, antes de que Danny muriese.

*Aiii-eee, aiii-eee, aiii-eee...*

El quejido electrónico salía de un par de pequeños altavoces estéreo que colgaban en la pared, detrás de la cama. El tocadiscos y una radio AM-FM se encontraban encima de una de las mesitas de noche.

Aunque Vivian podía ver de dónde procedía el ruido, no localizaba ninguna fuente para el agudo aire frío que llenaba la habitación.

Se acercó al equipo estéreo. No había ningún disco en el plato, por lo que el sonido debía proceder de la radio.

Pero ¿qué emisora de radio emitía ruido electrónico en vez de música?

Cuando alargó la mano hacia el botón de la sintonía, el maligno quejido se detuvo. El silencio cayó sobre ella cual si unas paredes de algodón se hubieran derrumbado y, durante unos segundos, mientras sus oídos se ajustaban a aquel abrupto cese de la tortura a que habían estado sometidos, quedó tan atontada que le resultó imposible oír nada. Poco a poco, comenzó a escuchar el suave zumbido de los altavoces estéreo, que aún estaban enchufados. Luego, los latidos de su propio corazón.

Las partes metálicas de la cubierta del estéreo brillaban con una quebradiza corteza de hielo. Lo tocó, pensativa. Un trozo de hielo se rompió al contacto de sus dedos y cayó en la mesita de noche. No empezó a fundirse; la habitación seguía muy fría.

El espejo del vestidor estaba helado. Y también la ventana.

«Hace frío afuera», pensó Vivian. Pero no *aquel* frío. Tal vez unos diez grados. Tal vez trece.

El sintonizador de la radio comenzó a moverse por sí solo, y el indicador de frecuencia avanzó con rapidez a través del iluminado dial, pasando de una emisora a otra. Retazos de música, trozos de cháchara de los pinchadiscos, algunas palabras de los diferentes presentadores de voz sobria de los noticiarios, y fragmentos de

anuncios comerciales mezclados con el rumor cacofónico de un sonido carente de significado. El indicador alcanzó el final del dial y comenzó a regresar por el mismo camino.

Temblando, Vivian desconectó la radio.

En cuanto soltó el botón, la radio se conectó por sí sola.

Se la quedó mirando, asustada y desconcertada.

El indicador recorría el dial con rapidez.

La desconectó por segunda vez.

De inmediato, se conectó por sí misma.

—Esto es una locura —dijo con voz temblorosa.

Cuando la apagó por tercera vez, mantuvo con fuerza el botón en su sitio. Durante unos segundos, estuvo segura de que sentía un forcejeo bajo sus dedos, cuando la ruedecilla trató de moverse hacia la posición de «encendido».

Por encima de su cabeza, los tres aeroplanos de modelismo empezaron a moverse. Cada uno de ellos estaba colgado del techo por medio de un trozo de sedal, y el extremo superior de cada sedal estaba atado en su propio gancho, atornillado con fuerza en el plástico. Los aviones comenzaron a dar tirones, a tintinear, a retorcerse y temblar.

—Es sólo la corriente —musitó Vivian.

Luego añadió:

—Sin embargo, no siento ninguna corriente.

Los aviones de modelismo iniciaron unos violentos saltos hasta llegar a los extremos de sus sedales.

—Dios mío, ayúdame —dijo Vivian.

Uno de los aviones giró en círculos cada vez más cerrados, y cada vez más y más deprisa, luego lo hizo en círculos más amplios, disminuyendo con firmeza el ángulo entre el sedal del que pendían y el techo del dormitorio. Al cabo de un momento, los otros dos modelos cesaron en su errático baile e iniciaron un giro rápido, igual que el primer avión, como si en realidad volaran, y no había el menor error respecto de que aquel movimiento deliberado no era, en absoluto, efecto de una corriente de aire.

«¿Fantasmas?», pensó Vivian. «¿Un *poltergeist*? Pero yo no creo en fantasmas. Esas cosas no existen».

Las puertas correderas de los armarios empezaron a moverse sobre sus guías y, durante unos horribles segundos. Vivian Neddler tuvo la sensación de que alguna cosa horrible estaba a punto de salir de aquel espacio oscuro. Pero no había ningún monstruo en el armario. Sólo ropa. Sin embargo, sin que las tocasen, las puertas se abrieron y luego se cerraron..., y luego volvieron a abrirse...

Los aparatos de modelismo giraban y giraban.

El aire parecía hacerse cada vez más frío.

La cama inició unas sacudidas. Las patas de los pies se alzaron unos centímetros antes de caer de golpe contra los topes que les habían colocado debajo para proteger

la alfombra; luego, se elevaron de nuevo. Los muelles sonaban como si unos dedos invisibles tirasen de ellos.

Vivian retrocedió hasta la pared y se quedó allí, rígida, con los ojos muy abiertos y las manos caídas a los costados.

De una forma tan abrupta como había comenzado todo, se detuvo. Las puertas se cerraron con un fuerte chasquido. Los aeroplanos de modelismo hicieron más lento su movimiento, en giros circulares cada vez más pequeños, hasta que, al fin, se quedaron quietos, colgando, como siempre habían estado, inmóviles.

La habitación quedó en silencio.

Nada se movía.

El aire comenzaba a caldearse.

Vivian era consciente de que los latidos de su corazón iban amortiguándose desde el duro y frenético ritmo que habían adoptado durante un par de minutos. Se abrazó a sí misma y tembló.

«Una explicación lógica», se dijo. «Tiene que haber una explicación lógica».

Pero no era capaz de imaginar cuál podría ser.

A medida que la habitación se calentaba de nuevo, el pomo de la puerta, el revestimiento del estereo, y algunos otros objetos metálicos, fundieron sus frágiles capas de hielo, dejando unos cercos húmedos en la alfombra. Los helados cristales de la ventana se desempañaron.

El cuarto no tenía el menor indicio de que algo fuera de lo corriente acabara de suceder. Ahora, sólo era el dormitorio de un niño, un cuarto como otros muchos miles más.

Excepto, desde luego, que el chico que en un tiempo había dormido en él llevaba muerto un año. Y tal vez estuviera regresando, y lanzara encantamientos sobre aquel lugar.

«Pero yo no creo en fantasmas», se recordó Vivian. «No existen esas cosas que llamamos fantasmas».

«De todos modos, me parece una buena idea eso de que Tina Evans se desembarace de las pertenencias del niño. Es una medida que ella debería haber adoptado hace ya mucho tiempo».

Vivian no tenía una explicación lógica para lo que había sucedido, pero una cosa sí tenía muy clara: no le contaría a nadie lo que había visto esa noche. Pese a toda la convicción y ardor que pusiera en sus palabras para contar todos esos pintorescos acontecimientos, nadie la creería. Asentirían y sonreirían con expresión taimada, convendrían en que se trataba de una extraña y temible experiencia, pero durante todo el rato estarían pensando en que aquella pobre vieja Vivian, finalmente, se había vuelto senil. Más pronto o más tarde, los rumores acerca de *poltergeist* acabarían por llegar a oídos de su hija en Sacramento, y, en ese caso, la presión para que se trasladara a California se volvería de todo punto irresistible. Y Vivian no quería poner en peligro su preciosa independencia.

Salió del dormitorio, regresó a la cocina y se bebió dos tragos del mejor bourbon de Tina Evans. Luego, con su estoicismo característico, continuó con la limpieza de la casa.

Se negó a que aquello del *poltergeist* la asustara.

Sin embargo, sería aconsejable ir a la iglesia el domingo. Hacía mucho tiempo que no pisaba una iglesia. Quizá sería bueno que acudiera de vez en cuando. Por supuesto, no cada semana. Sólo una o dos misas al mes. Y confesarse alguna vez que otra. Hacía siglos que no veía el interior de un confesionario. Uno no tenía otro remedio que ser cauto.

Todos los que pertenecen al mundo del espectáculo saben que la gente que no paga en las sesiones de preestreno es la más difícil de contentar. Por lo general, el hecho de que obtengan gratis la invitación no garantiza su apreciación de las cosas, o ni siquiera que vayan a mostrarse amables. La persona que paga un buen precio por algo es probable que deposite en esto más valor que el hombre que lo consigue de balde. Este viejo proverbio se aplica a los espectáculos del escenario y a los auditorios invitados a la fuerza.

Pero no esa noche. *Aquella* multitud no era en modo alguno capaz de permanecer indiferente.

El telón se bajó a las diez menos once minutos, y la ovación continuó hasta que el reloj de pulsera de Tina señaló la hora en punto. Los artistas de *Magyck!* tuvieron que saludar con la cabeza muchas veces; luego, los técnicos, la orquesta, todos enrojecidos por la excitación de formar parte de un éxito fuera de serie. Ante la insistencia del feliz y bullicioso público de VIP, tanto Joel Baldiri como Tina fueron localizados con los focos en su palco, y se vieron recompensados con una atronadora ronda de aplausos.

Tina sentía correr la adrenalina por ella, sonriendo, sin respiración, incapaz de absorber la abrumadora respuesta a su trabajo. Helen Mainway charlaba, excitada, acerca de los espectaculares efectos especiales; Elliot Stryker tenía en cartera un infinito repertorio de cumplidos, al tiempo que algunas astutas observaciones acerca de los aspectos técnicos de la producción. Charlie Mainway estaba sirviendo una tercera botella de «Dom Perignon», las luces se encendieron y los asistentes, a desgana, comenzaron a marcharse. Tina apenas tuvo una oportunidad para beberse el champaña porque todo el mundo se detenía junto a su mesa para felicitarla.

A las diez y media, la mayoría de la audiencia se había ido, y los que aún quedaban allí hacían cola, avanzando hacia las puertas traseras de la sala. Aunque esa noche no había otra función, como ocurriría cada noche a partir de entonces, camareros y camareras estaban muy atareados limpiando las mesas, para volver a colocar manteles nuevos de lino y la cubertería de plata con vistas a la función del día siguiente a las ocho de la noche.

Cuando el pasillo de enfrente del palco quedó vacío de tantos felicitadores, Tina se levantó y se reunió con Joel mientras éste iba hacia ella. Lo rodeó con sus brazos y, ante su propia sorpresa, comenzó a llorar de felicidad. Lo besó con fuerza y Joel proclamó que el espectáculo era «un gargantúa como nunca había visto otro».

Al llegar al escenario, la fiesta de la noche de estreno estaba en todo su apogeo. Los decorados y accesorios aparecían apartados del suelo central, y ocho mesas plegables habían sido instaladas, con manteles blancos, y cargadas de comida. Había toda clase de entremeses, ensalada de macarrones, ensaladilla rusa, ensalada de guisantes, buey asado frío, jamón caliente, pechugas calientes de pollo en salsa de



vino, cuatro clases de quesos, tallarines con mantequilla en una humeante olla, guarniciones, panecillos, tres clases de pastelillos, tres clases de pasteles de frutas, *petits fours*, budín de nueces y frutas frescas. Personal de la dirección del hotel, coristas, bailarines, magos, técnicos y músicos formaban grupos alrededor de las mesas, probando de esto y de aquello, mientras que Philippe Chevalier, el jefe principal de los cocineros del hotel, lo vigilaba todo personalmente. Sabedores de que tenían preparado ese auténtico festín para la fiesta, pocos de los presentes habían cenado previamente; y, desde luego, los bailarines habían comido poco, o, en la mayoría de los casos, nada en absoluto desde su ligero desayuno. Todos lanzaban exclamaciones referidas a la comida y se amontonaban en torno del bar portátil. Con el regusto de los aplausos aún fresco en todas las mentes, la fiesta llegó pronto a su pleno apogeo.

Tina se mezcló con los grupos, fue de acá para allá, desde las cajas al proscenio, a través de la multitud. Dio las gracias a todo el mundo por su contribución al éxito del espectáculo. Y felicitó a cada uno de los miembros del reparto y a los técnicos por su dedicación y profesionalismo. En varias ocasiones se encontró con Elliot Strykert, y éste pareció genuinamente interesado por saber cómo habían conseguido los asombrosos efectos del decorado. Era un buen oyente y estaba lleno de brillantes preguntas. Cada vez que Tina debía desplazarse para hablar con alguna otra persona, lamentaba tener que dejar a Elliot y, cada vez que se encontraba de nuevo con él, permanecía a su lado más tiempo del que había estado antes. Tras su cuarto encuentro, perdió la cuenta del tiempo que llevaban charlando. Finalmente, se olvidó de seguir dando vueltas por allí.

Se quedaron cerca de la columna izquierda del proscenio, alejados del flujo principal de la fiesta. Mordisquearon algunos pastelillos y hablaron un poco más acerca de *Magyck!*, para pasar después, a otros temas: la ley, Charlie y Helen Mainway, los bienes raíces en Las Vegas, sus películas antiguas favoritas..., y a Tina le pareció cada vez más y más agradable. Era inteligente y comprensivo, tenía auténtico sentido del humor y sus morenos rasgos le recordaban a Al Pacino.

—Supongo que estarás por aquí muchas noches a partir de ahora —dijo Elliot.

—No —replicó ella—. En realidad no necesito hacerlo. —Pensé que una directora...

—La parte más importante de la dirección ya se ha acabado. Tendré que comprobar la marcha de las representaciones cada dos semanas, más o menos, para asegurarme de que el tono de la obra no se va perdiendo respecto de mi intención al dirigirla.

—Pero también eres la coproductora —insistió Elliot.

—Es cierto, aunque, ahora que el espectáculo ha comenzado con éxito, la mayor parte de mis obligaciones como productora se centrará en el área de las relaciones públicas y la promoción. Y un poco también de organización, para que la producción continúe su desarrollo sin problemas. Pero la mayor parte de esas cosas las llevo

desde mi despacho. No necesito estar siempre cerca del escenario. En realidad, Joel dice que no resulta saludable para un productor permanecer cada noche entre bastidores..., o ni siquiera la mayor parte de las noches. Dice que no haría otra cosa que poner nerviosos a los intérpretes, y que los técnicos estarían más pendientes del jefe que de mantener la vista puesta en su trabajo.

—Pero ¿serás *capaz* de resistirte?

Tina sonrió.

—No me resultará fácil hallarme lejos de todo esto. Pero en lo que Joel dice hay una gran dosis de sentido común, por lo que trataré de tomarme las cosas con frialdad.

—De todos modos, me parece que estarás aquí cada noche, por lo menos durante la primera semana.

—No —repuso Tina—. Si Joel tiene razón, y estoy segura de que es así, será mejor que me acostumbre a permanecer alejada del escenario desde el comienzo.

—¿Mañana por la noche?

—Oh, es probable que me asome por aquí en uno u otro momento.

—Supongo que irás a alguna fiesta de Nochevieja.

—Te equivocas de nuevo —respondió ella, sonriente—. Odio las fiestas de Nochevieja. Todo el mundo anda borracho y molestando.

—Pues, en ese caso..., mientras vienes y te vas después de echar un ojo a *Magyck!*..., ¿te parece que tendrías tiempo para cenar?

—¿Me estás pidiendo una cita...?

—Trataré de no sorber la sopa...

—¿Me estás pidiendo una cita...? —repitió ella, complacida.

—Sí —replicó Elliot—. Y hace muchísimo tiempo que no pasaba por estos malos tragos.

—Y eso, ¿por qué?

—Por ti, supongo.

—¿Hago que lo pases mal?

—Me haces sentir joven. Y cuando era joven, pasaba muy malos ratos.

—Qué bonito es eso...

—Intento encantarte.

—Pues lo estás consiguiendo.

Ahora fue Elliot el que hizo aflorar una cálida sonrisa.

—Pues mira, de repente, ya no me encuentro aturullado...

—¿Quieres empezar otra vez?

—¿Te gustaría cenar conmigo mañana?

—Claro que sí. ¿Qué te parece a las siete y media?

—Estupendo. ¿Con traje de etiqueta o de calle? —preguntó Elliot.

—Con tejanos...

Él se llevó las manos al cuello almidonado y a las solapas de satén de su

esmoquin.

—Me alegra que digas eso.

—Te daré mi dirección —prosiguió ella, mientras buscaba un bolígrafo en su bolso.

—Podríamos encontrarnos aquí, ver los primeros números de *Magyck!* y luego ir al restaurante.

—¿Y por qué no al restaurante directamente?

—¿No quieres pasar un momento por aquí?

—He decidido conservar la sangre fría.

—Joel estará orgulloso de ti.

—Si en realidad lo consigo, la que estará orgullosa será yo de misma.

—Lo conseguirás. Me has dado la sensación de que eres una mujer muy valiente.

Tina sonrió.

—Cuando me encuentre en mitad de la cena, seguro que se apoderará de mí una desesperada necesidad de venir a todo correr aquí y empezar a actuar como productor.

—Estacionaré el coche delante de la puerta del restaurante, y, por si las moscas, dejaré el motor en marcha.

Tina le facilitó su dirección, y luego, sin darse cuenta, estaban hablando de jazz y de Benny Goodman, y, más tarde, del vergonzoso servicio que la compañía telefónica de Las Vegas proporcionaba, es decir, hablando de todo y de nada, como si en realidad fuesen viejos amigos. Él tenía una gran variedad de intereses; entre otras muchas cosas, era esquiador y piloto, y conocía historias muy divertidas acerca de aprender a esquiar y a volar. Elliot hizo que ella se sintiera a gusto, aunque, al mismo tiempo, también la intrigó. Proyectaba una imagen interesante, una mezcla de poder y gentileza, de agresiva sexualidad y de amabilidad.

Un espectáculo de éxito..., montañas de cheques por derechos de autor de ese momento en adelante..., una infinidad de nuevas oportunidades a su alcance debido a su aplastante primer éxito... la perspectiva de un nuevo y excitante amante... Mientras hacía la lista de tantas bendiciones, Tina se asombró de cuánta diferencia puede haber de un año a otro en una vida. De la amargura, el dolor, la tragedia y una tristeza insoportable, había dado la vuelta para enfrentarse a un horizonte iluminado por una promesa en ciernes. Por fin, el futuro merecía la pena de ser vivido. Y es más, no podía imaginarse que algo pudiese salir mal.

La noche había caído sobre la casa de los Evans, y un seco viento del desierto la azotaba. Un gato blanco de un vecino correteó por el césped, en persecución de un trozo de papel movido por el viento; el gato dio un salto, y falló su presa; hizo una voltereta, se asustó de sí mismo y salió corriendo como una centella hacia otro patio.

En el interior, la casa estaba casi en un silencio total. De vez en cuando el termostato del frigorífico se conectaba y se desconectaba, con un ronroneo. Un cristal flojo de la ventana del salón golpeaba ligeramente cuando una fuerte ráfaga de viento chocaba contra él. El sistema de calefacción se ponía en funcionamiento y, durante un par de minutos, de vez en cuando, la pantalla susurraba silenciosa al salir el aire caliente por las aberturas.

Poco antes de medianoche, el cuarto de Danny comenzó a enfriarse. En el pomo de la puerta, en la tapa del estéreo y en un par de otros objetos metálicos, el rocío comenzó a condensarse a causa del aire húmedo. La temperatura descendió con rapidez y las gotitas de agua se helaron. En la ventana apareció la escarcha. El estéreo se puso en marcha él solo.

Durante unos segundos el silencio fue roto con un chillido electrónico tan agudo como el filo de un hacha. Luego, aquel ruido chirriante cesó de repente y el selector de emisoras empezó a moverse con rapidez, adelante y atrás a lo largo del iluminado dial de la radio. Retazos de música y fragmentos de voces crepitaron en un mágico montaje de audio, que llenó la fría estancia.

Pero en aquel momento, no había nadie en la casa para escucharlo.

La puerta del armario se abrió, se cerró, se abrió...

En el interior del armario, camisas y tejanos comenzaron a moverse en las perchas de las que colgaban y algunas prendas cayeron al suelo.

La cama empezó a dar sacudidas.

El expositor que contenía los nueve aviones de modelismo osciló, y golpeó repetidas veces contra la pared. Uno de los modelos se cayó de su estante; luego, dos más, después tres, luego otro, hasta que, en un momento, los nueve aviones formaron un informe montón en el suelo.

En la pared, a la izquierda de la cama, un cartel de Willie Starge se rasgó por la mitad.

El dial de la radio cesó su búsqueda, su movimiento se detuvo en una frecuencia abierta, que siseó y se disparó con una distante estática. Al cabo de unos minutos de silencio, una voz atronó por los altavoces. Pertenecía a un chiquillo. Un niño. No se percibían palabras. Sólo un prolongado y agonizante chillido.

La voz se extinguió al cabo de un minuto, pero la cama reinició sus golpazos con mucha más fuerza que antes.

Y la puerta del armario se abrió con ruido y se cerró con una fuerza sustancialmente mayor.

Comenzaron a moverse también otros objetos. Durante casi cinco minutos, la habitación pareció estar viva.

Luego, todo movimiento murió.

El aire empezó a caldearse de nuevo.

La escarcha desapareció de la ventana y, afuera, el gato blanco, siguió persiguiendo el trozo de papel.

## **Segunda parte**

**MIÉRCOLES, 31 DE DICIEMBRE**

Tina no regresó a su hogar después de la fiesta hasta poco antes de las dos de la madrugada del miércoles. Se dirigió en línea recta a la cama, agotada y algo achispada, y rápidamente se sumió en un sueño profundo.

Más tarde, tras sólo un par de horas sin soñar, tuvo otra pesadilla acerca de Danny. Se hallaba atrapado en el fondo de un agujero muy hondo. Oía su asustada vocecita que la llamaba, y ella miraba por encima del borde del pozo, y veía al niño allá abajo, tan lejos que su rostro era sólo una pequeña y pálida mancha. El niño deseaba desesperadamente salir, y ella quería sacarle mucho más de lo que había deseado algo jamás; pero él estaba encadenado, incapaz de trepar, y Tina no tenía la menor posibilidad de llegar hasta él. Luego, un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, con el rostro oculto por las sombras, apareció desde el extremo más alejado del pozo y comenzó a arrojar tierra sobre él. El grito de Danny se convirtió en un chillido de terror, lo estaban enterrando vivo. Tina le gritó al hombre de negro, pero éste la ignoró y siguió echando paladas de tierra sobre Danny. Tina comenzó a rodear el pozo, determinada a conseguir que dejase lo que estaba haciendo, pero el hombre se alejaba un paso por cada uno que ella daba hacia él, y siempre se encontraba exactamente al otro lado del agujero en relación a Tina. Esta no podía alcanzarle y tampoco llegar hasta Danny, y la tierra le había llegado al niño a las rodillas: luego, a la cintura; y hasta los hombros ya. Danny se quejaba y chillaba. La tierra le alcanzaba la barbilla, pero el hombre de negro no se detuvo. Tina deseó matar a aquel hijo de puta, golpearle hasta la muerte con su propia pala; y cuando pensó en hacerlo, el hombre la miró, y Tina vio su rostro, poco más que una calavera, con mandíbula alargada, relucientes ojos rojos y una sonrisa de dientes amarillentos. Un racimo de gusanos colgaba de la mejilla izquierda del hombre y le llegaba hasta el extremo de su ojo izquierdo, alimentándose a expensas de él. Su terror de que Danny fuese enterrado vivo se mezcló ahora con el miedo por su propia vida. Luego, los gritos de Danny se hicieron apagados, pero con mayor urgencia que antes, y la tierra comenzó a cubrirle el rostro y a introducirse en su boca, y Tina supo que tenía que bajar allí y quitarle la tierra de la cabeza antes de que se ahogara, por lo que, impulsada por un pánico ciego, se tiró al pozo, y empezó a caer, a caer...

En aquel momento salió del sueño. Jadeaba, estremecida. Tenía la íntima sensación de que el hombre del traje negro estaba en su dormitorio en aquel preciso instante, que aguardaba, silencioso, en la oscuridad, sonriendo. Con el corazón palpitándole, tanteó en busca de la luz de la mesilla de noche, temerosa de que una mano húmeda y fría se cerrase alrededor de la suya, mientras buscaba el interruptor. Parpadeó ante la súbita luz y, ¡gracias a *Dios!* observó que se encontraba sola.

—¡Jesús! —exclamó con voz débil.

Se pasó una mano por el rostro y percibió que lo tenía cubierta por una película de sudor. Se secó la mano en las sábanas.

Realizó algunos ejercicios de respiración, en un intento de calmarse.

No podía dejar de temblar. Se fue al cuarto de baño y se lavó el rostro. En el espejo vio que estaba demacrada y exangüe.

Tenía la boca seca y con un sabor agrio. Se bebió dos vasos de agua fría.

Ya de regreso en la cama, no quiso apagar la luz. Su miedo la encolerizó consigo misma y acabó por cerrar el conmutador. El regreso de la oscuridad resultó amenazador. No estaba segura de que pudiera dormir más; pero debía intentarlo. Aún no eran las cinco. Había dormido menos de tres horas, y necesitaba mucho más descanso del conseguido; y eso no sólo para aquella noche, sino también con respecto al último mes transcurrido. Vaciaría la habitación de Danny por la mañana. Entonces, las pesadillas cesarían. Estaba convencida por completo de ello.

Recordó las tres palabras de tiza que había borrado ya dos veces de la pizarra de Danny —NO ESTOY MUERTO—, y cayó en la cuenta de que había olvidado telefonear a Michael. Debía enfrentarle con sus sospechas. Tenía que saber si Michael había estado en la casa, en el cuarto de Danny, sin su conocimiento o permiso.

*Debía haber sido Michael.*

Podía encender la luz y llamarle en ese momento. Estaría durmiendo, pero Tina no sentiría ni un ápice de culpabilidad si lo despertaba, no después de todas las noches insomnes a que él la había sometido. Pero no se sentía preparada para la batalla. Sus ánimos se habían mustiado con el vino y el agotamiento. Y si Michael se había deslizado en la casa como un muchachito que llevaba a cabo una cruel travesura, si había escrito aquel mensaje en la pizarra, en ese caso, su odio hacia ella era mucho mayor de lo que había pensado. Y eso lo convertía en un hombre cruel. Si se había vuelto violento y abusivo verbalmente, si se portaba de una forma irracional, en ese caso, necesitaría mantener las ideas claras para tratar con él. Le llamaría al día siguiente, cuando ella hubiera recuperado parte de su fuerza.

Bostezó, se dio la vuelta en la cama y se deslizó hacia el sueño. No soñó más, y cuando se despertó a las diez, se encontraba recuperada y excitada de nuevo por los sucesos de la noche anterior.

Llamó a Michael, pero no estaba en casa. A menos que hubiera cambiado de turno durante los seis meses transcurridos desde su separación, no iría a trabajar hasta mediodía, y decidió que probaría otra vez al cabo de media hora.

Tras retirar el periódico de la mañana del buzón de la puerta, leyó la delirante reseña de *Magyck!* que el crítico de espectáculos del *Review-Journal* había escrito. Al no haber podido encontrar nada malo en la revista, sus elogios eran tan efusivos que, incluso leyéndolos en su propia cocina, se sintió algo incómoda.

Tomó un ligero desayuno: jugo de uvas con un panecillo inglés, y luego se dirigió a la habitación de Danny para meter sus cosas en cajas. Al abrir la puerta, se detuvo, asombrada, ante lo que vio.

La habitación era un caos. Los aviones de aeromodelismo no se encontraban en su expositor; aparecían tirados por el suelo, y unos cuantos estaban rotos. La



colección de libros en rústica de Danny se habían caído de su librería y se hallaban diseminados por todos los rincones. Los tubos de pegamento, las botellitas de esmalte y las herramientas para aeromodelismo, que tenía encima de su pupitre, se encontraban en el suelo, junto con todo lo demás. El cartel de uno de los ídolos de béisbol del niño estaba desgarrado; colgaba de la pared en varios trozos. Los muñequitos de la *Guerra de las Galaxias* se habían caído del cabezal de la cama. Las puertas del armario aparecían abiertas, y todas las ropas de su interior se veían esparcidas por el suelo. La mesa de juegos se hallaba volcada. El caballete estaba caído en la alfombra, con la pizarra hacia abajo.

Temblando de ira, Tina cruzó la estancia con lentitud, poniendo cuidado de no pisar aquellos restos. Se detuvo ante el caballete, lo colocó en su sitio, vaciló y luego lo giró para ver el lado de la pizarra.

## NO ESTOY MUERTO

—¡Maldita sea! —gritó furiosa.

Vivian Neddler había acudido a limpiar por la noche, pero ésa no era la clase de cosas que Vivian sería capaz de hacer. Si aquel revoltijo hubiera estado cuando Vivian llegó, la anciana lo habría limpiado, y dejado una nota acerca de lo ocurrido. Resultaba claro que el intruso se había presentado después de que Mrs. Neddler se marchara.

Ardiendo de ira, Tina cruzó la casa, y comprobó, con meticulosidad, cada ventana y cada puerta. No había señales de que la entrada hubiera sido forzada.

De nuevo en la cocina, llamó a Michael. Siguió sin responder. Colgó el teléfono con violencia.

Sacó las páginas amarillas de un cajón y las hojeó hasta que encontró los anuncios de cerrajeros. Eligió la empresa que tenía el anuncio más grande y marcó el número.

—«Anderlingen Lock and Security» —dijo la mujer que respondió al teléfono.

—Su anuncio de las páginas amarillas afirma que pueden mandarme, en menos de una hora, un operario para que cambie la cerradura de la puerta de entrada.

—Ésos son nuestros servicios de urgencia. Cuestan más.

—No me importa en absoluto —replicó Tina.

—Si nos da su nombre para nuestra lista de tareas, lo más probable es que podamos enviarle un equipo a las cuatro, o mañana por la mañana lo más tarde. Y el servicio normal le resultaría un cuarenta por ciento más barato que el de urgencia.

—Unos gamberros han estado anoche en mi casa —explicó Tina.

—En qué mundo vivimos —fue el comentario de la mujer de «Anderlingen».

—Han roto un montón de cosas.

—Oh, cuánto siento escuchar eso.

—... por lo tanto, deseo cambiar las cerraduras de inmediato.

—Muy bien.

—Y quiero que instalen unas buenas cerraduras. Las mejores que tengan.

—Deme su nombre y dirección, y le enviaré un equipo ahora mismo.

Un par de minutos después, tras colgar el teléfono. Tina volvió al cuarto de Danny para repasar de nuevo los desperfectos. Mientras observaba aquel desastre, exclamó en voz alta:

—¿Qué diablos quieres de mí, Mike?

Dudó que él pudiera responder a aquella pregunta, incluso de haberla oído. ¿Qué excusa tendría preparada? ¿Qué retorcida lógica justificaría aquella clase de conducta perversa? Era algo cruel, odioso.

Se estremeció.

Tina se presentó en el «MGM Grand Hotel» a las dos menos diez, el miércoles por la tarde, y dejó su «Volkswagen» *Rabbit* para que el chico encargado de los coches lo aparcara.

El «Grand» era uno de los hoteles más populares de la ciudad, y ese último día del año estaba atiborrado. En el casino, que era tan grande como un campo de fútbol, había dos mil o tres mil personas por lo menos. Centenares de jugadores: mujeres muy jóvenes y guapas, abuelas de rostros angelicales; petimetres con tejanos y camisetas; hombres mayores con prendas costosas, pero ya un tanto ajadas; unos cuantos tipos con trajes con chaleco; vendedores, médicos, mecánicos, secretarias, abogados, estadounidenses de todos los Estados del Oeste; excursionistas de casi todas las ciudades del Este; turistas japoneses, algunos franceses, unos cuantos árabes. Todos se sentaban a las mesas del *blackjack*, moviendo dinero y fichas. A veces retiraban sus ganancias; otras, aferraban con ansia las cartas servidas desde cinco puestos. Cada jugador reaccionaba de todas las maneras previsibles: algunos rugían de gozo; otros gruñían, varios sonreían a su pesar y meneaban la cabeza; algunos bromeaban con los crupieres rogándoles que les diesen mejores cartas y, finalmente, otros eran silenciosos, educados, atentos y con apariencia de hombres de negocios, como si creyeran que estaban enzarzados en alguna forma razonable de planificación de inversiones. Centenares de otras personas permanecían de pie detrás de los jugadores; se dedicaban a observar, o aguardaban hasta que quedaba algún asiento libre. En las mesas de dados, la muchedumbre, compuesta casi toda por hombres, era más bulliciosa que los aficionados al *blackjack*; gritaban, aullaban, bromeaban, gruñían, jaleaban al que tiraba los dados y lo imprecaban en voz alta. A la izquierda, las máquinas tragaperras ocupaban toda la extensión del casino, hilera tras hilera de ellas, brillantes, y alegremente iluminadas, atendidas por jugadores que se mostraban más habladores que los jugadores de cartas, pero no tan vocingleros como los tiradores de dados. A la derecha, más allá de las mesas de dados, a mitad de camino de la larga sala, elevada respecto del suelo Principal, se encontraban los puestos de mármol blanco y bronce del bacarrá, a los que asistían un grupo más opulento y tranquilo de jugadores; en ellos, tanto el crupier jefe como los ayudantes llevaban esmoquines blancos. Y en todos los rincones del gigantesco casino, había camareras de cócteles con sus cortos y escotados vestidos, que revelaban unas piernas largas, y de generosos escotes; iban de acá para allá, de un lado a otro, como si fuesen los hilos que mantenían unida a aquella muchedumbre.

Tina se abrió paso por entre los mirones que pululaban por el amplio pasillo central y localizó a Michael casi enseguida. Era el que llevaba el juego del *blackjack* en una de las primeras mesas. Se trataba de un juego con una apuesta mínima de cinco dólares, y las siete sillas aparecían ocupadas. Michael sonreía y charlaba con los jugadores. Algunos crupieres eran fríos y poco comunicativos, pero Michael

siempre decía que el día pasaba más deprisa si uno se comportaba amistosamente con el público. No era de extrañar que fuese uno de los crupieres que más propinas recibía.

Michael, esbelto y rubio, con unos ojos casi tan azules como los de Tina, tenía gran parecido con Robert Redford, casi resultaba demasiado guapo. Tampoco resultaba sorprendente que las jugadoras le diesen más propinas, y con más generosidad, que los hombres.

Cuando Tina se introdujo en el pequeño espacio que había entre las mesas y captó la atención de Michael, la reacción que observó en éste fue muy diferente a la que ella había esperado. Creyó que su sola presencia haría desaparecer la sonrisa de su rostro. Pero, en vez de ello, su sonrisa se ensanchó y pareció existir auténtico deleite en sus ojos.

Estaba barajando los naipes cuando la vio y continuó haciéndolo mientras hablaba:

—Eh, hola. Estás guapísima, Tina. Un auténtico placer para unos cansados ojos.

Ella no estaba preparada para que él se portara con tanta amabilidad, y se quedó un tanto confusa ante lo afectuoso de su saludo.

—Eh..., gracias...

—Es un suéter muy bonito. Me gusta. El azul es el color que te favorece más.

Tina esbozó una tonta sonrisa y trató de recordar que había ido para acusarle de llevar a cabo una broma muy cruel con ella.

—Oye, Michael, necesito hablar contigo.

El hombre miró su reloj.

—Dentro de cinco minutos, tendré un rato de descanso.

—¿Dónde puedo encontrarte?

—¿Por qué no me esperas exactamente donde estás? Podrás ver cómo estas amables personas me sacan un montón de dinero.

Todos los que jugaban en la mesa sonrieron, y por todas partes se levantaron comentarios acerca de la remota posibilidad de que llegaran a ganar a su crupier.

Michael sonrió también e hizo un guiño a Tina.

Ésta no tuvo más remedio que exhibir una ancha sonrisa.

Aguardó, impaciente, a que aquellos cinco minutos transcurrieran. Nunca se encontraba a gusto en un casino cuando estaba lleno. La frenética actividad y la excitación sin fin, que a veces se cargaba de histeria, le descomponían los nervios.

La amplia sala era tan ruidosa que aquella mezcla de sonidos parecía haberse convertido en una sustancia visible, como una neblina húmeda y amarillenta que colgase en el aire. Las máquinas tragaperras en marcha sonaban, zumbaban, silbaban, traqueteaban; las monedas tintineaban en las bandejas de alta resonancia de los plenos, que habían sido diseñados para atraer a los buscadores de fortunas de todo el casino. Las bolas chocaban en torno de las ruedas giratorias de las ruletas. Una banda de cinco miembros, con potentes amplificadores, tocaba música *pop* desde el pequeño

escenario en elabierto salón de los cócteles, más allá y ligeramente por encima de las máquinas tragaperras. El sistema de avisos no hacía más que atronar nombres. El hielo entrechocaba en los vasos, mientras los jugadores bebían y jugaban. Y todo el mundo parecía hablar al unísono.

Cuando a Michael le llegó el momento de su descanso, un crupier sustituto se hizo cargo de la mesa, y Michael salió del pozo del *blackjack*, hasta llegar al pasillo central.

—¿Quieres hablar conmigo?

—Aquí no —replicó Tina, medio gritando—. No me oigo ni a mí misma.

—Vayamos a la galería comercial.

—Muy bien.

Para llegar a las escaleras mecánicas que los conducirían a la galería comercial de la planta baja, era necesario cruzar todo el casino. Michael le abrió paso, apartando con educación a aquella muchedumbre de día de fiesta, y Tina avanzó deprisa tras su estela, antes de que la senda abierta por él se cerrara de nuevo.

Cuando iban por la mitad de la larga sala, se detuvieron en un claro donde un nombre de mediana edad estaba caído de espaldas, inconsciente, delante de una mesa de *blackjack*. Llevaba un traje beige, una camisa crema, y una corbata estampada a juego. Detrás de su cabeza se veía un taburete caído, y varias fichas verdes por valor de unos centenares de dólares se hallaban esparcidas por la alfombra a su alrededor. Dos guardias de seguridad uniformados le practicaban los primeros auxilios, aflojándole la corbata y el cuello de la camisa y tomándole el pulso, mientras un tercer guardia de seguridad alejaba del lugar a los clientes curiosos.

—¿Un ataque al corazón, Peter? —preguntó Michael.

El tercer guardia miró a su alrededor.

—Hola, Mike. No, no creo que se trate del corazón. Parece una combinación de «desmayo de *blackjack*» y «vejiga de bingo». Llevaba sentado a aquella mesa ocho horas seguidas.

En el suelo, el hombre del traje beige gimió; sus párpados temblaron.

Meneando la cabeza, obviamente divertido, Michael rodeó el claro y pasó a través de la multitud hasta el otro lado.

Cuando al fin llegaron al final del casino y ya se encontraban en la escalera mecánica que conducía a la galería comercial, Tina inquirió:

—¿Qué significa eso de «desmayo de *blackjack*»?

—Algo estúpido, eso es lo que significa —explicó Michael, aún sonriente—. El tipo se sienta a jugar a las cartas y está tan ensimismado que pierde la noción del tiempo, que es, en realidad, lo que la dirección desea que haga, por supuesto; por eso no hay ventanas ni relojes en un casino. Pero, al cabo de un rato, el tipo pierde la noción del tiempo, no se levanta durante horas y horas, y sigue jugando como un auténtico *zombi*. Mientras tanto, también bebe demasiado. Cuando por último se levanta, lo hace demasiado aprisa. La sangre se le va de la cabeza y, *bang*, se

desmaya. Ése es el «desmayo del *blackjack*».

—Ah...

—Es algo que vemos a menudo.

—¿Y lo de la «vejiga de bingo»?

—Algunas veces, un jugador se absorbe tanto en el juego que, virtualmente, queda hipnotizado. Ha estado bebiendo de manera regular, pero se encuentra tan sumido en ese trance que ignora por completo la llamada de la Naturaleza, hasta que lo acomete un espasmo en la vejiga. Si se trata de uno muy grave, los conductos se bloquean; no puede aliviarse solo y tienen que llevarlo al hospital para introducirle unos catéteres.

—Dios mío, ¿lo dices en serio?

—Claro...

Abandonaron las escaleras mecánicas y penetraron en la galería comercial. Cantidades ingentes de personas pasaban por allí ante las tiendas de *souvenirs*, las galerías de arte, las joyerías, sastrerías muchos tipos más de comercios al por menor, pero no se encontraban tan apretujados como arriba, en el casino.

—Sigo sin ver ningún lugar donde poder hablar en privado —comentó Tina.

—Vayamos primero a la heladería y nos compraremos un par de cucuruchos de pistacho. ¿Qué te parece? El pistacho te ha gustado siempre.

—No me apetece un helado, Michael.

Había perdido ya el impulso de cuando la ira la dominaba, y ahora temía estar olvidando el propósito que había albergado al ir a verlo. Por todos los medios Michael trataba de mostrarse amable. Aquello no era lo que ella había esperado. Y no le parecía lógico que Michael se comportara de aquella manera con ella. Por lo menos, no era el Michael que conociera durante los últimos años. En los primeros tiempos de casados, se había mostrado divertido, encantador, fácil de manejar, pero no se había portado de esa manera con ella desde hacía mucho, mucho tiempo. Quedó más bien anonadada.

—No quiero helado —repitió—. Sólo deseo hablar.

—Bueno, pues si no quieres un poco de pistacho, yo sí. Me compraré un cucurucho y saldremos afuera: daremos un paseo por el estacionamiento. Hace un día bastante cálido.

—¿Cuánto dura tu descanso?

—Veinte minutos. Pero no estoy muy a buenas con el jefe. Si no regreso a tiempo, me empapelará.

La heladería se encontraba en el extremo de la galería comercial, cerca del cine, en el que sólo ponían películas de la «MGM». Mientras andaban, Michael siguió con su intento de distraerla, y comenzó a describirle otras enfermedades fuera de lo corriente a las que los jugadores eran propensos.

—Hay lo que llamamos el «ataque del pleno» —siguió Michael—. Durante años y años, la gente regresa de su viaje a Las Vegas y cuenta a todos sus amigos lo bien

que le ha ido en el juego. Todo el mundo pretende haber ganado. Y cuando, de repente, alguien consigue un pleno, sobre todo en una máquina tragaperras, donde las cosas ocurren en un abrir y cerrar de ojos, se queda tan sorprendido que se desmaya. Los ataques al corazón son más frecuentes alrededor de las máquinas tragaperras que en cualquier otro juego del casino, y un montón de víctimas son personas que acaban de mover tres palancas y les sale un pleno.

»También está el “síndrome de Las Vegas”. Eso ocurre cuando alguien, él o ella, pues esto les sucede a las mujeres tan a menudo como a los hombres, se emperrea con los juegos y va de uno a otro, hasta el punto de que se olvida de comer durante un día o más. De todos modos, cuando finalmente tiene hambre y se percata de que no ha comido, se traga unas opíparas raciones; entonces, la sangre se le baja de la cabeza al estómago, y se desmaya en mitad del restaurante. Por lo general, no es peligroso, excepto si aún tiene un bocado en la garganta al perder el sentido, pues pueden morirle por asfixia.

»Pero mi favorito es el que llamamos “síndrome de deformación del tiempo”. La gente llega aquí desde un montón de sitios aburridos, y, para ellos, Las Vegas es algo parecido a una Disneylandia para adultos. Hay muchos sitios adonde ir, mucho que ver y mucho que hacer, una excitación constante, que hace a la gente salirse de su ritmo habitual. Se van a la cama al amanecer y se levantan por la tarde; así, pierden la noción de cuándo es de día o de noche. Si la excitación dura algún tiempo, van a pagar la cuenta y entonces descubren que su fin de semana de tres días se ha convertido en uno de cinco días. No acaban de creérselo. Imaginan que quieren cobrarles de más y discuten con los recepcionistas. Cuando alguien les enseña un calendario o un periódico del día, se quedan conmocionados de veras. Han sido objeto de una deformación del tiempo y han perdido un par de días. ¿No es algo raro?

Michael siguió aquella charla amistosa hasta que se compró el cucurucho. Luego, mientras salían por la puerta trasera del hotel y andaban por el área de la zona de estacionamiento no vigilada, bajo el calor de dieciocho grados de un sol invernal, Michael prosiguió:

—Entonces, ¿de qué querías hablarme?

Tina no estuvo segura de cómo empezar. Su intención original había sido acusarle de haber destrozado el cuarto de Danny; estaba preparada para enfrentársele con violencia para que, aunque él no pretendiera que se enterara de que no lo había hecho, llegara, a su debido momento, y contra su voluntad, a reconocer su culpabilidad. Pero ahora, si empezaba por unas acusaciones graves después de haberse mostrado tan complaciente con ella, daría la sensación de ser una arpía histérica, y si aún le quedaba alguna ventaja, acabaría perdiéndola en un santiamén. Al fin se decidió.

—En la casa están pasando cosas extrañas —comenzó a hablar.

—¿Extrañas? ¿Como cuáles?

—Creo que alguien ha entrado durante mi ausencia.

—¿Lo crees?

—Pues... bueno, estoy segura de ello.

—¿Cuándo ha ocurrido?

Al pensar en las tres palabras de la pizarra, ella contestó:

—Tres veces la semana pasada.

Él detuvo el paseo en seco y se la quedó mirando:

—¿Tres veces?

—Sí. Anoche fue la última.

—¿Y qué dice la Policía?

—No la he avisado.

Michael frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Pues, sobre todo, porque no se llevaron nada.

—¿Me estás diciendo que alguien ha entrado tres veces en la casa y no ha robado nada?

Si Michael fingía inocencia, era mucho mejor actor de lo que Tina había pensado, y eso que creía conocerle muy bien. A fin de cuentas, había vivido con él durante mucho tiempo, a través de años de felicidad y años de miseria, y había llegado a conocer los límites de su talento para el engaño y la falsedad. Siempre sabía cuándo mentía. Y ahora no creía que lo estuviese haciendo. Había algo peculiar en sus ojos, en su especulativa expresión, pero no encerraba engaño. Parecía ignorar de buena fe, lo que hubiera podido ocurrir en la casa. Tal vez no tuviera nada que ver con ello.

Pero si Michael no había devastado el cuarto de Danny, si Michael no había escrito aquellas palabras en la pizarra, ¿quién lo había hecho?

—¿Y por qué iba alguien a entrar y salir sin llevarse nada? —preguntó Michael.

—Creo que sólo intentan trastornarme y asustarme.

—¿Quién querría hacer algo así? —preguntó él, con auténtica preocupación.

Ella no supo qué contestar.

—Nunca has sido la clase de persona que se crea un montón de enemigos —comentó Michael—. Eres una mujer a la que resulta muy difícil odiar.

—Pues tú lo has conseguido —replicó Tina, y aquello fue lo más cerca que estuvo de acusarle de algo. Él parpadeó, sorprendido.

—Oh, no. No, no, Tina. Yo nunca te he odiado. Quedé decepcionado por el cambio que habías dado. Estaba furioso contigo. Furioso y dolido. Eso lo admito. Por mi parte, hubo una gran cantidad de amargura. Es cierto. Pero lo que nunca hubo fue odio.

Ella suspiró.

Michael no había puesto patas arriba el cuarto de Danny. Ahora estaba absolutamente segura de eso.

—¿Tina...?

—Lo siento. No debería haberte molestado. En realidad, no estoy segura de por qué lo he hecho —le mintió—. Debería haber llamado a la Policía enseguida.



Michael chupó de su helado y la estudió durante un momento. Luego la sonrió.

—Comprendo —dijo—. Te resulta difícil darle vueltas al asunto. No sabes cómo empezar. Y por eso me has venido con esa historia.

—¿Historia? Michael, no se trata de ninguna historia.

—Relájate. Vale, Tina, vale —contestó él con la mayor amabilidad.

—Alguien ha estado entrando en la casa.

—Comprendo como te sientes.

Su sonrisa cambió; ahora se le veía muy pagado de sí mismo.

—De veras que lo comprendo, Tina —prosiguió, gentil, con un tono en la voz tranquilizador y, en cierto modo condescendiente—. No necesitas ninguna excusa para llevar a cabo lo que has venido a hacer. No precisas de ninguna historia acerca de que alguien se dedica a entrar en la casa. Lo comprendo, y estoy contigo. Así que, adelante. No te sientas incómoda por ello. Simplemente, ve al grano, vamos, adelante, y cuéntamelo. La mujer quedó perpleja.

—¿Decir, qué?

—Permitimos que nuestro matrimonio se saliese de madre. Pero, al principio, y durante bastantes años, tuvimos una gran relación entre manos. Podemos probar de nuevo, si realmente es eso lo que deseamos.

Tina se quedó atónita.

—¿Hablas en serio?

—En los últimos días no he hecho más que pensar acerca de esto. Cuando te he visto entrar en el casino, hace un rato, he sabido que yo estaba en lo cierto. En cuanto te vi, pensé que todo se iba a desarrollar exactamente como me lo había imaginado.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro que sí —prosiguió él, equivocándose al creer que el asombro de Tina era sólo de felicidad—. Ahora que has conseguido convertirte en productora, sentarás la cabeza. Eso tiene mucho sentido, Tina.

Sentar la cabeza, pensó furiosa. Aún insistía en considerarla una mujer con devaneos, y que pensaba por fin en formalizarse tras convertirse en una gran productora en Las Vegas. ¡Qué insufrible hijo de puta! Estaba furiosa, pero no replicó; no confiaba en sí misma, y ponerse a hablar..., temía que empezaría a gritarle en el mismo instante de abrir la boca.

—Existe mucha más vida que el llevar a cabo una carrera y probar de acá para allá —prosiguió Michael, con acento pontificador—. La vida hogareña cuenta también. El hogar y la familia. Eso también debe considerarse parte integrante de la vida. Y tal vez constituya la más importante. Esos últimos días, cuando tu revista empezaba a estar ya lista para el estreno, he tenido la sensación de que, por fin, te percatabas de que necesitabas algo más en la vida, algo bastante más satisfactorio en el aspecto emocional que cualquier otra cosa que extraigas al dedicarte a montar espectáculos de revista.

La ambición de Tina había sido, en parte, la que les llevó a la disolución de su

matrimonio; el problema no era sólo que ella tuviera unos auténticos anhelos de triunfar; el problema radicaba, sobre todo, en la actitud infantil de Michael hacia ella. Era feliz al ser crupier de *blackjack*; su salario y sus buenas propinas bastaban, según él, y estaba contento de deslizarse así a través de los años. Pero sólo dejarse llevar por las corrientes de la vida no resultaba suficiente para ella. Mientras Tina había luchado por pasar de bailarina a regidora de vestuario; de regidora a coreógrafo, de revistas de salones; de coordinadora a productora, Michael no se había mostrado contento con el compromiso que ella ponía siempre en su trabajo. De esa forma, les había dejado a un lado, a él y a Danny. Ella estaba convencida de que ninguno de los dos tenía motivos para creer que su importancia en la vida de ella había disminuido. Danny había sido maravilloso; Danny la había comprendido. Michael no había podido o querido hacerlo. Poco a poco, el disgusto de Michael respecto de su ambición se había complicado con una emoción más sombría; comenzó a sentir celos ante el menor de los éxitos de Tina. Ésta había tratado de animarlo para que prosperase en su propia línea de trabajo: de crupier, a jefe de sala; después a jefe de sección, hasta llegar a puestos más altos en la dirección del casino. Pero él no tenía la menor intención de trepar por aquella escalera. Se volvió orgulloso y petulante. Llegado el momento, intimó con otras mujeres. Ella quedó conmocionada ante la reacción de Michael, luego, confusa y, al final, profundamente entristecida. La única manera que tenía de conservar a su marido en aquellos momentos hubiera sido abandonar su nueva carrera; pero ella se negó a hacer algo así.

Un día, Michael dijo con claridad que, de hecho, nunca había amado a la auténtica Christina. No se lo dijo en la cara, mas con su conducta sí lo hizo. Sólo había adorado a la corista, a la bailarina, a aquella cosa adorable que todos los demás hombres codiciaban, la hermosa mujer cuya sola presencia a su lado había halagado su *ego*. Mientras siguió de bailarina, le dedicó la mayor parte de su vida, se colgó de su brazo, y sonrió y pareció deliciosa, gozó de toda la aprobación de su marido. Pero en el momento en que deseó ser algo más que un simple objeto sexual, él se rebeló. Herida mortalmente ante aquel descubrimiento, Tina se limitó a concederle la libertad que él tanto había deseado.

Y, ahora, pensaba que ella volvería a su lado arrastrándose. Ésa había sido la razón de que sonriera cuando vio a Tina al lado de su mesa de *blackjack*. Ésa era la razón de que se hubiera mostrado tan encantador. La enormidad de su *ego* la dejó atónita.

Michael permaneció a su lado, entre los rayos del sol, su blanca camisa decorada con las bandas de luz reflejada que emitían los parachoques cromados de los coches estacionados, y no hizo otra cosa que favorecerla con aquella sonrisa suya, autosatisfecha y superior, que hizo sentir a Tina tan fría como debería ser aquel día invernal.

En un tiempo, años atrás, Tina lo había amado, lo había amado mucho. Pero ahora no podía imaginarse ni comprender la razón de sus sentimientos.

—Michael, por si aún no te has enterado, te diré que *Magyck!* es un éxito. Un verdadero éxito.

—Claro que sí —respondió él—. Ya lo sé, cariño. Y estoy muy contento de ti. Estoy contento por ti y por mí. Ahora que ya has probado todo aquello que querías demostrar, podrás relajarte al fin.

—Michael, tengo intención de seguir con mi trabajo como productora. Y no voy a...

—Oh, no espero que lo dejes —respondió con la mayor magnanimidad—. No, no. Claro que no. Es bueno para ti tener algo a lo que dedicarte. Ahora lo comprendo. Pero con *Magyck!* representándose con éxito, no tendrás ya muchas cosas que hacer; será como antes...

—Michael... —comenzó a hablar, en un intento de decirle que montaría otra revista al año siguiente, que no deseaba verse representada sólo por una producción causal, y que ya tenía proyectos para Nueva York y Broadway, donde el retorno de los musicales estilo Bushy Berkeley se recibía con gritos de alborozo.

Pero él estaba tan enzarzado con sus fantasías, que no deseó tener nada que ver con ello. Michael la interrumpió mucho antes de que dijese algo más aparte de su nombre de pila.

—Podemos conseguirlo, Tina. En una ocasión funcionó, en los primeros años. Y puede ocurrir de nuevo. Aún somos jóvenes. Tenemos la oportunidad de empezar otra familia. Tal vez incluso un par de chicos y otro de chicas. Eso es lo que siempre he deseado.

Cuando efectuó una pausa para seguir chupando su helado, ella intervino.

—Michael, ésa no es la forma en que funcionarán las cosas.

—Bueno, tal vez tengas razón. Quizás una familia muy grande no sea buena idea en estos tiempos, con la economía tan mal y tanto barullo como hay en el mundo. Pero nos podemos permitir un par por lo menos, y tal vez tengamos la suerte de que sea la parejita, un niño y una niña. Por supuesto, habrá que esperar un año o algo así. Estoy convencido de que hay un montón de trabajo en una revista como *Magyck!*, incluso después del estreno. Aguardaremos a que estés segura de que todo irá sobre ruedas, hasta que ya no te ocupe demasiado tiempo. Entonces podremos...

—¡Michael, basta! —lo interrumpió ella con brusquedad.

Él parpadeó.

—En la actualidad no siento ningún vacío —empezó—. Y no anheló una vida doméstica. No me conoces más que cuando nos divorciamos.

La expresión de sorpresa de Michael fue convirtiéndose, poco a poco, en otra de preocupación.

Tina prosiguió:

—No me he inventado esa historia acerca de que alguien está entrando en la casa para que tú desempeñes el papel de hombre fuerte y de confianza, ante mi comportamiento típico de una mujer débil y asustada. Es verdad que alguien ha

entrado... He venido a verte porque pensé... Bueno, eso ya no importa...

Se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta trasera del hotel, por la que habían salido minutos antes.

—¡Aguarda! —exclamó Michael—. Tina, espera...

Ella se detuvo y lo miró.

Él corrió a su lado.

—Lo siento. Es culpa mía, Tina. He cometido una imbecilidad. Jesús, no he hecho más que farfullar como un idiota. No te he dejado decírmelo a tu manera. Sabía que lo deseabas, pero debí permitir que te expresases a tu propio ritmo. Estaba equivocado. Pero, en realidad, me encontraba muy excitado, Tina. Eso es todo. Debí haberme callado y dejar que tú lo expresaras primero a tu modo. Lo siento. Realmente, lo siento, cariño.

Había vuelto su gratificante y juvenil sonrisa.

—No me dejes decir tonterías. Ambos queremos lo mismo: una vida hogareña, familiar. No debemos dejar pasar esta oportunidad.

Ella le miró, furiosa.

—Sí, deseo una vida hogareña, una satisfactoria vida familiar. En esto tienes razón. Pero estás equivocado en todo lo demás. No quiero ser productora sólo para tener una actividad suplementaria en la que ocuparme. Ocuparme... Michael, eso es una estupidez. Nadie saca a la luz una revista como *Magyck!* por casualidad. No puedo creer que hayas dicho eso. No ha sido una juerga, sino una experiencia dura, que me ha debilitado tanto mental como físicamente, pero he disfrutado de cada minuto empleado. Y lo intentaré con mucho gusto de nuevo. Una vez, y otra, y otra... Produciré revistas que hagan parecer a *Magyck!* en comparación una cosa de aficionados. Y algún día tal vez sea madre de nuevo. Y también seré una condenada buena madre. Una buena madre y una buena productora. Tengo la inteligencia y el talento suficientes para ser algo más que tu capricho y tu ama de casa.

—Un momento, un momento —replicó él, que comenzaba a encolerizarse—. Espera un poco. No debes...

Tina lo interrumpió. Durante años, se había sentido lastimada y amargada. Nunca había querido provocar sus accesos de ira porque, al principio, quiso ocultárselo a Danny; no deseó, de ningún modo, que él se volviera contra su padre. Más tarde, una vez Danny murió, reprimió sus sentimientos porque sabía que, verdaderamente, Michael había sufrido por la pérdida de su hijo, y no había querido añadir todo eso a sus miserias. Pero, en ese momento, parte de esta acidez salió a flote, y por eso le cortó al principio de una frase y dijo:

—Te equivocas si has creído que he venido aquí arrastrándome. ¿Por qué diantres haría una cosa así? ¿Qué puedes darme que no consiga en cualquier otra parte? Además, tampoco has tenido nunca mucho que dar. Sólo das cuando estás seguro de que recibirás el doble, por lo menos, a cambio. Básicamente, lo que mejor haces es tomar, Mike. Y antes de que me cuentes más paparruchadas acerca de tu gran amor

por la vida familiar, quiero que sepas que yo no fui la que rompió nuestra familia. Yo no me dediqué a ir de cama en cama. Tú fuiste quien empezó a follarse cualquier cosa que respirase, y luego te vanagloriabas de estos amoríos fáciles, y lo hacías para herirme, nada más que por eso. Eras tú quien no regresaba a casa por las noches. Eras tú el que desaparecía los fines de semana con sus amiguitas. Y déjame decirte algo más, Michael. Todos esos fines de semana en la cama con otras me rompieron el corazón, y eso era lo que pretendías en realidad; y todo te iba de perlas. Pero nunca te paraste a pensar el efecto que tus ausencias tenían en Danny, ¿verdad? Si es verdad que amas tanto la vida familiar, ¿por qué no pasabas todos aquellos fines de semana con tu hijo?

—Así que no sé dar, ¿verdad? ¿Quién te regaló la casa en que vivíamos? ¿Quién tuvo que marcharse a un apartamento cuando nos separamos? y ¿quién se ocupa de la casa todavía?

Mike intentaba desviarla de su objetivo y cambiar el curso de sus argumentaciones. Tina se dio cuenta enseguida de lo que pretendía, y no estuvo dispuesta en lo más mínimo a que la distrajeran de su idea principal.

—¡No te hagas el patético, Michael! —dijo—. Sabes condenadamente bien que el pago de la casa salió, en mayor parte, de mis ingresos. Siempre empleabas tu dinero en coches deportivos y en buena ropa. Yo pagué el préstamo. Y eso lo sabes bien. Y nunca te he pedido que me pasaras pensión alimenticia. Además, todo eso no tiene nada que ver con lo que hablamos. Estamos hablando de la vida familiar, de Danny.

—Pues ahora eres tú quien ha de escucharme —la interrumpió Michel, con acritud.

—No. Te toca escuchar a ti, al fin te ha llegado el turno de escuchar. Si es que sabes hacerlo. Debías haberte llevado a Danny aquellos fines de semana, si es que no deseabas estar cerca de mí. Podías haberte ido de acampada con él. O haberle llevado un par de días a Disneylandia. O al río Colorado a pescar. Pero estabas demasiado ocupado en usar todas aquellas furcias para lastimarme y para probarte a ti mismo el garañón tan estupendo que eras. Podrías haber disfrutado todo ese tiempo con tu hijo. Él te echaba de menos, Michael; no comprendía por qué no estabas allí. Si hubieras pasado aquel precioso tiempo con él... Pero no deseabas hacerlo. Y tal y como se desarrollaron los acontecimientos, a Danny no le quedaba ya mucho tiempo...

Michael tenía el rostro blanco y temblaba. Sus ojos se habían oscurecido de rabia.

—Eres la maldita puta de siempre...

Tina suspiró y se encogió de hombros. Se sentía agotada. Cuando acabó de decirle todo lo que llevaba dentro, se sintió placenteramente agotada, como si alguna energía, diabólica y nerviosa, la hubiese abandonado.

—Eres la misma puta hinchapelotas de siempre —concluyó Mike.

—No quiero pelearme contigo, Michael. Incluso lamento si algo de lo que he dicho acerca de Danny te ha lastimado; aunque, Dios bien lo sabe, merecías escucharlo. De veras, tampoco quiero herirte. Puede sonarte raro, pero es verdad que

ya no te odio. No siento nada por ti. Nada en absoluto.

Se apartó y lo dejó allí, bajo el calor del sol, con el helado derriéndosele en la mano.

Atravesó la galería comercial, subió por las escaleras mecánicas al casino y se abrió paso entre la ruidosa muchedumbre que se agolpaba ante las puertas de entrada. Uno de los chicos del estacionamiento le llevó su coche, y lo condujo a través de la curvada entrada de coches del «MGM Grand Hotel». Se dirigió hacia el «Desert Mirage», donde tenía un despacho y le aguardaba trabajo que realizar.

Había conducido sólo una manzana cuando se vio forzada a apartarse a un lado de la calzada. No podía ver por dónde iba: unas ardientes lágrimas rodaban por su rostro. Estacionó bien el coche y, ante su propia sorpresa, comenzó a sollozar con fuerza.

Al principio no supo la razón; simplemente, se rindió a aquel dolor que la atravesaba por entero, sin hacerse la menor pregunta al respecto. Al cabo de un rato, decidió que lloraba por Danny. Por aquel pobre y dulce Danny. Apenas había comenzado a vivir. Aquello no era justo. Y también lloraba por sí misma, y por Michael. Lloraba por todas las cosas que podían haber sido, y por aquéllas que jamás serían.

Al cabo de unos momentos consiguió dominarse. Se enjugó los ojos y se sonó la nariz.

Regañándose, se dijo en voz alta:

—Deja de mostrarte tan lúgubre, por el amor de Dios... Ya lo has sido durante una buena parte de tu vida. Te has pasado deprimida casi todo el tiempo. Ahora debes intentar ser feliz, ¿no te parece? Piensa en cosas positivas. Tal vez el pasado no fue una gran cosa, pero el futuro tiene todo el aspecto de que va a ser condenadamente bueno.

Se inspeccionó el rostro en el espejo retrovisor para ver los daños, que las lágrimas habían causado en su maquillaje. Tenía mejor aspecto del que hubiera podido esperar. Aunque los rabillos de los ojos estaban algo enrojecidos, no era fácil que pudiera pasar por Drácula. Abrió el bolso, sacó el maquillaje y los polvos, y trató de eliminar el rastro de lágrimas lo mejor que supo.

Volvió a introducir el «Volkswagen» en medio del tráfico y se encaminó de nuevo hacia el «Desert Mirage».

Una manzana más allá, mientras aguardaba ante un semáforo en rojo, se percató de que tenía un misterio entre manos. Estaba segura de que Michael no había realizado aquellos destrozos en el dormitorio de Danny. Pero, en ese caso, ¿quién lo había hecho? Nadie más tenía la llave. Hubiera hecho falta un merodeador muy hábil para entrar allí sin dejar el menor rastro. Y, ¿por qué un ladrón de primera clase se marcharía sin llevarse algo? ¿Por qué iba a escalar la casa sólo por escribir en la pizarra de Danny y para estropear todas las cosas del niño?

Resultaba raro. Cuando sospechó que Michael era el autor aquel trabajo sucio, quedó turbada y deprimida; pero aquello no había asustado en realidad. Sin embargo,

si en eso estaba involucrado un *desconocido* que deseaba infligirle más dolor a causa de la pérdida del niño, nada concordaba; y todo la asustaba, porque carecía de sentido. ¿Un extraño? Debía de serlo. Michael era la única persona que sabía que le había echado la culpa por la muerte de Danny. Ningún otro pariente o conocido había sugerido, en ningún momento, que ella fuese, indirectamente, responsable. Sin embargo, aquellas sarcásticas palabras de la pizarra y la destrucción llevada a cabo en el cuarto parecían obra de alguien que opinaba que ella era la culpable del accidente. Por lo tanto, eso significaba que debía de tratarse de una persona que ella ni siquiera conocía. ¿Qué extraño podría albergar unos sentimientos tan apasionados acerca de la muerte de Danny?

El semáforo se puso verde.

Un claxon sonó a su espalda.

Mientras atravesaba el cruce y penetraba en la entrada de coches que llevaba al «Desert Mirage Hotel», Tina no pudo sacarse de encima la constante sensación de que era observada por alguien que quería lastimarla. Miró por el retrovisor para observar si la seguían. Y le pareció que no había nadie detrás de ella.

La tercera planta del «Desert Mirage Hotel» estaba dedicada por completo a la dirección y al personal de oficinas. Allí no había destellos ni nada del encanto de Las Vegas. Era donde se trabajaba. El lugar que albergaba la maquinaria que cuidaba de los muros de la fantasía, más allá de los cuales los turistas brincaban.

Tina tenía un despacho de un moderado tamaño, con paneles de madera oscura, muebles cómodos y bajos y una iluminación ambarina. Una pared aparecía cubierta por unos cortinajes pesados, color vino que bloqueaban el paso del feroz sol del desierto. Las ventanas detrás de las cortinas daban a Las Vegas Strip.

Por la noche, el Strip resultaba una visión vertiginosa, un auténtico espectáculo de luz, rojo y azul, verde y amarillo, púrpura y rosa, y cualquier otro color del arco iris, de incandescencia y de neón, destellando, alumbrando; letreros de treinta metros de altura, señales de ciento cincuenta metros de longitud, anuncios colgados a una altura de cuatro o cinco plantas respecto del nivel de la calle que parpadeaban, brillaban, millares de resplandecientes tubos de cristal llenos de reluciente gas, guiñando y girando; centenares de miles de bombillas, con los nombres de los hoteles, e imágenes luminosas, con diseños controlados por ordenador, fluyendo y menguando, un enloquecedor pero curiosamente hermoso exceso de consumo de energía.

Sin embargo, durante el día, el implacable Sol no era muy amable con el Strip. Ante tan dura y aguzada luz, aquellas enormes construcciones arquitectónicas no siempre resultaban atractivas; a veces, a pesar de los miles de millones de dólares de valor que representaba, el Strip parecía algo sucio.

La visión del legendario bulevar se perdía para Tina; a menudo no lo veía en absoluto, dado que por la noche estaba sola en su oficina y los cortinajes permanecían raramente descorridos. Aquella tarde, como de costumbre, estaban echados, el despacho se encontraba en la penumbra y ella se sentaba detrás de su escritorio, ante un charco de luz.

Tina estudiaba la conformidad de una factura de carpintería para algunos de los decorados de *Magyck!*, cuando Ángela, su secretaria entró desde la oficina exterior.

—¿Necesitas algo más antes de que me marche? —preguntó.

Tina miró su reloj.

—Sólo son las cuatro menos cuarto.

—Lo sé —replicó Ángela—. Pero hoy saldré a las cuatro porque es Nochevieja.

—Oh, claro —repuso Tina—. Me había olvidado por completo de la fiesta.

—Si lo deseas, puedo quedarme un poco más.

—No, no, no —dijo Tina—. Vete a casa a las cuatro con los demás.

—Entonces, sí que necesitas algo.

Tina se reclinó en su sillón y comentó:

—Sí. En realidad, hay algo... Una serie de nuestros habituales grandes jugadores no han podido asistir al preestreno de los VIP de *Magyck!* Me gustaría que sacases



sus nombres del ordenador, más una lista de los aniversarios de boda de todos aquellos que estén casados.

—Se puede hacer —replicó Ángela—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Durante el año, enviaré invitaciones especiales para los casados, invitándolos a que pasen sus aniversarios en el «Desert Mirage», con habitación y pensión completa por cuenta de la casa durante dos o tres días. Lo redactaría de esta forma: «Pase la mágica noche de su aniversario de bodas en el mundo mágico de *Magyck!*» o algo parecido. Haremos que resulte muy romántico. Les serviremos champaña durante el espectáculo. Sería una buena promoción, ¿no te parece?

Alzó las manos, como si pusiese un marco a sus siguientes palabras:

—«El “Desert Mirage”, un lugar *Magyck!* para los amantes».

—El hotel estaría muy satisfecho —replicó Ángela—. Eso nos daría mucha publicidad en todos los medios.

—Los jefes del casino se alegrarían porque un montón de nuestros peces gordos harían, probablemente, un viaje extra este año. El jugador medio no cancelaría otro viaje planeado a Las Vegas; simplemente, efectuaría un viaje aparte por su aniversario. Y yo estaría contenta porque todo el asunto generaría más comentarios acerca del espectáculo.

—Es una gran idea —convino Ángela—. Probaré ahora mismo en el ordenador.

Tina volvió a inspeccionar la factura de la carpintería y, al cabo de un minuto, el agudo sonido de la impresora del ordenador se escuchó desde el antedespacho.

Ángela regresó a las cuatro y cinco con la información requerida. Toda ella estaba contenida en una hoja de papel de impresora continuo de unos cinco metros de largo, que iba plegado en la forma de acordeón normal.

—Gracias —le dijo Tina.

—No hay de qué...

—¿Estás temblando...?

—Sí —repuso Ángela—. Debe de ser un problema del aire condicionado o algo parecido. Mientras estaba con el ordenador, mi despacho se ha quedado helado.

—Pues aquí hace bastante calor —respuso Tina.

—Tal vez se trate sólo de mí. Bueno, me voy...

—¿Irás a alguna fiesta?

—Sí, más tarde. Por Rancho Circle.

—¿En «Millionaire's Row»?

—Sí. Será algo de aupa. El jefe de mi novio vive por allí.

Se dio la vuelta para marcharse, miró hacia atrás y añadió:

—Feliz Año Nuevo, Tina.

—Lo mismo te deseo.

—Nos veremos el lunes.

—Eh... Oh, sí, eso es... Se trata de un fin de semana de cuatro días. Tendrás que cuidarte la resaca...

Ángela sonrió.

—Pues habrá algo de ello, será lo más seguro.

Tina acabó de comprobar la factura de la carpintería teatral y la conformó para que procediesen su pago.

Sola ahora en la tercera planta, se sentó ante el charco de luz ámbar de encima de su escritorio, rodeada de sombras. Bostezó. Otra hora. Trabajaría hasta las cinco y luego se iría a casa. Necesitaría dos horas antes de estar lista para su cita con Elliot Stryker. Sonrió al acordarse de él, luego cogió el montón de papel plegado impreso, ansiosa por terminar su trabajo.

Resultaba asombrosa la cantidad de información que el hotel tenía acerca de sus clientes. Si necesitaba saber cuánto dinero ganaba cada una de aquellas personas en un año, el ordenador se lo diría. Y lo mismo haría con las preferencias de cada cual con respecto a licores, flores y perfumes favoritos de sus esposas, qué coches conducían, los nombres y edades de sus hijos, la naturaleza de cualquier tipo de enfermedad u otras características de tipo médico que les pudiesen afectar, sus platos preferidos, sus colores favoritos, gustos musicales, afiliaciones políticas y docenas, quizá centenares, de otros detalles —tanto los importantes como los triviales— acerca de ellos. Se trataba de clientes a quienes el hotel tenía que mimar, y cuanto más cosas conociera el «Desert Mirage» acerca de ellos, mejor podría atenderles. Aunque el hotel recogía estos datos, pensando sobre todo en la felicidad de los clientes, Tina se preguntó lo complacidas que quedarían aquellas personas si se enterasen de los enormes expedientes que el «Desert Mirage» guardaba de ellos.

Repasó la lista de los clientes importantes que no habían asistido al estreno de *Magyck!* Con ayuda de un lápiz rojo rodeó con un círculo aquellos nombres que iban acompañados de las fechas de sus aniversarios, intentando hacerse una idea de lo importante que podría ser aquella promoción que tenía entre manos. Había contado sólo veintidós nombres cuando llegó un mensaje increíble que el ordenador había insertado en la lista.

Durante un momento, su corazón pareció que dejaba de latir.

Sintió dolor en el pecho. No podía respirar.

Se quedó mirando lo que el ordenador había impreso, y el miedo se apoderó de ella, un miedo sombrío, frío, pegajoso.

Entre los nombres de dos clientes importantes, aparecían cinco líneas mecanografiadas que no tenían nada que ver con la información que ella había solicitado:

MUERTO MUERTO MUERTO MUERTO MUERTO  
NO ESTOY NO ESTOY NO ESTOY NO ESTOY NO ESTOY

El papel que tenía en la mano tembló.

Primero en casa. En el cuarto de Danny. Ahora, aquí. ¿Quién le estaba haciendo todo eso?

¿Ángela?

No, absurdo.

Ángela era muy dulce. Sería incapaz de hacer algo tan repugnante. Ángela no se había percatado de aquella aparición en el papel porque no había mirado la impresora cuando ésta funcionaba, y después había plegado la larga hoja papel continuo sin echarle un vistazo.

Además, aunque Ángela hubiese programado aquellas frases horribles en el ordenador, no hubiera podido penetrar en la casa. ¡Ángela no era, en absoluto, una ladrona de guante blanco, por el amor de Dios!

Tina desdobló de prisa el papel impreso, en busca de más cosas de aquel tipo. Y las encontró al cabo de unos veintiséis nombres.

DANNY VIVE DANNY VIVE SOCORRO SOCORRO AYÚDAME

Su corazón ya no estaba parado. Ahora, latía a toda velocidad. Tenía un martilleo constante, como si se tratase de una almádena automática industrial: *¡Bum... bum..., bum... bum!*

De repente, tuvo conciencia de lo sola que se encontraba. Lo más probable era que ella fuese la única persona en aquella planta.

Se acordó del hombre de su pesadilla, del hombre de negro cuyo rostro relucía de gusanos, y la penumbra en los rincones de su oficina pareció más oscura y profunda que momentos antes.

Se levantó, dejó el largo impreso desplegado en el suelo, para hacerlo pasar entre las manos con mayor rapidez. Escudriñó otros cuarenta nombres y se encogió cuando vio lo que el ordenador había impreso.

TENGO MIEDO  
TENGO MIEDO  
SÁCAME  
SÁCAME DE AQUÍ  
POR FAVOR... POR FAVOR  
SOCORROSOCORROSOCORRO

Aquella era la última inserción. El resto de la lista aparecía normal por completo.

Tina tiró el papel continuo al suelo y se dirigió a la oficina exterior.

Ángela había apagado la luz. Ella la encendió.

Se acercó al escritorio de Ángela, se sentó en la silla de la mecanógrafa, la alejó de la impresora y la acercó al terminal del ordenador. Lo conectó y la pantalla se coloreó de verde.

En el cajón central del escritorio había un libro que contenía los números de código para que el programa extrajese información de los bancos de memoria del ordenador, que se hallaban alojados en otro cuarto, en el extremo más alejado del edificio. Tina hojeó el libro hasta encontrar el código que necesitaba para sacar la relación de los mejores clientes del hotel. El número de código era 1001012, y se

identificaba como el acceso a «Invit», que significaba «huéspedes invitados», que era más bien un eufemismo de «grandes perdedores», a los que nunca se les exigía que pagaran la habitación y la pensión después de haber perdido una pequeña fortuna en el casino.

Tina tecleó su número personal de acceso a la terminal: EO13331555. Dado que un gran montón del material de los archivos del hotel era información confidencial acerca de los grandes jugadores, y además la lista de clientes favoritos resultaría muy valiosa para la competencia, sólo las personas autorizadas podían conseguir datos. Al cabo de un momento de vacilación, el ordenador preguntó su nombre, y ella lo tecleó; su número se formó con su nombre. Luego:

#### PREPARADO

Tecleó el número del código de la lista de huéspedes invitados y la máquina respondió al instante.

#### EN FUNCIONAMIENTO

Tenía los dedos húmedos. Se los enjugó en los pantalones y luego tecleó su petición. Le pidió al ordenador la misma información que Ángela había requerido hacía un rato. Los nombres y direcciones de los clientes VIP que habían dejado de asistir al preestreno de *Magyck!*, junto con los aniversarios de boda de aquéllos que estaban casados, comenzaron a destellar en la pantalla. Al mismo tiempo, el ordenador procedió a imprimir los nombres y direcciones en el papel continuo que alimentaba la impresora.

Con rapidez, escribió, veinte nombres, cuarenta, sesenta, setenta, con ausencia de las líneas acerca de Danny que habían aparecido en los anteriores impresos. Tina aguardó hasta que el listado alcanzó los cien nombres, antes de llegar a la conclusión de que el sistema había sido programado para escribir aquellas líneas sobre Danny una sola vez, sólo en la primera petición de datos de su oficina por la tarde, y no se había producido otra. Pulso la tecla que servía para CANCELAR. La máquina se detuvo; las palabras en el tubo de rayos catódicos se desvanecieron y sólo dejaron el resplandor verde de fondo.

Dos horas antes, había llegado a la conclusión de que la persona que se hallaba detrás de aquella cruel gamberrada era un desconocido. Pero ¿cómo podía cualquier extraño conseguir entrar tanto en su casa como en el ordenador del hotel? ¿No se trataría, a fin de cuentas de alguna persona que ella conociera?

Pero ¿quién?

Y, ¿por qué?

¿Qué desconocido podría odiarla tanto?

El miedo, como una serpiente, se retorció y se deslizó dentro de ella. Tina se estremeció.

Luego se percató de que no sólo era el miedo lo que producías aquellos

escalofríos. El aire estaba helado.

Recordó la queja que Ángela había formulado un rato antes. En aquel momento, no le había parecido nada importante.

Pero el cuarto estaba caliente cuanto Tina entró por primera vez al usar la terminal del ordenador; sin embargo ahora rezumaba helor. ¿Cómo podía haber bajado la temperatura tanto en tan escaso espacio de tiempo? Trató de oír el zumbido del acondicionador del aire, pero el delator susurro no salía de los registros de las paredes. A pesar de eso, quedaba claro que la estancia se encontraba mucho más fría que un par de minutos antes.

De repente, con un agudo sonido electrónico, taladrador, que desconcertó a Tina, el ordenador comenzó a emitir unos datos adicionales, aunque ella no los había pedido. Miró con fijeza a la retumbante impresora automática y luego a las palabras que empezaban a destellar en la pantalla:

NO ESTOY MUERTO NO ESTOY MUERTO  
NO ESTOY MUERTO NO ESTOY MUERTO  
NO ESTOY EN EL SUELO  
NO ESTOY MUERTO  
SÁCAME FUERA DE AQUÍ  
SÁCAME FUERA DE AQUÍ DE AQUÍ DE AQUÍ

El mensaje se detuvo. La impresora quedó en silencio. El cuarto, a cada segundo que pasaba, se helaba más.

¿O sólo era su imaginación?

Tuvo la loca sensación de no encontrarse sola. El hombre de negro. Aunque sólo se tratara de la criatura de una pesadilla, aunque fuese del todo imposible que estuviese allí en carne y hueso no pudo sacarse de encima la sensación, que parecía detenerle el corazón, de que el hombre se encontraba en el cuarto. Trató de reírse de sí misma. Pero no pudo. El hombre de negro. El hombre con aquellos ojos diabólicos y feroces. Con aquella sonrisa de dientes amarillentos. A su espalda. Alargando hacia ella una mano que estaría húmeda y fría. Miró locamente a su alrededor, pero nadie había entrado en la habitación.

Por supuesto.

Sólo era el monstruo de una pesadilla.

Qué estúpida era...

Pero sentía que no se hallaba sola.

No quería mirar a la pantalla, pero lo hizo; tenía que hacerlo.

Las palabras seguían pulsando allí.

Luego, desaparecieron.

Consiguió quitarse de encima algo del aferramiento del miedo, aquella garra de hierro que la paralizaba, y colocó los dedos en el teclado del ordenador. Trató de teclear una pregunta. Deseaba saber quién había generado aquella explosión de datos no requeridos. Trataba de preguntar si, tal vez, las palabras acerca de Danny

procedían de una cinta de alguna clase, cuyas odiosas líneas habían sido tecleadas en el ordenador, unos segundos antes, por obra de alguien que estuviese ante la terminal de otra oficina.

Si las líneas no procedían de una cinta magnética pregrabada (y tenía casi la sensación psíquica de que el ejecutor de aquella broma cruel estaba *en ese mismo instante* en el edificio), en ese caso, el hijo de puta se encontraría en la tercera planta. Tendría que levantarse, buscarle y atraparlo antes de que escapara. Se figuró a sí misma por los larguísimos pasillos, dedicada a abrir puertas, a mirar en los silenciosos y desiertos despachos, hasta que al final encontraba a un hombre sentado ante otra consola de ordenador. Se volvería hacia ella, asombrado de haber sido atrapado; ella vería su rostro y, finalmente, sabría de quién se trataba. Y entonces, ¿qué? ¿La mataría? Luego, un nuevo pensamiento la asaltó: la posibilidad de que su último objetivo fuese algo mucho peor que el solo hecho de asustarla.

Titubeó, con los dedos en el teclado, insegura de si debería hacerle preguntas al ordenador. Era probable que no consiguiera las respuestas que necesitaba, y sólo sirviera para revelar su presencia a quienquiera que se encontrara delante de otra consola. Luego se percató de que, si aquel sujeto se hallaba cerca, ya sabría que ella se encontraba en su despacho, sola. No tenía nada que perder preguntándole al ordenador. Pero cuando trató de teclear la primera pregunta la máquina no se lo permitió. Empezó a imprimir otro mensaje por sí sola. Si había un hombre ante otro teclado, o bien no quería comprometerle en un diálogo, o no era capaz de manipular el ordenador lo suficiente como para hacer algo así.

El cuarto estaba cada vez más y más frío. En la pantalla apareció:

TENGO FRÍO Y ESTOY HERIDO  
¿MAMÁ? ¿PUEDES OÍRME?  
TENGO TANTO FRÍO  
ME DUELE MUCHO  
SÁCAME DE AQUÍ  
POR FAVOR POR FAVOR POR FAVOR  
NO ESTOY MUERTO NO ESTOY MUERTO

La pantalla brilló con aquellas palabras durante un segundo, entonces se oscureció.

Una vez más, trató de introducir sus órdenes. Pero el teclado parecía haberse petrificado.

Aún sentía otra presencia en el cuarto. Incluso aquella sensación crecía y crecía cada vez más a medida que el cuarto se quedaba cada vez más y más helado.

¿Cómo podía el despacho hallarse cada vez más frío sin emplear e acondicionador de aire? Fuera quien fuese, podía emplear una consola para programar; eso lo aceptaba. Pero ¿cómo conseguía que el aire se enfriara tan deprisa?

De repente en tanto la pantalla comenzaba a llenarse con el mismo mensaje de siete líneas que acababa de borrarse poco antes Tina ya no pudo resistir más.

Desconectó la consola y el brillo verde se apagó en la pantalla. Mientras se levantaba de la silla, terminal entró en funcionamiento por sí sola:

TENGO FRÍO Y ME DUELE  
SÁCAME DE AQUÍ  
POR FAVOR POR FAVOR POR FAVOR

—¿Que te saque de dónde? —gritó Tina—. ¿De la *tumba*?

SÁCAME DE AQUÍ DE AQUÍ DE AQUÍ

Tuvo que serenarse. Acababa de hablarle a la máquina como si en realidad pensara que conversaba con Danny. Y no era Danny el que tecleaba aquellas palabras que aparecían en el tubo de rayos catódicos. Danny no sabía cómo podía usarse un teclado de ordenador. Y, maldita sea: *¡Danny estaba muerto!*

Desconectó la máquina.

Y ésta volvió a conectarse.

Se echó a llorar. Debía de estar volviéndose loca. Aquel maldito chisme no podía ponerse en marcha por sí solo.

Dio una rápida vuelta al escritorio, golpeándose la cadera contra una esquina, se situó junto al enchufe de la pared mientras la impresora automática lanzaba su mensaje con un frenesí demoníaco:

SÁCAME DE AQUÍ  
SÁCAME DE AQUÍ  
FUERA  
FUERA  
FUERA

Tina se agachó al lado del enchufe de pared del que la terminal recibía la corriente eléctrica y la alimentación de datos. Cogió los dos cables, uno pesado y otro de aislamiento ordinario y, entre sus manos, éstos parecieron animados de vida, como un par de serpientes que se le resistían. Tiró de ellos con fuerza y los arrancó de sus enchufes.

La consola se oscureció.

Y siguió oscura.

De inmediato, con rapidez, el cuarto comenzó a caldearse.

—Gracias a Dios —musitó, temblorosa.

Rodeó el escritorio de Ángela, no deseando otra cosa en aquel momento que desentumecerse las piernas y sentarse. De repente, la puerta del pasillo se abrió y ella emitió un grito de alarma.

*¿El hombre de negro?*

Elliot Stryker echó un vistazo al interior, sorprendido por su grito y, durante un instante, Tina quedó aliviada al ver que se trataba de él.

—¿Tina? ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

La mujer dio un paso hacia Elliot, pero se percató entonces de que podía haberse presentado allí procedente de la consola de un ordenador, situado en cualquiera de los otros despachos de la tercera planta. ¿Se trataría del hombre que la acosaba?

—Tina... Dios mío, estás blanca como el papel.

Dio un paso hacia ella.

—¡Detente! —gritó ella—. ¡Aguarda!

Él se detuvo perplejo.

—¿Qué haces aquí? —continuó Tina con voz temblorosa.

Él parpadeó.

—Estaba en el hotel por asuntos de negocios. Me pregunté si todavía te encontraría en tu despacho. Y me he detenido para comprobarlo. Sólo deseaba saludarte.

—¿Has jugueteado con alguno de los otros ordenadores..., con alguna otra terminal?

—¿Cómo? —inquirió con un desconcierto obvio ante su pregunta.

—¿Qué hacías en la tercera planta? —siguió ella con su interrogatorio—. ¿Qué andabas buscando? Todos se han ido a sus casas. Estoy aquí sola.

Aún intrigado, pero con un ápice de impaciencia con Tina, Elliot replicó:

—Lo que tenía que hacer no estaba en la tercera planta. He celebrado una reunión con Charlie Mainway, después de tomarnos un café, abajo, en el restaurante. Hemos acabado nuestro trabajo hace unos minutos, y he subido a ver si estabas aquí. ¿Qué te sucede?

Tina lo miró con mucha atención.

—Tina... ¿Qué está ocurriendo?

La mujer escudriñó su rostro, en busca de alguna señal de que mintiera, pero su consternación parecía auténtica. Y si mentía, en ese caso no le habría contado aquello de Charlie y de tomarse un café, porque podría verse desmentido con sólo un mínimo de esfuerzo; se habría presentado con una coartada mucho mejor, si es que, en realidad, la precisaba. Decía la verdad.

—Lo siento... —contestó Tina—. Sólo... Lo que pasa... es que... acabo de tener una experiencia, ha sucedido una cosa muy rara...

Él se le acercó.

—¿Y qué ha sucedido?

Al aproximarse más, le abrió los brazos, como si se tratara de la cosa más natural del mundo para él abrazarla y consolarla, y lo hubiera realizado muchas veces antes. Ella se apoyó contra él con igual espíritu de familiaridad y consuelo. Ya no se encontraba sola.



Tina tenía un bien abastecido bar en un rincón de su despacho, para aquellas ocasiones infrecuentes en que alguno de sus ayudantes necesitaba tomarse un trago después de una larga sesión de trabajo. Ésa era la primera vez que ella había necesitado buscar en sus suministros de alcohol para ella misma. Ante su petición, Elliot sirvió un «Rémy-Martin» en dos copas y alargó una a Tina; la mujer no había podido hacerlo a causa de lo mucho que le temblaban las manos.

Se sentaron en el sofá beige, más bien en la zona en penumbra debajo del resplandor anaranjado de las lámparas. Tina se vio obligada a sujetar su copa de coñac con ambas manos para que no se le cayera al suelo.

—No sé por dónde empezar —explicó Tina—. Supongo que deberé hacerlo por Danny. ¿Sabes algo de Danny?

—¿Tu hijo?

—Sí.

—Helen Mainway me dijo que murió hace poco más de un año.

—¿Y te contó cómo sucedió?

—No.

—Era uno del grupo «Jaborski».

—¿El grupo «Jaborski»?

—Estoy segura de que has oído hablar de él —prosiguió Tina—. Apareció en la primera página del *Review-Journal* durante lo menos cuatro o cinco días. Bill Jaborski era un experto en lugares deshabitados y también un consumado jefe de *scouts*. Cada año se llevaba un grupo de exploradores al Norte, más allá de Reno, a las Altas Sierras. Efectuaban una excursión de supervivencia de siete días en el desierto.

—Sí —repuso Elliot en voz baja y triste—. Ahora me acuerdo...

—Se suponía que eso formaba el carácter. Y todos los chicos competían duro durante el año para tener la posibilidad de ser elegidos para el viaje. Y también se suponía que se trataba de algo seguro por completo. A Bill Jaborski le atribuían el encontrarse entre los diez mejores expertos a nivel mundial en supervivencia invernal. Eso es lo que todos decían. Y el otro adulto que iba también, Tom Lincoln, se suponía que era casi tan bueno como Bill. Por lo menos, se suponía que lo era... —exclamó con amargura.

—Sí recuerdo el asunto, habían estado llevándose a los chicos a la montaña durante años y años, y nadie recibió nunca ni el menor arañazo —la interrumpió Elliot.

Tina sorbió un poco de coñac; tenía un buen sabor, pero no acababa de disipar el frío que sentía en su interior.

—El año pasado —siguió Tina—, Jaborski se llevó a catorce muchachos comprendidos entre doce y dieciocho años. Todos eran unos curtidos *scouts*. Y todos

murieron con Jaborski y Tom Lincoln.

—¿Las autoridades han podido llegar a la conclusión de lo ocurrido?

—Saben *cómo* —replicó Tina—. El grupo se adentró en las montañas en un minibús con tracción en las cuatro ruedas, que había sido construido para circular por carreteras comarcales en invierno. Con neumáticos anchos. Y cadenas. Incluso llevaban un quitanieves delante. No se suponía que se adentrasen por el corazón del páramo. Sólo en sus fronteras. Nadie en su sano juicio se llevaría a unos chicos de doce años a los lugares más apartados de las Sierras, sin importar los medios o lo bien preparados y entrenados que estuviesen; sin importar lo fuertes que pudiesen ser y sin importar, tampoco, los duchos hermanos mayores que los vigilaran. Jaborski planeó apartar el minibús de la carretera principal, a lo largo de una vieja senda Maderera, más o menos un par de kilómetros entre los árboles, tal vez incluso un poco más si las condiciones lo permitían. Desde allí harían excursiones durante tres días, provistos de raquetas de nieve y mochilas; realizarían un amplio círculo en torno al autocar, y regresarían a éste al acabar la semana. Llevaban las mejores ropas de invierno, los mejores y más anatómicos sacos de dormir, las mejores tiendas invernales, un montón de carbón y otras fuentes caloríficas, comida abundante y dos expertos en lugares desiertos para que los guiaran. Todo el mundo afirmaba que era una excursión por completo segura. Absoluta y perfectamente segura. Entonces, ¿cómo es que las cosas salieron mal?

Tina no pudo seguir sentada. Se levantó y comenzó a pasear, mientras se tomaba otro sorbo de coñac.

Elliot se quedó callado. Sabía que Tina tendría que resumir toda la historia para conseguir apartarla de su mente, aunque él lo hubiera recordado todo ya y no tuviera necesidad de que se lo contara.

—Algo condenadamente seguro no funcionó —empezó ella—. En realidad, por alguna razón, se alejaron con el minibús más de seis kilómetros respecto de la carretera general y un montón de camino hacia arriba, en medio de una maldita niebla. Avanzaron por una senda maderera abandonada, una carretera en muy mal estado, tan peligrosa, tan llena de nieve, tan pesadamente revestida de hielo que sólo un loco hubiera tratado de probar por allí, ni siquiera a pie. Y el minibús se despenó... por el precipicio.

Tina respiró hondo; aquello no resultaba fácil.

—El minibús se precipitó desde más de treinta metros de altura... encima de un mar de rocas. El depósito de la gasolina estalló. El minibús se abrió como una lata de conserva. Dio volteretas otros treinta metros entre los árboles. Los chicos..., todos... murieron.

Miró a Elliot Stryker con dureza.

—¿Por qué? ¿Por qué un hombre como Bill Jaborski iba a hacer una cosa tan condenadamente estúpida?

Elliot, que aún seguía sentado en el sofá, meneó la cabeza y se quedó

contemplando su coñac.

En realidad, Tina no esperaba que contestase a su pregunta. A decir verdad, no se la formulaba a él, ni a nadie. De hecho, se lo preguntaba a Dios.

—¿Por qué? Jaborski era el mejor. El óptimo. Era tan bueno en eso que había estado llevando a los muchachos a las Sierras con la mayor seguridad durante catorce años, un desafío que otro montón de expertos en supervivencia no podían ni soñar. Bill Jaborski era listo, duro, inteligente y abrigaba un gran respeto por los peligros implicados en la operación en que murió. No era un alocado. ¿Por qué hizo algo tan estúpido, tan idiota, como seguir camino arriba en aquellas condiciones?

Elliot levantó la mirada hacia ella. En sus ojos brillaba la amabilidad, una profunda simpatía.

—Es probable que nunca conozcas la respuesta —replicó él—. Comprendo lo duro que debe resultar para ti vivir sabiendo que nunca alcanzarás una explicación satisfactoria.

—Es duro —convino ella—. Muy duro. Tina volvió al sofá y se sentó.

Él le quitó la copa de la mano. Estaba vacía. Tina no recordaba haberse acabado el coñac. Elliot se puso en pie y se encaminó hacia el bar.

—No me pongas más —pidió Tina—. No deseo emborracharme.

—Tonterías —dijo él—. En tus condiciones, inmersa en toda esa energía nerviosa como te encuentras, dos coñacs no te afectarán lo más mínimo.

Regresó del bar con más «Rémy-Martin».

Esa vez, Tina pudo sujetar la copa con una sola mano.

—Gracias, Elliot.

—Lo que no puedes pedir es ningún combinado —explicó—. Soy el mejor *barman* del mundo. Puedo servir cualquier cosa, sola o con hielo. Pero soy incapaz incluso de mezclar vodka con jugo de naranja en la proporción adecuada.

—No te daba las gracias por la bebida. Te las daba por escucharme todo cuanto digo. Eres un oyente condenadamente bueno, Elliot.

—La mayoría de los abogados hablan demasiado —explicó—. Me percaté de ello incluso antes de ir a la Facultad de Derecho. Tal vez estén actuando siempre; creo que practican para estar en forma en los debates de la sala de juicios. De todos modos, decidí desde el principio ser un abogado que escuchase. A medida que los años han pasado, me he percatado que hago un trabajo mucho mejor para los clientes porque los escucho y aprendo a conocerles muy bien.

Durante un momento, permanecieron sentados en silencio, mientras tomaban su coñac.

Tina estaba tensa aún, pero ya no sentía frío por dentro. Elliot fue el primero en hablar:

—El perder a tu hijo de esa forma debió resultar devastador en verdad. Incluso aunque haga ya más de un año, estoy seguro de que no has aprendido a vivir conforme con esa pérdida. De todos modos, no creo que fuese ningún recuerdo de tu

hijo lo que te alteraba tanto cuando entré hace un momento.

—En cierto modo, sí.

—¿Quieres hablar de ello?

Ella estuvo conforme. Le contó todas aquellas cosas extraordinarias que le habían sucedido últimamente: los mensajes en la pizarra de Danny y el revoltijo con qué se encontró en el cuarto del niño; las odiosas y burlonas palabras que habían aparecido en los listados del ordenador.

Elliot miró los papeles impresos con ella y examinaron la terminal del ordenador en el despacho de Ángela. Lo enchufaron e intentaron repetir lo que había hecho hacía un rato; la máquina funcionó exactamente como se suponía que tenía que hacerlo.

—Alguien ha podido programarle para que saliera toda esa porquería acerca de Danny —explicó Elliot—. Pero lo que no comprendo es cómo la terminal ha podido conectarse por sí sola.

—Pues así sucedió —replicó Tina.

—No dudo de ti. Sólo que no lo comprendo.

—Alguien pudo entrar por la noche y efectuar algunas conexiones especiales en la consola de programar.

—Parece inverosímil.

—No más inverosímil que el resto de la historia.

—¿Y qué me dices de los cambios de temperatura que has mencionado?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Cómo ha podido alguien hacerlo?

—No lo sé.

—¿Y por qué se iban a preocupar por eso?

Tina se encogió de hombros.

—Quiero decir —prosiguió Elliot— que aunque hubiesen encontrado alguna forma de manipular en el aire acondicionado, y me has dicho que no funcionaba, ¿por qué buscarse todas esas complicaciones? ¿Qué objeto tendrían?

—No lo sé —repitió Tina.

—¿Pudieron ser subjetivos los cambios de temperatura?

Tina frunció el ceño.

—¿Me estás preguntando si me los he imaginado?

—Como te he visto tan asustada y...

—Estoy segura de que no me lo imaginé. Ángela ha sido primera en notar el frío, cuando sacó el primer listado con aquellas líneas acerca de Danny. No es muy probable que Ángela y yo imaginásemos *ambas* la misma cosa.

—Es cierto —respondió él.

Durante segundos, se quedó mirando, pensativo, la terminal del ordenador; sus ojos oscuros, parecieron mirar a través de él.

—Vamos... —dijo luego.

—¿Adonde?

—Regresemos a tu despacho. Me he dejado el coñac allí. Lo necesito para lubricar mis pensamientos.

Ella lo siguió hasta el interior del despacho particular con paneles de madera.

Elliot cogió su copa de coñac de la mesita baja que había delante del sofá y se sentó en el borde del escritorio de Tina.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Quién te está haciendo esto?

—No tengo la menor idea.

—Pero pensarás en alguien —insistió Elliot.

—Quisiera hacerlo.

—Pues, es obvio que existe alguien a quien no caes bien, si es que no te odia en realidad. Un bromista ordinario no se tomaría tantas molestias. Se trata de alguien que tiene un ardiente deseo de verte sufrir. Me aventuraría a decir que esa persona, quien quiera que sea, un hombre o una mujer, te echa la culpa de la muerte de Danny. Y siente la muerte del niño como una pérdida muy sentida, muy personal. Por lo tanto, es difícil que se trate de un desconocido.

Tina quedó turbada a causa de su análisis porque parecía muy sensato; sin embargo, la llevaba al mismo callejón sin salida que había alcanzado ya antes. Tina comenzó a pasear entre el escritorio y las ventanas recubiertas por los cortinajes.

—Esta tarde decidí que *debía* ser un extraño. No puedo pensar en nadie que conozca capaz de realizar este tipo de cosas, aunque me odien lo suficiente como para considerar el hacerlas. Y no sé de nadie, excepto de Michael, que me atribuya cualquier tipo de culpa por la muerte de Danny.

Elliot alzó las cejas.

—¿Michael es tu exmarido?

—Sí.

—¿Y te echa la culpa por la muerte de Danny?

—Dice que nunca debí dejarle irse con Jaborski. Pero no ha sido Michael quien ha llevado a cabo todo este trabajo sucio.

—Pues a mí me parece un candidato excelente.

—No.

—¿Estás segura?

—Por completo. Se trata de otro.

Elliot saboreó su coñac.

—Al parecer, tal vez necesitarás ayuda profesional para pillarle en alguno de sus trucos.

—¿Te refieres a la Policía?

—No creo que la Policía sea de mucha ayuda en un caso así. En primer lugar, probablemente no creerán que sea una cosa lo bastante seria para ellos como para desperdiciar de esa manera su tiempo. A fin de cuentas, no te han amenazado con ningún daño o algo de ese tipo.

—En todo esto existe una implícita amenaza.

—Oh, claro que sí. Estoy de acuerdo. Da miedo. Pero los «polis» se atienen mucho a la literalidad de las palabras. No se impresionan por las amenazas implícitas. Además, para vigilar tu casa apropiadamente, pues sólo eso requiere mucho personal, que la Policía no puede dedicar a algo que no sea un caso de asesinato, un secuestro o una investigación sobre drogas.

Tina dejó de pasear y se situó delante de él.

—Entonces, ¿a qué te has referido al decirme que probablemente necesitaría de ayuda profesional para atrapar a ese desgraciado?

—A detectives privados.

—¿No se trata de algo un poco melodramático?

Elliot sonrió con amargura.

—La persona que te acosa tiene un estilo melodramático a un kilómetro de distancia. Nunca es desaconsejable combatir las cosas en su propio terreno.

Tina suspiró, tomó un sorbo de coñac y se sentó en el borde del sofá.

—No sé... Tal vez contrate a unos detectives privados, pero quizá no atrapen a otra persona aparte de a mí.

—Sírreme otro trago.

Tina tuvo que tomarse otro pequeño sorbo de coñac antes de ser capaz de expresar lo que pensaba. Se percató de que él llevaba razón acerca de que el licor le hacía poco efecto; se sentía más relajada que diez minutos atrás, pero no estaba ni levemente embriagada.

—Se me ha ocurrido —empezó— que tal vez yo fuese quien escribiera aquellas palabras en la pizarra de Danny. Y quizá también fui yo la que puso su cuarto patas arriba.

—No te capto...

—Pude hacerlo dormida...

—Eso es ridículo, Tina.

—¿De veras? Creo que empecé a no darle vueltas a la muerte de Danny por el mes de septiembre. Por aquella época, comencé a dormir bien. No estaba obsesionada por ello cuando me encontraba sola, como me había sucedido durante un largo período de tiempo. Pensé que ya había dejado a la espalda la mayor parte de aquella pena. Pero hace un mes comencé a soñar con Danny otra vez. La primera semana me ocurrió dos veces. La segunda, cuatro noches. Y durante las dos últimas semanas he soñado con él cada noche sin falta. Y los sueños son peores cada vez. Ahora constituyen auténticas pesadillas.

Elliot se deslizó del escritorio, regresó al sofá y se sentó al lado de ella.

—¿Y cómo son?

—Sueño que está vivo, atrapado en alguna parte, por lo general en un pozo profundo o en un barranco o en un manantial, en algún lugar subterráneo. Y me llama, me suplica que lo salve. Pero yo no puedo. Soy incapaz de llegar hasta él. Y

luego la tierra comienza a caer sobre él, a cerrarse a su alrededor, y me despierto gritando, empapada en sudor. Y... siempre tengo una enorme sensación..., una sensación casi psíquica de que Danny no está realmente muerto. Nunca dura mucho tiempo, pero, cuando me despierto, estoy segura de que vive en alguna parte. Verás, he convencido a mi consciente de que mi hijo está muerto, pero, cuando duermo, es mi subconsciente el que rige las cosas. Y mi subconsciente no está convencido de que Danny se haya ido para siempre.

—Así que crees que es tu subconsciente el que te convierte en sonámbula. Opinas que es tu subconsciente el que te hace escribir ese rechazo de la muerte de Danny en la pizarra del niño.

—¿No crees que eso sea posible?

—Supongo que sí —respondió Elliot—. No soy psicólogo; sin embargo, me parece una teoría viable. Aunque no acabo de aceptarla. Admito que aún te conozco muy poco, pero creo que es bastante para saber que no reaccionarías de esa manera. Eres una persona que se enfrenta con los problemas. Si tu incapacidad para aceptar la muerte de Danny constituyese un serio problema, no lo esconderías en tu subconsciente; intentarías enfrentarte con ello.

Tina sonrió.

—Tienes una opinión muy elevada de mí.

—Sí —repuso—. Así es. Además de haber sido tú la que escribiera en la pizarra y destrozara las cosas del cuarto del niño, también habrías sido la que viniese aquí por la noche y programase el ordenador del hotel para que imprimiera todas esas porquerías acerca de Danny. ¿Y crees que estás tan por completo ida como para hacer algo así y no recordarlo? ¿Te parece que eres una esquizofrénica?

Tina se recostó en el sofá.

—No.

—Muy bien...

—Y eso, ¿adonde nos conduce?

—No te desesperes. En realidad, estamos consiguiendo auténticos progresos.

—¿De veras?

—Claro —siguió él—. Vamos eliminando posibilidades. Te hemos eliminado a ti de la lista de sospechosos. Y a Michael. Y estoy seguro de que no puede tratarse de un desconocido, lo cual amplía la cosa a todo el resto del mundo.

—También estoy segura de que no se trata de un amigo o de un pariente. ¿Sabes lo que nos deja esto?

—¿Qué?

Tina se inclinó hacia delante, dejó su copa de coñac encima de la mesita y, durante un momento, permaneció sentada con el rostro entre las manos.

—¿Tina...?

La mujer alzó la cabeza.

—Sólo trato de pensar lo mejor posible para poner en palabras lo que tengo en mi

mente. Se trata de una idea loca. Ridícula. Tal vez hasta enfermiza. Ahora que me has convencido de que no estoy a punto de echar espuma por la boca, no deseo decir algo que cambie la opinión que ambos tenemos con respecto de mi cordura o mi carencia de ella.

—No voy a pensar que estás mal de la cabeza —le aseguró Elliot—. ¿De qué se trata? Cuéntamelo...

Tina titubeó; trataba de imaginarse cómo sonaría aquello antes de decirlo, y se preguntaba si, en realidad, lo deseaba lo suficiente como para transformarlo en palabras. La posibilidad de que iba a sugerir algo que resultaba tan remoto... Que... Al fin, se lanzó de cabeza:

—¿Y qué ocurriría si lo que estoy pensando es que, tal vez, Danny *está* vivo en realidad?

Elliotladeó la cabeza y la estudió con sus oscuros y sondeadores ojos.

—¿Vivo?

—Nunca vi su cadáver.

—¿De veras? ¿Por qué no?

—El *coroner* y el de la funeraria me dijeron que se encontraba en un estado..., horriblemente mutilado, destrozado por el frío y por el accidente. No creían que se tratase de una buena idea, ni para mí ni para Michael, el verlo. En realidad, ninguno de nosotros dos ansiaba ver el cuerpo, aunque se hubiera encontrado en buen estado, por lo que aceptamos los consejos de la funeraria. Y celebramos un funeral con el ataúd cerrado.

—¿Y cómo identificaron el cadáver las autoridades?

—Pidieron fotos de Danny. Pero, sobre todo, me parece que se basaron en las pruebas dentales.

—Esas pruebas son casi tan buenas como las huellas digitales.

—Casi —prosiguió ella—. Pero tal vez Danny no muriera en aquel accidente. Quizá sobrevivió. Y tal vez alguna persona sabe dónde se encuentra. Es posible que alguien trate de decirme que Danny *está* vivo. Tal vez no exista ninguna amenaza en todas esas cosas que me han sucedido. Quizás alguien me esté facilitando una serie de pistas, e intenta prepararme ante el hecho de que Danny no *está* muerto.

—Son demasiadas posibilidades.

—Quizá no.

Elliot le puso una mano sobre el hombro, y le dio un cariñoso apretón.

—Tina, sabes que esa historia carece de sentido, Danny *está* muerto.

—¿De veras? Entonces *crees* que estoy loca...

—No. Creo que estás destrozada, y eso es comprensible; desde luego tienes razones suficientes como para estar enloquecida.

—¿No consideras lo más mínimo la posibilidad de que *esté* vivo?

—¿Y cómo podría *estarlo*?

—No lo sé.



—¿Cómo habría podido sobrevivir al accidente que has descrito? —preguntó Elliot.

—No lo sé.

—¿Y dónde habría permanecido durante todo este tiempo... si no está... en la tumba?

—Tampoco lo sé.

—Sí estuviese vivo —prosiguió Elliot con paciencia— simplemente, esa persona vendría y te lo diría. No haría cosas tan misteriosas como éstas, ¿no crees?

—Tal vez.

Consciente de que su respuesta lo había decepcionado, Tina se miró las manos, entrelazadas con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Elliot la agarró de la barbilla e hizo que volviese su rostro hacia él.

Sus bellos y expresivos ojos aparecían llenos de preocupación por ella.

—Tina, sabes que no hay ningún «tal vez» acerca de esto. Considera mucho mejor las cosas. Si Danny estuviera vivo, y si alguien tratara de hacerte llegar la noticia, no se comportaría de una forma así, no emplearía todas esas dramáticas insinuaciones. ¿Tengo razón?

—Es probable.

—Danny ya no está con nosotros...

Tina no replicó.

—Si intentas convencerte de que está vivo —prosiguió Elliot—, sólo te buscarás otra recaída.

Tina miró los ojos de Elliot con fijeza durante un momento. Luego suspiró y asintió:

—Tienes razón.

—Danny murió...

—Sí —repuso Tina en voz baja.

—¿Estás totalmente convencida de ello?

—Sí.

—Estupendo...

Tina se levantó del sofá, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas por completo. Sentía una súbita urgencia de ver el Strip. Después de hablar tanto acerca de la muerte, tenía que conseguir una visión de movimiento, de acción, de vida. Y aunque el Strip, a veces Parecía sucio al crudo resplandor del sol del desierto, el bulvar, día y noche, se encontraba lleno de gente y rebosante de vida. Cuando descorrió los pesados cortinajes color vino, el crepúsculo de comienzos de invierno caía sobre la ciudad, y millones de luces parpadeaban en los enormes letreros. Centenares de coches avanzaban lentamente Por la bulliciosa calle; los taxis corrían de acá para allá, en infatigable búsqueda del menor resquicio; y auténticas muchedumbres circulaban por las aceras, de un casino a otro, de una sala a otra, de un espectáculo a otro.

Al cabo de un momento, Tina se volvió otra vez hacia Elliot.

—¿Sabes qué deseo hacer?

—¿Qué?

—Abrir la tumba.

—¿Que exhumen el cadáver de Danny?

—Sí. Nunca lo he visto. Por eso he pasado tantas angustias al intentar aceptar el hecho de su muerte. Ésa es la razón de que sufra de pesadillas. Si viese el cuerpo, estaría segura; mi subconsciente no tendría ya la menor posibilidad de fantasear respecto de que Danny siga vivo.

—Pero el estado del cadáver...

—No me preocupa —respondió.

Elliot frunció el ceño. Resultaba claro que no se hallaba convencido de lo prudente de aquella exhumación.

—Un cadáver, incluso en un ataúd herméticamente cerrado, es probable que presente un aspecto mucho peor que hace un año, cuando te recomendaron que no lo vieras.

—Tengo que *verlo*...

—Te encontrarás metida en una horrible...

—Ésa es la idea —se apresuró Tina a contestar—. Una conmoción. Un fuerte tratamiento *shock*. Un *shock* que, finalmente, disipará todas las dudas que aún me quedan. Si viese... los restos de Danny, sé que sería capaz de no abrigar más dudas, ni consciente ni inconscientemente. Las pesadillas desaparecerían.

—Tal vez. O quizá te veas acosadas por unos sueños peores aún.

Tina meneó la cabeza.

—Nada sería peor que éstos de ahora.

—Por supuesto —siguió él—, la exhumación del cadáver no responderá a la pregunta principal. No te ayudará a descubrir quién te acosa.

—Lo hará —repuso Tina—. Quien quiera que sea ese sinvergüenza, cualquiera que sean sus motivaciones, no está muy equilibrado mentalmente. Es un enfermo de una especie o de otra. ¿Quién sabe qué induciría a una persona así a revelar su personalidad? Si se entera de que se llevará a cabo una exhumación, tal vez reaccione con violencia y lo abandone todo. Cualquier cosa es posible.

Elliot pensó acerca de aquello durante un momento.

—Sí. Supongo que tienes razón.

—De todas formas —prosiguió ella—, en el caso de que abrir la tumba no me ayude a encontrar al responsable de estas bromas macabras, por lo menos asentaré mi mente respecto a Danny. Esto es seguro que mejorará mi estado psicológico, lo cual me dejará en mejor forma para hacer frente a ese canalla. Por lo tanto, la cosa funcionará desde todos los puntos de vista.

Se apartó del ventanal y se sentó de nuevo en el sofá, al lado de Elliot.

—Necesitaré un abogado para que se haga cargo de todo el papeleo, ¿no te

parece?

—¿Para la exhumación? Sí, un abogado te facilitaría las cosas.

—¿Me representarías?

Elliot no vaciló.

—Sí.

—¿Y cómo sería de difícil el asunto?

—Verás, no existe una razón legal urgente para pedir la exhumación del cuerpo. Me refiero a que no hay ninguna duda acerca de la causa de la muerte, y tampoco un nuevo sumario pendiente del informe del *coroner*. Si ésta fuese la situación, podríamos abrir la tumba enseguida. Pero, incluso así, no sería demasiado difícil. Presentaríamos el caso desde el horrendo sufrimiento de la madre, y el tribunal nos mostraría sus simpatías.

—¿Has tenido algún caso de este tipo antes?

—En realidad, sí —replicó Elliot—. Hace cinco años. Una niña de ocho años murió, súbita e inesperadamente de una enfermedad congénita de los riñones. Sus dos riñones le fallaron, de la noche a la mañana, literalmente hablando. Un día era una chiquilla feliz y normal; al siguiente, parecía tener la gripe. Al tercer día, estaba muerta. Su madre quedó tan aplastada que no pudo soportar la visión del cadáver en el ataúd, aunque su hija no hubiera sufrido ningún daño físico sustancial y exterior, como le ocurrió a Danny. Incluso fue incapaz de asistir a los servicios fúnebres. Un par de semanas después del entierro de la niña, su madre empezó a sentirse culpable por no haberle brindado sus últimos tributos de cariño.

Al recordar sus propios malos momentos, Tina comentó:

—Lo sé. Sé cómo es eso.

—Llegado el momento, aquel sentimiento de culpabilidad se desarrolló hasta desembocar en serios problemas emocionales. Puesto que la madre no había visto el cadáver en la funeraria, no podía tener la certeza de que su hija estuviera muerta. Su incapacidad para aceptar la verdad fue mucho peor que la tuya. La mayor parte del tiempo estaba histérica, al borde de un desequilibrio nervioso. Yo dispuse que la tumba fuera abierta. Mientras preparaba el procedimiento ante las autoridades para la petición de exhumación, descubrí que la reacción de mi cliente era muy típica en situaciones de esta clase. En apariencia, cuando un hijo muere, una de las cosas peores que un padre puede hacer es negarse a ver el cuerpo mientras está en el féretro. Necesitas pasar un tiempo con el fallecido, lo bastante como para aceptar el hecho de que el cadáver nunca más regresará a la vida.

—¿Y la exhumación ayudó a tu clienta?

—Claro que sí. Sus problemas emocionales desaparecieron de inmediato. Y, llegado el momento, se disiparon del todo.

—¿Lo ves?

—Pero no olvides —insistió Elliot— que el cuerpo de su hija no estaba mutilado. Y que abrimos la tumba dos meses después del funeral, al cabo de menos de un año.

El cadáver se encontraba aún en bastante buenas condiciones. Pero con Danny..., las cosas no serán así...

—Soy consciente de ello —repuso Tina—. Dios sabe que no es algo que anhele demasiado, pero estoy absolutamente convencida de que es algo que debo hacer.

—Muy bien. Pues yo me ocuparé de todo.

—¿Cuánto tiempo necesitarás? —preguntó ella.

—¿Se opondrá tu marido?

Recordó el odio en el rostro de Michael cuando lo dejó unas cuantas horas antes.

—Sí —repuso—. Es probable que se oponga.

Elliot llevó las copas de coñac vacías hasta el bar del rincón. Y encendió la luz.

—Si es probable que tu marido cause problemas, actuaremos de prisa y sin dar tres cuartos al pregonero. Si somos lo bastante listos, no sabrá lo que intentamos hasta que la exhumación sea un hecho consumado. Mañana es fiesta por lo que, de manera oficial, no podremos hacer nada hasta el viernes.

—Tal vez ni siquiera entonces, al tratarse de un fin de semana de cuatro días.

Elliot encontró la botella de jabón líquido y el paño de cocina que guardaban debajo del fregadero.

—De ordinario, sería necesario esperar hasta el lunes. Pero ocurre que conozco a un juez muy razonable, Harold Kennebeck. Servimos juntos en los Servicios Secretos del Ejército. Era mi oficial principal. Y si...

—¿Servicio Secreto? ¿Eras espía?

—Nada tan importante como eso —replicó Elliot sonriente—. Nada de gabardinas ni esconderse en callejones oscuros.

—¿Kárate, cápsulas de cianuro, ese tipo de cosas...?

—En realidad, tuve un buen adiestramiento en artes marciales. Y aún practico un par de días a la semana, puesto que es una buena manera de mantenerse en forma. Sin embargo, no fue nada parecido a como se ve en las películas. Nada de coches a lo James Bond con ametralladoras ocultas detrás de los faros. Algo más bien prosaico.

—De alguna manera —comentó Tina—, tengo la sensación de que era mucho más... interesante de como tratas de presentarlo.

—Nanay —repuso—. Análisis domésticos, interpretación de las fotos tomadas por los satélites de reconocimiento, este tipo de cosas. Algo muy aburrido durante la mayor parte del tiempo. De todos modos, el juez Kennebeck y yo nos conocemos muy bien. Nos respetamos uno al otro, y estoy seguro de que hará algo por mí si le es posible. Lo veré mañana por la tarde, durante la fiesta de Año Nuevo, y le plantearé la situación. Tal pueda dejarse caer por el juzgado el viernes el tiempo suficiente como para atender mi demanda de exhumación, y concedémosla. Sólo necesitaría unos minutos. Y luego podríamos abrir la tumba a primeras horas del sábado.

Tina se acercó al bar y se sentó en uno de los taburetes, dando la cara a Elliot, al otro lado de la barra.

—Cuanto más pronto mejor —explicó—. Ahora que ya me he hecho a la idea,

estoy ansiosa por terminar con este asunto.

—Es comprensible —comentó Elliot—. Y además existe otra ventaja en hacerlo este fin de semana. Si nos movemos con rapidez, no es probable que Michael averigüe lo que nos llevamos entre manos. Y si se llega a oler algo, tendrá que localizar a otro juez que confirme o anule la orden de exhumación.

—¿Y crees que podrá hacerlo?

—No. Me imagino que no. No habrá muchos jueces por ahí durante estas fiestas. Y los de guardia estarán muy ocupados con acusaciones y juicios a conductores borrachos y con las personas implicadas en peleas entre borrachos. Lo más probable será que Michael no dé con un magistrado hasta el lunes por la mañana y, para entonces, será demasiado tarde.

—Furtivo...

—Ese es mi segundo apellido —replicó mientras acababa de fregar su primera copa de coñac, la enjuagaba en agua caliente y luego la colocaba en el escurridor para que se secase.

—Elliot Sneaky<sup>[1]</sup> Stryker —dijo ella.

El sonrió.

—A tu servicio...

—Me alegra que seas mi abogado.

—No te felicites por la sabiduría implicada en esta elección. Por lo menos, aún no. Será mejor que aguardes a que comprobemos si las cosas pueden llevarse a cabo.

—Claro que lo conseguirás —contestó Tina—. Eres la clase de persona que resuelve cada problema que le encargan.

—Tienes una magnífica opinión de mí —convino él.

—Sí, es cierto —contestó Tina, repitiendo lo que Elliot le había dicho antes cuando había respondido a idéntico cumplido.

Se echaron a reír.

Fue una risa tímida, pero, en realidad, era la primera vez que habían tenido ganas de reír desde que Elliot entrara en el despacho, y aquello cambiaba la calidad de la conversación. Toda aquella charla sobre muerte, miedo, locura y dolor parecía haberse desarrollado en un tiempo remoto, en vez de sólo unos cuantos segundos antes. Desearon pasarlo bien durante la noche que les aguardaba, y la mejor manera era ponerse en el debido estado de ánimo para ello.

Cuando Elliot alzó la segunda copa y la colocó en el escurridor, Tina dijo:

—Lo haces muy bien.

—Pero no limpio ventanas.

—Me gusta ver a un hombre realizando tareas domésticas.

—Pues, en ese caso, tendrías que verme cocinar.

—¿Cocinas?

—Como los ángeles.

—¿Y cuál es tu plato favorito?

—Cualquiera de los que hago.

—Es obvio que sabrás hacer pastel de humildad.

—Cualquier gran *chef* debe ser ego-maníaco en lo que a su arte culinario se refiere. Ha de estar del todo seguro en la estimación de su talento, si debe hacer un buen trabajo en la cocina.

—¿Y qué pasaría si cocinases algo para mí y no me gustara?

—En ese caso, comería lo que tú me sirvieras como si se tratase de algo mío.

—¿Y qué comería yo?

—Tu corazón.

Tina se echó a reír de nuevo. Sentaba bien hacerlo después de tantos meses de tristeza. Y sentaba aún mejor compartir de nuevo una velada con un hombre atractivo.

Elliot dejó a un lado el líquido de fregar la vajilla y el paño de cocina. Mientras se secaba las manos en una toalla, comentó:

—¿Por qué no nos olvidamos de salir a cenar? Déjame que cocine algo para ti.

—¿Con tan poca antelación?

—No necesito mucho tiempo para planear una comida. Soy como un rayo. Además, podrías ayudarme en el trabajo pesado, como limpiar las verduras y cortar las cebollas.

—Bueno, no sé —replicó Tina, tomándole el pelo—. ¿A qué restaurante iríamos, caso de salir?

—Pensaba en «Battista's Hole», en el «Wall». Conozco a Rio y Battista muy bien. Es probable que consiguiéramos algún servicio especial, uno o dos platos.

—Mmmmmmm —repuso Tina, aún de broma. El «Hole», en el «Wall», sirve la mejor comida de la ciudad.

—¿Podrías hacer algo que fuese igual de bueno?

—Prepararía unos estupendos *fettuccine* Alfredo.

Ella sonrió.

—Tal vez sea una de esas noches en que Battista canta para los clientes —replicó—. Odiaría perdérmelo. Tiene una voz muy bonita.

—Pues yo silbaría —contestó Elliot.

—Battista canta ópera. Y amo la ópera.

—Pues silbaré ópera.

—Oh... ¿Así que silbas ópera?

Elliot se lamió los labios, los frunció y se esforzó por silbar la conocida melodía de *Vesti la giubba*.

Tina no pudo reprimir una carcajada.

—¡Es espantoso!

—Cocino mejor que silbo.

—Tendrá que ser así.

—Di que irás a mi casa y me dejarás cocinar para ti, o silbaré más y más. Algo de

*Turandot.*

—¡No, no! Por favor, no... *Turandot* es una de mis óperas favoritas.

Él la obsequió con una burlona y siniestra mirada.

—Está bien... ¿Me dejarás que cocine para ti?

—Sí, sí. Cualquier cosa. Con tal de que no silbes más ópera...

—De acuerdo.

Salió de detrás de la barra y le tendió una mano.

—Entonces, vayamos a mi cocina.

—Debería ir a casa a arreglarme —comentó Tina.

—Ya estás bastante arreglada para mí.

—Mi coche...

—Pues ve en él. Sígueme hasta mi casa.

Apagaron las luces y salieron del despacho, cerrando la puerta tras de ellos.

Mientras cruzaban el despacho de Ángela, camino del pasillo, Tina lanzó una nerviosa mirada a la terminal del ordenador. Temía que comenzase a tecleear de nuevo, por sí solo, y les arruinara toda la velada. Pero ella y Elliot salieron de la oficina exterior, apagaron las luces y anduvieron por el largo pasillo hacia los ascensores sin escuchar el ruido de las teclas de una impresora automática.

Elliot Stryke vivía en una casa muy grande y agradable, con vistas al recorrido de golf del «Club de Campo» de Las Vegas. Las habitaciones eran cálidas, invitadoras, decoradas sobre todo en tonos sierra, con muebles «Henredon», complementados con piezas de antigüedades de cuidadosa selección y con alfombras «Edward Fields». Poseía una buena colección de pinturas de Eyvind Earle, Jason Williamson, Larry W. Dyke, Charlotte Armstrong, Cari J. Smith y otros artistas que se habían instalado en los Estados del Oeste y que, por lo general, extraían sus temas tanto del antiguo como del moderno Oeste.

Mientras le enseñaba toda la casa, se mostró ansioso por escuchar la opinión de Tina, y ésta no se hizo esperar demasiado tiempo.

—Es preciosa —comentó—. Asombrosa. ¿Quién ha sido tu decorador de interiores?

—Pues lo tienes ante ti.

—¿De veras?

—Cuando yo era pobre, ansiaba que llegase el día en que tuviese una bonita casa, llena de objetos preciosos, arreglada por el mejor decorador de interiores. Luego, cuando conseguí el dinero, ya no deseé que un extraño amueblase la casa por mí. Quise pasarlo bien yo solo. Nancy, mi difunta mujer, y yo decoramos nuestro primer hogar. El proyecto se convirtió en una vocación para ella, y empleé en él casi tanto tiempo como el que dedicaba al ejercicio de mi profesión. Los dos recorrimos todas las casas de muebles desde Las Vegas a Los Ángeles y San Francisco, lo miramos todo, en los rastros y en las tiendas más lujosas que pudimos encontrar. Lo pasamos estupendamente. Y cuando ella murió..., descubrí que nunca me habituaría a aquella pérdida si me quedaba en un sitio que estaba tan lleno de recuerdos suyos. Durante cinco o seis meses, fui un desecho emocional porque cada objeto de la casa me hacía acordarme de Nancy. Por fin, me quedé con unos cuantos recuerdos, una docena de piezas que siempre me hablarían de ella, vendí la casa, me mudé, y compré ésta. Entonces, comencé a decorarlo todo de nuevo.

—No sabía que habías perdido a tu esposa —repuso Tina—. Quiero decir, que siempre pensé en un divorcio o algo parecido.

—Falleció hace tres años.

—¿Y qué ocurrió?

—Cáncer...

—Lo siento, Elliot.

—Por lo menos, fue algo rápido —comentó Elliot—. Un cáncer muy virulento. Murió un mes después de que le fuera diagnosticado.

—¿Estuvisteis mucho tiempo casados?

—Doce años —replicó.

Tina le puso una mano en el brazo.



—Sí. Sé como es un dolor así.

Tina habló con tal convicción que él pareció encontrarse más cerca de ella, y luego se percató de que tenían más en común de cuanto ellos mismos habían imaginado.

—Claro que sí. Tú también tuviste a Danny durante doce años, ¿no es eso?

—Sí. En lo que a mí respecta, sólo hace poco más de un año... desde que me quedé sola. En cambio, para ti son ya tres años. Tal vez podrías decirme...

—¿Qué?

—¿Nunca se acaba? —preguntó Tina.

—¿El dolor?

—Sí.

—Hasta ahora, no ha sido así —explicó—. Tal vez al cabo de cuatro años. O cinco. O diez. El dolor no es tan grande ya como en otro tiempo. Y tampoco es tan constante. Pero sigue habiendo momentos en que...

No concluyó y ella tampoco dijo nada más acerca de aquello; y, durante la larga velada, fue la única ocasión en que la conversación resultó sombría.

Acabó de mostrarle el resto de la casa, que ella quería ver. La habilidad de Tina para crear una revista musical que tuviera estilo no resultó ser ninguna casualidad; poseía gusto y un ojo muy agudo que, al instante, conocía la diferencia entre lo bonito y la auténtica belleza, entre la inteligencia y el arte. Elliot disfrutó discutiendo de antigüedades y pinturas con ella; pasó una hora en lo que parecieron ser sólo diez minutos.

La visita acabó en la amplia cocina, con su techo de cobre, su suelo de baldosas mexicanas y un equipo que poseía la calidad del de cualquier buen restaurante. Tina miró el congelador empotrado, inspeccionó el grill de un metro cuadrado, los dos hornos, el microondas y toda la serie de aparatos para facilitar el trabajo.

—Te has gastado una fortuna —comentó Tina al acabar su revisión—. Obviamente, tu práctica legal no es otra fábrica más de divorcios en Las Vegas.

Elliot sonrió.

—Soy uno de los socios fundadores de «Stryker, Cohen, Dwyer, Coffey y Napotino». Somos uno de los gabinetes de abogados más importantes de la ciudad. Sólo eso ya me concede un gran crédito. Hemos sido muy afortunados. Nos encontramos en el lugar preciso en el momento oportuno. Orrie Cohen y yo abrimos el gabinete en un despacho de un edificio de oficinas no muy caro, hace ya once años y medio; justo al principio del mayor *boom* que esta ciudad ha vivido jamás. Representamos a algunas personas con pocos medios económicos, empresarios que tenían un montón de buenas ideas pero no demasiado dinero para hacer frente a los honorarios legales. Algunos de nuestros clientes supieron moverse bien y se encontraron pronto en la cumbre del explosivo crecimiento de la industria del juego y del Cercado de bienes raíces de Las Vegas; y nosotros nos limitamos a subir junto a ellos, en el carro de los vencedores.

—Muy interesante —comentó Tina.

—¿De veras?

—Claro que sí.

—¿De verdad soy interesante?

—Eres muy modesto en lo de haberte hecho con una buena clientela en tu despacho se refiere, pero te conviertes en un ego-maníaco en lo tocante a tus habilidades culinarias.

Él se echó a reír.

—Eso se debe al hecho de que soy, con mucho, mejor cocinero que abogado. Mira..., prepara unas bebidas mientras me quito el traje. Regresaré en cinco minutos y luego verás por ti misma de qué forma actúa un auténtico genio de la cocina.

—Y si no funciona —bromeó Tina—, siempre podemos coger el coche e irnos a «McDonald's» a comer unas hamburguesas.

—¡Filistea!

—Sus hamburguesas son muy difíciles de superar.

—Te obligaré a comer cuervo...

—¿Y cómo lo cocinarás? —preguntó Tina.

—De una forma muy divertida.

—Pues si lo cocinas de forma divertida, no sé si me apetecerá.

—Si yo cocinara un cuervo —le respondió él—, estaría delicioso. Te comerías hasta el último trozo, te chuparías los dedos y suplicarías que te diese más.

La sonrisa de Tina resultó tan encantadora, que él se hubiera, quedado allí toda la noche, sólo para mirar la suave curva de sus labios.

Elliot estaba asombrado del efecto que Tina le había causado. No podía recordar haber estado ni la mitad de torpe en la cocina como esa noche. Se le cayó el cucharón. Tiró latas y frasquitos de especias. Se olvidó de vigilar una cacerola, que hirvió más de la cuenta. Cometió un error al preparar el aliño de la ensalada y tuvo que comenzar de nuevo desde el principio. Ella lo ponía nervioso, y eso le encantaba.

—Elliot, ¿estás seguro de que no notas ahora los efectos de aquellos coñacs que has tomado en mi despacho?

—En absoluto.

—Entonces, será la bebida que te has tomado aquí.

—No. Sólo es mi estilo de cocinar.

—¿El tirar cosas es tu estilo?

—Le da a la cocina un aspecto agradable y *habitual*.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a «McDonald's»?

—¿Se preocupan allí de dar a su cocina un aspecto agradable y habitual?

—No, sólo tiene magníficas hamburguesas...

—¿Sus hamburguesas tienen un aspecto agradable y *habitual*?

—... sus patatas fritas son estupendas.

—Por eso tiro las cosas —continuó Elliot—. Un cocinero no tiene que ser grácil

para ser bueno.

—¿Debe tener buena memoria?

—Eh...

—Ese polvo de mostaza que estás a punto de verter en el aliño de la ensalada...

—¿Qué le pasa?

—Ya lo habías puesto hace un rato.

—¿De veras? Oh, Jesús... Gracias. No me gustaría tener que preparar esa maldita cosa por *tercera* vez...

Ella se echó a reír y, sin darse cuenta, tiró un pan italiano, grande y redondo, que estaba sobre la mesa, el cual rebotó en el suelo; y aterrizó en las baldosas mexicanas con un suave *plaf*...

—Eh, que también a ti te hace efecto el coñac —dijo él.

—No.

—Entonces, ¿qué es eso? Apuesto a que estás excitada por encontrarte aquí con un bribón tan guapo y de tanto éxito como yo.

—Naranjas de la china —repuso Tina—. Lo que pasa es que me gusta el pan un poco sucio.

—¿De veras te gusta el pan sucio?

—¿Nunca has oído ese viejo dicho de que «lo que no mata, engorda»?

—Pues lo emplearé con los huevos del desayuno.

Ella se echó a reír. Tenía una risa gutural que no era muy diferente a la de Nancy.

Se diferenciaba de Nancy en muchos aspectos; pero estar con ella era como encontrarse junto a su fallecida esposa. Resultaba muy agradable. Resultaba fácil hablar con ella, lo mismo que le sucedía con Nancy: era brillante, divertida, sensitiva.

Tal vez fuese muy temprano para asegurarlo, pero Elliot tenía la sensación de que el destino le iba a brindar una segunda oportunidad para ser feliz.

Cuando él y Tina se hubieron acabado los postres, Elliot sirvió sendas tazas de café para ambos.

—¿Aún deseas ir a «McDonald's» a tomarte una hamburguesa?

—La ensalada de setas, los *fettuccini* Alfredo, los *zabaglione*..., todo ha estado soberbio, hasta el último bocado —comentó Tina—. Realmente, sabes cocinar...

—¿Te mentiría acaso?

—Suponte que ahora me tendré que comer el cuervo<sup>[2]</sup>.

—Creo que ya lo has hecho.

—Y ni siquiera he notado las plumas.

Mientras Tina y Elliot habían estado bromeando en la cocina, incluso antes de que la cena hubiese quedado preparada por completo, ella había comenzado a pensar que esa noche deberían acostarse. Para cuando terminaron de cenar, *sabía* que eso era lo que iban a hacer. Elliot no la estaba presionando. En realidad, Tina tampoco le presionaba a él. Simplemente, ambos se veían arrastrados por las fuerzas naturales. Al igual que el impulso de una corriente de agua. Como la implacable formación de

un vendaval, donde luego surgen los rayos. A un nivel instintivo, ambos se habían dado cuenta de que se necesitaban mutuamente, tanto en el aspecto físico como mental y emocional, y que, con independencia de lo que sucediera entre ellos tenía que ser, por fuerza, algo correcto y bueno.

Fue inevitable.

Al principio, el desencadenamiento de aquella tensión sexual hizo que Tina se sintiera nerviosa. No se había ido a la cama con ningún hombre, excepto con Michael, durante los últimos catorce años, desde que cumpliera los diecinueve... Y ahora mismo hacía dos años que no se había acostado *con ninguno en absoluto*. De repente, le pareció que había realizado algo loco y estúpido al ocultarse como una monja durante aquellos dos años. Naturalmente, durante el primero de ellos, aún estaba casada con Michael, y se había sentido impulsada a serle fiel, aunque estuvieran ya en marcha una separación y un divorcio, y a pesar de que él no se viese compelido por un sentimiento moral de iguales características; y, más tarde, con la revista que debían producir y con la muerte del pobre Danny pesando con tanta fuerza sobre ella, tampoco se había sentido de humor para involucrarse en un romance. Pero, Dios mío, ahora se sentía como una muchacha sin la menor experiencia... Se preguntó si sabría que debía *hacer*. Temía portarse como una inepta, torpe y ridícula en la cama. Se dijo a sí misma que el sexo era igual que montar e bicicleta, algo imposible de olvidar, y lo idiota de esta comparación le hizo reír por dentro, pero no por ello aumentó la confianza en si misma. Sin embargo, poco a poco, mientras ella y Elliot realizaban los ritos estándar del cortejo, todos los impulsos y paradas sexualmente indirectos de una relación entre compañeros, la familiaridad de aquellos juegos acabaron de tranquilizarla. ¡Resultaba asombroso que aquello pudiese parecerle tan familiar! Aunque habían pasado catorce años desde que jugaba a aquel juego, le pareció que había sido el día anterior. Desde luego, era un poco como eso de saber montar en bicicleta...

Después de cenar se dirigieron al estudio, donde Elliot encendió una usada chimenea de ladrillo. Aunque los días invernales en el desierto podían ser tan cálidos como los primaverales, que había sido el caso de ese mismo día, las noches invernales eran siempre frías, y ocasiones de lo más crudas, con un viento helado que gemía en las ventanas y aullaba incesantemente debajo de los aleros, aquel alegre fuego no estaba fuera de lugar.

Elliot cargó el estéreo con un montón de álbumes de Sinatra.

Tina se quitó los zapatos.

Estaban sentados en el sofá, uno junto al otro, enfrente de la chimenea, y observaban las llamas y el ocasional crepitar anaranjado, mientras escuchaban música, tomaban crema de menta, y hablaban, hablaban, hablaban. A Tina le hacía el efecto que habían conversado sin pausa durante toda la velada, conversando con una especie de tranquila urgencia, como si cada uno de ellos tuviese una vasta cantidad de información terriblemente importante que debía pasar al otro antes de separarse. Y

cuanto más hablaban más cosas en común encontraban. Así se pasó una hora delante del fuego, y luego otra hora. Tina descubrió que Elliot Stryker le gustaba mucho más con cada cosa que aprendía acerca de él.

Tina nunca estuvo segura de quién fue el que inició la acción para el primer beso. Tal vez él se inclinó sobre ella, o tal vez ella se volvió hacia él. Pero antes de que se percatara de lo que sucedía, sus labios se encontraron con la mayor suavidad, de un modo breve. Y luego otra vez. Y otra. Y después él comenzó a plantar pequeños besos en todo su rostro: en su frente, en sus ojos, en sus mejillas, en su nariz, en las comisuras de su boca, en su mentón. Le besó las orejas, otra vez sus ojos, y dejó una cadena de besos a lo largo de su cuello y, cuando al fin, regresó a su boca, la besó con mayor profundidad que antes, y ella respondió al instante, abrió la boca, lo mordisqueó, lamiéndolo, e impulsó su lengua entre los labios del hombre, tomándole la lengua en su boca.

Las manos de Elliot se deslizaron con lentitud por el cuerpo de Tina y probaron su firmeza y resistencia, y ella también le tocó, con cariño, le apretó los hombros, los brazos, los fuertes músculos de su espalda. Nunca le había sentido mejor a Tina sentir lo que él experimentaba en aquel momento.

Como en un sueño, salieron del estudio y se fueron al dormitorio de Elliot. Éste conectó una lamparita de débil luz, al lado de la y abrió las sábanas de la cama.

Durante el minuto en que Elliot estuvo apartado de ella, Tina temió que el encanto se hubiese quebrado. Pero cuando él regresó, le besó con timidez y se encontró con que nada había cambiado; entonces, se apretó contra él una vez más.

Le abrazó con firmeza mientras se besaban, y él le oprimió el trasero con las dos manos. Tina sintió como si ambos hubiesen estado así, de esa misma forma, trabados en un abrazo, muchas veces ya.

—Apenas nos conocemos —susurró ella.

—¿Es así como sientes?

—No.

—Yo tampoco.

—Te conozco muy bien.

—Desde hace milenios.

—Sin embargo, sólo hace dos días.

—¿Tanto? —preguntó él.

—¿Qué opinas?

—Para mí no ha pasado tan deprisa.

—No ha pasado en absoluto deprisa —convino ella.

—¿De veras?

—Positivo.

—Estás maravillosa.

—Ámame...

Elliot no era un hombre particularmente robusto, pero la cogió en brazos como si

fuese una niña.

Tina se aferró a él. Vio un anhelo y una necesidad en sus oscuros ojos, un deseo poderoso que era sólo de sexo en parte, y supo que la misma necesidad de ser amado y evaluado debía aparecer en sus ojos cuando él la miraba.

La llevó a la cama, la depositó allí y la urgió a que se echara. Sin apresurarse, con una anticipación sin aliento que iluminó su rostro, la desnudó.

Él se quitó sus propias ropas a toda prisa, se unió a Tina en la cama y la cogió entre sus brazos.

Exploró su cuerpo con lenta deliberación; primero, con los ojos, luego con manos amorosas y a continuación con los labios y la lengua.

Tina se dio cuenta de que se había equivocado al pensar que el celibato constituía una parte de su período de duelo. La verdad era todo lo contrario. El sexo bueno y saludable con un hombre que la mimara, la habría ayudado a recuperarse mucho más deprisa de como había ocurrido, puesto que el sexo era la antítesis de la muerte una jocunda celebración de la vida, una negación de la existencia de la tumba.

La luz ámbar moldeó los músculos del hombre.

Bajó el rostro hacia el de ella. Se besaron.

Ella deslizó una mano entre ellos, y le oprimió y le acarició.

Se sentía sensual, sin vergüenza, insaciable.

Cuando la penetró, Tina dejó que sus manos viajasen por el cuerpo de Elliot, junto a sus esbeltos costados.

—Eres tan suave —susurró él.

Comenzó el ritmo del amor, tan antiguo como el mundo. Durante un prolongado momento, olvidaron la existencia de la muerte y exploraron las deliciosas y suaves superficies del amor. Y, en aquellas horas brillantes, les pareció que vivirían por siempre.

## **Tercera parte**

**JUEVES, 1 DE ENERO**

Tina pasó la noche con Elliot, y él se percató de que se había olvidado de lo agradable que podía ser compartir una cama con alguien a quien se ama verdadera y profundamente. Había llevado a otras mujeres a esa misma cama durante los dos últimos años, y algunas de ellas se habían quedado a pasar la noche, pero ninguna de aquéllas le había hecho sentirse tan cálida y profundamente alegre, por el puro y simple hecho de su presencia, como era el caso de Tina. Con ella, el sexo constituía una prima deliciosa, pero no era la razón principal de que deseara tenerla allí, a su lado. Tina era una excelente amante —suave, dulce, de largas piernas, grávidos senos, ansiosa por complacer y desinhibida en la persecución de su propio placer—, pero era también una *persona*, una persona a la que valía la pena conocer, no fabricada por molde alguno, *diferente*; y era su personalidad única, su corazón y su alma lo que hacía que compartir el lecho con ella fuera un privilegio muy especial. Era agradable saber que alguien como ella estaba allí, una mujer con la que podría compartir algo más que sólo los buenos tiempos. Durante un rato se limitó a yacer allí, escuchando la respiración de la mujer. La vaga silueta en penumbra de Tina debajo de la ropa de la cama, en la oscuridad, constituía un talismán para alejar la soledad.

Llegado el momento, se quedó dormido; pero, a las cuatro de la madrugada, sus gritos lo despertaron.

Tina se había incorporado y forcejeaba con las sábanas, catapultada desde su pesadilla. Jadeaba en busca de aire, temblorosa, mientras aluceaba acerca de un hombre vestido todo de negro, una monstruosa figura de su sueño.

Elliot hubo de encender la lamparita de la mesilla de noche demostrarle que estaban solos en la habitación.

Tina tuvo que hablarle acerca de sus sueños, pero Elliot no se había percatado hasta entonces de lo espantosos que resultaban para ella. Comenzó a pensar que la exhumación del cadáver de Danny sería algo bueno para ella, dejando de lado el horror que debería mirar cuando alzasen la tapa del ataúd. Si el contemplar los restos ponía fin a aquellas pesadillas que helaban la sangre, ella podría salir adelante.

Elliot apagó la luz y la persuadió para que se echara otra vez. La abrazó hasta que dejó de temblar.

Ante su sorpresa, el miedo de Tina se transformó con rapidez en deseo; y, ante su sorpresa aún mayor, él estuvo preparado para la mujer, aunque antes había quedado exhausto por completo por la maratoniana sesión de hacer el amor.

Ya habían probado todas las posiciones y llevado a cabo juntos toda clase de técnicas. Pero ahora no experimentaron; cayeron con facilidad en la posición y el ritmo que mejor les complacía; a continuación, se deslizaron de nuevo en el sueño.

Por la mañana, se asombró al encontrarse haciéndole el amor en la ducha, ambos mojados y enjabonados. Resultó algo rápido y apasionado, y cuando se derramó, se sintió como si la médula de sus huesos estuviera también vertiéndose de él.



Después de desayunar, le pidió que le acompañase a la fiesta de la tarde a la que había sido invitado; allí acorralaría al juez Kennebecky le hablaría de la exhumación. Pero Tina deseaba regresar a su casa y despejar el cuarto de Danny. Se sentía preparada para el desafío y deseaba hacerlo antes de que los nervios la derrumbaran de nuevo.

—Pues nos veremos esta noche, ¿te parece bien? —preguntó.

—Sí.

—Cocinaré de nuevo para ti.

Ella sonrió con expresión lasciva.

—¿Te refieres a cocinar sólo o a otras cosas?

—Hablo de hacerte cosas desde el punto de vista culinario. Después de lo de anoche, ya no cocinaré en el dormitorio hasta que mis baterías se recarguen, y eso me llevará un par de días.

Tina se levantó de la silla, se inclinó sobre él a través de la mesa y lo besó.

—Apuesto a que estarás recargado dentro de un par de horas.

El olor de la mujer, el vibrante azul de sus ojos, la sensación de su tersa piel cuando le rozó el rostro... todas esas cosas generaron oleadas de afecto y anhelo dentro de él.

—Dios mío —repuso—, creo que estás en lo cierto. Es increíble. Me siento como si hubiera vuelto a tener dieciséis años. Me encuentra otra vez como un chico recalentado.

—¿No es estupendo?

—Voy a explotar como una granada. Me quedará por completo destrozado.

La acompañó hasta su «Volkswagen» *Rabbit*, aparcado en la entrada de coches; luego, se inclinó hacia la ventanilla cuando la mujer estuvo ya detrás del volante, entreteniéndola durante otros quince minutos mientras planeaba, para gran satisfacción de Tina, cada plato de la cena de aquella noche.

Ella se alejó con el coche, y Elliot observó su vehículo hasta que giró en la esquina y desapareció. Y cuando ya se hubo ido, supo que no había deseado dejarla marchar. También supo por qué le había hecho el amor de aquella forma tan impetuosa en la ducha, incluso sin tener apenas fuerza, para terminar lo que había iniciado. Con cada uno de sus actos, intentaba posponer su partida porque temía no volver a verla de nuevo en cuanto se marchara.

No tenía ningún motivo racional para temer algo parecido. Resultaba cierto que la persona desconocida que se dedicaba a acosar a Tina podría albergar intenciones violentas. Pero, por diversas razones, ella no creía que hubiera un peligro real en todo eso, y Elliot tendía a mostrarse de acuerdo con ella. Aquel malévolo gamberro deseaba que Tina sufriese una abundante dosis de angustia mental y dolor espiritual; pero no quería que muriera, porque eso daría al traste con su diversión.

El que se hubiera ido dejó a Elliot lleno de temores porque era un completo supersticioso. Estaba convencido de que, con la llegada de Tina a su vida, se había

visto favorecido con demasiada felicidad, demasiado rápido, demasiado pronto, con extrema facilidad. Tenía la terrible sospecha de que el destino le preparaba para una caída más dura. Temía que Tina Evans le fuera arrebatada, de la misma forma que le había sucedido con su esposa Nancy.

Sin acabar de quitarse aquellas lúgubres premoniciones de la mente, entró de nuevo en la casa.

Pasó hora y media en la biblioteca. Estuvo estudiando antecedentes legales respecto de la exhumación de un cadáver que, tal y como el tribunal lo había establecido, «debía ser desenterrado en ausencia de una apremiante necesidad legal, sólo por razones humanas, en consideración a ciertos supervivientes del fallecido». Elliot no creía que Harold Kennebeck le creara problemas, y, desde luego, no esperaba que le exigiese una lista de jurisprudencia para algo relativamente tan simple, e inofensivo, como abrir la tumba de Danny. Pero, de todos modos, quería estar bien preparado. En el Servicio Secreto del Ejército, Kennebeck había sido un oficial justo, pero también muy exigente siempre.

A la una, Elliot cogió su plateado «Mercedes 450-SL» para acudir a la fiesta de Año Nuevo en Sunrise Mountain. El cielo aparecía azul y despejado, y deseó que le quedara tiempo para sacar su «Cessna» durante un par de horas. Aquél era un tiempo perfecto para volar uno de aquellos días cristalinos en los que, encontrarse por encima de la tierra, le hacía sentir a uno especialmente fresco y libre. El domingo, cuando el asunto de la exhumación hubiera pasado ya, tal vez volara con Tina hasta Arizona o Los Ángeles para pasar el día.

En Sunrise Mountain, la mayor parte de las grandes y lujosas viviendas tenía un «paisaje natural» —lo que significaba rocas y piedras de colores, y cactus, artísticamente dispuestos, en vez de césped, arbustos y árboles—, un reconocimiento del hecho de que la mano del hombre en esta parte del desierto constituía aún algo nuevo y tal vez tenue. Por la noche, la vista de Las Vegas desde la montaña resultaba un innegable espectáculo, pero Elliot no podía comprender qué otras razones existirían para elegir vivir aquí en vez de en otras partes de la ciudad, más antiguas y con mayor verdor. Esas pendientes, dejadas de la mano de Dios y llenas de arena, no estarían verdes y lujuriantes, por lo menos, hasta dentro de otros diez años —lo más probable era que fuesen veinte—. En aquellas pardas colinas, las grandes casas surgían como los desolados monumentos de una antigua y muerta religión. La mayoría de residentes en Sunrise Mountain podían esperar el compartir su patio, solárium y piscina con algunos visitantes ocasionales: escorpiones, tarántulas y serpientes de cascabel. Los días ventosos, el polvo era tan denso como la niebla, en torno de las ventanas y a través de los conductos de los desvanes. Por lo que Elliot sabía, Sunrise Mountain se había convertido en una zona de prestigio sólo a causa de las dos primeras casas contruidas por millonarios. Las demás personas, seguras de que los millonarios no iban a equivocarse, los siguieron pronto, sin percatarse de que los residentes originarios habían optado por la vida en las montañas a causa de que

estaban demasiado seniles para hacer las cosas mejor.

La fiesta se celebraba en una gran casa de estilo neoespañol, a mitad de la colina. Una tienda de tres lados, en forma de abanico, había sido erigida en el «césped» posterior, a un lado de la piscina de quince metros, con el lado abierto enfrente de la casa. Una orquesta de dieciocho músicos tocaba en la parte posterior de aquella estructura en forma de tienda de campaña a rayas. Unos doscientos invitados bailaban o se arremolinaban detrás de la casa, y otro centenar hacían honor a la fiesta en el interior de las quince habitaciones.

Una gran cantidad de aquellos rostros le resultaban familiares a Elliot. La mitad de los invitados eran abogados con sus esposas. Aunque algún purista judicial pudiera haberlo desaprobado, los fiscales, los defensores públicos, los especialistas en derecho fiscal, así como los letrados criminalistas y los de empresas, aparecían allí mezclados y se emborrachaban plácidamente con los jueces ante los que presentaban sus casos todas las semanas.

Al cabo de veinte minutos de mezclarse, diligente, con aquella multitud, Elliot encontró a Harold Kennebeck. El juez era un hombre alto de aspecto severo, con un rizado cabello blanco. Saludó a Elliot calurosamente, y luego comenzaron a hablar acerca de sus intereses mutuos, sobre todo de cocina, de violaciones y de transportes por los ríos en balsa.

Elliot deseaba solicitar un favor a Kennebeck sin que una docena de abogados lo escucharan, y allí no había ningún lugar en la casa en que pudiesen encontrar una auténtica intimidad. Salieron afuera y anduvieron por Fourth Street, más allá del estacionamiento de los coches de los invitados, que abarcaban una amplia gama, desde «Rolls-Royce» hasta «Honda».

Kennebeck escuchó con interés la petición no oficial acerca de las posibilidades de que la tumba de Danny fuese abierta. Elliot no le contó al juez el asunto del gamberro malévolo, porque le parecía una complicación innecesaria; seguía creyendo que, una vez el hecho de la muerte de Danny quedase establecido a través de la exhumación, la forma más rápida y segura de hacer frente a aquel acoso era contratar a una buena firma de investigadores privados para que descubriesen al culpable. Ahora, en beneficio mismo del juez, y para explicar el porqué aquella rápida exhumación se había convertido en un asunto de tal importancia, Elliot exageró la angustia y confusión que se habían apoderado de Tina a causa de las consecuencias directas de no haber querido ver el cadáver del niño.

Harry Kennebeck solía tener cara de póquer, y en ese momento aumentó más aún aquella expresión, por lo que resultaba difícil conjeturar si tenía alguna simpatía respecto de la petición de Tina. Mientras el juez y Elliot caminaban por aquella calle aplastada por el calor del sol, Kennebeck pensó en silencio acerca de aquel problema durante casi un minuto.

—¿Y qué ocurre con el padre? —preguntó.

—Confiaba en que no me lo preguntarías.

—Ah... —exclamó Kennebeck.

—El padre se opondrá.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por alguna causa religiosa?

—No. Hubo un divorcio muy difícil poco después de que el chico muriese. Michael Evans odia a su antigua esposa.

—Ah... ¿Así que se opondrá a la exhumación por ninguna otra razón que por causarle dolor?

—Eso es —convino Elliot.

—De todos modos, debo tener en cuenta los deseos del padre.

—Dado que no existen objeciones de tipo religioso, la ley exige el permiso de sólo un progenitor en un caso como éste —explicó Elliot.

—De todos modos, tengo el deber de proteger los intereses de cualquier persona en un asunto así.

—Si el padre tiene la menor posibilidad de protestar —prosiguió Elliot—, es probable que se vea inmerso en una considerable batalla legal. Y eso va a consumir una condenada cantidad de tiempo por parte del tribunal.

—Ah, eso no me agradaría demasiado —replicó Kennebeck pensativo—. El calendario del tribunal ya está bastante completo en la actualidad. Ocurre que no tenemos bastantes jueces o suficiente dinero. El sistema cruje por todos lados.

—Y una vez haya pasado todo —siguió Elliot— mi cliente seguramente verá concedida su petición de exhumación del cadáver.

—Es probable...

—En resumen —remató Elliot—, su marido no se dedicará más que a llevar a cabo un desagradable obstruccionismo. En el proceso, intentará lastimar a su exesposa, consumirá varios días del tiempo del tribunal, y, al final, el resultado será exactamente el mismo que si nunca le hubieran otorgado la menor posibilidad de protestar.

—Ah... —repitió Kennebeck, frunciendo levemente el ceño. Se detuvieron al final de la siguiente manzana. Durante un minuto, Kennebeck permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cálido sol.

—Me pides que tome por los atajos.

—No es eso exactamente. Sólo te pido que firmes una autorización de exhumación a requerimiento de la madre. La ley lo autoriza.

—Y quieres que firme enseguida esa autorización, supongo...

—Mañana por la mañana si es posible.

—Y me pedirás que la tumba sea abierta mañana por la tarde.

—El sábado a más tardar.

—Antes de que el padre pueda conseguir de cualquier otro juez un documento en sentido contrario —resumió Kennebeck.

—Si no existe ningún indicio, es posible que el padre no llegue jamás a enterarse del asunto de la exhumación.

—Ah...

—En beneficio de todos. El juzgado tendrá un montón de tiempo y esfuerzo menos. Mi cliente se librará de una gran cantidad de innecesaria angustia. Y su marido se ahorrará un montón de dinero en minutas de abogados, que despilfarrará únicamente en un desesperanzado intento de detenernos.

—Ah... —exclamó Kennebeck una vez más.

Regresaron en silencio hacia la casa donde la fiesta resultaba más escandalosa a cada minuto que transcurría.

A mitad de la manzana, Kennebeck habló de nuevo:

—Tendré que «rumiarlo» un rato aún, Elliot.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ah...

—¿Te quedarás aquí toda la tarde?

—Lo dudo. Con tantos abogados, esto parece una fiesta de bosquimanos, ¿no te parece?

—¿Regresarás a casa desde aquí? —preguntó Kennebeck.

—Sí.

—Ah...

Se alborotó un rizo de blanco cabello que le caía encima de la frente.

—Entonces, te llamaré a tu casa por la noche.

—¿Me puedes decir, de todos modos, hacia qué parte te inclinas?

—Supongo que a la tuya.

—Sabes que tengo razón, Harry.

Kennebeck sonrió.

—Ya he oído tus argumentos, abogado. Dejémoslo por ahora. Te telefonearé esta noche, después de haber tenido la oportunidad de pensar al respecto.

Por lo menos, Kennebeck no se había negado a su petición; de todos modos, Elliot esperaba una respuesta más rápida y más satisfactoria. No le estaba pidiendo un gran favor al juez. Además, los dos habían vivido muchas cosas juntos. Sabía que Kennebeck era un hombre cauteloso; pero, por lo general, no resultaba cauto en exceso. La vacilación del juez en este asunto, relativamente sencillo sorprendió a Elliot, pues le resultó algo extraño que fuese así, mas no dijo nada; tendría que aguardar a que Kennebeck le llamase por la noche.

Mientras se aproximaban a la casa, comenzaron a hablar acerca de los deleites de la pasta servida con una leve y delgada salsa de aceite de oliva, ajo y albahaca dulce.

Elliot se quedó en la fiesta sólo un par de horas. Había demasiados abogados allí, y pocas otras personas con quienes comentar algo interesante. Por cualquier lugar al que se dirigiera, no hacía otra cosa que escuchar conversaciones sobre indemnizaciones civiles, manda-gentes, pleitos, contestación a la demanda, mociones,

apelaciones, conciliaciones, acuerdos, y los últimos trucos en materia de impuestos. Las conversaciones eran parecidas a aquélla en las que se veía implicado en el trabajo, de ocho a diez horas al día, cinco días a la semana y no estaba dispuesto a pasarse un día de fiesta tratando de aquellos mismos condenados temas.

A las cuatro ya estaba de regreso en su casa, trajinando en la cocina. Se suponía que Tina llegaría a las seis. Tenía unas cuantas tareas que concluir antes de que ella llegara, por lo que no pasarse aquella noche demasiado rato en la cocina, como le había ocurrido la noche anterior. De pie, al lado del fregadero, se dedicó a pelar y cortar unas cebollas pequeñas, limpió un poco de apio y perejil y varias zanahorias de tamaño mediano. Acababa de abrir una botella de vinagre y había vertido unos chorros en una taza de medir, cuando escuchó un ruido a su espalda.

Se dio media vuelta y vio a dos desconocidos que entraban en la cocina procedentes del comedor. Uno de ellos medía poco más de metro y medio, tenía un rostro afilado y llevaba una cuidada barba rubia. Vestía un traje marrón oscuro, camisa beige, corbata color castaño y llevaba en la mano lo que parecía un maletín de médico. Tenía un aspecto nervioso. El segundo hombre era considerablemente más formidable que el primero: alto, de dura mirada, y encallecidas manos con grandes nudillos. Vestía unos pantalones, que daban la sensación de haber sido planchados hacía poco, con una camisa de un azul vivo, corbata con dibujos y una chaqueta deportiva gris. Tenía todo el aspecto de un jugador profesional de rugby, incómodo con aquellas prendas y que le hubiesen llevado a una cena para celebrar algo. Pero no parecía nervioso en absoluto. Ambos hombres se detuvieron cerca del frigorífico, a unos cuatro metros de Elliot; el hombrecillo se movía torpemente y el hombre alto sonreía.

—¿Cómo han entrado aquí? —preguntó Elliot, demasiado sorprendido como para acordarse de preguntar quiénes eran o qué deseaban.

—Tenemos una llave maestra —explicó el hombre alto, sonriente y asintiendo—. Bob, aquí presente —continuó, señalando al hombrecillo—, tiene llaves maestras para todo tipo de cerraduras. Así, las cosas resultan más sencillas.

—¿De qué demonios se trata?

—Cálmese —dijo el hombre alto.

—¿Se trata de un robo?

—No, no... —replicó el hombretón.

Bob meneó la cabeza en señal de asentimiento, con el ceño fruncido, como si le aterrase el pensamiento de que él pudiese ser confundido con un vulgar ladrón.

—Si es que van a secuestrarme...

—Por supuesto que no —repuso el hombre alto.

—Entonces, ¿de qué diantres se trata?

—Cálmese, por favor.

—Me parece que se han equivocado de hombre.

—Usted es al que buscamos —explicó el hombretón.

—Sí —terció Bob—. Es usted, exactamente. No hay el error.

—No puedo pensar en nadie que tenga serios agravios contra mí —repuso Elliot—. Deben de estar confundidos. Verán, si ustedes...

—Cálmese, Mr. Stryker —dijo el hombre alto.

—Si —convino Bob—. Tranquilícese, por favor.

Elliot dio un paso hacia ellos.

El hombre más alto sacó una pistola equipada con silenciador de la pistolera que llevaba escondida debajo de su chaqueta deportiva

—Tranquilo... Límitese a facilitarnos las cosas.

Elliot se apoyó en el fregadero.

—Así está mejor —convino el hombretón.

—Mucho mejor —le coreó Bob.

—¿Quiénes son ustedes?

—Si coopera, no recibirá el menor daño —le aseguró el grandote.

—Vayamos con el asunto —añadió Bob.

El hombre alto explicó:

—Usaremos la zona de los desayunos —explicó el otro—, aquí en el rincón.

Bob se acercó a la mesa de roble. Dejó sobre ella su negro maletín de médico, lo abrió y sacó una grabadora, junto con otros objetos: un trozo de tubo flexible de caucho, un esfignomasómetro para tomar la presión sanguínea, dos ampollas con un fluido ambarino y un paquete de jeringuillas de un solo uso.

La mente de Elliot recorrió atropelladamente una lista de casos que la firma de abogados llevaba en aquellos momentos en busca de alguna conexión con aquellos dos intrusos; pero no se le ocurrió ninguna.

El hombre alto hizo un ademán a Elliot con la pistola.

—Vaya hacia la mesa y siéntese.

—No, hasta que me diga de qué se trata —replicó Elliot.

—Aquí, el que da las órdenes soy yo.

—Pero yo no voy a acatarlas.

—Pues le agujerearé la piel si no se mueve.

—No. Usted no hará nada de eso —repuso Elliot, deseando parecer tan seguro de sí mismo como aparentaba—. Usted está pensando en algo más, y el disparar contra mí lo arruinaría todo.

—Ponga el culo encima de aquella mesa —le ordenó de nuevo el hombretón, esta vez con voz más aguda y enojada.

—No, hasta que me explique...

El hombre alto le fulminó con la mirada.

Elliot miró a los ojos del desconocido y no apartó la vista. Por fin, el hombretón se explicó:

—Mire, sólo deseamos hacerle algunas preguntas...

Determinado a no permitir que se dieran cuenta de que estaba asustado,

consciente de que el menor indicio de temor lo tomarían como señal de debilidad, Elliot le interrumpió:

—Vaya, parece que tienen una forma rara de acercarse a alguien para pedirle su opinión para una encuesta de opinión pública.

—Muy divertido —repuso el hombre alto, pero no sonrió en absoluto—. Y ahora, ¡muévase!

—¿Y para que son esas jeringuillas hipodérmicas?

—Muévase...

—¿Para qué son?

El hombre alto suspiró.

—Debemos asegurarnos de que nos responda la verdad.

—¿Drogas?

—Efectivas y dignas de confianza.

—Sí. Y cuando hayan acabado, mi cerebro tendrá la consistencia de la jalea.

—No, no —intervino Bob—. Esas drogas no dejan ninguna lesión, ni física ni mental.

—¿Qué tipo de preguntas? —inquirió Elliot.

—Estoy perdiendo la paciencia con usted —amenazó el alto.

—El sentimiento es mutuo —replicó Elliot.

—Muévase...

Elliot no se movió ni un centímetro. Se negó a mirar el cañón de la pistola: deseaba que creyeran que las armas no le asustaban en absoluto. Por dentro, vibraba como un diapasón.

—¡Hijo de puta, muévete!

—¿Qué tipo de preguntas quieren hacerme?

El hombrón frunció el ceño con furia.

—¡Hostias, Vince, díselo! —intervino Bob—. De todas formas tendrá que escuchar las preguntas cuando al fin se siente. Acabemos con este asunto...

Vince, el hombrón, se rascó el mentón, metió la mano en el interior de la chaqueta y extrajo unas cuantas hojas dobladas de papel escrito a máquina de un bolsillo interior.

La pistola osciló, pero no se movió de su objetivo lo suficiente como para darle una oportunidad a Elliot.

—Se supone que he de hacerle las preguntas de esta lista —explicó Vince, mientras movía aquellos papeles doblados hacia Elliot—. Son muchas, un total de treinta o cuarenta; pero no nos llevará mucho tiempo si se sienta ahí y coopera.

—¿Preguntas acerca de qué? —insistió Elliot.

—De Christina Evans...

Aquella era la última respuesta que Elliot hubiera esperado. Por un momento quedó desconcertado. ¿Christina? Luego, movió la cabeza, como si aquella acción pudiera aflojarle la lengua, y dijo:



—¿Tina Evans? ¿Qué pasa con ella?

—Queremos saber por qué desea que se abra la tumba de su hijito.

Elliot se le quedó mirando, asombrado por completo.

—¿Y cómo se han enterado de una cosa así?

—Eso no le incumbe —contestó Vince.

—Sí —terció Bob—. No le importa saber *cómo* nos hemos enterado. Lo importante es que *sí* lo sabemos.

—¿Son ustedes los hijos de puta que han estado acosando a Tina? —inquirió Elliot.

—Qué...

—¿Son ustedes los que han estado enviándole mensajes?

—¿Qué mensajes? —quiso saber Bob.

—¿Son ustedes los que pusieron patas arriba el cuarto del niño? —prosiguió Elliot sin pausa.

—¿De qué habla? —preguntó Vince—. No hemos oído nada acerca de todo eso...

—¿Que alguien le manda mensajes acerca de su hijo? —inquirió Bob.

Su sorpresa pareció genuina al oír aquellas noticias, y Elliot estuvo seguro por completo de que no se trataba de las personas que intentaban atemorizar a Tina. Además, no daban la impresión de ser unos bromistas o unos presuntos psicópatas que disfrutaran asustando a mujeres indefensas. Más bien tenían el aspecto, y actuaban, de un par de hombres pertenecientes a alguna organización, aunque el grandote parecía lo bastante rudo como para pasar por un matón corriente. Una pistola con silenciador, llaves maestras para cualquier tipo de cerradura, suero de la verdad..., todas aquellas cosas indicaban que aquellos hombres formaban parte de una banda muy sofisticada y con sustanciosos recursos.

—¿Qué pasa con los mensajes que la mujer está recibiendo? —preguntó el hombrón, mientras seguía con su atenta vigilancia.

—Supongo que se trata de una pregunta más para la que no va a recibir respuesta alguna —explotó Elliot.

—Conseguiremos esa respuesta —repuso Vince con frialdad.

—Lograremos todas las respuestas —remató Bob.

—Verá —prosiguió Vince—, ahora se acercará a la mesa y se sentará en ella... ¿O tendré que motivarle con esto?

Movió la pistola de nuevo.

—¡Kennebeck! —exclamó Elliot, desconcertado ante aquella súbita aspiración—. La única forma en que ustedes pueden haberse enterado acerca de la exhumación con tanta rapidez es que Kennebeck se lo haya contado...

Los dos hombres se miraron uno al otro. Resultaba obvio que no les hacía muy felices el haber escuchado el nombre del juez.

—Ésa fue la razón de que no me respondiera enseguida —prosiguió Elliot—. Deseaba darles tiempo para que me atraparan. ¿Y por qué diablos va a tomarse tantas

molestias Kennebeck respecto de si se abre o no la tumba de Danny? ¿Y por qué se iban ustedes a ocupar? ¿De quién dependen ustedes? ¿Por qué la perspectiva de una exhumación iba a asustarles tanto?

—No estamos asustados —repuso Vince, aunque su rostro comenzó a enrojecer.

—Pues resulta obvio que alguien está muy preocupado por este asunto —dijo Elliot—. Su presencia aquí, su forma de llevarlo a cabo la pistola, las drogas..., todo esto no indica una curiosidad trivial. ¿Por qué? ¿Qué hay detrás de todo esto?

El hombre alto no sólo estaba impaciente ya; se mostró enfurecido.

—Oye, estúpido mariconazo. No tengo humor para darle más vueltas. No estoy aquí para responder a ninguna de tus preguntas. Te voy a meter una bala en los huevos si no te acercas a esa mesa y te sientas.

Elliot pretendió no haber escuchado aquella amenaza. La pistola le aterraba aún; pero se le había ocurrido algo que aún le asustaba más que cualquier pistola. Un escalofrío le recorrió la espalda, centenares de imaginarias patitas de araña, mientras comenzaba a percatarse de lo que la presencia de aquellos hombres implicaba en relación con el accidente en el que Danny había perecido.

—Hay algo acerca de la muerte de Danny..., algo extraño respecto de cómo murieron todos aquellos *scouts*... La verdad no tiene nada que ver con la versión oficial que se dio a todo el mundo. Lo del accidente del minibús era mentira, ¿verdad?

Ninguno de los dos hombres respondió.

—La verdad resulta muchísimo peor —prosiguió Elliot—. Sí. Por supuesto. Es algo espantoso..., algo tan terrible que algunas personas poderosas están gastando un montón de tiempo y de energías en echar tierra al asunto. En realidad, el Gobierno es, probablemente el que intenta que no se sepa nada. Claro. ¿Qué otra cosa podía poner en marcha a Kennebeck? Ha sido un buen funcionario durante toda su vida. Aquellos años en el Servicio Secreto del Ejército, luego en las Agencias nacionales... Tal vez aún mantiene contactos con todos los Servicios Secretos... El que una vez fue agente, no deja de serlo en toda la vida. ¿Para quién iban a trabajar unos tipos como vosotros? ¿Para el FBI?, no. Todos ellos son de la liga Ivy en la actualidad, educados, pulidos. Sois demasiado zafios para pertenecer al FBI. Y lo mismo podemos decir de la CÍA; ninguno de vosotros tiene suficiente estilo como para trabajar para la Compañía. Entonces, ¿qué nos queda? Seguro que tampoco se trata del CID; no tenéis en absoluto el aura que la disciplina militar da. Dejadme hacer conjeturas. Debéis de trabajar para algunas siglas de las que el público no sabe nada. Algo secreto y sucio. ¿Tengo razón?

El rostro del hombre alto se había oscurecido por completo, aunque seguía perceptible la rabia. Respiraba con fuerza.

—Maldita sea, te he dicho que vas a contestar a lo que te pregunte.

—Cálmate —repuso Elliot—. No he hecho otra cosa que entrar en vuestro juego. Yo he pertenecido a la Inteligencia militar. No soy exactamente un advenedizo. Sé

cómo funciona todo esto. Conozco las reglas, y la forma de actuar. No tenéis que mostraros tan implacables conmigo. Vamos. Dadme un respiro, y haré lo mismo con vosotros.

Al observar que Vince se iba a disparar por completo, y consiente de que ello no les serviría de ayuda para llevar a cabo su misión Bob se apresuró a intervenir:

—Oiga, Stryker, no podemos contestar a la mayor parte de sus preguntas porque, simplemente, desconocemos las respuesta. Sí, trabajamos para una agencia del Gobierno. Sí, se trata de una de esas que nunca se oye hablar y, que probablemente jamás llegue a conocer. Pero no sabemos con exactitud porqué ese chico, Danny Evans, es algo tan importante. Sabemos que lo es, pero ignoramos el *por qué*. ¿Lo comprende? Por supuesto que sí. No nos han contado los detalles, ni siquiera la mitad de ellos. Ni tampoco deseamos conocerlos, ¿lo entiende? Ya sabe a lo que me refiero: cuando menos sepa uno, mejor le irá después. Hostias, no somos nadie importante en este asunto. Sólo nos han contratado para esto. Nos dicen lo mínimo que necesitamos saber. ¿Permanecerá quieto ahora? Sólo tiene que acercarse aquí, sentarse, dejarme que le ponga una inyección, proporcionarnos algunas respuestas, y luego seguiremos todos nuestros respectivos caminos. No podemos quedarnos aquí eternamente.

—Si trabajáis para una Agencia de Inteligencia gubernamental, entonces, marchaos y regresad con los correspondientes documentos legales —replicó Elliot—. Me tendréis que enseñar una orden de registro y la correspondiente citación.

—Sabes muy bien que estas cosas no funcionan así —interino Vince con dureza.

—La Agencia para la que trabajamos no existe de una manera oficial —prosiguió Bob—. Ésa es la razón de que desconozcas nuestras siglas. Y si la Agencia no existe, ¿cómo vamos a traer citaciones y órdenes de registro? Sea razonable, Mr. Stryker.

—Si me someto a esas drogas, ¿qué me ocurrirá después de que consigáis vuestras respuestas? —preguntó Elliot.

—Nada —replicó Vince.

—Nada en absoluto —corroboró Bob.

—¿Y cómo puedo estar seguro de eso?

Ante esta señal de rendición, el hombre alto se calmó un poco, aunque su rostro continuaba enrojecido por la ira.

—Ya te lo he dicho: una vez consigamos lo que queremos, nos marcharemos. Sólo queremos averiguar exactamente por qué la mujer de Evans quiere que se abra la tumba. Deseamos saber si alguien está detrás de ella, ya me entiendes. Y si hay alguien, debemos darle para el pelo. Pero no tenemos nada contra ti. Cuando consigamos lo que queremos, nos iremos, sin más.

—¿Y dejaréis que vaya a la Policía? —quiso saber Elliot.

—Esos malditos polis no nos asustan —repuso Vince con arrogancia—. Maldita sea, tampoco podrás decirles quiénes somos ni donde buscamos. No conseguirán nada. No llegarán a parte alguna. A nada. Y si acaso dieran con nuestra pista, podemos presionarles para que lo dejen correr a toda pastilla. Como bien te has

imaginado, se trata de un asunto del Gobierno, un asunto de la seguridad nacional, algo gordo. El Gobierno está autorizado a pasar por alto todas las reglas, si lo considera oportuno; a fin de cuentas él es quien marca las reglas.

—Ésa no es la forma en que nos enseñaron el sistema en la Facultad de Derecho —les dijo Elliot.

—Eso es sólo en la teoría —intervino, mientras se arreglaba, nervioso, su corbata marrón.

—Eso es —prosiguió Vince—. Y esto es la vida real. Por lo que debes enfrentarte con los hechos... ¿Te sentarás en esa mesa y te comportarás como un buen chico?

—Por favor, Mr. Stryker —remató Bob.

—No —repuso Elliot.

Su intuitivo sentido del peligro, que se había afianzado durante sus años en el Servicio de Inteligencia militar, no estaba dormido; se encontraba muy despierto, una presencia dentro de él que había analizado la situación y que estaba tocando todos los timbres de alarma. Cuando aquellos hombres hubieran conseguido sus respuestas, le matarían. Estaba seguro de eso. Si fueran a dejarle con vida, no habrían empleado sus nombres auténticos delante de él. Y si no iban a matarle, tampoco desperdiciarían tanto tiempo pidiéndole que colaborase con ellos; hubieran empleado la fuerza sin vacilar. Buscaban ganarse su cooperación sin violencia porque no querían dejarle señales, y la única razón para ello era porque deseaban que su muerte pareciera un accidente o un suicidio. El guión resultaba obvio. Tal vez un suicidio. Mientras se encontrara aún bajo la influencia de la droga, era probable que consiguieran obligarle a que escribiera una carta dirigida al juez en la que declaraba que se suicidaba, y fuera firmada de una forma legible e identificable. Luego le llevarían al garaje, le meterían en su pequeño «Mercedes» y le abrocharían el cinturón de seguridad; a continuación, pondrían el coche en marcha sin abrir la puerta del garaje. Estaría demasiado drogado para moverse y el monóxido de carbono haría el resto. Al cabo de uno dos días, alguien le encontraría allí, con el rostro de un color verde-gris, con la lengua oscura y fuera de la boca, los ojos saliéndosele de las órbitas mientras miraba a través del parabrisas, en aquel viaje hacia la muerte. Si en su cuerpo no aparecían señales que llamasen la atención, ni ningún tipo de lesiones incompatibles con la decisión del *coroner* de declararlo un suicidio, la policía quedaría satisfecha muy pronto. Estaba seguro de que las cosas se desarrollaría así, conocía las reglas y los movimientos en aquel juego.

—No —repitió, esta vez con voz más alta—. Hijos de puta si queréis que me siente en esa mesa, tendréis que arrastrarme hasta ella.

Tina había arreglado el desorden en el cuarto de Danny y casi había terminado de guardar sus pertenencias, que pretendía donar a «Goodwill Industries». Varias veces se sintió al borde las lágrimas ante la visión de uno u otro objeto que había suscitado una auténtica inundación de recuerdos, pero apretó los dientes y resistió sus ansias de salir del cuarto dejando el trabajo sin terminar.

Ya no le quedaba mucho que hacer, sólo unas cuantas cajas con varias cosas en la parte trasera del armario con mayor fondo. Trató de levantar una de aquellas cajas, pero resultaba demasiado pesada para ella. La arrastró por la habitación, a través de la alfombra, entre las rayas de luz rojodorada de un sol de atardecer que se filtraban a través de los árboles que estaba al otro lado de los cristales de la ventana, provista de una capa de polvo.

Cuando abrió la caja, vio que contenía parte de la colección de libros de cómics de Danny. Cómics de terror. Nunca había sido capaz de comprender aquella morbosa afición del muchacho. Películas de monstruos. Novelas de vampiros. Su fascinación por lo macabro no le había parecido a Tina del todo saludable, pero no le negó la libertad de dedicarse a sus aficiones. La mayoría de sus amigos parecían compartir aquel vivo interés por fantasmas y espíritus, y aquel tipo de cosas no era su *único* interés, por lo que ella había decidido que no valía la pena preocuparse al respecto.

La caja contenía dos filas de libros de cómics y las recias tapas en color para encuadernarlos. En una de éstas, un carruaje negro, tirado cuatro caballos, también negros, con diabólicos y relucientes ojos, corría por una carretera, de noche, bajo una pálida luna. Un hombre sin cabeza sostenía las riendas, fustigando a los caballos. Una sangre brillante se deslizaba desde el seccionado cuello del hombre, y manchas gelatinosas de sangre se pegaban a su camisa blanca y con encajes. La cabeza se encontraba colocada en el asiento, a su lado, y sonreía con fiereza, obviamente viva a pesar del hecho de haber sido seccionada del cuerpo.

Tina frunció el ceño. Eso era lo que Danny leía antes de acostarse por las noches... ¿Y cómo había podido dormir tan bien? Siempre dormía profundamente, sin intranquilizarse, sin verse turbado jamás por malos sueños. Resultaba asombroso.

Arrastró otra caja, sacándola del armario. Era tan pesada como la primera, y se imaginó que contenía más libros de cómics, pero la abrió para asegurarse.

Lanzó un chillido.

*Él* la miraba desde el interior de la caja. Desde la tapa de otro cómic de terror. *Él*. El hombre. El hombre vestido de negro. El mismo rostro. Casi todo él una calavera con carnes marchitas. Unas protuberancias de huesos, y aquellos ojos amenazadores e inhumanos que miraban con intenso odio. El racimo de gusanos en los pómulos y en el rabillo de cada ojo. Aquella sonrisa de dientes podridos y amarillentos. Era exactamente igual que la espantosa criatura que aparecía en sus sueños de las dos últimas noches, exactamente igual en cada espantoso detalle.

¿Cómo? ¿Cómo podía soñar con esa cosa horrible (la noche anterior por última vez), y luego descubrir que la esperaba ahí, sólo unas horas después?

Retrocedió unos pasos, apartándose de la caja de cartón.

Aquellos ojos ardientes y escarlata de la monstruosa figura del dibujo parecieron seguirla.

Debió de haberlo visto mucho tiempo atrás, se dijo. Debió de ver aquellas tapas tremendistas cuando Danny llevó los cómics a casa. «Seguramente», pensó, «el recuerdo de esto quedaría grabado en mi subconsciente, y ha permanecido ahí hasta que, finalmente, lo he incorporado a mis pesadillas».

Aquello parecía lógico. Y era la única explicación posible.

Pero sabía que no era cierto.

Nunca había visto aquel dibujo. Cuando Danny empezó a comprarse cómics de terror con su asignación, ella vigiló los libros, intentando decidir si resultarían o no perjudiciales para él. Pero en cuanto se hizo el propósito de dejarle leer aquellas cosas, si era eso lo que deseaba en realidad, ya, a partir de entonces, no dirigió la menor mirada a lo que el niño compraba.

Sin embargo, ella había soñado con el hombre de negro.

Y ahora lo tenía delante. Y sonreía.

Tuvo curiosidad por leer la historia de la que habían sacado aquella ilustración. Tina se acercó de nuevo a la caja y alargó la mano en busca del libro de cómics. Cuando sus dedos tocaban la tapa de brillante papel el timbre de la puerta de la casa sonó.

Dio un salto y jadeó.

El timbre sonó de nuevo, y se percató de qué se trataba. Mientras el corazón le latía con fuerza, acudió a responder a la llamada.

A través de la mirilla vio a un hombre joven, correctamente vestido que llevaba una gorra azul con un emblema identificable en ella. Sonreía a través de la mirilla, en espera de ser reconocido.

Tina no abrió la puerta. Habló a través de ella.

—¿Qué desea?

—Soy de la compañía del gas. Necesitamos comprobar el punto en que nuestras conducciones entran en su casa.

Tina frunció el ceño.

—¿El día de Año Nuevo?

—Equipo de emergencia —replicó el hombre a través de la cerrada puerta—. Estamos investigando una posible fuga de gas en la vecindad.

Tina titubeó y luego abrió la puerta, sin quitar la gruesa cadena de seguridad. Estudió al hombre a través del pequeño hueco.

—¿Fuga de gas?

Él sonrió, tranquilizador.

—Es probable que no exista el menor peligro. Hemos perdido mucha presión en

nuestras tuberías, y tratamos de averiguar la causa. No existen razones para evacuar a la gente, para el pánico, ni ninguna otra cosa parecida. Pero estamos comprobándolo casa por casa. ¿Tiene algún horno de gas en la cocina?

—No.

—¿Y qué me dice del sistema de calefacción?

—Sí. Tenemos una caldera a gas.

—Claro, creo que todas las casas de esta zona tienen calderas de gas. Me gustaría echar un vistazo, comprobar las conexiones, las tuberías de alimentación, todo eso.

Ella le miró con atención. Llevaba un uniforme de la compañía de suministro de gas, y una gran caja de herramientas, donde también aparecía el emblema de la compañía.

—¿Me podría mostrar alguna identificación? —preguntó Tina.

—Por supuesto...

Se metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una tarjeta de identificación metálica, con el sello de la compañía de gas, su retrato, su nombre y sus rasgos físicos.

Sintiéndose un poco bobalicona, como una anciana fácil de asustar. Tina replicó:

—Lo siento. No se trata de que usted parezca una persona peligrosa o algo parecido. Sólo que...

—Bueno, muy bien —contestó el hombre—. No hace falta que se disculpe. Ha hecho lo correcto al pedirme el documento de identificación. Hoy, el que abre su puerta sin saber exactamente quién se encuentra al otro lado está loco por completo.

Tina cerró la puerta lo suficiente para descorrer la cadena de seguridad, luego, la abrió de nuevo y se hizo a un lado.

—Pase...

—¿Dónde está la caldera? —preguntó él—. ¿En el garaje?

—Sí.

—Si lo desea, puedo entrar por la puerta del garaje.

—Pues... —respondió Tina—. Se trata de una puerta automática y el mando a distancia que la abre se encuentra en el coche, y el coche está en el garaje, por lo que tendrá, de todos modos, que entrar por la casa.

El hombre traspasó el umbral. Tina cerró la puerta y pasó el cerrojo.

—Es una casa muy bonita...

—Gracias...

—Encantadora. Con muy buen sentido para el color. Y todos esos tonos siena. Me gusta. Se parece un poco a nuestra casa. Mi mujer tiene muy buena mano para los colores.

—Resulta relajante —comentó Tina.

—¿Lo ve? Es bonito y natural.

—El garaje está por aquí —le indicó Tina.

El hombre la siguió por la cocina, por el corto pasillo, hasta el lavadero y de éste

al garaje.

Tina encendió la luz. La oscuridad desapareció, pero la penumbra siguió a lo largo de las paredes, al igual que en los rincones. El garaje olía a humedad, mas no se percibía olor alguno a gas.

—No huele a gas ni a nada parecido —dijo ella.

—Probablemente tiene razón —contestó el empleado—. Pero nunca se sabe. A lo mejor hay una fuga subterránea en su propiedad. El gas podría escaparse por debajo de los cimientos y almacenarse aquí debajo, en cuyo caso usted no lo detectaría enseguida. Sin embargo, en realidad estaría sentada sobre una bomba.

—Pues qué agradable perspectiva.

—Eso es lo que hace que la vida resulte interesante.

—Es una suerte que no trabaje en el departamento de relaciones públicas de la compañía del gas.

Él sonrió.

—No se preocupe. Si creyese que existiera aquí la más mínima probabilidad de algo parecido, ¿me encontraría ahora gastándole bromas a usted?

—Supongo que no.

—Puede estar segura. De veras. No se preocupe. Sólo será una comprobación rutinaria.

Se acercó a la estufa, dejó su pesado maletín de herramientas en el suelo y se puso en cuclillas. Abrió una placa de metal y expuso mecanismos de la estufa. Allí resultaba visible un anillo de una llama azul

—¿Todo bien? —preguntó Tina.

Él alzó la mirada y respondió:

—Esto me llevará quince o veinte minutos.

—Oh... Creí que se trataba de algo más sencillo.

—Lo mejor es investigar a fondo en un caso como éste.

—Sí, lleva razón.

—Mire, si tiene algo que hacer, no se preocupe por mí y siga con sus cosas. No necesitaré nada.

Tina pensó en el libro de cómics con el hombre de negro en la tapa. Sentía curiosidad por enterarse de la historia de donde habían extraído a aquella criatura, puesto que albergaba la peculiar sensación de que, de alguna manera, sería algo parecido a la historia de la muerte de Danny. Se trataba de una idea pintoresca, y no sabía de dónde procedía, pero no tenía la menor intención de dejarla de lado.

—Conforme —respondió—. Estaba haciendo un poco de limpieza en los cuartos trasteros. Si está seguro de que...

—Oh, claro que sí... —la tranquilizó él—. Siga, siga. No quiero interrumpir sus tareas domésticas.

Tina le dejó allí, en el penumbroso garaje, con su rostro iluminado por aquella brillante luz azul, con los ojos relucientes con el gemelo reflejo del fuego.



Cuando Elliot se negó a alejarse del fregadero y sentarse sobre la mesa de los desayunos, situada en el rincón más alejado de la amplia cocina, Bob, el hombrecillo del traje castaño, titubeó y luego, con desgana, dio un paso hacia él.

—Espera —dijo Vince.

Bob se detuvo, obviamente aliviado de que fuera el hombrón el que se enfrentara con Elliot.

—Tú no te metas —prosiguió Vince.

Se guardó el fajo de hojas escritas a máquinas en el bolsillo de la chaqueta, con lo que su mano izquierda volvió a quedar libre.

—Déjame hacerme cargo de este hijo de puta.

Bob retrocedió hasta la mesa, y Elliot dirigió su atención al otro intruso.

Vince sostuvo la pistola con la mano derecha y cerró el puño de la izquierda. Sonrió y cuando se dirigió a Elliot se percibió la burla en su voz.

—¿Crees de veras que puedes conmigo, hombrecillo? Tuve montón de peleas callejeras cuando era más jovencito. Y nunca perdí ninguna. Ni una siquiera. Tengo unos brazos muy largos. Largos fuertes. Durante la mayor parte de mi vida he estado levantando pesas cada día. ¿Ves esta mano, mequetrefe?

Blandió su enorme puño ante Elliot.

—Mis manos han sido siempre lo que me ha dado ventaja. Una de ellas es tan grande como las dos tuyas juntas. Son manos de jugador de baloncesto. Manos grandes para un matón callejero, ¿no te parece? ¡Maldita sea, mi puño es tan grande como tu cabeza! ¿Y sabes lo que se siente cuando este puño golpea, so macaco?

Elliot tenía una buena idea de lo que sería aquello, y le sudaban los brazos y el final de la espalda, pero no se movió y no respondió a las bromas del desconocido.

—Te parecerá como si un tren de mercancías se hubiera estrellado contra ti. Eso es lo que sentirás —prosiguió Vince—. ¿Quieres dejar de ser tan condenadamente terco?

En realidad, se veía que trataban por todos los medios de no recurrir a la violencia, y aquello confirmó las sospechas de Elliot de que querían dejarle sin marca alguna, para que, más tarde, su cadáver no tuviese cortes o moraduras incompatibles con un suicidio.

El hombre alto dio un paso hacia él.

—¿Quieres cambiar de intenciones y ser más cooperativo?

Elliot mantuvo su postura.

Otro paso más.

Elliot aguardó.

La sonrisa del hombrecillo era espantosa.

«Disfruta con esto», pensó Elliot. «Le gusta intimidar a la gente. Ahora las amenazas. Y es probable que también le guste pasar a la acción».

—Un puñetazo fuerte y bien dirigido a la barriga y te despatarrarás por los suelos.  
Un paso más.

—Y cuando tengas las tripas fuera —siguió Vince—, te agarraré por las pelotas y te arrastraré hasta la mesa.

Otro paso.

Luego el hombrón se detuvo.

Sólo les separaba la distancia de un brazo.

Elliot echó un vistazo a Bob, que se encontraba aún al lado de la mesa de los desayunos, con el paquete de jeringuillas en la mano.

—Te doy la última oportunidad para que facilites las cosas —dijo Vince.

Con un movimiento suave, pero con la celeridad del rayo, Elliot se apoderó del tazón de medir en el que había vertido unos chorros de vinagre unos momentos antes, y arrojó su contenido al rostro de Vince. Éste comenzó a gritar de sorpresa y dolor, y quedó momentáneamente cegado. Elliot tiró la taza y agarró la pistola, pero Vince, en un acto reflejo, hizo un disparo que pasó rozando la cabeza de Elliot y se incrustó en la ventana detrás del fregadero. Elliot se aferró al tipo, sujetando aún la pistola que el otro no quería soltar. Entonces, se volvió y pegó un codazo a la garganta de Vince. La cabeza del hombre se proyectó hacia atrás y Elliot dio un golpe con el canto de la mano a la expuesta nuez de Adán del hombretón. Con celeridad asestó un rodillazo a la entrepierna del matón, y, al fin, consiguió arrebatarse la pistola, pues sus dedos habían perdido ya toda la fuerza. Vince se dobló hacia delante, entre estertores. Elliot aprovechó la ocasión para golpearle en la cabeza con la culata del arma, al mismo tiempo que daba un salto atrás. Vince cayó de rodillas, luego de bruces, con fuerza; quedó tirado en el suelo y ya no se movió más.

Todo el combate había durado menos de diez segundos.

El hombrón se había confiado demasiado. Estaba seguro de que los centímetros que tenía de más, y que le aventajaban en altura, así como sus veinticinco kilos extras de músculo le convertían en imbatible. Pero se había equivocado.

Como Elliot le había explicado a Tina el día anterior, él continuaba con la práctica de las artes marciales, incluso después de haber abandonado el Servicio Secreto. Era un medio de mantenerse en forma. Se entrenaba tres días a la semana con el mejor maestro de Las Vegas, y tenía mucha práctica en *aikido*, *kárate*, judo y un par de disciplinas exóticas más.

En cuanto Vince se derrumbó y no hizo el menor esfuerzo por ponerse en pie, Elliot se volvió hacia el otro intruso, al tiempo que le apuntaba con la confiscada pistola.

Bob había salido ya de la cocina, y se encontraba en el comedor, corriendo hacia la puerta delantera de la casa. Resultaba evidente que no llevaba arma alguna, y que había quedado impresionado por la velocidad y facilidad con que su compinche —que *sí* iba armado— había quedado fuera de combate.

Elliot salió en su persecución, pero se vio entorpecido por las sillas del comedor

que el hombre que huía derribaba tras de sí. En la sala de estar había tirado otros muebles, también los libros estaban esparcidos por el suelo, y el camino hacia la puerta parecía más una carrera de obstáculos.

Para cuando Elliot alcanzó la puerta principal y salió como una exhalación de la casa, Bob ya le llevaba de ventaja todo el camino de entrada de coches y había cruzado la calle. Se subía a un sedán «Cheby», de color verde oscuro y sin ninguna placa de identificación. Elliot llegó a la calle en el momento en que el «Cheby» se ponía en Carcha, con un rugido del motor y chirriar de neumáticos; no pudo tomar el número de la matrícula, pues ésta aparecía embarrada por completo.

Se apresuró a regresar a la casa.

El hombre de la cocina seguía inconsciente, y era probable que continuara así durante, por lo menos, otros diez o quince minutos Elliot le tomó el pulso y le subió uno de los párpados, Vince sobreviviría, aunque necesitaría hospitalización, y no podría tragar sin sentir dolor durante varios días.

Elliot le registró los bolsillos. Encontró algunas monedas sueltas, un peine, una cartera y los papeles donde habían mecanografiado las preguntas que se esperaba que contestase Elliot.

Dobló las hojas de nuevo y se las metió en el bolsillo.

Abrió la cartera de Vince. Contenía noventa y dos dólares, no había tarjetas de crédito, ni permiso de conducir, ni documentos de ninguna clase. Definitivamente, no pertenecía al FBI. Los hombres de la Oficina siempre llevaban consigo las credenciales adecuadas. Tampoco a la CÍA. Los agentes de la CÍA siempre llevaban su carné de identidad, aunque lo que figuraba en él fuera un nombre falso. En lo que a Elliot se refería, la ausencia completa de identificación resultaba mucho más siniestra de lo que hubieran representado cualquier clase de documentos falsos. Aquel anonimato tan absoluto reflejaba la pertenencia del hombre a una organización policial y secreta.

*Policía Secreta.* Aquel pensamiento asustó por completo a Elliot. No era algo propio de los correctos Estados Unidos. Claro que no. En la Unión Soviética, sí. En alguna república bananera sudamericana, también. En el cincuenta por ciento de los países del mundo existía una Policía Secreta, una Gestapo moderna, y la gente aprendía a vivir entre el temor de que, de madrugada, alguien llamase a su puerta. ¡Pero en Estados Unidos no, maldita sea!

Elliot pensó que, aunque el Gobierno hubiera constituido una fuerza de Policía Secreta, ¿por qué iba él a ser el objetivo de la misma? ¿Por qué estaban tan ansiosos de echar tierra al asunto con respecto de los hechos verdaderos de la muerte de Danny? En el nombre de Dios, ¿qué trataban de ocultar sobre la tragedia de la Sierra? ¿Qué había, *en realidad*, ocurrido allá, en las montañas?

¡Tina!

De repente se percató de que ella corría mucho más peligro que él. Si aquellas personas estaban decididas a matarle para detener la exhumación de Danny, también

tendrían que matar a Tina... En realidad, ella sería el objetivo principal.

*Jesús...*

Empezó a temblar.

Corrió al teléfono de la cocina, descolgó el receptor y se percató, de repente, de que no sabía el teléfono de Tina. Colgó el auricular y ojeó con rapidez el listín telefónico. Pero allí no figuraba Christina Evans.

*¡Mierda!*

No se podía saber un número que no figuraba en la guía si no era con la ayuda de un operador. Y para cuando llamase a la Policía y consiguiera explicar la situación, ya sería demasiado tarde para ayudar a Tina.

Durante un momento permaneció inmóvil sometido a una terrible indecisión, incapacitado de momento ante la perspectiva de perder a Tina. Pensó en su algo torcida sonrisa, en su oscuro cabello flotando al viento, en sus ojos, tan rápidos y profundos, y tan fríos y azules como un puro torrente de las montañas... La presión en su pecho se hizo tan grande que apenas podía respirar.

Luego recordó su dirección. Se la había facilitado dos noches atrás, en la fiesta que hubo después de la presentación reservada de *Magyck!* No vivía muy lejos. Podría llegar allí en menos de cinco minutos.

Aún tenía en la mano la pistola automática provista de silenciador, y decidió conservarla. Podría servirle de ayuda. En realidad, estaba seguro de que sería así.

Sé dirigió a la carrera hacia el coche que se encontraba ante la entrada de su casa.

Tina dejó al hombre de la compañía del gas en el garaje y regresó al cuarto de Danny. Sacó de la caja el libro de cómics y se sentó en el borde de la cama, en la faja de cobreada luz solar que caía como una lluvia de monedas a través de la ventana.

La revista contenía media docena de historias ilustradas de terror. Aquélla de la que habían extraído el dibujo para la portada constaba de dieciséis páginas. En unas letras que se suponía debían tener el aspecto de haberlas formado con raídas mortajas, el artista había distribuido el título en la parte superior de la primera página, por encima de una sombría y bien detallada escena en la que aparecía una tumba empapada bajo la lluvia. Tina miró aquellas palabras con desmayada incredulidad.

EL MUCHACHO QUE NO ESTABA MUERTO. Pensó en las palabras de la pizarra y de los impresos del ordenador: *NO ESTOY MUERTO, NO ESTOY MUERTO, NO ESTOY MUERTO...*

Las manos empezaron a temblarle. Tuvo problemas para sujetar la revista con la fuerza suficiente para poder leerla.

La historia se desarrollaba a mediados del siglo XIX, cuando la visión que tenía un médico de la delgada línea que separaba la vida de la muerte resultaba borrosa a menudo. Era el relato de un muchacho, Kevin, que se precipitó al suelo desde un tejado y se dio un mal golpe en la cabeza, cayendo a continuación en un coma profundo. Los signos vitales del chico resultaron indetectables para la tecnología médica, tal y como estaba establecida en aquella época. El doctor le declaró muerto, y sus dolientes padres tuvieron que enterrar a Kevin. Se trataba de una época en que no se enbalsamaba a los cadáveres, cuando no se hacía nada (o no se podía hacer) para preservarles ni durante un corto período de tiempo; por lo tanto, resultaba posible que el muchacho fuese enterrado cuando aún seguía con vida. Los padres de Kevin se marcharon de la ciudad inmediatamente después del funeral, en un intento de pasar un mes en su casa de verano, donde se verían libres de la presión de los negocios y de los deberes sociales, el sitio idóneo para que el dolor por la muerte de su hijo se mitigara. Pero la primera noche en la casa de verano, la madre tuvo una visión en la que se veía a Kevin enterrado vivo, y llamándola. La visión resultó tan vívida, tan perturbadora, que ella y su marido decidieron volver a la ciudad a toda prisa, aquella misma noche, para conseguir que abrieran la tumba al amanecer. Pero la Muerte decidió que Kevin le perteneciera porque ya se había celebrado el funeral, y porque habían cerrado la tumba. La Muerte estaba decidida a que los padres no llegasen junto a la tumba a tiempo de salvar a su hijo. La mayor parte de la historia trataba de los intentos de la Muerte por detener a la madre y al padre en su viaje nocturno; fueron asaltados por toda clase de formas de muertos vivientes, por todo tipo de cadáveres y vampiros, fantasmas y zombis; pero los padres triunfaron. Llegaron al lado de la tumba al amanecer, hicieron que la abrieran y encontraron a su hijo vivo,

salido ya del coma. La última viñeta del libro de cómics mostraba a los padres y a su hijo saliendo del cementerio, mientras la Muerte observaba cómo se alejaban. La Muerte decía: «Sólo se trata de una victoria temporal. Tarde o temprano, seréis míos. Regresaréis algún día. Y os estaré esperando».

Tina se sintió débil y con la boca seca.

No supo qué hacer con aquella maldita publicación.

No era más que un tonto libro de cómics, una absurda historia de terror. Sin embargo..., parecía existir cierto paralelismo entre aquella burda historia y lo espantoso de su vida en los últimos tiempos.

Dejó la revista a un lado y la tapó, para no tener que ver la mirada de los agusanados y rojos ojos de la Muerte.

*El muchacho que no estaba muerto.*

Resultaba extraño.

Había soñado en que Danny había sido enterrado vivo. En su sueño, incorporó un maléfico tipo extraído de una revista de cómics de terror, que pertenecía a la colección de Danny. La historia principal de aquel número trataba de un muchacho, aproximadamente de la edad de Danny, que había sido declarado erróneamente muerto, luego enterrado vivo y, finalmente, exhumado.

¿Una coincidencia?

No. Eran demasiadas cosas para tratarse de una coincidencia.

Tina se notó extraña; sintió como si su pesadilla no hubiera procedido de su interior, sino de fuera, como si alguna persona o fuerza hubiese proyectado el drama de su mente, en un esfuerzo por...

¿Por qué...?

¿Para decirle que Danny había sido enterrado vivo?

Eso resultaba imposible. No podía haber sido enterrado vivo. El chico había quedado destrozado, quemado, congelado, horriblemente mutilado, muerto más allá de la menor sombra de una duda. Aquello era lo que tanto las autoridades como los médicos forenses le habían dicho. Además, ya no estaban en el siglo XIX; en la actualidad, los médicos detectaban incluso el menor latido del corazón, la respiración más débil, los más tenues signos de actividad de las ondas cerebrales.

Danny estaba muerto. Ya lo estaba cuando fue enterrado.

Y si, en una probabilidad de una contra un millón, el niño *estaba* vivo al enterrarle, ¿por qué iba a esperar todo un año para que ella tuviese, al fin, una visión del mundo del espíritu, o cualquier otro tipo de experiencias de clarividencia a que estuviese recurriendo?

Este último pensamiento la asombró. ¿El mundo del espíritu? ¿Visiones? ¿Experiencias de clarividencia? Ella no creía en nada de todas aquellas cosas psíquicas y sobrenaturales. Por lo menos, siempre había pensado que no creía en ellas. Sin embargo, ahora estaba considerando seriamente la posibilidad de que sus sueños tuvieran un significado tremebundo, propio de otro mundo. Era algo que

resultaba propio de charlatanes. Un desatino. Las raíces de todos los sueños se encuentran en la serie de experiencias guardadas en el inconsciente; los sueños no se enviaban como telegramas etéreos de los espíritus, los dioses o los demonios. Su súbita credibilidad la desanimó y la alarmó, puesto que ello indicaba que su decisión de que se exhumase el cuerpo de Danny no iba a tener el efecto estabilizador sobre sus emociones que había confiado que tendría.

Tina se levantó de la cama, se acercó a la ventana y miró a la tranquila calle, a las palmeras, a los olivos.

«Tengo que concentrarme sólo en los hechos duros y escuetos», se dijo con firmeza. «Tengo que conseguir disipar toda esta locura acerca de que los sueños me los ha enviado alguna fuerza anterior. Ha sido *mi* sueño, algo de mi invención. Por lo tanto, teniendo esto en mente, he de considerar las explicaciones posibles para los parecidos entre mi pesadilla y la historieta de la revista de cómics de terror de Danny».

Como podía comprender, sólo existía una explicación racional. Debía de haber visto la grotesca figura de la Muerte en la cubierta de la revista cuando Danny llevó aquel número a casa tras comprarlo en el quiosco.

Pero sabía que no había sido así.

Y aunque hubiera visto antes aquella ilustración en color, sabía condenadamente bien que no había leído la historia de *El muchacho que no estaba muerto*. Sólo dos de las revistas compradas por Danny habían sido ojeadas por ella, las primeras dos, cuando trató de hacerse una idea respecto de si aquel material fuera de lo corriente podría tener efectos perjudiciales en él. Según la fecha de la cubierta sabía que el número que contenía *El muchacho que no estaba muerto* no podía ser ninguno de los dos primeros ejemplares de la colección de Danny. Habían sido publicados algo más de dos años atrás, mucho después de que ella decidiese que los cómics de terror eran inofensivos.

Estaba de nuevo donde comenzara.

Su sueño parecía diseñado en torno de las páginas de la historia ilustrada de terror. Aquello parecía indiscutible.

Pero no había leído el relato hasta hacía unos momentos. Y aquello era un hecho.

*¡Maldita sea!*

Enfadada consigo misma por su falta de habilidad para resolver aquel rompecabezas, frustrada, se apartó de la ventana. Se acercó a la cama para echar otro vistazo a la revista que había dejado allí.

El operario de la compañía del gas la llamó desde delante de la casa, lo cual asustó a Tina.

Aguardaba en la puerta de entrada.

—He terminado —anunció—. Sólo quería que supiese que me iba, para que cerrase la puerta.

—¿Todo está bien?

—Sí... Claro... —respondió él—. Todo se encuentra a la perfección. Si existe algún escape de gas en la vecindad, será en cualquier otro sitio menos en su propiedad.

Tina le dio las gracias, y él contestó que sólo realizaba su trabajo; después se desearon mutuamente un buen día. Tina cerró la puerta en cuanto él salió. Regreso al cuarto de Danny y cogió la revista en papel cuché. La Muerte la miraba, airada, desde la tapa... Se sentó en el borde de la cama y comenzó a leer la historia de nuevo, confiando en que hallaría algo importante, pasado por alto durante la primera lectura.

Tres o cuatro minutos después, sonó el timbre: una, dos, tres, cuatro veces, una detrás de otra.

Con la revista en la mano, se dirigió a ver de quién se trataba.

—No sea tan condenadamente impaciente... —musitó.

Observó a través de la mirilla y vio que era Elliot.

Cuando le abrió la puerta, él entró deprisa, casi de un salto. Pasó por su lado, miró a derecha e izquierda, hacia la sala de estar y luego hacia el comedor. Habló deprisa, con voz apremiante.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras por completo bien?

—Estupendamente. ¿Qué te ocurre?

—¿Estás sola?

—Pues no, dado que tú estás aquí.

Elliot cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Prepara una maleta.

—¿Qué?

—No creo que sea seguro para ti el quedarte aquí.

—Elliot..., ¿es eso una pistola?

—Sí. Verás...

—¿Una pistola de verdad?

—Sí. Se la quité al hombre que intentaba matarme.

—Eh... ¿Por qué se portó tan mal contigo? ¿Acaso te oyó silbar ópera?

—Tina. Hablo en serio.

Ella no sabía qué le ocurría, y él tampoco actuaba como de costumbre; pero Tina no acababa de creer que hablara en serio acerca de alguien que trataba de matarle.

—¿Qué hombre? ¿Cuándo?

—Hace unos minutos. En mi casa...

—Pero...

—Escucha, Tina, deseaban matarme a causa de que te ayudo en la exhumación del cadáver de Danny.

Ella le miró, sorprendida.

—¿De qué me hablas?

—De asesinato. De conspiración. De algo condenadamente extraño.

—Pero eso es...



—¿Una locura? —acabó él—. Lo sé. Pero es cierto.

—Elliot...

—¿Podrías hacer una maleta lo más deprisa posible?

Al principio, Tina estuvo segura de que él intentaba bromear, jugar a algún juego para divertirla, y estuvo a punto de decirle que ninguna cosa de este tipo le resultaba divertida. Pero luego miró sus oscuros y expresivos ojos, y supo que todo cuanto estaba diciendo era la pura verdad.

—Dios mío, Elliot. ¿Realmente alguien ha intentado matarte?

—Ya te lo contaré después.

—¿Estás herido?

—No, no. Pero creo que ambos debemos actuar con cautela hasta que sepamos de qué se trata.

—¿Has llamado a la Policía?

—No estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿Y por qué no?

—Tal vez, de algún modo, también intervengan en esto. ¿Dónde guardas las maletas?

Ella se sintió atontada.

—¿Y dónde vamos a ir?

—Aún no lo sé...

—Pero...

—Venga. Date prisa. Haz las maletas y vayámonos enseguida de aquí, antes de que aparezcan algunos de esos tipos.

—Tengo las maletas en el armario de mi dormitorio.

Elliot le puso a Tina una mano en el hombro, con suavidad pero con firmeza, en un gesto de apremio para que abandonara el recibidor.

Tina se encaminó al dormitorio principal, confundida, y comenzó a encontrarse asustada. Él la siguió de cerca.

—¿Ha venido alguien por aquí esta tarde?

—Sólo yo.

—Me refiero a alguien que espíase por los alrededores. ¿Ha llamado alguien a la puerta?

—No.

—No puedo acabar de imaginarme que fueran primero a por mí.

—Bueno, ha venido el hombre de la compañía del gas —explicó Tina mientras se apresuraba por el corto pasillo hacia el cuarto principal.

—¿El qué?

—El hombre de la compañía del gas.

Elliot le colocó de nuevo la mano en el hombro, la detuvo y la hizo darse la vuelta, en el mismo momento en que penetraban en el dormitorio.

—¿Un operario de la compañía del gas?

—Sí. No te preocupes. Le pedí que me mostrara sus credenciales.

Elliot frunció el ceño.

—Pero si hoy es fiesta...

—Pertenece a una brigada de urgencia.

—¿Qué urgencia?

—Han perdido presión en las conducciones de gas. Creen que puede haber una fuga en el barrio.

El ceño de Elliot se frunció aún más.

—¿Qué deseaba el operario que le mostraras?

—Quería comprobar la caldera y asegurarse de que no existía una fuga de gas.

—¿Le dejaste entrar?

—Claro. Tenía una foto en su documento de identidad de la compañía del gas. Comprobó el quemador de gas, que estaba bien.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Se ha marchado un par de minutos antes de que tú llegases.

—¿Cuánto ha estado aquí?

—Quince o veinte minutos.

—¿Tanto tiempo para comprobar el quemador?

—Sí.

—Has permanecido todo el tiempo con él.

—No. Estaba ordenando el cuarto de Danny y...

—¿Dónde se encuentra la caldera de la calefacción?

—En el garaje.

—Enséñamelo.

—¿Y qué pasa con mi maleta?

—Ya no tenemos tiempo —replicó.

Elliot estaba pálido. Unas gotitas de sudor se le formaron en la línea del cabello.

Tina notó que su propio rostro palidecía.

—Dios mío... —dijo—, crees que...

—¡La caldera!

—Por aquí...

Tina echó a correr por la casa, pasó por la cocina hasta el lavadero. Había una puerta en el extremo más alejado de la entrada y rectangular zona de trabajo. Cuando alargó la mano hacia el pomo, olió el gas que salía por el garaje.

—¡No abras esa puerta! —gritó Elliot.

Tina retiró la mano con tanta velocidad como si una tarántula le hubiese picado.

—El cierre podría originar una chispa —explicó Elliot—. Salgamos de aquí. Vamos a la puerta principal... Vamos... ¡deprisa!

Retrocedieron a toda velocidad por el mismo camino por donde habían venido.

Tina pasó ante una lujuriante planta verde, de más de un metro de alto, que había poseído desde que no alcanzaba ni la cuarta parte de aquella altura, y tuvo la loca idea

de detenerse, arriesgándose a que la inminente explosión la pillara allí, detenerse el tiempo suficiente para cogerla y llevársela. Pero la imagen de los ojos rojos y de la piel amarillenta, el aterrador rostro de la Muerte, apareció en su imaginación, y continuó su carrera.

Aún llevaba en la mano izquierda la publicación de cómics de terror. La apretó con mayor fuerza. Por alguna razón le pareció importante no soltarla.

En el vestíbulo, Elliot abrió la puerta con fuerza, hizo que Tina pasara por delante de él y ambos se sumergieron en la dorada puesta de sol de últimas horas de la tarde.

—¡A la calle! —gritó Elliot.

Tina divisó en la parte posterior de su mente una visión sangrienta: la casa hecha añicos por la explosión, trozos de madera, cristal y metal volando hacia ella, aguzados fragmentos que la atravesaban por un centenar de lugares...

El paseo de losas que se extendía por la parte delantera de su jardín le pareció que tenía varios kilómetros de longitud, pero al fin alcanzó su extremo y se precipitó a la calzada. Vio el «450-SL» de Elliot aparcado junto al bordillo, y ya se encontraba a unos dos o tres metros del coche cuando la oleada de la explosión la lanzó hacia delante. Se tambaleó y cayó al lado del «Mercedes». Se dio un doloroso golpe en las rodillas.

Se volvió, aterrada, al tiempo que pronunciaba el nombre de Elliot y vio que también estaba a salvo. Se hallaba muy cerca, detrás de ella. Elliot perdió asimismo el equilibrio por la fuerza de la onda de choque, y se tambaleó hacia delante, aunque indemne.

El garaje, había sido lo primero, y su recia puerta se salió de sus goznes y cayó en la entrada de coches, el tejado se había disuelto en una especie de lluvia de confeti de tablillas y cascotes llameantes. Pero mientras Tina pasaba su mirada de Elliot al incendio, antes de que todas las tablillas hubiesen caído al suelo, una segunda explosión se extendió a través de la casa, y una oleada de llamas rugió desde un extremo de la estructura a otro, reventando las ventanas que, por milagro, habían sobrevivido al primer estallido.

Tina observó, atónita, cómo las llamas saltaban desde una ventana de la casa e incendiaban y quemaban algunas ramas secas de un árbol cercano.

Elliot la apartó del «Mercedes», para abrir la puerta del lado del pasajero.

—Entra. ¡Rápido!

—¡Pero es mi casa la que arde!

—Ya no puedes hacer nada por salvarla.

—Tenemos que aguardar a que venga la compañía del seguro de incendios.

—Cuanto más tiempo nos quedemos por aquí, en mejores blancos nos convertiremos —dijo Elliot.

—Pero...

Elliot la agarró del brazo e hizo que diese la vuelta respecto de la casa en llamas, la visión de la cual afectaba a Tina tanto como si se tratara de un hipnotizador que

moviera un reloj de bolsillo ante ella.

—¡Maldita sea! —exclamó Elliot—, métete en el coche y apártate de aquí antes de que el tiroteo empiece.

Asustada, alhelada, por la increíble velocidad con que su mundo había comenzado a desintegrarse, Tina hizo lo que él le pedía.

Cuando estuvo dentro del coche, Elliot cerró la portezuela del lado de la mujer, corrió hasta el asiento del conductor y se situó al volante.

—¿Estás bien? —preguntó a Tina.

Ella asintió, entumecida.

—Por lo menos, seguimos aún vivos —comentó Elliot.

Se puso la pistola en el regazo, con el cañón apuntando hacia su portezuela, alejado de Tina. Metió la mano en el bolsillo en busca de las llaves, las encontró y puso el coche en marcha. Las manos le temblaban.

Tina miró por su ventanilla, y observó, incrédula, cómo las llamas se esparcían desde el techo del destrozado garaje hasta el tejado principal de la casa, con largas lenguas del brillante fuego, lamiendo, lamiendo, hambriento, entre el rojo naranja de las últimas luces de la tarde.

Mientras Elliot alejaba el coche de la casa en llamas, su innato sentido del peligro se mostró tan aguzado como en sus mejores días en el Ejército. Se encontraba en la fina línea que separaba la alerta animal del frenesí nervioso.

Miró por el espejo retrovisor y vio una furgoneta negra que se apartaba del bordillo, a una manzana de distancia de ellos.

—Nos siguen —explicó.

Tina había permanecido mirando hacia su casa. Ahora volvió por completo y miró por la ventanilla trasera del coche deportivo.

—Apuesto lo que sea a que el que manipuló la calefacción de mi casa se encuentra en esa camioneta —comentó Tina.

—No lo dudes lo más mínimo.

—¡Me gustaría poner las manos encima de ese hijo de puta! —exclamó ella con vehemencia—. Le arrancaría los ojos a ese bastardo.

La furia de Tina sorprendió y complació a Elliot. Estupefacta ante aquella inesperada violencia, ante la pérdida de su casa, y por su cercano roce con la muerte, Tina había parecido encontrarse en trance; ahora salió de él. Elliot quedó impresionado y alentado por su fuerza moral.

—Ponte el cinturón de seguridad —pidió él—. Vamos a movernos más bien rápidos.

La mujer se volvió para abrochárselo.

—¿Intentarás perderles de vista?

—No sólo voy a intentarlo.

La calle se encontraba en un barrio residencial, y la velocidad límite era de 40 kilómetros por hora. Elliot apretó el acelerador y el bajo y esbelto «Mercedes» dos plazas saltó hacia delante.

A sus espaldas, la furgoneta quedó atrás con rapidez, hasta que se encontró a manzana y media de distancia, pero, al fin, dejó de alejarse cuando ellos también aceleraron.

—No pueden atraparnos —explicó Elliot—. Por lo tanto, lo mejor que pueden hacer es intentar no perder demasiado terreno.

A lo largo de la calle, la gente empezaba a salir de sus casas para ver qué había sido aquella explosión. Las cabezas se volvieron cuando el «Mercedes» pasó a todo gas.

Elliot giró dos manzanas más lejos y tuvo que reducir a más de cien kilómetros por hora. Los neumáticos chirriaron y el coche se desplazó un poco de lado, pero la soberbia suspensión y la sensible dirección mantuvieron firme al «Mercedes» sobre sus cuatro ruedas al tomar la curva.

—¿Crees de veras que dispararán contra nosotros? —preguntó Tina.

—No lo sé. Querían simular que habías muerto en una explosión accidental de

gas. Y creo que habían planeado un falso suicidio para mí. Pero ahora que saben que no ha sido así, sentirán pánico. Pueden empezar a disparar contra nosotros de forma abierta. Tienen que hacer algo. No lo sé. Lo único que sé es que no permitirán que escapemos.

—Pero quién...

—Te contaré lo que sé, pero más tarde.

—¿Y qué tienen que ver con Danny?

—Más tarde —respondió él, impaciente.

—Todo esto es una locura.

—¿Y me lo dices a mí?

Dobló otra esquina y luego otra, en un intento de despistar lo suficiente a los hombres de la furgoneta como para que tuvieran que encontrarse ante el dilema de muchas calles por las que seguir, y que aquella persecución se hiciese confusa. Demasiado tarde, divisó la señal de la cuarta esquina —CALLE SIN SALIDA—, pero ya habían iniciado la curva y se encaminaban por el estrecho callejón, en el que no había más que una hilera de modestas casas de estuco a un lado y otro.

—¡Maldita sea!

—Será mejor retroceder —dijo ella.

—Y nos los encontraremos de frente.

—Tienes la pistola.

—Serán varios e irán armados.

En la quinta casa a la derecha, la puerta del garaje se encontraba abierta, y dentro no se veía coche alguno.

—Tenemos que salir del callejón y quitarnos de la vista —exclamó Elliot.

Atravesó la abierta puerta del garaje con tanta destreza como si fuese el suyo. Luego, apagó el motor, salió del coche y se encaminó a la enorme puerta. No se bajaba. Forcejeó un momento con ella y entonces se percató de que estaba equipada con un sistema de cierre automático.

Detrás de él, Tina exclamó.

—Ven aquí.

Elliot volvió y miró a la mujer.

Tina había salido del coche y localizado el botón del control en la pared del garaje.

La puerta se cerró, con lo que les escondió de cualquiera que se encontrase en la calle.

Elliot se acercó a Tina.

—Nos libramos de poco.

Tina le agarró una mano entre las suyas y se la apretó. Las de la mujer estaban frías, pero el apretón resultó firme.

Tina continuó:

—Confiemos en que la gente que vive en esta casa no vuelva mientras nos

escondemos en su garaje.

—No nos quedaremos mucho rato. Sólo debemos hacerlo hasta que los hombres de la furgoneta decidan irse del barrio. Dejarán de buscarnos si no nos localizan en los siguientes cinco minutos.

—Muy bien. Y, entonces, ¿quién diablos son?

—Verás, en primer lugar, localicé a Harold Kennebeck, el juez que te mencioné ayer. Él...

Sin advertencia previa, la puerta que conectaba el garaje con la casa se abrió, con un ruido sordo de goznes sin engrasar. Tanto Elliot como Tina pegaron un salto.

Un hombre imponente, de fornido pecho, con unos pantalones arrugados y una camiseta encendió la luz del garaje y les miró con curiosidad. Tenía unos brazos rollizos, y la circunferencia de cualquiera de ellos tenía casi la misma anchura que un muslo de Elliot. Y no existía ninguna camisa de confección que pudiese abotonarse con facilidad en torno de aquel cuello grueso y musculoso. Parecía encontrarse en buena forma, aunque su estómago abultase algo por encima del cinturón de sus pantalones.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en una voz suave y amable, que no corría parejas con su aspecto.

Elliot tuvo la extraña sensación de que el hombre alargaría la mano hacia el interruptor que Tina había oprimido hacía un momento, y que la puerta del garaje se alzaría en el mismo instante en que la furgoneta negra rodase a escasa velocidad por la calle.

En busca de tiempo, respondió:

—Oh, hola. Me llamo Elliot y ésta es Tina.

—Tom —respondió el hércules—. Tom Polumby.

Tom Polumby no parecía preocupado por la presencia de ellos en el garaje; sólo se le veía perplejo. Un hombre de su tamaño, probablemente, no se asustaba con frecuencia de nadie.

—Bonito coche —exclamó Tom, con una inconfundible traza de reverencia en la voz.

Miró con envidia el «450-SL».

Elliot estuvo a punto de estallar a carcajadas. ¡*Bonito coche!* Entraban en el garaje de aquel hombre, aparcaban en él, cerraban su puerta, y todo lo que se le ocurría decir era: ¡*Bonito coche!*

—Un cacharro muy bonito —comentó Tom, señalando el coche, relamiéndose los labios mientras estudiaba el «450-SL».

Al parecer, a Tom no se le había ocurrido nunca que los ladrones, los asesinos psicópatas y otros tipos de los bajos fondos pudieran permitirse el comprar un «Mercedes-Benz», de tener dinero para ello. Evidentemente, para él, cualquiera que condujese un «Mercedes» pertenecía a la gente más agradable del mundo.

Elliot se preguntó cómo hubiera reaccionado el bueno de Tom de haber irrumpido

en su garaje en un «Pinto».

Tom apartó la mirada del coche.

—¿Y qué hacen aquí? —les preguntó, aunque sin beligerancia en su voz.

—Nos esperaban —replicó Elliot.

—Eh... Yo no les esperaba.

—Estamos aquí... por el barco —continuó Elliot, sin saber siquiera adonde le conduciría aquella explicación, en su deseo de decir lo que fuere para impedir que Tom subiera la puerta del garaje y les echase de allí.

Tom parpadeó.

—¿Qué barco?

—El de siete metros...

—No tengo ningún siete metros...

—Provisto de motores «Evinruder».

—Aquí no hay nada parecido.

—Debe de estar en un error —insistió Elliot.

—Me imagino que no han ido a parar al sitio adecuado —replicó Tom, al tiempo que acababa de cruzar el umbral y entraba en el garaje, alargando la mano hacia el botón que levantaría la puerta.

—Mr. Polumby —dijo Tina— aguarde. En realidad, debe de haber algún error. Pero éste es el lugar exacto.

La mano de Tom se detuvo cerca del interruptor.

Tina continuó:

—Simplemente, usted no es el hombre que se suponía que debíamos visitar, eso es todo. Tal vez se olvidara de hablarle acerca del barco. Eso ha tenido que ser.

Elliot miró a Tina, asombrado.

—¿A qué tipo se supone que tenían que ver? —inquirió Tom, frunciendo el ceño.

—Sol Fitzpatrick —respondió Tina.

—Aquí no hay nadie que se llame así.

—Pero si ésta es la dirección que nos dio —prosiguió Tina—. Nos contó que la puerta del garaje estaría abierta y que podríamos entrar directamente.

Elliot deseó abrazarla en ese momento.

—Sí. Sol nos contó que debíamos entrar y dejar libre la calle, para que tuviera sitio donde poner el barco cuando llegase aquí con él.

Tom se rascó la cabeza y se estiró una oreja.

—¿Fitzpatrick?

—Sí.

—Nunca he oído hablar de él —contestó Tom—. Y, además, ¿para qué iba a traer aquí un barco?

—Estábamos a punto de comprárselo —explicó Tina.

Tom meneó la cabeza.

—No, me refiero a por qué *aquí*...



—Pues —le atajó Elliot—, según le entendimos, ésta es su casa.

—Pero eso no es cierto —contestó Tom—. Yo vivo aquí. Yo y mi mujer y nuestra hijita. En este momento están fuera, y aquí nunca ha vivido nadie llamado Fitzpatrick.

—Entonces, ¿por qué nos dijo que ésta era su dirección? —preguntó Tina, perpleja.

—Señora —siguió Tom—. No tengo la menor idea. A menos que... ¿Ya le han pagado la barca?

—Pues...

—¿Tal vez sólo una paga y señal? —quiso saber Tom.

—Le dimos en depósito un par de cientos de dólares —intervino Elliot—. Era un depósito a cuenta. Sólo para ver el barco y hacernos una idea al respecto.

Sonriente, Tom repuso:

—Creo que ese depósito no les será devuelto como parte del precio, tal y como ustedes pretendían.

Tina, fingiendo sorpresa, dijo:

—¿Se refiere a que ese Mr. Fitzpatrick puede habernos engañado?

Resultó obvio que a Tom le complacía la idea de que las personas que podían permitirse un «Mercedes» no fueran, a fin de cuentas, tan listos.

—Si le han entregado un depósito, y les dio esta dirección, y les dijo que vivía aquí, en ese caso yo *afirmaría* que es seguro, y no sólo probable, que Sol Fitzpatrick ni siquiera posee, en primer lugar, un barco.

—Maldita sea... —exclamó Elliot.

—¿Qué nos han timado? —preguntó Tina, pretendiendo que aquello le producía una gran impresión.

Sonriendo ahora ampliamente, Tom prosiguió:

—Pueden considerarlo de esa manera, si les parece. O pueden considerarlo como una importante lección que ese tal Fitzpatrick les ha dado.

—Timados... —repitió Tina, moviendo la cabeza.

—Tan seguro como que el sol volverá a salir mañana —porfió Tom.

Tina se volvió hacia Elliot.

—¿Qué piensas?

Él miró hacia la puerta del garaje y luego el reloj. Al fin, manifestó:

—Creo que lo más seguro será irnos.

—¿Lo más seguro? —se extrañó Tom.

Tina echó a andar, pasó junto a Tom Poultry y oprimió el botón que alzaba la puerta del garaje. Sonrió a su sorprendido anfitrión y se acercó a la portezuela del asiento del pasajero del coche, mientras Elliot abría la del lado del conductor.

Poultry miró de Elliot a Tina, y de nuevo a Elliot, intrigado.

—¿Seguro? —preguntó de nuevo.

Fue Elliot el que habló:

—Tengo esperanza de que así sea, Tom. Muchísimas gracias por su ayuda.

Luego subió al coche y lo sacó del garaje marcha atrás.

Cualquier clase de diversión por la forma en que habían hecho frente a Polumby, se evaporó al instante al salir poco a poco de aquel santuario. Estaba sentado rígido, detrás del volante, con los dientes apretados, escuchando los latidos de su corazón, mientras se preguntaba si una bala atravesaría el parabrisas y le destrozaría el rostro.

No estaba acostumbrado a ese tipo de tensión. En lo físico, era duro, recio; pero, mental y emocionalmente, era, tal vez, más suave de lo que había sido en la flor de su edad. En definitiva, bajo de forma a ese respecto. Había pasado mucho tiempo desde la guerra, desde los años en el Servicio de Inteligencia militar, desde aquellas horribles noches de miedo en Saigón y en otras ciudades repartidas, en torno del Sudeste asiático. Entonces poseía la resistencia de la juventud, y se hallaba cargado de menos respeto hacia la muerte de como le ocurría en ese momento. En aquellos días había sido fácil representar el papel de cazador. Le causaba placer perseguir a la presa humana; incluso había un ápice de alegría en ser *perseguido*, puesto que eso le daba la oportunidad de probarse a sí mismo que burlaba al cazador respecto de su pista. Las cosas habían cambiado mucho. Era blando. ¡Un maldito blando! Un abogado de éxito y muy civilizado, que gozaba de la buena vida. Nunca había esperado jugar otra vez a aquel juego. Pero una vez más, y de manera increíble, estaba siendo cazado, y se preguntaba cuánto tiempo lo resistiría.

Tina miró a un lado y otro de la calle, mientras Elliot ponía el coche en la dirección correcta.

—No hay ninguna furgoneta negra —comentó ella.

—Hasta ahora...

A varias manzanas de distancia, una fea columna de humo se alzaba en aquel cielo entre dos luces, serpenteando; noche-negra, los límites superiores de la misma, tintados en torno de los rebordes por los últimos rayos rosados del sol poniente. Naturalmente, el humo procedía de la casa de Tina. O más bien, para ser más exactos, el humo se alzaba de lo poco que quedaba de su casa.

Elliot conducía de una calle residencial a otra, de forma inexorable por delante del humo, adentrándose cada vez más en las calles principales. Elliot temía encontrarse la furgoneta negra en cada uno de los cruces.

Tina no era menos pesimista acerca de su esperanza de poder huir, en lo cual se parecía a Elliot. Cada vez que él la miraba, Tina seguía agazapada hacia delante, avistando cada nueva calle en que entraban, o vuelta a medias en su asiento, mirando por la ventanilla trasera. Su rostro aparecía tenso y se mordía constantemente el labio superior.

Sin embargo, al llegar a Charleston Boulevard —vía Maryland Park-way, Sahara Avenue, y Las Vegas Boulevard—, ambos comenzaron a relajarse. Ahora se encontraban ya muy lejos del barrio de Tina. Sin tener en cuenta quién les vigilaba, sin considerar lo grande que pudiese ser la organización que estaba contra ellos, la

ciudad era lo bastante grande como para albergar peligro para ellos en cada rincón o escondrijo. Con casi 350.000 residentes durante todo el año, con doce millones de turistas anuales, y con aquel vasto desierto en que se extendía. Las Vegas ofrecía millares de rincones oscuros y tranquilos en los que dos personas que huyeran podían detenerse a recuperar el aliento y sopesar qué debían hacer a continuación.

Por lo menos, aquello era lo que Elliot deseaba creer.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tina, cuando él giró hacia el oeste por Charleston Boulevard.

—Seguiremos así durante unos pocos kilómetros, y hablaremos. Tenemos un montón de cosas que discutir. Y muchos planes que elaborar.

—¿Y qué hemos de planear?

—La forma de seguir vivos.

Mientras conducía, contó a Tina lo que había sucedido en su casa poco tiempo atrás: los dos hombres, su interés respecto de la posibilidad de la reapertura de la tumba de Danny, su admisión de que trabajaban para alguna agencia gubernamental, las jeringuillas hipodérmicas...

Tina le interrumpió y le hizo varias preguntas (las mismas que él se había efectuado a sí mismo y para las que no encontraba respuestas).

—Tal vez deberíamos regresar a tu casa —dijo ella—. Si ese Vince sigue aún allí, podríamos emplear drogas con él. Aun en el caso de que no sepa por qué su organización se halla interesada en la exhumación, por lo menos sabrá quiénes son sus jefes. Habrá un montón de cosas de las que nos enteraremos por él.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo. Elliot le tomó una mano y se la oprimió con ternura. El contacto le dio fuerzas.

—Claro que me gustaría interrogar a Vince —contestó Elliot—, pero no podemos.

—¿Por qué no?

—Por dos razones primordiales. Primera, es probable que ya no esté en mi casa. Habrá recuperado el sentido y se habrá marchado. Y aunque la pérdida de conocimiento fuera más profunda, alguno de sus hombres ya habrá estado allí y le sacarían mientras yo iba a tu casa. Pero, lo más importante de todo, si regresamos a mi casa, en realidad, nos meteríamos en la guarida del lobo.

—Supongo que la vigilarán.

—Es lo más seguro.

El semáforo cambió a verde y Elliot, a desgana, soltó la mano de Tina.

—La única forma de que esos tipos nos echen el guante —prosiguió él— es si nos entregamos. Sin importar quiénes sean. Lo que resulta claro es que no son omniscientes; podemos escondernos de ellos durante un período largo de tiempo, si hay que hacerlo. Pero si dan con nosotros, nos matarán.

Mientras continuaban hacia el Oeste por Charleston Boulevard, Tina dijo:

—Antes me hablaste de que no podemos acudir a la Policía con este asunto.

—Eso es...

—¿Por qué?

—La Policía debe de estar involucrada en esto, al menos en lo que se refiere a que los jefes de Vince pueden presionarla. Además, estamos con una Agencia gubernamental, y las Agencias del Gobierno tienden a cooperar unas con otras.

—Pero esto resulta paranoico.

—Soy consciente de ello.

—Espías en todas partes.

—Si tienen a un juez en el bolsillo, ¿por qué no iban a tener a unos cuantos «polis»?

—Me dijiste que respetabas a Kennebeck, que era un buen juez.

—Y lo sigo diciendo. Es un gran técnico en leyes, y justo, además.

—En tal caso, ¿por qué coopera con esos asesinos? ¿Por qué viola su juramento del cargo?

—El que es agente una vez, siempre sigue siendo agente —explicó Elliot—. Es un dicho del Servicio, no mío; pero, en muchos casos, resulta cierto. Para algunos, constituye la única lealtad en su conducta de siempre. Kennebeck realizó varias misiones en diferentes organizaciones de espionaje. Y se vio profundamente implicado en ese mundo por espacio de treinta años. Una vez se retiró, oh, hace ya diez años, aún era un hombre joven, de cincuenta y tres años, y buscó alguna actividad que le ocupara su tiempo. Aunque licenciado en Derecho, no deseaba el atosigamiento de la práctica diaria de la abogacía. Por eso buscó un cargo electivo en los tribunales, y lo consiguió. Creo que se toma su trabajo bastante en serio; sin embargo, fue un hombre de la inteligencia durante un condenado montón de tiempo, mucho más que ahora de juez, y se identificó con ello. O tal vez, en realidad, nunca se retiró del todo. Quizás aún siga en la nómina de alguna agencia, y todo el plan, por su parte, fue fingir que se retiraba y luego conseguir que lo eligieran aquí, en Las Vegas, como juez, todo eso para que sus jefes tuviesen un magistrado en la ciudad en quien confiar.

—¿Y eso resulta probable? Quiero decir, ¿cómo sabían que ganaría en esas elecciones...?

—Tal vez las amañaron.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—Sí. Diablos, hace sólo un par de años que la Junta electoral de Texas hizo pública la historia de cómo se prepararon las primeras elecciones locales de Lyndon B. Johnson. El Presidente de la Junta dijo que sólo quería tranquilizar su conciencia después de tantos años. Pero también hubiera podido ahorrarse palabras. Apenas hubo nadie que alzara ni una ceja. Son cosas que suceden de vez en cuando. Y en una elección pequeña y de tipo local, como aquella en que Kennebeck ganó, el hacer trampas debe de ser algo sencillo, siempre que poseas bastante dinero y los poderosos músculos del Gobierno detrás.

—Pero ¿por qué querrían a Kennebeck en un tribunal de Las Vegas en vez de en Washington, o en Nueva York o en cualquier lugar más importante?

—Oh, Las Vegas es una ciudad *muy* importante —repuso Elliot—. Si quieres lavar dinero sucio, éste es, con mucho, el lugar más fácil para hacerlo. Si deseas comprar un pasaporte falso, un permiso de conducción falsificado, o cualquier otro documento por el estilo, puedes escoger y elegir de entre varios de los mejores artistas falsificadores de documentos del mundo; aquí es el lugar en donde viven gran cantidad de ellos. Si buscas un pistolero a sueldo, o alguien que trate con armas a gran escala, o un mercenario para hacerse cargo de una pequeña fuerza expedicionaria para una operación en ultramar, los encontrarás aquí a todos ellos.

Nevada tiene menos leyes en los códigos que cualquier otro Estado del país. Sus índices de impuestos son bajos. No existe un impuesto sobre la renta. Las actuaciones de los Bancos, de los agentes inmobiliarios y de algunos otros «oficios» —excepto la propiedad de los casinos—, son actividades menos problemáticas aquí que en los demás Estados, te lo facilitan casi todo, y resulta especialmente atractivo para la gente que trata de gastar e invertir dinero sucio en efectivo. Nevada ofrece mayor libertad personal que en ningún otro lugar del país, todo lo cual es bueno, según mi modo de pensar. Pero, aunque aquí hay una gran cantidad de libertad personal, también es probable que existan elementos que toman gran ventaja de una estructura legal de tipo liberal. Las Vegas es una importante oficina para cualquier organización estadounidense secreta.

—¿Y realmente hay espías por todas partes?

—En cierto sentido, sí.

—Pero, aunque los jefes de Kennebeck tenga un montón de influencia sobre la Policía de Las Vegas, ¿permitirán los «polis» que nos maten? ¿Dejarían llegar las cosas tan lejos?

—Tal vez no nos prestaran la suficiente protección como para librarnos de cualquier eventualidad —explicó Elliot.

—¿Y qué clase de Agencia gubernamental tendría tanta autoridad como para infringir la ley de esta manera? ¿Qué clase de Agencia poseería facultades para matar a ciudadanos inocentes que sólo se ocupan de sus cosas?

—Intento imaginármela —replicó, sombrío—. Y es algo que me produce un miedo infinito.

Se detuvieron ante otro semáforo en rojo.

—¿En realidad, qué tratas de decirme? —le preguntó Tina—. ¿Que tendremos que apañárnoslas nosotros solitos?

—Por lo menos durante algún tiempo.

—Pero eso resulta descorazonador... ¿cómo lo conseguiremos?

—No es tan descorazonador.

—¿Dos personas corrientes contra ellos?

Elliot miró por el espejo retrovisor, lo cual había estado haciendo cada uno o dos minutos desde que desembocaron en Charleston Boulevard. Nadie les seguía, pero no podía evitar comprobarlo.

—No resulta desesperanzador —prosiguió—. Sólo necesitamos tiempo para pensar sobre ello, tomarnos un respiro para elaborar un plan. Tal vez demos con alguien que nos ayude.

—¿Cómo quién?

El semáforo se puso en verde.

—Como los periódicos, por ejemplo —dijo Elliot, acelerando en el cruce y mirando por el retrovisor—. Hemos logrado pruebas de que aquí está sucediendo algo fuera de lo normal: la pistola equipada con silenciador que le quité a Vince, el que

hayan volado tu casa... Estoy casi seguro de que encontraremos un periodista que quiera seguir adelante con esto y que escriba un artículo acerca de una serie de desconocidos, gente sin rostro, que trata de impedirnos abrir la tumba de Danny. Si publican mi teoría de que el relato del accidente de la Sierra es falso, que por encima de todo eso hay algo más oscuro. En ese caso, un montón de gente pedirá la exhumación de *todos* aquellos muchachos. Habrá peticiones de nuevas autopsias, de investigaciones. Los jefes de Kennebeck quieren pararnos los pies antes de que sembremos cualquier semilla de duda acerca de la versión oficial del accidente. Pero, una vez que esas semillas sean esparcidas, una vez que los padres de los demás *boy scouts* y toda la ciudad sea un auténtico clamor al pedir una investigación, los tiparracos de Kennebeck no ganarán nada eliminándonos. Existe una esperanza, y no es propio de ti el dejarse vencer con tanta facilidad.

Tina suspiró.

—No me dejes vencer.

—Estupendo.

—No pararé hasta saber lo que realmente le sucedió a Danny.

—Así está mejor —siguió Elliot—. Se parece más a la Christina Evans que yo conozco.

El atardecer se estaba convirtiendo en noche cerrada y Elliot encendió las luces del coche.

—Es sólo que... bueno —dijo Tina—, durante el último año he estado luchando por aceptar al hecho de que Danny murió en ese estúpido accidente, sin ningún objeto. Y ahora, justo cuando comentaba a pensar que me enfrentaría con todo y lo dejaría atrás, descubro que, a fin de cuentas, pudo no haber muerto en un accidente. De repente..., todo se encuentra de nuevo en el aire.

—Ya se aposará.

—¿Tú crees?

—Sí. Llegaremos al fondo del asunto.

Echó un vistazo por el espejo del retrovisor.

Nada sospechoso.

Era consciente de que ella le observaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Tina al cabo de unos pocos minutos.

—¿Qué?

—Creo..., en cierto modo..., que, en realidad, disfrutas con todo esto...

—¿Qué disfruto de qué?

—De la persecución.

—Oh, no. No disfruto por arrebatarle un arma a alguien que tiene el doble de tamaño que yo.

—Estoy segura de que me engañas. Eso no es lo que yo te he dicho.

—Y, desde luego, tampoco he *elegido* que me pongan patas arriba mi estupenda, pacífica y tranquila vida. Más bien desearía ser un ciudadano acomodado, importante

y preocupado que un fugitivo.

—No he dicho nada respecto de que lo hubieras elegido de haber estado en tu mano —repuso Tina—. Pero ahora que ha sucedido, ahora que se ha precipitado sobre ti, no te sientes desgraciado por completo. Existe una parte de ti, una parte muy profunda, que responde al desafío con cierto grado de placer. Lo veo. Resulta evidente por la manera que tienes de actuar, por como te dominas, por el modo de hablar. Se trata de una cualidad que esta misma mañana no resultaba visible.

—Tonterías... —dijo él.

—No. Es verdad. No puedo llegar a describirlo..., pero es una especie de... conciencia animal..., una nueva clase de energía..., una astucia que no parecías tener antes.

—Lo único cierto acerca de mí es que esta mañana no estaba asustado, y ahora sí lo estoy.

—El estar asustado... forma parte del juego —prosiguió Tina—. El peligro ha pulsado una tecla muy sensible en ti, ¿verdad? Y supongo que, en cierto modo, te traslada a otros tiempos, consigue que te sientas más joven.

Elliot sonrió.

—¿Los buenos viejos tiempos de espías y contraespías? Lo siento, pero te equivocas, no suspiro en absoluto por eso. Me temo que fantaseas, buscas cosas más románticas, lo conviertes en un melodrama. No soy un hombre de acción nato. Sólo soy el mismo viejo tipo de siempre.

—De todos modos —siguió Tina—, estoy condenadamente contenta de que te encuentres a mi lado.

—Me gusta más cuando estás encima —bromeó él.

—¿Siempre has tenido una mente tan sucia?

—No. He tenido que cultivarla.

—Pues se desarrolla muy bien.

—Gracias a ti.

—Dios mío, escúchanos —exclamó ella.

—¿Qué?

—Hasta nos reímos.

—¿De veras?

—Bromeamos en medio de este desastre —insistió ella.

—«La risa es un bálsamo para los afligidos, la mejor defensa contra la desesperación, la única medicina contra la melancolía».

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Tina—. ¿Shakespeare?

—Me parece que Groucho Marx.

—Pues es muy bueno —replicó Tina.

Suspiró, se inclinó hacia delante y recogió algo del suelo, entre sus pies.

—¿Y luego está esta maldita cosa?

—¿Qué has encontrado?



—Lo traje de mi casa —explicó.

En la carrera por salir de la casa antes de que la explosión de gas la derribara, Elliot no se había percatado de que la mujer llevase nada. Arriesgó una rápida mirada, apartando los ojos de la carretera durante sólo un instante, pero en el coche no había la suficiente luz para que viese lo que Tina tenía en las manos.

—No puedo ver de qué se trata.

—Es una publicación de cómics de terror —explicó ella—. La encontré cuando desalojaba el cuarto de Danny. Estaba en una caja con otras revistas de terror.

—¿Y qué?

—¿Te acuerdas de las pesadillas de las que te hablé?

—Sí.

—El monstruo que apareció en mis sueños durante las dos últimas semanas se encuentra en la cubierta de esta revista. Es él. Detalle a detalle. No hay ni un ápice de diferencia.

—En ese caso debes de haber visto la revista antes, y simplemente tú...

—No. También me decía eso a mí misma. Pero no la había visto hasta hoy. Lo sé con toda certeza. Nunca miré la colección de Danny. Cuando él llegaba a casa del quiosco, yo no inspeccionaba lo que había comprado. Nunca lo fisgaba.

—Tal vez tú...

—Aguarda —lo interrumpió ella—. Aún no te he dicho lo peor.

El tráfico se hacía menos denso a medida que se alejaba del centro de la ciudad, y avanzaban hacia las altas montañas negras, que se acortaban entre la última luz púrpura del firmamento occidental.

Tina le contó a Elliot lo referente a *El muchacho que no estaba muerto*.

Los parecidos entre la historia de terror y su interés por exhumar el cadáver de Danny dejaron helado a Elliot.

—Y ahora —prosiguió Tina—, al igual que la Muerte trataba de detener a los padres en el cuento, alguien quiere impedir que abra la tumba de *mi* hijo.

Estaban alejándose demasiado de la ciudad. La oscuridad se extendía a ambos lados de la carretera. El paisaje comenzaba a elevarse hacia el monte Charleston, donde, a menos de una hora, de distancia, había bosques de pinos nevados. Elliot hizo dar la vuelta al coche y retrocedió hacia las luces de la ciudad, que se extendían como un vasto y reluciente hongo surgido de los negros llanos desérticos.

—Existen parecidos —comentó.

—Tienes razón. Demasiados.

—Pero también hay una gran diferencia. En la historia, el muchacho fue enterrado vivo. Pero Danny *está* muerto. Lo único dudoso es la manera en que murió.

—Pero es la única diferencia entre el argumento básico de esa historia y todo por lo que estamos pasando. Y las palabras «No estoy muerto» en el título. Y el chico del relato tenía la edad de Danny. Simplemente, creo que es demasiado —concluyó Tina.

Circularon en silencio durante, por lo menos, un minuto. Finalmente, Elliot dijo:

—Tienes razón. No puede tratarse de una coincidencia. Tus sueños, los cómics de terror... Aborrezco decir algo así, pero son demasiadas coincidencias para tratarse de una casualidad.

—Y entonces, ¿cómo lo explicas?

—No lo sé —respondió Elliot incómodo.

—Pues bienvenido al club...

A la derecha apareció un restaurante de carretera. Elliot se salió del asfalto y condujo el coche por la zona de estacionamiento. Sólo había una farola de vapor de mercurio en la entrada, la única luz, púrpura, por encima del primer tercio de la zona de aparcamiento. Elliot rodeó el edificio del restaurante y metió el «Mercedes» en una plaza de la parte más oscura del estacionamiento, entre un «Toyota Célica» y un coche pequeño nacional, donde no lo viesan desde la carretera.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—No puedo creerlo, a pesar de todo lo que hemos pasado durante el último par de horas, estoy muerta de hambre.

—Lo mismo que yo. Y no me sorprende. Habremos quemado por lo menos diez mil calorías con el miedo y la tensión nerviosa.

—Tal vez haya un libro de dietas que lo explique.

—*La dieta del terror.*

Tina esbozó una débil sonrisa.

—Antes de entrar, echemos un vistazo a la lista de preguntas que querían que contestases. Quizá nos enteremos de algunas otras cosas.

—Ya lo miraremos en la cafetería —replicó Elliot—. Tendremos más luz. Parece que no hay demasiada; podremos hablar sin que nos oigan. Tráete la revista también. Quiero ver esa historieta.

Salió del coche y su atención se dirigió hacia la ventanilla sin cortinas del todo terreno junto al que había aparcado. Miró a través del cristal al interior del coche, a oscuras por completo. Tuvo la desconcertante sensación de que alguien, escondido allí, le miraba.

«No sucumbas a la paranoia», se previno a sí mismo.

Cuando se apartó del todo terreno, sus ojos se fijaron en una zona particularmente densa de oscuridad en torno al bidón de la basura, en la parte posterior del restaurante, y de nuevo le asaltó la sensación de que alguien, allí escondido, le vigilaba.

Había contado a Tina que los jefes de Kenneback no eran omniscientes. Debía recordarlo. Él y Tina, en apariencia, se hallaban enfrentados con una poderosa y peligrosa organización, que no se atenía a ningún tipo de reglas, obsesionada por mantener el secreto de la tragedia de la Sierra. Pero cualquier organización se componía de hombres, y ningún hombre poseía la todopoderosa mirada de Dios.

*Sin embargo...*

Mientras Tina y él recorrían la zona del aparcamiento hacia el restaurante, Elliot

no pudo quitarse de encima la sensación de que alguien o algo les observaba. No se trataba necesariamente de una persona... Sólo... algo... raro... extraño. Algo más y menos que humano a un tiempo. Constituía un pensamiento pintoresco, que no se parecía en nada a la noción que de ordinario tenía en mente acerca de las cosas, y no le gustaba en absoluto.

Tina se detuvo al llegar a la zona de luz púrpura, bajo la farola de vapor de mercurio. Miró hacia atrás, al coche, con una curiosa expresión en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elliot.

—No lo sé...

—¿Ves algo?

—No —respondió Tina.

Miraron en dirección de las sombras.

—¿Lo sientes? —preguntó ella al fin.

—¿Sentir qué?

—He tenido esa... delicada sensación.

Elliot no respondió.

—Tú también lo percibes, ¿verdad? —insistió Tina.

—Sí.

—Es como si no estuviéramos solos.

—Parece cosa de locos —afirmó Elliot—, pero siento unos ojos clavados en mí.

Tina se estremeció.

—En realidad, aquí no hay nadie.

Continuaron mirando hacia la negra oscuridad, en busca de cualquier tipo de movimiento.

—¿Nos estaremos derrumbando a causa del esfuerzo? —prosiguió preguntando Tina.

—Se trata de la tensión —la tranquilizó él, pero, en realidad, no estaba convencido de que sólo fueran imaginaciones.

Se alzó un suave viento frío, que les llevó el olor de las marchitas hierbas del desierto. Silbó a través de las ramas de una cercana palmera datilera.

—Es una sensación muy *fuerte* —añadió Tina—. ¿Sabes qué me recuerda?

—¿Qué?

—Es la misma maldita sensación que tuve en el despacho de Ángela, cuando la terminal del ordenador empezó a operar por sí sola. No me siento exactamente como si me estuvieran mirando. Me refiero a que es algo más que eso. Más como una... *presencia*.

Elliot sabía con exactitud a qué se refería, pero no quiso pensar en ello; no había forma de llegar a sentirlo, sin importar lo mucho que se esforzase. Era un hombre al que le gustaba enfrentarse a los hechos difíciles, a las realidades; ésa era la razón de ser tan buen abogado, tan dispuesto a recopilar un buen montón de pruebas y conseguir ganar los pleitos con todas ellas.

—Ambos estamos muy cansados —repitió.

—Pero eso no cambia lo que siento.

—Entremos a comer algo.

Tina permaneció varios segundos mirando hacia la oscuridad, donde la luz púrpura no alcanzaba.

—¿Tina...?

Una ráfaga de viento hizo correr una bola de hierbas secas y las impulsó a través del alquitranado. Un ave se abatió en la negrura, por encima de sus cabezas; no llegaron a verla pero sí escucharon el batir de sus alas.

Tina se aclaró la garganta.

—Es como si... la misma noche nos observara... la noche, las sombras, los ojos de la oscuridad.

El viento alborotó el cabello de Elliot. Hizo que un trozo de metal suelto chocase contra el bidón de la basura. El enorme letrero del restaurante crujió hacia delante y hacia atrás entre sus dos postes.

Finalmente, Elliot y Tina entraron en el restaurante, e intentaron no volver a mirar atrás.

El comedor era alargado, en forma de L, con mucho cromado, cristal, plástico, fórmica y vinilo rojo. La máquina de discos emitía una tonada tipo Oeste por Kenny Rogers, y la música compartía el aire con los deliciosos aromas de huevos fritos, beicon y salchichas. Al compás del ritmo de la vida de Las Vegas, alguien comenzaba su jornada con un opíparo desayuno. A Tina se le hizo la boca agua en cuanto entró.

Once clientes se arracimaban al final del largo brazo de la L, cerca de la entrada, cinco sentados en taburetes en la barra y otros seis en las mesas de color rojo. Elliot y Tina tomaron asiento lo más lejos posible de los clientes, en la última mesa, en el ala más corta del restaurante.

Su camarera era una mujer de cabello castaño alheña, llamada Elvira. Tenía el rostro redondeado, con hoyuelos, ojos centelleantes y acento tejano. Tomó su pedido de hamburguesas de queso, patatas fritas, ensalada de col y cerveza «Coors».

Cuando Elvira se alejó de la mesa y se quedaron a solas, Tina dijo:

—Echemos una ojeada a los papeles que le quitaste a aquel tipo que se daba el nombre de Vince.

Elliot extrajo las hojas de su bolsillo, las desplegó y las colocó sobre la mesa. Formaban tres páginas y cada una de ellas contenía diez o doce preguntas escritas a máquina.

Se inclinaron desde ambos lados de la mesa y, durante un momento, leyeron en silencio.

1) *¿Cuánto tiempo hace que conoce a Christina Evans?*

2) *¿Por qué Christina Evans le pidió a usted, en lugar de a cualquier otro ahogado, que preparase la exhumación del cuerpo de su hijo?*

3) *¿Qué razones tiene ella para dudar del relato oficial de los hechos acerca de la muerte de su hijo?*

4) *¿Posee alguna prueba de que la declaración oficial acerca de la muerte de su hijo sea falsa?*

5) *Si tiene alguna de estas pruebas, ¿cuál es?*

6) *¿Dónde ha conseguido dichas pruebas?*

7) *¿Ha oído hablar del «Proyecto Pandora»?*

*¿Ha recibido usted, o Mrs. Evans, algún material relacionado con las instalaciones militares secretas de investigación en las montañas de la Sierra?*

Elliot alzó la vista de la página.

—¿Has oído hablar alguna vez del «Proyecto Pandora»?

—No.

—¿Y de laboratorios secretos en las Sierras?

—Oh, claro. Mrs. Neddler me contó algunas cosas.

—¿Mrs. Neddler?

—Es mi mujer de la limpieza.

—Bromeas otra vez.

—No suelo hacerlo en momentos como éste.

—Bálsamo para los afligidos, medicina para la melancolía.

—Groucho Marx —comentó ella.

—Has ganado los sesenta y cuatro mil dólares.

—Resulta evidente su creencia de que alguien del «Proyecto Pandora» quiere delatarles.

—Eso parece.

—¿Se tratará de la persona que estuvo en el cuarto de Danny? ¿Sería alguien del «Proyecto Pandora» quien escribió en la pizarra... y luego interfirió en el ordenador en la oficina?

—Tal vez —repuso Elliot.

—Pero tú no lo crees.

—Verás, si alguien tiene problemas de conciencia, ¿por qué no se ha dado a conocer de una manera directa?

—Tal vez por miedo. Y existen unas condenadas razones para que sea así.

—Es posible —replicó Elliot una vez más—. Pero, por alguna razón, creo que es mucho más complicado que todo eso. Y no me preguntes el porqué. Sólo se trata de un presentimiento.

Leyeron el resto del material con rapidez, pero no había nada que fuese más revelador. La mayoría de las preguntas se referían a cuánto conocía Tina acerca de la verdadera naturaleza del accidente de la Sierra, cuánto le había contado a Elliot, y con cuántas otras personas lo había discutido. No había otros asuntos intrigantes, como el «Proyecto Pandora», ni más pistas o claves, nada de verdadero valor para ellos.

Elvira les llevó dos copas heladas y dos botellas frías de «Coors».

El *jukebox* comenzó a tocar una canción melancólica de Barbara Mandrell.

Elliot se tomó su cerveza y hojeó el tebeo de terror que había pertenecido a Danny.

—Asombroso —exclamó cuando terminó la lectura de *El muchacho que no estaba muerto*.

—Pues aún te parecería más espantoso de haber sufrido todas esas pesadillas —le comentó ella—. ¿Y ahora, qué debemos hacer?

Elliot pensó durante un momento y luego respondió:

—El funeral de Danny se llevó a cabo con el ataúd cerrado. ¿Pasó lo mismo con los otros trece *scouts*?

—Casi la mitad fueron también enterrados sin verles —contestó Tina.

—¿Y sus padres no llegaron a ver los cadáveres?

—Oh, sí. A todos los demás padres les pidieron que identificasen a sus hijos, aunque algunos de ellos estuvieran en un estado tan terrible que no pudieron restaurarles cosméticamente para su exposición en un funeral. Michael y yo fuimos

los únicos a quienes nos aconsejaron con firmeza que no viésemos los restos. Danny fue el único que estaba tan terriblemente... mutilado.

Incluso después de tanto tiempo, cada vez que pensaba en los últimos momentos de Danny sobre la tierra —el terror que debía de haberle asaltado, el dolor que soportaría, aunque fuese de breve duración— no dejaba de sentirse atenazada por la tristeza. Oprimió sus ojos para que no asomaran las lágrimas y se tomó un buen trago de cerveza. Luego, habló de nuevo:

—¿Por qué lo preguntas?

—Creí que nos haríamos enseguida con unos aliados por parte de los demás padres —explicó Elliot—. Si no habían visto los cadáveres de sus hijos, este último año les asaltarían las dudas como a ti. Creí que podríamos persuadirles con facilidad para que se unieran a nosotros en una petición de apertura de *todas* las tumbas. Si se alzasen muchas voces, los jefes de Vince no se arriesgarían a silenciarlas todas, y nosotros estaríamos a salvo. Pero me parece que debo olvidarme de ese plan. Si las demás personas tuvieron una oportunidad de ver sus cadáveres, y si ninguno de ellos ha tenido razones para albergar dudas al igual que nosotros, si, en resumidas cuentas, han podido hacer frente a su tragedia, se hallarán en paz con la vida de nuevo. Si acudimos a ellos ahora con una historia tan inverosímil respecto de una misteriosa conspiración, no se mostrarán muy dispuestos a escucharla.

—Por lo tanto, seguimos solos.

—Sí.

—Me dijiste que podríamos recurrir a algún periodista, para que los medios de comunicación se interesasen por el asunto. ¿Has pensado ya en alguien?

—Conozco a un par de tipos de por aquí —respondió Elliot—. Pero tal vez no fuese prudente recurrir a la Prensa local. Eso tal vez sea lo que los jefes de Vince esperan que hagamos; nos estarán aguardando, vigilando. Habremos muerto antes de que le contemos a un periodista un par de frases. Creo más bien que deberíamos sacar la historia de la ciudad y, antes de llevarlo a cabo, me gustaría poseer algunos hechos más.

—Creía que habías dicho que ya teníamos lo suficiente como para interesar a un buen periodista. La pistola que le quitaste a aquel hombre..., la voladura de mi casa...

—Eso debería bastar —prosiguió él—. Desde luego, para un periódico de Las Vegas bastaría. Esta ciudad aún se acuerda del accidente de la Sierra, puesto que constituyó una tragedia local. Pero si debemos recurrir a la Prensa de Los Ángeles o a la de Nueva York, o de alguna otra ciudad, los periodistas no mostrarán demasiado interés a menos que vean un aspecto del relato que vaya más allá de la categoría de un puro interés local. Tal vez hayamos conseguido lo suficiente ya para convencerles de que se trata de una noticia sensacional. Pero no estoy seguro. Y quiero sentirme condenadamente seguro antes de intentar llegar al público con todo esto. De una forma ideal, ni siquiera podré transmitirle al periodista una teoría clara acerca de lo que de

verdad les sucedió a aquellos excursionistas, algo sensacionalista que preste gancho a su artículo.

—¿Como qué?

Elliot meneó la cabeza.

—Aún no he elaborado nada completo. Pero me parece que la cosa más obvia que deberíamos considerar sería que los exploradores y sus jefes vieron algo que se suponía que no iban a ver.

—¿El «Proyecto Pandora»?

Elliot bebió un poco más de cerveza y empleó un dedo para borrar una huella de espuma de su labio superior.

—Sí. Un secreto militar. No acabo de comprender qué pudo llevar a una organización como la de Vince a involucrarse en esto; un Servicio de Inteligencia de esa categoría y sofisticación no pierde su tiempo por naderías...

—Pero resulta tan pintoresco... Secretos militares..., eso parece cosa de otros tiempos —contestó Tina.

—En el supuesto de que no lo sepas, te diré que Nevada tiene más instalaciones gubernamentales relacionadas con la Defensa que cualquier otro Estado de la Unión. Y no hablo sólo de algo tan corriente, como la Base de la Fuerza Aérea en Nellis y los terrenos de pruebas nucleares. Este Estado resulta muy adecuado para los secretos o casi secretos, para los centros de investigación de armas de alta seguridad, y para otras experimentaciones de ese tipo. Nevada tiene miles de kilómetros cuadrados de tierras remotas y deshabitadas. Los desiertos. Los lugares más alejados entre las montañas... Y la mayor parte de esas zonas remotas son propiedad del Gobierno federal. Si sitúas una instalación secreta en medio de esta Nevada deshabitada, tu trabajo para mantener la seguridad resulta bastante sencillo.

Con los brazos encima de la mesa y las manos en torno de su copa de cerveza, Tina se inclinó hacia Elliot.

—¿Te refieres a que Mr. Jaborski, Mr. Lincoln y los muchachos toparon con un lugar como ése en las Altas Sierras?

—Es posible.

—¿Y que vieron algo que se suponía que no iban a ver, algún importante secreto militar?

—Tal vez.

—¿Y entonces, qué? ¿Te refieres a que..., a causa de lo que vieron, los *asesinaron* a todos?

—Es una teoría que tal vez intrigase a un buen periodista —concluyó Elliot.

—Pero el Gobierno no ha podido matar a un grupo de chicos sólo porque, de una manera accidental, vieron un arma nueva o algo parecido.

—¿Y por qué no?

El viento nocturno se fue haciendo más fuerte y embestía contra el amplio panel de cristal que se encontraba al lado de su mesa. Más allá de la ventana, en Charleston



Boulevard, el tráfico avanzaba entre una repentina nube de ondulante polvo y trozos de papel.

Con un escalofrío, Tina prosiguió:

—Pero ¿cuánto llegarían a ver aquellos chiquillos? Tú mismo has afirmado que la seguridad resulta fácil de mantener si una de esas instalaciones está ubicada en los páramos. Los chicos no debieron aproximarse demasiado a un lugar tan bien vigilado. Seguramente no conseguirían más que dar una ojeada.

—Pues tal vez esa ojeada fuera suficiente para condenarles.

—Los niños no son muy buenos observadores —contraargumentó Tina—. Son impresionables, emocionales, excitables, dados a la exageración. Si *hubieran visto* algo, habrían regresado con una docena de versiones distintas acerca del asunto, ninguna de las cuales sería muy exacta. Un grupo de muchachitos no hubiera constituido una amenaza para la seguridad de una instalación secreta.

—Es probable que tengas razón —convino Elliot.

—Por supuesto que la tengo.

—Pero unos cuantos hombres de seguridad de estrechas miras tal vez no lo consideraron así.

—Pues tendrían que ser más bien estúpidos para creer que el asesinato era la forma más segura de arreglar este asunto. Matar a todas aquellas personas y fingir luego un accidente...; todo eso resultaba mucho más arriesgado que permitir regresar a los chicos con sus historias, respaldadas a medias, acerca de haber visto algo peculiar en las montañas.

—Recuerda que iban dos adultos con esos chicos. La gente llegaría a pasar por alto la mayor parte de lo que los chicos contaran, pero hubieran creído a Jaborski y Lincoln. Tal vez era tanto lo que estaba en juego, que los hombres del Servicio de Seguridad decidieron que Jaborski y Lincoln debían morir. Y de esa manera se hizo también necesario matar a los chicos, para eliminar los testigos de los dos primeros asesinatos.

—Pero es... diabólico.

—Sí. Mas no improbable.

Tina miró el cerco húmedo que su copa había dejado en la mesa mientras pensaba en lo que Elliot había dicho, mojó un dedo en el agua y dibujó una boca sonriente, una nariz y un par de ojos en el cerco; le añadió dos cuernos, transformando la mancha de humedad en una carita demoníaca y malvada. Luego, lo borró todo con la palma de la mano.

—No sé... —dijo—. Instalaciones ocultas..., secretos militares... Todo eso parece demasiado increíble.

—No para mí —replicó Elliot—. Para mí es plausible, probable incluso. De todos modos, no digo que eso fuera lo que ocurrió en realidad. Sólo se trata de una teoría, pero es la clase de teoría que cualquier periodista inteligente y ambicioso puede lanzar y perseguir hasta conseguir algo más importante..., si logramos dar con los

suficientes hechos que parezcan apoyarlo.

—¿Y qué me dices del juez Kennebeck?

—¿Qué pasa con él?

—Podría contarnos qué desean saber.

—Sería un suicidio acercarse a la casa de Kennebeck —respondió Elliot—. Seguramente, los amigos de Vince nos estarán esperando allí.

—¿Y no habría ninguna forma de burlarles y conseguir ver a Kennebeck?

Elliot sacudió la cabeza.

Tina suspiró y se retrepó en su silla.

—Además —continuó Elliot—, es probable que Kennebeck no conozca toda la historia. Como los dos hombres que fueron a verme; quizá no le hayan contado más de lo que necesite saber.

Elvira llegó con la comida. Las hamburguesas de queso, hechas con carne picada de solomillo; las patatas fritas, crujientes, y la ensalada de col, agria, aunque no ácida.

Por un acuerdo tácito, Tina y Elliot no hablaron de sus problemas durante la comida. En realidad, no hablaron en absoluto. Escucharon la máquina de discos, que tocaba más música *country-western*. Observaron el Charleston Boulevard a través de la ventana; la tormenta de polvo del desierto tapaba la visión de los faros de los coches y obligaba a los vehículos a avanzar con lentitud. Ellos pensaban en aquellas cosas de las que ninguno de los dos deseaba hablar: en primer lugar, de los asesinatos del pasado y de los del presente.

Cuando terminaron de comer, Tina fue la primera en hablar:

—Has dicho que debemos encontrar alguna prueba antes de acudir a la Prensa.

—Así es.

—¿Pero, cómo se supone que lo lograremos? —preguntó—. ¿De dónde? ¿De quién?

—Llevo todo el tiempo meditando sobre eso —replicó Elliot—. Lo mejor que podemos hacer es conseguir que abran la tumba. Si el cadáver fuera exhumado y reexaminado por un patólogo competente, es casi seguro que encontraríamos pruebas de que la causa de la muerte no fue la que las autoridades declararon en un principio.

—Pero nosotros no podemos abrir la tumba —repuso Tina—. No vamos a entrar furtivamente en el cementerio, en mitad de la noche, a remover un par de toneladas de tierra con picos y palas. Además, se trata de un cementerio privado, rodeado de un alto muro, y estoy convencida de que existe algún sistema de seguridad para protegerlo de los gamberros.

—Y, además, es casi seguro que los compinches de Kennebeck han puesto vigilancia en ese lugar —intervino Elliot—. Por lo tanto, si no podemos examinar el cadáver, debemos hacer el siguiente mejor movimiento. Tenemos que hablar con el hombre que le vio por última vez.

—¿Quién?

—Pues supongo que el... *coroner*.

—¿Te refieres al hombre de Reno?

—¿Fue allí donde emitieron el certificado de defunción?

—Sí. Los cadáveres fueron traídos desde las montañas y transportados a Reno.

—La otra cosa que se me ocurre... es que tal vez debamos eludir al *coroner* — prosiguió Elliot—. Se trata del que, oficialmente, calificó la muerte de accidental. Existen presunciones serias de que fuese coaccionado por el equipo de Kennebeck. Y una cosa tenemos segura: que es imposible que se encuentre de nuestra parte. El acercarnos a él sería peligroso. Llegado el momento, tal vez hablemos con él, como es lógico, pero antes tendríamos que visitar al de la funeraria que preparó el cadáver. Nos podría decir un montón de cosas. ¿Se encuentra ahora en Las Vegas?

—No —replicó Tina—. Una funeraria de Reno preparó el cuerpo y lo envió aquí para el funeral. El ataúd estaba sellado cuando llegó, y nosotros no mandamos abrirlo.

Elvira se detuvo al lado de la mesa y les preguntó si deseaban algo más. Le contestaron que no. La camarera dejó la nota y se llevó los platos sucios.

—¿Te acuerdas del apellido del de pompas fúnebres de Reno? —preguntó Elliot a Tina.

—Sí. Bellicosti. Luciano Bellicosti.

Él tomó el último trago de cerveza de su copa.

—Muy bien —dijo—, entonces, iremos a Reno.

—¿Y no podemos limitarnos a telefonar a Bellicosti?

—En los días que corremos, casi todos los teléfonos parecen estar pinchados. Además, si nos vemos cara a cara con él, nos haremos una mejor idea de si nos dice la verdad. No, no se pueden hacer las cosas por teléfono. Tenemos que ir allí.

La mano de Tina temblaba cuando alzó su copa para beber lo que le quedaba de su «Coors».

—¿Te ocurre algo? —preguntó Elliot.

Tina no estaba del todo segura. Le había acometido un nuevo pavor, un miedo mayor que el que había ardido en su interior durante las últimas horas.

—Supongo que... —respondió con un titubeo—, simplemente... tengo miedo de ir a Reno...

Elliot alargó una mano a través de la mesa y cogió la de ella.

—No pasa nada. Resulta menos peligroso estar allí que aquí. *Aquí* es donde unos asesinos nos buscan...

—Lo sé —replicó Tina—. Claro, estoy asustada de esos rufianes. Pero más que eso, de lo que tengo miedo es de... saber la verdad acerca de la muerte de Danny. Me acomete una fuerte sensación respecto de lo que averigüemos en Reno.

—Creía que eso era, exactamente, lo que deseabas saber.

—Oh, claro que quiero. Pero, al mismo tiempo, temo saber... Porque es algo muy malo. La verdad resultará algo realmente terrible.

—Quizá no.

—Sí...

—La única alternativa es olvidarse de todo, regresar y no enterarse nunca de lo que ocurrió en verdad.

—Pero eso es peor aún —admitió ella.

—De todos modos, tenemos que averiguar la auténtica historia que se esconde detrás del accidente de la Sierra. Si conocemos la verdad, podremos emplearla para salvarnos a nosotros mismos. Es nuestra única esperanza de supervivencia.

—Entonces, ¿cuándo salimos para Reno? —preguntó Tina.

—Esta noche. Ahora mismo. Cogemos mi «Cessna Skylane». Es un aparato estupendo. Nos llevará a Reno en unas pocas horas. Creo que resulta prudente que nos quedemos allí un par de días, incluso después de haber hablado con Bellicosti, hasta que pensemos en la forma de salir de este lío. Todo el mundo debe estar buscándonos en Las Vegas todavía, y nos concederemos un poco de aliento si no nos encontramos en la ciudad.

—Pero no he tenido la menor oportunidad de hacer aquella maleta —explicó Tina—. Necesito cambiarme de ropa, y, por lo menos, un cepillo de dientes y algunas otras cosas. Ninguno de los dos llevamos abrigo y, en esta época del año, en Reno hace un frío terrible.

—Compraremos todo cuanto necesitemos antes de irnos.

—Yo no llevo dinero encima. Ni un centavo.

—Yo tengo algo —replicó Elliot—. Unos doscientos dólares. Más una cartera llena de tarjetas de crédito. Sólo con las tarjetas, podríamos dar la vuelta al mundo.

—Pero es fiesta y...

—Y estamos en Las Vegas —acabó Elliot—. Siempre hay una tienda abierta en alguna parte. Y las tiendas de los hoteles no suelen cerrar; ésta es una de sus mejores épocas del año. Encontraremos abrigos y cualquier otra cosa que necesitemos, y lo conseguiremos en un abrir y cerrar de ojos.

—Te devolveré el dinero cuando...

—No te preocupes —replicó Elliot—. En realidad, ambos estamos metidos en esto.

Dejó una generosa propina para la camarera y se puso en pie.

—Vamos. Cuanto antes salgamos de esta ciudad, más seguro me sentiré.

Tina le siguió hasta la caja registradora, que se encontraba a la entrada. El cajero era un anciano pelirrojo que parecía un búho detrás de unas gafas muy gruesas. Sonrió y le preguntó a Elliot si la comida había sido de su agrado. Él respondió que magnífica, y el viejo comenzó a darle el cambio con unos dedos torpes y artríticos.

Un rico olor de la salsa de chile salía de la cocina. Pimientos verdes. Cebollas. Pimientos jalapeños. Los distintos aromas de los quesos Cheddar y Monterrey Jack, que se mezclaban por encima de un pedido de chiles.

El ala larga del comedor estaba casi llena; había unas cuarenta personas que cenaban o aguardaban a que les sirvieran. Algunos reían. Una joven pareja parecía en

plena conspiración, inclinados uno y otro desde los opuestos lados de una mesa, con las cabezas que casi se tocaban, los dos sonrientes. Todos andaban enzarzados en animada conversación, parejas y alegres grupos de amigos, disfrutando mutuamente, con la idea de los tres días que aún les quedaban de aquellas vacaciones de cuatro.

De repente, Tina sintió una punzada de envidia. Más que cualquier cosa del mundo, deseaba ser una de aquellas personas afortunadas. Deseaba poder cenar de una forma corriente y ordinaria, en una velada normal, en mitad de una vida sin problemas, con toda la razón para prever un prolongado y confortable futuro. Ninguna de aquellas personas tenía que preocuparse por unos asesinos profesionales; por operarios de la compañía del gas que no eran tal; por pistolas provistas de silenciador, exhumaciones... No se percataban de lo afortunados que eran. Sintió como si una vasta e insalvable brecha la separara de personas como aquéllas, y se preguntó si alguna vez llegaría a encontrarse la mitad de relajada y libre de preocupaciones como se veían todos ellos en ese momento.

Una fuerte y fría corriente chocó contra su nuca.

Se dio media vuelta para ver quién había entrado en el local.

La puerta estaba cerrada. Nadie había penetrado en el comedor.

Sin embargo, el aire seguía frío, había *cambiado*.

La máquina de discos, que se encontraba a la izquierda de la puerta, emitía una popular balada *country*:

*Muñeca, muñeca, muñeca, aún te amo.*

*Nuestro amor vivirá; lo sé muy bien.*

*Hay una cosa que te puedes apostar:  
que nuestro amor aún no muerto está.*

*No, nuestro amor no está muerto...*

*no está muerto...*

*no está muerto...*

*no está muerto...*

El disco se encalló. Siguió rodando una y otra vez en aquel pequeño fragmento de sus estrías.

Tina se quedó mirando, horrorizada, el *jukebox*.

*no está muerto... no está muerto... no está muerto...*

Elliot regresó de la caja y le puso una mano encima del hombro.

—¿Qué diablos...?

Tina no pudo hablar. Tampoco moverse.

El aire se puso cada vez más frío.

Se estremeció.

Los otros clientes dejaron de hablar y se volvieron para mirar la tartamudeante máquina.

*no está muerto... no está muerto... no está muerto...*

La imagen del podrido rostro de la Muerte cruzó como un relámpago la mente de Tina.

—Deténlo —pidió a Elliot.

Alguien dijo:

—Disparad contra el pianista.

Otro chilló:

—Patead esa maldita cosa...

Elliot se acercó a la máquina de discos y la sacudió con suavidad. La aguja salió de la raya y la canción continuó con normalidad durante una estrofa más. Pero cuando Elliot se daba ya la vuelta, la aguja se encalló de nuevo en las mismas tres palabras:

*no está muerto... no está muerto... no está muerto...*

Tina deseó cruzar el comedor, agarrar a cada uno de los clientes por el pescuezo y sacudirles hasta averiguar quién había rayado el disco. Al mismo tiempo, sabía que no se trataba de un pensamiento racional; la explicación, fuera cual fuese, no resultaba tan sencilla. Ninguno de los presentes pudo estropear la máquina. Hacía sólo un momento, había envidiado a aquellas personas por lo vulgar de sus vidas. Simplemente, resultaba ridículo sospechar que a cualquiera de ellas la hubiese empleado la Organización secreta que había volado su casa. Algo ridículo y paranoico. Se trataba de personas ordinarias en un restaurante ordinario junto a una carretera ordinaria, que cenaban.

*no está muerto... no está muerto... no está muerto...*

Elliot movió de nuevo la máquina de discos, pero esta vez la aguja se negó a salir de la raya en que estaba incrustada.

El aire se hizo más gélido aún. Tina escuchó cómo alguno de los clientes lo comentaba.

Elliot sacudió la máquina con más fuerza de la empleada la última vez, pero el aparato continuó con aquel mensaje de tres palabras en la voz del cantante *country*, como si una mano invisible sujetara el brazo del tocadiscos con fuerza.

El cajero de cabello cano se acercó desde detrás del mostrador.

—Yo me haré cargo, compañeros. Aguardad un segundo.

Llamó a una de las camareras.

—Jenny, comprueba el termostato. Se supone que esta noche tenemos aquí calefacción y no aire acondicionado.

Elliot se apartó de su camino cuando el hombre estuvo más cerca de él.

Aunque nadie tocaba en aquel momento el *jukebox*, el volumen aumentó y las tres palabras atronaron por el comedor, como un estallido que hizo vibrar los cristales de las ventanas y tintinear la cubertería de las mesas.

**NO ESTÁ MUERTO. NO ESTÁ MUERTO. NO ESTÁ MUERTO.**

Algunas personas hicieron una mueca y se llevaron las manos a los oídos.

El viejecillo tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la explosiva voz que salía del *jukebox*.

—Hay un botón en la parte de atrás que hace saltar el disco.

Tina no pudo taparse los oídos; los brazos le colgaban, flácidos, a los costados, helados, rígidos, con las manos cerradas en un puño, y no encontró la voluntad o la fuerza necesaria para liberarlas. Deseó gritar, pero no pudo emitir el menor sonido.

Más frío, más frío.

Tina se percató de aquella presencia familiar, parecida a un espíritu, igual que ocurriera en el despacho de Ángela, cuando la terminal del ordenador empezó a funcionar sola. Tenía la misma sensación de ser observada, como le ocurriera en el aparcamiento un rato antes.

El viejo se acuclilló al lado de la máquina, alargó la mano por detrás, encontró un botón y lo pulsó varias veces:

*NO ESTÁ MUERTO... NO ESTÁ MUERTO... NO ESTÁ MUERTO...*

—No habrá más remedio que desenchufarlo —gritó el anciano.

El volumen aumentó de nuevo. Las tres palabras atronaron por los altavoces en todos los rincones del restaurante con una increíble y destrozadora fuerza; resultaba difícil creer que la máquina hubiese sido construida con la capacidad de emitir sonidos de aquella potencia, tan excesiva y enervante.

Elliot separó el aparato de la pared para que el viejecillo alcanzase el enchufe.

En aquel mismo instante, Tina se percató que no debía temer nada de la presencia que se encontraba detrás de aquella mágica manifestación. No representaba ningún peligro para ella, sino, exactamente, todo lo contrario. En un destello de comprensión, lo vio todo a través del corazón del misterio. Sus manos, cerradas hasta ese momento en apretados puños, se abrieron de nuevo. La tensión de los músculos de su cuello y hombros desapareció. Los latidos de su corazón se parecieron ya menos al entrechocar de una apisonadora, aunque todavía no habían vuelto a su ritmo ordinario. Le afectaba la excitación más que el terror en ese momento.

De haber querido gritar, hubiera podido hacerlo, pero ya no lo deseaba.

Mientras el anciano cajero de cabello blanco agarraba el cordón con sus tullidas manos y tiraba de él, hacia atrás y hacia delante, para liberarlo del enchufe de la pared, Tina estuvo a punto de decirle que lo dejara. Deseaba ver qué sucedería a continuación, en el caso de que nadie se interfiriera con la presencia que se había hecho con el control de la máquina de discos.

Pero, antes de que Tina idease la manera de parafrasear su rara petición, el viejecillo consiguió, al fin, desenchufar la máquina.

El silencio resultó aplastante después de aquella atronadora y monótona repetición del mensaje de tres palabras.

Al cabo de un segundo de sorprendido alivio, todos los que estaban en el restaurante aplaudieron al viejecillo.

Jenny, la camarera, le llamó en aquel momento desde detrás de la barra.

—Eh, Al, no he tocado el termostato. Está con el calor puesto y a veinte grados. Será mejor que le eches una ojeada tú mismo.

—Habrás toqueteado algo en realidad —contestó Al—. Cada vez hace más calor.

—Pues no lo he tocado —insistió Jenny.

Al no creyó a la camarera, pero Tina sí.

Elliot se apartó del *jukebox* y miró, bastante preocupado, a Tina.

—¿Va todo bien?

—Sí, Dios mío, sí... Estoy mejor que desde hace muchísimo tiempo.

Él frunció el ceño, desconcertado con un profundo desconcierto ante la sonrisa de Tina.

—Pero si lo que ha pasado aquí es...

—Ya sé de qué se trata —explicó ella—. Elliot, sé con toda exactitud de qué se trata.

—¿De veras?

—Vamos —prosiguió Tina con excitación—. Salgamos de aquí.

Elliot quedó confundido ante el cambio en el talante de la mujer, pero Tina no deseaba explicarle las cosas en el comedor.

La mujer abrió la puerta y se precipitó al exterior como una exhalación.



La tormenta de viento proseguía aún, pero ya no soplaba con tanta fuerza como cuando Elliot y Tina miraban a través de los ventanales del restaurante. Un viento vivo cruzaba la ciudad desde el Este; el aire tenía una cualidad tangible y un sabor desagradable, cargado como estaba de polvo y de la tamizada arenilla blanca que había barrido desde el desierto.

Bajaron la cabeza y corrieron para alejarse del restaurante, doblaron la esquina, atravesaron la luz púrpura que se extendía debajo de la única farola de vapor de mercurio y se introdujeron luego en las profundas sombras que se hallaban detrás del edificio.

Ya en el «Mercedes», en la oscuridad, con las puertas cerradas, Tina comentó:

—¡No es de extrañar que no pudiésemos imaginárnoslo...!

—Tina, ¿qué diablos farfullas?

—Hemos considerado todo esto como si se tratara de algo malo —continuó ella—. Lo hemos enfocado como un par de asnos. No es de extrañar que nos viésemos incapacitados para hallar una solución.

—¿De qué hablas ahora? ¿Has visto allí lo mismo que yo? ¿Has oído la máquina de discos? No comprendo qué puede alegrarte. Me ha dejado la sangre helada. Fue algo muy *raro*.

—Mira —prosiguió Tina, excitada—, pensamos que alguien me enviaba mensajes acerca de que Danny estaba vivo, sólo para refregarme por el rostro el hecho de que, en realidad, está muerto, o hacerme saber, de una forma indirecta, que la *forma* en que murió nada tenía que ver con lo que me habían contado. Pero esos mensajes no proceden de un disco. Ni tampoco de alguien que desea exponer la verdadera historia del accidente en la Sierra. Tampoco los ha enviado un completo desconocido, o Michael, o un conocido. Son *exactamente* lo que parecen ser...

Preguntó Elliot confundido.

—¿Y para tu forma de pensar, qué son?

—Gritos que piden ayuda.

—¿Qué?

—¡Proceden del mismo *Danny*!

Elliot la miró, atónito, con sus negros ojos reflejando una luz distante.

—¿Tratas de decirme que Danny... ha salido de la tumba para causar esa excitación en el restaurante? ¿De verdad crees que su fantasma ha encantado un *jukebox*?

—No, no, no... Lo que digo es que Danny no está muerto.

—Espera un momento. Espera un momento —dijo él con cariño.

—¡Mi *Danny* vive! Estoy segura de ello.

—Ya hemos discutido esa posibilidad, y la rechazamos —le recordó Elliot.

—Estábamos equivocados —prosiguió Tina—. Jaborski, Lincoln y los otros

muchachos deben haber muerto en las Altas Sierras, pero Danny no. Lo sé. *Lo siento*. Es como una... revelación..., casi una visión. Tal vez hubo un accidente, pero no se parece en nada a todo lo que nos han contado. Fue algo muy diferente, algo de lo más fuera de lo corriente.

—Eso ya resulta obvio. Pero...

—El Gobierno ha de ocultarlo, y esa organización para la que trabaja el juez Kennebeck, al parecer, tiene la responsabilidad de ocultarlo.

—En eso sí estoy contigo —replicó Elliot—. Ésa es una serie lógica de deducciones, si tenemos en cuenta lo que ha ocurrido durante las últimas horas. Pero ¿cómo deduces el que Danny esté vivo? No es una consecuencia necesaria de lo anterior.

—Sólo trato de decirte *lo que yo sé*, lo que siento —siguió Tina—. Una tremenda sensación de paz y de tranquilidad me acometió en el restaurante, poco antes de que consiguieses, al fin, desenchufar la máquina de discos. Y no era sólo una sensación interior de paz. Era algo que procedía de fuera de mí. Como una ola. ¡Oh, demonios, no puedo explicarlo! Sólo sé que lo siento. Danny intentaba tranquilizarme, trataba de decirme que aún está vivo. Lo sé. Danny sobrevivió al accidente, pero no le dejaron regresar a casa porque le contaría a todo el mundo que el Gobierno era responsable de la muerte de los demás, y eso haría del dominio público el secreto de sus instalaciones.

—Te agarras a un clavo ardiendo —le explicó Elliot.

—No es así. No lo es —insistió ella.

—En ese caso, ¿dónde se encuentra Danny?

—Le esconden en algún sitio. No sé por qué no le mataron. No sé cuánto tiempo más piensan tenerle dentro de esa especie de botella. Pero eso es lo que están haciendo. Eso es lo que sucede. Tal vez no sean las circunstancias exactas, pero están condenadamente cerca de la verdad.

—Tina...

Ella no le permitió que le interrumpiera.

—Esa fuerza de Policía secreta, personas que están detrás de Kennebeck..., creen que alguien involucrado en el «Proyecto Pandora» les ha traicionado y que me ha contado lo que realmente le ocurrió a Danny. Por supuesto, están equivocados. No ha sido uno de ellos. Es Danny. De alguna forma..., no sé cómo, pero llega hasta mí.

Forcejeó por explicar aquella comprensión de las cosas que la había asaltado en el comedor.

—De algún modo... de alguna forma... se escapa..., con la mente, supongo... Danny fue el que escribió aquellas palabras en la pizarra! *Con la mente*...

—La única prueba que tienes de eso es lo que afirmas sentir..., esa revelación, esa visión que has tenido. Y no existe ninguna prueba de ello.

—Para mí, constituye una prueba más que suficiente —prosiguió Tina—. Y también lo sería para ti, de haber tenido la misma experiencia ahí, en el restaurante, si

sintieras lo que yo siento. Fue Danny el que llegó hasta mí cuando me encontraba en el trabajo, me alcanzó en la oficina..., trató de emplear el ordenador del hotel para mandarme su mensaje. Y ahora el *jukebox*. Él debe ser... psíquico. Eso es... Claro, eso es Danny. Es psíquico. Tiene poderes psíquicos, y llega hasta mí, trata de decirme que está vivo, me pide que le encuentre y le salve. Y la gente que le retiene *no saben lo que está haciendo*... Echan la culpa de la filtración a uno de los suyos, o a alguien del «Proyecto Pandora».

—Tina, ésta es una teoría muy imaginativa, pero...

—Tal vez sea imaginativa, pero no es una teoría. Es la verdad. Es un hecho. Lo siento en lo más profundo de mis entrañas. ¿Ves agujeros en todo esto? ¿Puedes probar que estoy equivocada?

—En primer lugar —replicó Elliot—, antes de que Danny fuera a las montañas con Jaborski, durante todos los años en que le conociste y viviste con él en la misma casa, ¿dio Danny señales de ser psíquico en algún momento?

—Pues... no.

—Entonces..., ¿cómo se ha hecho de repente con todos esos asombrosos poderes?

—Recuerdo algunas cosas que hizo que parecían extrañas —respondió Tina.

—¿Como qué?

—Como la vez en que deseó saber con exactitud lo que su papá hacía en su oficio. Tenía unos ocho o nueve años, y sentía mucha curiosidad por los detalles de la profesión de crupier. Michael estaba sentado a la mesa de la cocina con él, y le enseñó qué era el *blackjack*. Danny tenía la edad suficiente para entender las reglas... Pero jamás había jugado hasta entonces. Y, ciertamente, no era lo suficiente mayor o lo bastante genio de las matemáticas como para recordar las cartas jugadas y calcular sus posibilidades a partir de ellas, como alguno de los mejores jugadores pueden hacer. Sin embargo, ganó una y otra vez. Michael empleó un bote lleno de cacahuetes para representar las fichas del casino, y Danny lo dejó vacío.

—El juego debería estar trucado —comento Elliot—. Michael le dejaría ganar.

—Eso fue lo que pensé al principio. Pero Michael juró que no hizo nada de eso. Y pareció realmente asombrado por aquella racha de suerte de Danny. Además, no es un mecánico de las cartas. No puede mantener el tablero en esas condiciones. Y luego ocurrió el caso de *Elmer*.

—¿Quién es *Elmer*?

—Era nuestro perro. Un chucho mestizo muy listo. Un día, hace unos dos años, me encontraba en la cocina, hacía un pastel de manzana, y Danny entro a decirme que *Elmer* no aparecía por ningún sitio del patio. Al parecer, el perro se había escapado cuando los encargados de limpiar la piscina fueron a poner los productos químicos en el agua. Danny explicó que *Elmer* no regresaría porque un camión lo había matado. Le dije que no se preocupara. Que encontraríamos a *Elmer* sano y salvo. Pero nunca fue así. Jamás lo encontramos.

—El que no le encontrarais no es una prueba de que un camión lo matase.

—Fue una prueba suficiente para Danny. Lloró por el perro durante semanas.

Elliot suspiró.

—El ganar unas cuantas manos al *blackjack*... es suerte, como has dicho... Y predecir que un perro que se ha escapado muera atropellado en un accidente de tráfico..., eso constituye sólo una presunción razonable de lo que podía ocurrir dadas las circunstancias. Y aunque esos dos fueran ejemplos de habilidad psíquica, pequeños trucos de esa clase se hallan a años luz de lo que ahora atribuyes a Danny.

—Lo sé —repuso ella—. De alguna manera, sus habilidades se han desarrollado mucho más. Tal vez a causa de la situación en que se encuentra. El miedo. El estrés.

—Si el miedo y el estrés incrementaron la fuerza de sus poderes psíquicos, ¿por qué no empezó a tratar de ponerse en contacto contigo hace ya meses? —preguntó Elliot.

—Tal vez costara un año de estrés y de miedo el desarrollar esa habilidad. No lo sé. Cristo..., ¿cómo conocer la respuesta a esto?

—Calma —le recomendó Elliot—. Me has pedido que encontrara agujeros en tu teoría. Y eso es lo que hago.

—No —contestó Tina—. Por lo que veo, todavía no has encontrado agujero alguno. Danny está vivo. Le tienen encerrado en alguna parte, y trata de llegar hasta mí con su mente. Es capaz de mover objetos sólo con pensar en ellos. ¿Cómo llamas a eso? ¿No hay un nombre para esa habilidad?

—Telequinesia —replicó Elliot.

—¡Sí! Eso es. Telequinesia. ¿Tienes una explicación mejor para lo que ha ocurrido en el restaurante?

—Pues no...

—¿Vas a decirme que fue una coincidencia que el disco se rayara en aquellas tres palabras?

—No —repuso Elliot—. No fue una coincidencia. Eso incluso sería más difícil que la posibilidad de que Danny lo hiciese.

—Luego admites que tengo razón.

—No —rebatía Elliot—. No puedo pensar en una explicación mejor pero no estoy dispuesto a aceptar la tuya. Nunca he creído en esa mierda de lo psíquico.

Durante unos momentos, ninguno de los dos habló. Se quedaron mirando el oscurecido estacionamiento y el cerrado almacén, lleno de bidones de 250 litros, que se encontraba más allá de la zona de los vehículos. Hojas, bocanadas y embudos de fosforescente polvo se movían como espectros a través de la noche.

Al final, Tina dijo:

—*Tengo razón*, Elliot. Sé que es así. Mi teoría lo explica todo. Incluso las pesadillas. Es otra forma que Danny tiene de tratar de llegar hasta mí. Me ha enviado pesadillas durante las últimas semanas. Ésa es la razón de que sean tan diferentes de los sueños que he tenido antes, mucho más fuertes y más vividos.

Elliot pareció encontrar esta nueva declaración todavía más ultrajante que todo lo que Tina había dicho antes.

—Espera, espera, espera. Ahora me hablas de otro poder, además del de la telequinesia.

—Si tiene una habilidad, ¿por qué no va a tener la otra?

—Porque, muy pronto, acabarás por decirme que es Dios.

—Sólo telequinesia y poder para influir en mis sueños. Eso explica el porqué soñé con la espantosa figura de la Muerte de aquel libro de cómics. Si Danny me está enviando mensajes en sueños, es de lo más lógico que emplee imágenes que a él le resultan familiares, como el monstruo sacado de su historieta favorita de terror.

—Pero si puede mandarte sueños —insistió Elliot—, ¿por qué no transmitirte, simplemente, un mensaje claro y nítido, en el que te dijera lo que le había sucedido y dónde está? ¿Por qué no iba a conseguir la ayuda que desea un poco más deprisa? ¿Por qué había de ser tan poco claro y tan indirecto? Debería mandar un conciso telegrama mental. Eso sería mucho más fácil para conseguir que le comprendieses.

—No seas sarcástico —le contestó ella.

—No lo soy. Sólo planteo una pregunta importante. Se trata de otro agujero en tu teoría.

Pero Tina no se desanimó.

—No es un agujero. Hay una explicación. Obviamente, Danny no puede emplear la telepatía. Pero sí la telequinesia; es capaz de mover objetos con la mente. Y puede influir en los sueños. Pero no es telépata. No puede transmitir pensamientos detallados. No puede enviar «telegramas mentales concisos» porque no posee tanto poder o control. Por lo tanto, ha de llegar hasta mí de la mejor manera que pueda conseguirlo.

—¿Has escuchado lo que hablamos?

—Claro que lo he escuchado —respondió Tina.

—Pues parecemos una pareja de candidatos a una celda acolchada.

—No, no creo que lo seamos.

—Toda esta conversación acerca de poderes psíquicos..., no es propia de dos personas que estén bien de la cabeza —concluyó Elliot.

—En ese caso, explícame lo que ha ocurrido en el restaurante.

—No puedo. ¡Maldita sea...! No puedo explicar eso —reconoció él, con el tono de un sacerdote cuya fe se hubiera trastornado por completo.

Sin embargo, la fe que Elliot estaba empezando a poner en tela de juicio no era religiosa sino científica.

—Deja de pensar como un abogado —pidió Tina—. Deja ya de encerrar los hechos en nítidos corrales de lógica.

—Eso es exactamente aquello para lo que he estado entrenándome durante la mayor parte de mi vida.

—Lo sé —admitió ella con simpatía—. Pero el mundo está lleno de cosas ilógicas

que, sin embargo, son ciertas. Y ésta es una de ellas.

El viento se estrelló contra el coche deportivo, gimió a lo largo de las ventanillas, en busca de una rendija para penetrar por ella.

—Si Danny tiene ese increíble poder —prosiguió Elliot—, ¿por qué te manda mensajes sólo a ti? ¿por qué no se pone también en contacto con Michael?

—Tal vez no se sienta tan cercano a Michael como para que intente alcanzarle —repuso Tina—. A fin de cuentas, el último par de años en que estuvimos casados, Michael iba de acá para allá con otras mujeres, y se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa; por ello Danny se sintió incluso más abandonado que yo misma. Nunca le hablé en contra de Michael. Incluso traté de justificar alguna de sus acciones porque no quería que Danny le odiase. Pero él se sintió igualmente dolido. Supongo que le resultaba más natural llegar a mí que a su padre.

Elliot pensó en aquello durante un momento.

Una pared de polvo cayó con suavidad sobre el coche.

—¿Aún crees que puedes encontrar mi teoría llena de agujeros? —le preguntó Tina.

—No. Defiendes tu caso muy bien.

—Gracias, señorita.

—Pero sigo sin creer que tengas razón. Oh, conozco mucha gente inteligente que cree en la ESP (*Extrasensory Perception* = *Percepción extrasensorial*). Pero yo no. No puedo conseguir la aceptación de esa idea psíquica que tú tienes. Por lo menos, aún no Seguiré buscando algunas explicaciones menos exóticas con respecto de lo que está sucediendo.

—Y si das con alguna —dijo Tina—, la someteré a una consideración muy seria.

Elliot apoyó sus manos en los hombros de Tina.

—La razón de que discuta contigo acerca de todo esto es porque..., verás..., porque estoy muy preocupado por ti, Tina.

—¿Por mi cordura?

—No, no. Por supuesto que no. Estas explicaciones psíquicas me preocupan, sobre todo, porque te dan esperanzas de que Danny continúa vivo. Y eso parece peligroso. Me da la impresión que acabarás por enfrentarte a una recaída, a un inmenso dolor.

—No —dijo Tina—. No es así. En absoluto. Porque Danny, realmente, está vivo...

—Pero ¿qué pasará si no es así?

—Lo está.

—Si descubres que está muerto, será como perderle de nuevo.

—Pero no lo está —insistió ella—. Lo siento. Lo noto. Lo sé, Elliot.

—¿Y si está muerto? —insistió y empleó tanto énfasis en su pregunta como la propia Tina.

Ella permaneció pensativa durante unos segundos, y luego respondió:

—Podré enfrentarme a ello.

—¿Estás segura?

—Del todo.

En la penumbra, donde lo más brillante eran unas sombras de color malva, Elliot encontró sus ojos y los mantuvo dentro de su intensa mirada. Tina sintió como si no la estuviera mirando simplemente a ella, sino más bien a través de ella. Finalmente, Elliot se inclinó, la besó en las comisuras de los labios y luego en las mejillas y en los ojos.

—No quiero verte con el corazón destrozado —dijo él.

—No ocurrirá así.

—Haré todo lo posible porque no ocurra.

—Lo sé.

—Pero no hay mucho que yo pueda hacer. La mayor parte de las cosas se encuentran fuera de mi alcance; tenemos que enfrentarnos con las circunstancias.

Ella le devolvió los besos, le apoyó una mano en la nuca y mantuvo el rostro del hombre cerca de sí. El sabor de los labios de Elliot y su calor hicieron a Tina feliz hasta lo indecible.

—¿Sabes qué me gustaría hacer ahora? —le preguntó él.

—Me lo imagino.

—Me gustaría ir a un hotel, registrarnos como Mr. y Mrs. Smith, y permitirnos una noche salvaje y abandonada de prohibida pasión.

—De lujuria desenfadada —añadió ella.

—De depravación sexual.

—Todo eso suena como si estuviésemos leyendo los mismos libros baratos y sucios —aclaró Tina.

—¿No sería maravilloso si la vida, de vez en cuando, pudiera ser tan clara y abierta como en los libros baratos y sucios?

A pesar de la consola que había entre sus asientos, él se inclinó aún más, la rodeó con el brazo y la mantuvo muy junto a él, con el rostro enterrado en el hueco de su cuello.

Aunque bromeaban sobre el sexo, Tina se percató de que no era sexo lo que él necesitaba ahora de ella. Lo que precisaba era estar cerca, abrazarla, tocarla, para obtener consuelo de ella. Y eso era algo que Tina necesitaba también: una profunda y suave exhibición de afecto; seguridad, una clara negación de la soledad de la existencia; un acurrucamiento asexual que satisficiera el alma, como lo que, de alguna manera, uno cree que los topos practican cuando invernan en sus madrigueras. Pero ella siempre había estado bajo la impresión de que un afecto así de inocente, tan disociado del sexo, constituía sólo una necesidad de la mujer. En cierto modo, quedó sorprendida al ver cómo Elliot buscaba esa clase de compasión y ternura en ella. Michael no había sido así. Con Michael, aquello siempre conducía, de manera inexorable, a la cama; para él, la ternura, la mayor parte de las veces, era sólo una

técnica inteligente de los «cachondos» para la seducción. En ese momento, mientras abrazaba a Elliot, y era abrazada por él, se percató, más profundamente que nunca, de que se había perdido una cosa grande de la vida.

—Algún día nos registraremos en una de esas *suites* para la luna de miel en un hotel del Strip —explicó Elliot, continuando su leve chanza sexual, que pretendía tan sólo divertirla, y no seducirla—. Ya sabes, uno de esos lugares con espejos en el techo, una cama gigantesca...

—Un vibrador en el colchón.

—Aceites aromáticos.

—Algún día —prosiguió ella, consciente de que, de una manera indirecta, trataban de asegurarse el uno al otro que, llegado el momento, tendrían tiempo para semejantes caprichos y que sobrevivirían para disfrutar de ellos.

Elliot suspiró y se apartó de Tina.

—Sin embargo, ahora mismo tenemos unas cuantas compras que efectuar. Abrigos de invierno. Un par de cepillos de dientes.

—Es casi tan excitante como una *suite* nupcial.

—Casi —convino él. Arrancó el motor del coche—. Pongámonos en acción. Una vez estemos en Reno, deberemos alojarnos en alguna parte. Tal vez también allí dispongan de habitaciones de hotel con techos de espejo. A fin de cuentas, Las Vegas no tiene el monopolio de la perversidad y de la lúbrica degeneración.

A pesar de sus intentos por animarse el uno al otro, y del hecho de que Tina era sostenida por la inquebrantable creencia de que Danny estaba vivo, ella sintió cómo el miedo se introducía otra vez en ella mientras recorrían Charleston Boulevard de nuevo en coche. Ya no tenía miedo de enfrentarse a la horrible verdad que les aguardaría en Reno. Lo que le había sucedido a Danny demostraría ser terrible, penoso, conmovedor, pero ya no creía que resultara tan duro de aceptar como lo había sido el hecho de su «muerte». Lo único que le producía pavor ahora radicaba en la posibilidad de que encontraran vivo a Danny, y no fueran capaces de rescatarle. En el proceso de localizar al niño, ella y Elliot podían resultar muertos. Si hallaban a Danny y perecían en el intento de salvarle, eso constituiría, indudablemente, una fea jugarreta del destino. Por su experiencia, Tina sabía que el destino tenía siempre montones de sucios trucos en la manga, y aquello la aterraba.



Willis Bruckster estudiaba su boleto de *keno*, y lo comparaba con las series de números ganadores que empezaban a destellar en el tablero electrónico suspendido del techo del casino. Intentó parecer interesado por completo en el resultado de su juego, pero, en realidad, no le importaba. El boleto marcado que tenía en la mano carecía de valor; lo había pedido en la ventanilla de apuestas, y no servía para ese juego. Empleaba el *keno* como tapadera. No deseaba atraer la atención de los omnipresentes agentes de seguridad del casino, y la forma más sencilla de pasar inadvertido era tener el aspecto del jugador más inofensivo presente en aquella gran sala. Con esto *in mente*, Bruckster vestía un traje barato, mocasines verde oscuro y calcetines blancos; tenía un par de libros de los cupones de descuento que los casinos emplean para atraer a la casa a los jugadores de máquinas tragaperras; también llevaba una cámara colgada del cuello con una correa; y jugaba al *keno*, un juego que no presentaba ningún atractivo ni para los jugadores listos ni para los tramposos, las clases de clientes que más preocupaban a los hombres del servicio de seguridad. Bruckster estaba tan seguro de que su aspecto era de lo más corriente, que no le hubiera sorprendido que algún guardia del servicio de seguridad le hubiese mirado y luego bostezado.

Estaba determinado a no fracasar en esa misión. Era algo que podía consolidar una carrera o arruinarla. La Red quería eliminar a alguien que presionaba para conseguir la exhumación del cuerpo de Danny. Y lo querían con toda su alma. Era una auténtica situación de emergencia. El jefe de la oficina de la Red en Nevada sudaba de angustia porque todos los ojos del cuartel general en Washington estaban fijos en él. Los agentes de la Red encargados de Elliot Stryker y Christina Evans habían fracasado en el cumplimiento de la orden de asesinato, y su ineptitud le daba a Willis Bruckster una oportunidad de brillar. Si conseguía un éxito claro allí, en el atestado casino, tendría su ascenso asegurado.

Bruckster estaba de pie, en el final de la escalera mecánica que llevaba desde la galería comercial inferior hasta el nivel del casino, en el «MGM Grand Hotel». Durante sus periódicos descansos de las mesas de juego, con los cuellos rígidos, hombros doloridos y brazos cansados, los crupieres se retiraban a una combinación de sala y vestuario con taquillas, en la parte de arriba, a la izquierda de la escalera mecánica. Un grupo de ellos había ido allí hacía ya un buen rato y regresaría pronto para su última parte de la jornada en las mesas, antes de que otro grupo de personal llegara para efectuar el cambio de turno.

Bruckster aguardaba a uno de esos crupieres: Michael Evans.

No había esperado encontrar al hombre en su puesto de trabajo. Creía más bien que Evans estaría de guardia en la casa demolida, mientras los bomberos buscaban entre los humeantes escombros los restos de la mujer que pensaban se hallaba sepultada bajo éstos. Pero cuando Bruckster entró en el casino, treinta minutos antes,

Evans charlaba con los jugadores, gastaba bromas y sonreía como si en su vida reciente no hubiese ocurrido nada de importancia. Tal vez no estaba enterado de la explosión ocurrida en su antigua casa. O quizá lo sabía y le importaba un comino la suerte corrida por su exesposa. Debía haber llevado a cabo un divorcio no amistoso.

Bruckster no pudo acercarse a Evans cuando el crupier abandonó el pozo del *blackjack*, al comienzo de su descanso. Se había instalado en la cabecera de la escalera mecánica, y fingía interesarse por el tablero del *keno*. Pretendía atrapar a Evans cuando el hombre regresara de la sala de descanso, al cabo de un par de minutos.

El último de los números destelló en el tablero. Willis Bruckster se los quedó mirando, luego arrojó la tarjeta del juego, en una obvia exhibición de decepción y desagrado, como si hubiera perdido unos dólares que le resultaban muy difíciles de ganar.

Miró la escalera. Los crupieres, con pantalones negros, camisas blancas y corbatas de rayitas marrones, empezaban a bajar.

Bruckster se apartó de la escalera y desplegó su tarjeta del *keno*. Comenzó a compararla de nuevo con los números del tablero electrónico como si rogara por que se hubiera cometido un error la primera vez.

Michael Evans fue el séptimo crupier en salir de la escalera mecánica. Era un tipo guaperas de andares despreocupados. Se detuvo para decirle algo a una bonita camarera del servicio de cóctel, y ella le sonrió. Los otros crupieres continuaron su camino y, cuando Michael Evans se separó de la muchacha al fin, era el último de la procesión que avanzaba hacia las mesas de *blackjack*.

Bruckster se puso al lado, algo detrás de su objetivo mientras se unían a la hirviente multitud del atestado gran casino. Metió una mano en un bolsillo de su traje y sacó un botecito de aerosol. El bote era sólo un poco mayor que uno de los inhaladores nasales que se emplean para refrescar el aliento, lo bastante pequeño como para que pudiera ocultarlo en la palma de la mano.

Llegaron a un punto en que tuvieron que detenerse ante una nueva afluencia de público alborotador. En aquel alegre grupo nadie pareció percatarse de que estaban obstruyendo el pasillo principal. Bruckster tomó ventaja de aquella detención para dar un golpecito a su presa en el hombro.

Evans se volvió hacia él.

Bruckster le sonrió.

—Me parece que se le ha caído esto —dijo.

Mantuvo la mano a menos de cincuenta centímetros de los ojos de Michael, para que el crupier se viera forzado a mirar hacia abajo y ver de qué se trataba.

El fino rociamiento le alcanzó directamente en el rostro, entre la nariz y los labios, y le penetró suave y a fondo en las ventanillas de la nariz. Perfecto.

Evans reaccionó como cualquiera hubiera hecho. Jadeó, sorprendido, al percatarse de que le estaban echando agua.

El jadeo le hizo aspirar por la nariz la mortífera nebulización, y el activo veneno fue absorbido por las membranas sinoviales con increíble velocidad, y, en dos segundos, se encontraba ya en el torrente sanguíneo de Evans y le llegó al corazón.

La mirada de sorpresa de Evans se convirtió en conmoción; luego, en una horrible y retorcida expresión de agonía, cuando un dolor brutal se extendió por todo su cuerpo. Unas náuseas le acometieron y un hilillo de espumosa saliva salió por las comisuras de su boca y le rodó por el mentón. Sus ojos se le encabitaron en sus cuencas. Después Michael se derrumbó.

Mientras Bruckster se metía en el bolsillo el artefacto de aquel aerosol en miniatura, exclamó:

—¡Aquí hay un hombre enfermo!

Las cabezas se volvieron hacia él.

—Dejen espacio a este hombre —siguió Bruckster—. Por el amor de Dios, hay que buscar un médico...

Nadie había visto el asesinato. Se había cometido en un espacio protegido dentro de la muchedumbre, oculto entre los cuerpos del asesino y su víctima. Aunque alguien hubiera estado mirando, no habrían tenido mucho que ver.

Bruckster se arrodilló enseguida al lado de Michael Evans y le tomó el pulso. No se percibía latido cardíaco, en absoluto, ni siquiera el más leve.

Una fina película de rocío cubría la nariz de la víctima, así como los labios y la barbilla, pero sólo constituía el inofensivo líquido en que estaba suspendido el activo veneno. Éste, en sí, ya se había evaporado. La disolución se evaporaría también, en algunos segundos más, por lo que no quedaría nada que suscitara las sospechas de un médico.

Un guardia de seguridad uniformado se abrió paso con los codos por entre la multitud de curiosos que se arracimaba cerca de Bruckster.

—¿Qué ha sucedido?

—A mí me parece que se trata de un ataque al corazón —comentó Bruckster.

—¿Le conoce?

—Nunca le había visto hasta ahora.

El guardia trató de encontrar el pulso, pero no pudo. Comenzó un tratamiento de respiración forzada, pero, al cabo de un par de minutos, desistió.

—Creo que no hay nada que hacer —comentó.

—Eso parece —convino Bruckster, forzando una nota de tristeza en la voz.

—Ataque al corazón, como usted dijo.

—Eso pensaba —replicó Bruckster.

El veneno resultaba imposible de rastrear. El médico del hotel diagnosticaría un ataque cardíaco cuando reconociera el cadáver. Y lo mismo haría el *coroner*. Extendería el certificado de defunción.

Un asesinato perfecto.

Willis Bruckster tuvo que reprimir una sonrisa.

El juez Harold Kennebeck construía barcos dentro de botellas. Las paredes de su estudio estaban llenas de ejemplos de su violín de Ingres. Un pequeño modelo de una pinaza holandesa del siglo XVII navegaba perpetuamente a toda vela en una botellita de un azul pálido. Un velero, exquisitamente detallado, de cuatro palos llenaba por completo una jarra de diez litros. Había veleros de todos los tipos: un bergantín de cuatro mástiles, una carabela española del siglo XV, un buque mercante británico, un clíper de Baltimore, y docenas de barcos más, todos ellos creados con notable cuidado y pericia, muchos introducidos en botellas de formas raras, lo cual hacía su construcción de lo más laboriosa y asombrosa.

Kennebeck se detuvo al lado de una de sus cajas de exposición, y estudió los aparejos minuciosamente detallados de una fragata francesa de finales del siglo XVIII. Mientras contemplaba el modelo, no pensaba en él sino en los acontecimientos que habían tenido lugar en el caso Evans. Sus navios, a escala, en sus mundos de cristal, le relajaban; le gustaba mirarlos cuando tenía un problema que resolver o si se encontraba a punto de derrumbarse, puesto que le hacían sentirse sereno, y esa serenidad permitía a su mente funcionar al máximo.

Cuando más pensaba al respecto, menos capaz era Kennebeck de creer que la mujer de Evans conociera la verdad acerca de su hijo. En el caso de que alguien del «Proyecto Pandora» le hubiese contado lo sucedido al autocar lleno de chicos, no hubiera reaccionado a las noticias de una forma ecuánime. Se hubiese asustado, aterrado..., y enfurecido al máximo. Era seguro que hubiera acudido directamente a la Policía, a los periódicos, o a ambos medios.

En vez de ello, recurrió a Elliot Stryker.

Y ahí era donde surgía la paradoja como en una caja de sorpresas. Por otra parte, se portaba como si no conociera la verdad. Pero, por otra, trabajaba con Stryker para conseguir la apertura de la tumba de su hijo, y eso parecía indicar que sabía *algo*.

De creer a Stryker, las motivaciones de la mujer resultaban bastante inocentes. Según el abogado, Mrs. Evans se sentía culpable por no haber tenido el coraje de ver el mutilado cuerpo del niño antes del entierro. Se sentía como si hubiese fallado en prestar sus últimos respetos al fallecido de una manera apropiada. Su culpabilidad había crecido de forma gradual hasta convertirse en un serio problema psicológico. Estaba muy turbada, y sufría de horribles pesadillas que se le presentaban cada noche. Ésa era la historia contada por Stryker.

Kennebeck tendía a creer al abogado. Allí existía un elemento de coincidencia, pero no toda coincidencia resultaba, por ello, significativa. Existe algo que uno tiende a olvidar cuando se pasaba jugándose la vida en el espionaje. Christina Evans, probablemente, no albergaba la menor duda acerca de la explicación oficial del accidente en la Sierra; era casi seguro que no sabía nada del «Pandora», ni eso tenía

nada que ver con la solicitud del permiso de exhumación, pero el momento que había elegido no podía ser peor.

Sí, en realidad, la mujer no sabía nada de la cobertura, en ese caso, la Red podría haber empleado a su exmarido y al sistema legal para retrasar la reapertura de la tumba. En el entretanto, los agentes de la Red podrían haber localizado el cadáver de un muchacho, con el mismo grado de descomposición que el cuerpo de Danny hubiera tenido de haber estado encerrado en un ataúd durante todo un año. Podrían haber abierto la tumba en secreto, por la noche, cuando el cementerio estuviera cerrado, y cambiado los restos del falso Danny por las piedras metidas en el féretro. Luego, a aquella madre tan afectada por el dolor, le habrían permitido la posibilidad de echar una última y fantasmal mirada a los restos de su hijo. Aquélla hubiera sido una operación compleja, a la que afectaría el peligro de su descubrimiento, arriesgando una auténtica exposición de la existencia de la Red. Pero los riesgos habrían sido casi aceptables, y no se hubiera presentado la necesidad de tener que matar a nadie.

Por desgracia, George Alexander, el jefe de la oficina de la Red en Nevada, no poseía la paciencia ni la habilidad para hacer averiguaciones de las verdaderas motivaciones de aquella mujer. Había dado por supuesto lo peor, y actuado desde ese punto de vista. Cuando Kennebeck informó a Alexander de la petición de Elliot Stryker de una exhumación, el jefe de la oficina respondió de inmediato con extrema violencia. Planeó un suicidio para Stryker, una muerte en un accidente para la mujer y un ataque al corazón para el marido de Tina. Dos de aquellas tentativas de asesinato habían fracasado. Stryker y la mujer no aparecían por parte alguna. Ahora, la Red se encontraba metida en un profundo atolladero.

Cuando Kennebeck se apartó de la fragata francesa, mientras se preguntaba si debía salirse de la Red antes de que ésta se hundiera encima de él, vio a George Alexander entrar en el estudio por la puerta practicada en el pasillo del piso de abajo. El jefe de la oficina era un hombre delgado, elegante, de distinguido porte. Llevaba unos mocasines «Gucci», un traje muy costoso y una corbata de seda confeccionada a mano, así como un reloj «Cartier». Su bien cortado cabello castaño presentaba hebras plateadas en las sienes. Sus ojos eran verdes, claros y en alerta constante, y también algo amenazadores. Tenía un rostro bien formado, con altos pómulos, nariz recta y labios delgados. Cuando sonreía, la boca se le retorció un poco hacia la comisura izquierda, lo que le proporcionaba una expresión más bien altiva, pero, en ese momento, no sonreía.

Kennebeck conocía a Alexander desde cinco años antes y le desagradó desde el mismo momento en que le conoció. Sospechaba que aquel sentimiento era mutuo.

Parte del antagonismo entre ellos estaba originado por el hecho de haber nacido en mundos muy diferentes, y estar ambos orgullosos de sus orígenes, tanto como desdeñosos de los de los demás. Harry Kennebeck procedía de una familia pobre y, según su propia estimación al menos, todo lo había conseguido merced a su esfuerzo,

Alexander, por el contrario, era el retoño de una familia de Pensilvania, rica y poderosa durante casi ciento cincuenta años. Kennebeck se había alzado desde la pobreza, a fuerza de un duro trabajo y una férrea determinación. Alexander no sabía nada de lo que significaba el trabajo duro; había subido hasta la cima de su campo como si se tratase de un príncipe con derechos divinos para reinar.

A Kennebeck le irritaba también la hipocresía de Alexander. Toda aquella condenada familia era un hatajo de hipócritas. Los Alexander estaban orgullosos de sus antecedentes de servicios públicos. Muchos de ellos habían pertenecido a los séquitos de los presidentes y ocupado puestos de alto nivel en el Gobierno federal; unos cuantos sirvieron incluso en el gabinete del Presidente, aunque ninguno había sido designado para acceder a una posición electiva. Los famosos Alexander de Pensilvania habían permanecido siempre asociados, de una forma prominente, a la lucha por los derechos civiles de las minorías, combatido por la Enmienda de igualdad de derechos, en la cruzada contra la pena de muerte; habían sido políticos liberales e idealistas sociales de toda laya. Sin embargo, muchos miembros de la familia habían prestado servicios (en secreto, desde luego) en el FBI, en la CÍA y en varias otras Agencias del Servicio Secreto y de la Policía; a menudo, en las mismas organizaciones que ellos criticaban y rechazaban en público. Ahora, Alexander era el jefe de la oficina de Nevada de la primera fuerza de Policía secreta del país, y el hecho no gravaba con ningún peso su conciencia liberal.

La política de Kennebeck era de extrema derecha. Era un fascista redomado y no se avergonzaba lo más mínimo de ello. Cuando se había embarcado de joven en una carrera en los servicios de Inteligencia, Harry había quedado sorprendido al descubrir que no toda la gente de la rama del espionaje compartía sus puntos de vista ultraconservadores. Esperaba que sus colegas fuesen derechistas superpatriotas. Pero las oficinas estaban dirigidas también por unos cuantos liberales. Llegado el momento, Harry se percató de que la extrema izquierda y la extrema derecha compartían los mismos dos fines básicos: construir una sociedad más de orden de lo que fuese de por sí y centralizar el control de la población a través de un Gobierno fuerte. Los izquierdistas y los derechistas diferían sólo en ciertos detalles, pero la única diferencia importante radicaba en la identidad de aquellos a quienes se permitiría formar parte de la clase privilegiada de los dirigentes, una vez el poder estuviera lo bastante centralizado.

«Por lo menos, yo soy honesto en mis motivaciones», pensó Kennebeck, mientras observaba a Alexander cruzar el estudio. «Mis opiniones públicas son las mismas que las que expreso en privado, y ésta es una virtud de la que él carece. Yo no soy un hipócrita. En esto no me parezco a Alexander. Jesús, él sí que es un pagado de sí mismo, un bastardo con dos caras como Jano».

—Acabo de hablar con los hombres que vigilan la casa de Stryker —empezó Alexander—. Aún no ha aparecido por allí.

—Ya te dije que no regresaría —respondió Kennebeck.

—Más pronto o más tarde, volverá.

—No. No, hasta que esté completamente seguro de que está a salvo. Mientras tanto, seguirá escondido.

—En algún momento, puede acudir a la Policía también, y entonces le atraparemos.

—Si creyera en la posibilidad de recibir ayuda de los «polis», ya lo habría hecho —le contradijo Kennebeck—. Pero no ha aparecido. Ni lo hará.

Alexander miró su reloj.

—Pues también puede aparecer por aquí. Querrá hacerte un montón de preguntas.

—Oh, estoy del todo seguro de que así será. Quiere mi piel —replicó Kennebeck—. Pero no vendrá. Por lo menos, no esta noche. No durante mucho tiempo. Sabe que le esperamos. Conoce esta clase de juego. No olvides que él también lo practicaba.

—De esto hace ya mucho tiempo —contestó Alexander con impaciencia—. Lleva quince años de vida civil. Le falta práctica. Aunque en aquel tiempo fuese algo natural para él, no existen posibilidades de que siga tan astuto como entonces.

—Eso es, precisamente, lo que intento decirte —prosiguió Kennebeck, al tiempo que apartaba uno de sus mechones de cabello blanco de encima de la frente—. No hablamos de un estúpido. Elliot era el mejor y más brillante joven oficial que jamás haya servido bajo mis órdenes. Para él, aquello resultaba natural. Y eso que era joven y, relativamente, con muy poca experiencia. Si ha envejecido tan bien como parece haberlo hecho, aún será más fuerte y taimado que en aquellos tiempos.

Alexander no quería oír nada de aquello. A pesar del hecho de que dos de los tres asesinatos planeados hubieran fracasado, Alexander seguía aún muy seguro de sí mismo; estaba convencido de que, a larga, acabaría por ganar.

«Ese Henry Kennebeck, siempre tan suficiente», pensó. «Por lo general, nunca existen razones para que se comporte de esta forma; si fuera consciente de sus propias limitaciones, probablemente le agobiaría su derrumbado *ego*».

Alexander se acercó al macizo escritorio de madera de arce y se sentó detrás, en el sillón de orejas de Kennebeck. El juez le fulminó con la mirada.

Alexander fingió no percatarse del disgusto de Kennebeck.

—Encontraremos a Stryker y a la mujer antes de mañana. No tengo duda alguna al respecto. Estamos cubriendo todas las bases. Tenemos hombres comprobando hoteles y moteles...

—Cristo, eso es una pérdida de tiempo —prosiguió Kennebeck—. Elliot es demasiado listo para alojarse en un hotel y dar su verdadero nombre en el registro. Y, encima, hay más hoteles y moteles en Las Vegas que en cualquier otra ciudad del mundo.

—Soy muy consciente de la complejidad de esa tarea —contraatacó Alexander—. Pero tal vez tengamos suerte. Mientras tanto, también comprobamos a los socios de su gabinete jurídico, a sus amigos, a los amigos de la mujer, a cualquiera en cuyo domicilio hayan podido buscar refugio.

—No tienes personal suficiente para agotar todas esas posibilidades —dijo el juez—. ¿No lo comprendes? Deberías usar a tu gente con más juicio. Los estás dispersando demasiado. Lo que deberías hacer...

—El que toma las decisiones soy yo —le respondió Alexander con frialdad.

—¿Y qué me dices del aeropuerto?

—Ya se han cuidado de eso —replicó Alexander—. He mandado hombres a comprobar las listas de pasajeros de todos los vuelos.

Cogió un abrecartas de marfil y empezó a darle vueltas entre las manos.

—De todos modos, aunque nos hayamos dispersado mucho en esas áreas, tampoco importa demasiado. Ya sé dónde atraparemos a Stryker. Aquí. Exactamente en esta casa. Ésa es la razón de que yo mismo no me aleje demasiado. Oh, lo sé, lo sé..., no crees que aparezca. Pero hace mucho tiempo fuiste el mentor de Stryker, el hombre que velaba por él, de quien aprendía, y ahora le has traicionado. Vendrá aquí a enfrentarse contigo, aunque sepa que es arriesgado. Estoy seguro de que lo hará. Lo sé.

—¡Cristo! —exclamó Kennebeck con acritud—. Nuestra relación nunca fue así. Él...

—Conozco la naturaleza humana —afirmó Alexander, poniendo fin a la discusión.

Furioso, frustrado, Kennebeck se volvió de nuevo hacia la botella que contenía la fragata francesa. De repente, recordó algo importante acerca de Elliot Stryker.

—Ah... —exclamó.

Alexander alzó la vista de la cigarrera esmaltada que había estado contemplando.

—¿Qué ocurre?

—Elliot es piloto. Posee su propia avioneta.

Alexander frunció el ceño.

—¿Has comprobado los vuelos particulares que han salido del aeropuerto? —preguntó Kennebeck.

—No. Sólo las líneas aéreas regulares.

—Ah...

—Tiene que despegar en la oscuridad —replicó Alexander—. ¿Crees que posee licencia para vuelos con instrumentos? La mayoría de los pilotos que son hombres de negocios y los pilotos aficionados sólo tienen permisos para volar con luz de día.

—Será mejor que mantengas a tus hombres en el aeropuerto —le contradijo Kennebeck—. Ya sé lo que averiguarán. Me apuesto cien pavos contra diez centavos que Elliot ha salido de la ciudad delante de tus mismas narices.

El «Cessna Turbo Skylane RG» surcaba la oscuridad, a tres mil metros por encima del desierto de Nevada.

—¿Elliot?



—Eh...

—Siento haberte metido en todo esto.

—¿No te gusta mi compañía?

—Ya sabes lo que quiero decir. Lo siento de veras.

—Oye, tú no me has mezclado en esto. No me has retorcido el brazo. Prácticamente, me presté voluntario a ayudarte para la exhumación. Y todo empezó a partir de aquí. Tú no tienes la culpa.

—De todos modos..., ahora estás... huyendo para salvar la vida, y todo por mi culpa.

—Qué tonterías... No podías saber lo que iba a pasar después de que yo hablase con Kennebeck.

—No puedo dejar de sentirme culpable por haber complicado tu vida en esto.

—De no ser yo, habría sido cualquier otro abogado. Y tal vez no hubiera sabido cómo enfrentarse a Vince. En cuyo caso, tanto él como tú estaríais muertos. Si miras las cosas desde ese punto de vista, todo ha funcionado mejor de lo que cabía esperar.

—Tú eres, realmente, algo más —dijo ella.

—¿Y qué más soy?

—Montones de cosas.

—¿Como cuáles?

—Fabuloso.

—Ése no soy yo. ¿Qué más?

—Valiente.

—La bravura es una virtud de locos.

—Inteligente.

—No tanto como me creo que soy.

—Fuerte.

—Lloro si veo películas tristes. Verás, no soy tan grande como tú te crees.

—Cocinas...

—¡Oye, eso sí es verdad!

El «Cessna» alcanzó una bolsa de aire, cayó cien metros en un vertiginoso bandazo, y, a continuación volvió a su altitud correcta.

—Un gran cocinero, pero un pésimo piloto —comentó Tina.

—Eso no fue más que una turbulencia de Dios, quéjate a él.

—¿Cuándo aterrizaremos en Reno?

—Dentro de ochenta minutos.

George Alexander colgó el teléfono. Aún permanecía sentado en el sillón de orejas de Kennebeck.

—Stryker y la mujer despegaron del aeropuerto internacional McCarran hace más de dos horas. Lo hicieron en un «Cessna». Llenó un plan de vuelo para Flagstaff.

El juez dejó de pasear.

—¿Arizona?

—Es el único Flagstaff que conozco. Pero ¿por qué diablos ir a Arizona entre tantos lugares posibles?

—Es probable que no sea así —replicó Kennebeck—. Me imagino que Elliot ha rellenado un falso plan de vuelo para apartarte de su pista.

No podía dejar de estar orgulloso de la inteligencia de Stryker.

—Si en realidad vuelan hacia Flagstaff —prosiguió Alexander—, ya tenían que haber aterrizado. Llamaré al encargado nocturno del aeropuerto, me haré pasar por alguien del FBI, a ver qué me cuenta.

Dado que la Red no existía de manera oficial, no podía emplear de forma abierta su autoridad para conseguir información. Como resultas de ello, los agentes de la Red, de una forma rutinaria, se hacían pasar por hombres del FBI, con credenciales falsas y nombres de agentes auténticos.

Mientras aguardaba a que Alexander acabara de hablar con el director nocturno del aeropuerto de Flagstaff, Kennebeck pasó de un modelo de barco a otro. Esa noche, su visión no parecía calmarle en absoluto.

Quince minutos después, Alexander colgaba el auricular.

—Stryker no está en el aeropuerto de Flagstaff. Y todavía no le han identificado en su espacio aéreo.

—Ah... Así que su plan de vuelo *era* falso...

—A menos que se haya estrellado por el camino —manifestó Alexander esperanzado.

Kennebeck hizo una mueca.

—No se ha estrellado. Pero ¿adonde diantres habrá ido?

—Tal vez en la dirección opuesta —dijo Alexander—. Al Sur de California.

—Ah... ¿Los Ángeles?

—O Santa Bárbara. Burbank, Long Beach, Ontario, Orange Country... Hay bastantes aeropuertos dentro del radio de navegación de ese pequeño «Cessna».

Permanecieron silenciosos durante un momento hundidos en sus pensamientos. Luego, Kennebeck dijo:

—Reno. Ahí es adonde se dirigen: a Reno.

—Estabas muy seguro de que no sabían ni una palabra acerca de los laboratorios de la Sierra —replicó Alexander—. ¿Has cambiado de idea?

—No. Sigo creyendo que no debías haber emitido todas esas órdenes de asesinato —siguió Kennebeck—. Mira, no creo que vayan a las montañas. No saben dónde se encuentran los laboratorios. No conocen nada más acerca del «Proyecto Pandora», excepto lo que hayan averiguado por la lista de preguntas que le quitó a Vince Immelman.

—Entonces, ¿por qué Reno?

Sin dejar de pasear, Kennebeck prosiguió:

—Piensa un poco. Ahora que ya hemos intentado matarles, saben que la historia del accidente en la Sierra fue falseada por completo. Se imaginan que ha ocurrido algo malo con el cadáver del niño, algo raro que no podemos permitir que ellos vean. Por supuesto están el *doble* de ansiosos por verlo. Lo exhumarían, aunque fuera de forma ilegal, pero no pueden acercarse al cementerio, que mantenemos bajo vigilancia. Por lo tanto, al no poder abrir la tumba y ver por sí mismos lo que hicimos con Danny Evans, ¿qué recurso les queda? Pues el mejor posible: hablar con la persona que se supone fue la última en ver el cadáver del muchacho antes de que el ataúd fuera sellado. Y le pedirán que describa el estado del cuerpo con la máxima cantidad de detalles posibles.

—Richard Pannafin es el *coroner* de Reno. Él fue la persona que firmó el certificado de defunción —concluyó Alexander.

—No. No acudirán a Pannafin. Se imaginarán que está metido en la cobertura.

—Lo cual es cierto. Aunque a desgana.

—Por lo tanto, visitarán al de la funeraria, que se supone preparó el cadáver para el entierro.

—Bellicosti.

—¿Es ése su nombre?

—Luciano Bellicosti —respondió Alexander—. Pero si van allí entonces es que no huyen con el rabo entre piernas. ¡Dios mío, han pasado a la ofensiva...!

—Eso es fruto del adiestramiento recibido por Stryker en el Servicio de Inteligencia del Ejército —convino Kennebeck—. Y es, exactamente, lo que he estado tratando de decirte. No va a ser un objetivo fácil. Puede destruir la Red, si se le concede la menor oportunidad. Y resulta evidente que tampoco la mujer es de ésas que echan a correr o no se enfrenta con un problema. Debemos ir tras esos dos con mucho más cuidado que de ordinario. ¿Y qué me dices de ese Bellicosti? ¿mantendrá la boca cerrada?

—No lo sé —replicó Alexander, incómodo—. Aunque le tenemos cogido. Es un inmigrante italiano. Vivió aquí durante ocho o nueve años, antes de que se decidiera a pedir la ciudadanía. Aún no había arreglado todos los documentos cuando buscábamos alguien de la funeraria que se mostrase cooperativo. Conseguimos detener su instancia en la Oficina de Inmigración, y le amenazamos con la deportación si no hacía lo que le pedíamos. Y no le gustó. Pero la ciudadanía es una zanahoria lo bastante grande como para mantenerle motivado. Sin embargo... No sé si podremos confiar durante mucho tiempo en el efecto de esa zanahoria.

—Pues es algo muy importante —dijo Kennebeck—. Y me da la impresión de que sabe demasiadas cosas de lo nuestro.

—Desde luego —convino Alexander—. Tendremos que eliminarle. Y me parece que también al *coroner*.

Alargó la mano hacia el teléfono.

—No tomes esas decisiones tan drásticas hasta que sepas de manera positiva que

Stryker se dirige a Reno. Y no lo sabrás con seguridad en tanto no aterrice allí.

Alexander titubeó con la mano encima del teléfono.

—Si espero, le daré una oportunidad que vaya un paso por delante de mí.

Se mordió el labio durante un momento y luego continuó:

—Existe un medio de averiguar si se encamina a Reno. Cuando llegue allí, necesitará un coche. Tal vez haya dispuesto ya que uno esté esperándole. Llamaré al centro de la ciudad y pediré a la oficina de comunicaciones que compruebe todas las agencias de alquiler de coches en el aeropuerto de Reno, alguien que haya encargado un coche para últimas horas de la noche. La mayor parte estarán cerradas, por lo que será una pista fácil de seguir.

—Buena idea —se mostró favorable Kennebeck, aunque odiaba admitirlo.

Diez minutos después, la oficina de comunicaciones les llamaba con su informe. Elliot Stryker tenía un coche reservado para recogerlo de «Avis» a altas horas de la noche, en el aeropuerto de Reno; estaba previsto que se hiciese cargo del vehículo poco después de medianoche.

—Éste ha sido un fallo por su parte —manifestó Kennebeck—, teniendo en cuenta lo inteligente que se ha mostrado hasta ahora.

—Se imagina que le buscamos en Arizona, y no en Reno.

—Sigue siendo un fallo —comentó Kennebeck, decepcionado—. Tendría que haber previsto una doble pista para protegerse.

—Pues coincide con lo que yo digo —sonrió Alexander—. Que no es tan agudo como solía.

—No hagamos el cuento de la lechera —le interrumpió Kennebeck—. Aún no le hemos atrapado.

—Pero lo haremos —repuso Alexander, al que le había vuelto su habitual compostura—. Nuestra gente de Reno habrá de moverse deprisa, pero se las arreglarán. No creo que sea una buena idea eliminar a Stryker y a la mujer en un lugar público, como el aeropuerto. Ni siquiera creo que debamos ponerle un perseguidor en cuanto lleguen. Stryker lo comprobará antes que nada; tal vez eluda a los que le sigan y luego se oculte.

—Manipula el coche de «Avis» que le aguarda. Ponle un emisor. Así les seguirán sin que les vea.

—Lo intentaremos —contestó Alexander—. Tenemos menos de una hora, por lo que quizá no lleguemos a tiempo. Pero aunque no pongamos ese chivato en el coche, la cosa no tendrá mayor importancia. Sabemos exactamente dónde se dirigen. Eliminaremos a Bellicosti y les tenderemos una trampa en la funeraria.

Alzó el auricular del teléfono y marcó el número de la oficina de Red en Reno.

Reno, que alardea de ser la «Mayor pequeña ciudad del mundo», tenía una temperatura de seis grados bajo cero a medida que se aproximaba la medianoche. Por encima de las luces que arrojaban un helado resplandor en el estacionamiento del aeropuerto, el cielo nocturno carecía de luna, de estrellas, y era negro como boca de lobo. Los copos de nieve danzaban al compás del viento, a veces errático y otras, fuerte.

Elliot estaba contento por haber tenido tiempo de comprar un par de pesados abrigos antes de salir de Las Vegas. Deseó que se hubieran acordado también de los guantes, puesto que tenía las manos heladas.

Arrojó la única maleta en el portaequipajes del alquilado «Chevrolet», que «Avis» había reservado para que ellos lo recogieran a últimas horas de la noche. En el frío aire, blancas nubes de los gases del tubo de escape rodearon las piernas de Elliot. Cerró la tapa del maletero y miró a su alrededor, a los demás coches, cubiertos de nieve. No vio a nadie en ninguno de ellos.

No tenía la sensación de que le vigilaran. Tal vez el falso vuelo había apartado a los sabuesos de la pista. Se acercó a la puerta del conductor y subió al «Chevy», donde Tina trasteaba ya con la calefacción.

—Se me está helando la sangre —comentó la mujer.

Elliot aproximó la mano a las aberturas.

—Me parece que ya sale un poco de aire caliente.

Se desabotonó el abrigo y retiró la pistola tomada a Vince, y que le había causado incomodidad debajo del cinturón desde que tomaron tierra en la pista del aeropuerto de Reno. Colocó la pistola en el asiento entre él y Christina, con el cañón enfilado hacia el salpicadero.

—¿Crees realmente que encontraremos a Bellicosti a estas horas? —le preguntó Tina.

—Claro. Aún no es muy tarde.

En una cabina telefónica de la terminal del aeropuerto, Tina había buscado la dirección de la funeraria de Luciano Bellicosti. El supervisor nocturno del garaje de «Avis», con el que habían firmado la entrega del coche, conocía muy bien dónde se encontraba el domicilio de Bellicosti, y les había marcado el camino más corto en el plano gratis de la ciudad, facilitado por la agencia de alquiler de coches.

Elliot encendió la luz del techo y estudió el plano durante un momento. Luego, se lo tendió a Tina.

—Creo que lo encontraré sin ninguna clase de problemas, pero, si me pierdo, tú serás la copiloto.

—A sus órdenes, capitán.

Elliot apagó la luz y alargó la mano hacia la palanca del cambio de marchas.

Con un audible «clic», la luz, que acababa de apagar, se encendió por sí sola.

Volvió a apagarla.

La luz se encendió de nuevo.

—Ya estamos —exclamó Tina.

La radio empezó a funcionar por sí sola. El indicador de sintonización de emisoras recorrió el iluminado dial, de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda, y, a continuación, otra vez de izquierda a derecha; el botón de sintonía giró sobre sí mismo, aunque nadie lo había manipulado. Ráfagas instantáneas de música, anuncios y voces de pinchadiscos atronaron sin sentido a través de los altavoces.

—Se trata de Danny —explicó Tina.

Los limpiaparabrisas comenzaron a zumbear de un lado a otro, a gran velocidad, añadiendo su metronómico latido al caos que ya había dentro del «Chevy».

Los faros destellaron, se apagaron y se encendieron a tal velocidad que crearon un efecto visual «congelando» repetidamente la nieve que caía, con lo que pareció como si los blancos copos descendiesen hasta el suelo en cortas sacudidas.

El ambiente del interior del coche comenzó a enfriarse a cada segundo que transcurría.

Elliot puso su mano en la salida del aire caliente de la calefacción. El calor surgía de allí pero no podía hacer nada para estabilizar la temperatura que descendía en picado.

La guantera se abrió sola.

El cenicero se deslizó en su hueco.

Tina se echó a reír, visiblemente encantada.

El sonido de su risa desconcertó a Elliot, pero enseguida tuvo que admitir que no se sentía amenazado por la obra de su *poltergeist*. En realidad, lo cierto era todo lo contrario. Sintió que era testigo de una alegre manifestación, una cálida salutación, la excitada bienvenida de un niño fantasma. Quedó abrumado ante la asombrosa noción de que, en realidad, percibía una buena voluntad en el ambiente, una tangible radiación de amor y afecto. Hasta entonces, nunca había experimentado nada parecido. Confió en que jamás tuviera que explicárselo a nadie. Un estremecimiento, aunque no desagradable, le recorrió la espina dorsal. Al parecer, se trataba de la misma asombrosa conciencia de ser alcanzado por las oleadas de amor que originaron las risas de Tina.

—Ya vamos —dijo ella—, Danny. Escúchame, si puedes, cariño. Vamos a salvarte. Ya vamos.

La radio se desconectó por sí sola. Lo mismo hizo la luz del aplique del techo del automóvil.

Los limpiaparabrisas cesaron en su vaivén.

Los faros parpadearon y se apagaron.

Inmovilidad.

Silencio.

Algunos copos sueltos se precipitaron con suavidad contra el parabrisas.

En el coche, el ambiente comenzó a caldearse.

—¿Por qué se pone todo frío cada vez que él emplea sus... poderes psíquicos? —preguntó Elliot.

—¿Quién sabe? Tal vez mueva objetos al extraer la energía calórica del aire, cambiándolo de alguna forma. O quizá se trate de algo más. Es probable que nunca lo sepamos. A lo mejor ni él mismo lo comprende. De todos modos, eso carece de importancia. Lo importante es que Danny está vivo. No existe ninguna duda al respecto. Ahora ya no. Ya nunca más. Y presumo, por tu pregunta, que tú crees en eso también.

—Sí —replicó Elliot, asombrado por completo de su propio cambio, tanto anímico como mental—. Sí, creo que existe una condenada probabilidad de que estés en lo cierto.

—Sé que lo estoy.

—Algo extraordinario le sucedió a aquella expedición de muchachos. Y algo inescrutable le ha ocurrido a tu hijo.

—Pero, por lo menos, no está muerto —repuso Tina.

Elliot vio lágrimas de felicidad brillar en los ojos de la mujer.

—Eh —dijo él, preocupado—, será mejor que refrenes tus esperanzas. ¿Vale? Tenemos un largo, muy largo camino ante nosotros. No sabemos dónde se encuentra Danny, o en qué estado se hallará. Tenemos que enfrentarnos a un desafío antes de que le encontremos y regresemos con él. Incluso pueden matarnos sin que podamos acercarnos a él.

Condujo el coche fuera del aeropuerto. Por lo que pudo observar, nadie les seguía.

La estancia estaba muy adentro del complejo secreto de la Sierra, tres pisos por debajo del nivel del suelo. Tenía unos quince metros de longitud, pero sólo la mitad de anchura. El techo era bajo, cubierto por un material esponjoso, guijarroso, de color crema y a prueba de ruidos, todo lo cual daba un curioso aspecto orgánico al lugar. Unos tubos fluorescentes arrojaban una luz fría encima de unos bancos de ordenadores y mesas repletas de periódicos, gráficos, expedientes, instrumentos científicos y dos tazas de café.

En medio de la pared occidental —una de las dos paredes más cortas—, enfrente de la entrada de la sala, había una ventana de dos metros de ancho y un metro de altura y que proporcionaba una vista de otra habitación, sólo la mitad de espaciosa que la primera. La ventana estaba construida tipo bocado: dos láminas de cristal de 25 cm de grueso a prueba de golpes rodeados de un espacio de otros 25 cm de anchura lleno de un gas inerte. Dos láminas de cristal parecido al hierro. Marcos de acero inoxidable. Cuatro sellos herméticos de caucho, uno alrededor de los rebordes de ambas caras de cada lámina de cristal. La ventana estaba diseñada para resistirlo todo, desde un disparo a un terremoto; virtualmente, era inviolable.

Dado que resultaba importante para los hombres que trabajaban en la sala grande tener una visión sin obstáculos de la cámara pequeña durante todo el tiempo, varias salidas en ángulo en el techo de ambas salas bañaban los dos cristales con un flujo constante de aire seco y cálido, una medida tomada para impedir el empañamiento y el vapor. En ese momento, el aire caliente no funcionaba. Tres cuartas partes de la ventana aparecían cubiertas de escarcha.

Dos personas, ambas vestidas con batas blancas de laboratorio, se encontraban en la sala más espaciosa. El doctor Carlton Dombey, un hombre de cabello rizado y poblado mostacho, se hallaba al lado de la ventana, avizorando a través de la escasa zona de cristal desprovista de escarcha. El doctor Aaron Zachariah, más joven que Dombey, recién afeitado, con el cabello liso y castaño, se hallaba inclinado sobre uno de los ordenadores, leyendo los datos que fluían en la pantalla del monitor.

—La temperatura ha bajado veinte grados durante el pasado minuto y medio —explicó Zachariah, preocupado—. No puede ser bueno para el chico.

—Las otras veces que ha ocurrido eso, no pareció importarle —replicó Dombey.

—Lo sé, pero...

—Échale un vistazo a sus constantes vitales.

Zachariah se acercó a otro banco de pantallas de ordenador, donde aparecían constantemente los latidos del corazón de Danny Evans, su presión sanguínea, temperatura corporal y actividad de las ondas cerebrales.

—Los latidos del corazón son normales, tal vez un poco más lentos que antes. La presión sanguínea está bien. La temperatura corpórea, sin cambios. Pero existe algo fuera de lo corriente en la lectura del encefalograma.



—Como ocurre siempre durante estas bajadas de temperatura —comentó Dombey—. Una rara actividad de las ondas cerebrales. Pero no existe ninguna otra indicación de que se encuentre incómodo.

—Si el frío continúa mucho rato, tendremos que entrar y trasladarle a otra cámara —dijo Zachariah.

—No hay ninguna otra disponible —terció Dombey—. Todas las demás están llenas de animales de laboratorio, con un experimento u otro.

—Pues entonces trasladaremos a los animales —porfió Zachariah—. El chico es mucho más importante. Aún necesitamos sacarle más datos.

—No habrá que trasladarle. Este frío no durará mucho —replicó Dombey, al tiempo que miraba hacia la habitación más pequeña donde el muchacho yacía inmóvil en una cama de hospital, bajo una sábana blanca y una manta amarilla, con toda clase de cables que vigilaban sus signos vitales—. Por lo menos, no duró mucho cuando sucedió la otra vez. La temperatura desciende de repente, se mantiene baja durante dos o tres minutos, nunca más de cinco, y luego vuelve a la temperatura normal.

—¿Y qué diablos ocurre con los mecánicos? ¿Cómo es que no solucionan el problema?

—Insisten en que el sistema funciona a la perfección —repuso Dombey—. Que no hay nada que esté estropeado. Por lo menos, eso es lo que ellos aseguran.

—¡Maldita sea, claro que ocurre algo con ellos!

Zachariah se apartó de las pantallas de ordenador, se acercó a la ventana y encontró un lugar de cristal limpio.

—Cuando esto empezó, hace un mes o dos, no era tan malo. Un cambio de sólo unos grados. Una vez por la noche. Jamás durante el día. Y nunca la suficiente variación como para amenazar la salud del niño. Pero los últimos cuatro días las cosas se han salido de madre. Una y otra vez, tenemos esas bajadas de veinte a treinta grados en la temperatura ambiente. ¡Y un pimiento, que no me digan que no hay avería!

—He oído que traerán el equipo que diseñó el sistema —explicó Dombey—. Esos tipos localizarán el problema en un abrir y cerrar de ojos. De todos modos, no sé de qué os preocupáis. Se supone que hacemos pruebas con el chico para su destrucción total, ¿no es eso? Entonces, ¿a qué viene preocuparnos por su salud?

—Seguramente no quieres decir eso —intervino Zachariah—. Cuando el niño muera finalmente, querremos estar seguros de que han sido las inyecciones las que lo han matado. Y si se ve sometido a muchas más de esas repentinas fluctuaciones de temperatura no estaremos jamás seguros de que no hayan contribuido a su muerte. Y no será una investigación limpia.

Dombey rió con acritud y se apartó de la ventana.

—¿Limpia? Todo este maldito asunto nunca ha sido algo limpio. Fue de lo más sucio desde el principio.

Zachariah se colocó delante de él.

—No hablaba acerca de la moralidad del asunto.

—Pues yo, sí.

—Sólo me refiero a niveles clínicos.

—Realmente, no creo que desee escuchar tus opiniones acerca de ninguno de ambos temas —replicó Dombey—. Me comenzará a doler la cabeza.

—Lo único que trato es de mostrarme consecuente —prosiguió Zachariah, casi escupiendo las palabras—. No puedes echarme la culpa de que el trabajo sea algo sucio. No tengo mucho que decir acerca de la política de investigaciones que rige por aquí.

—No tienes *nada* que decir al respecto —replicó Dombey, tajante—. Tampoco yo. Somos unos hombres que no pintamos mucho en este asunto. Y ésa es la razón de que nos adjudiquen los turnos de noche en una labor de «canguros» como ésta.

—Aunque yo fuese el encargado de realizar ese tipo de política —prosiguió Zachariah—, es probable que hiciera las mismas cosas que el doctor Tamaguchi. Él *tiene* que proseguir esta investigación. No le cupo otra elección sino comprometerse con esta instalación, una vez descubrimos que los malditos rusos se encontraban ya muy avanzados en esto. Y el asqueroso proyecto es cosa de los rusos, recuérdalo; sólo tratamos de no quedarnos rezagados. Si tienes que reprocharle a alguien el que te sientes culpable acerca de lo que realizamos aquí, échales la culpa a los rusos, no a mí.

—Lo sé, lo sé —replicó Dombey con aire cansado, mientras se pasaba una mano por su rizada mata de pelo—. Pero, de todos modos, me asustan. Si hay algún Gobierno en la Tierra que use un arma así, es la Unión Soviética. No tenemos otra elección que mantener el equilibrio de poder. De verdad, yo creo en eso. Pero, a veces, me pregunto... Mientras trabajamos con tanta dureza por mantenernos por delante de los soviéticos, ¿no estamos adquiriendo cada vez más sus características de autoritarismo? ¿No vamos convirtiéndonos en un Estado totalitario, aquello que, en realidad, más despreciamos?

—Tal vez.

—Pues yo creo que es cierto...

—¿Y qué otra elección tenemos?

—Supongo que ninguna.

—Mira... —exclamó Zachariah.

—¿Qué?

—La ventana se está aclarando. El calor debe de empezar de nuevo.

Los dos científicos se volvieron hacia el cristal y avizoraron la habitación de aislamiento.

El exangüe niño se removió. Volvió la cabeza hacia ellos y se les quedó mirando a través de los barrotes de su cama hospitalaria en la que yacía.

—Esos condenados ojos... —comentó Zachariah.

—Son penetrantes, ¿verdad?

—Esa manera de mirar... Me produce auténtico pavor. Hay algo... embrujado en esos ojos.

—Lo que pasa es que te sientes culpable —repuso Dombey.

—No. Es algo más que eso. Sus ojos parecen... tan extraños. No son los mismos de cuando llegó aquí, hace un año.

—Ahora hay dolor en ellos —repuso Dombey con tristeza—. Mucho dolor, y soledad...

—Es más que eso —le interrumpió Zachariah—. Se percibe algo en esos ojos que..., no existen palabras para describirlo.

Se apartó de la ventana y se inclinó sobre los ordenadores, con los que se encontraba a gusto y seguro.

## **Cuarta parte**

### **VIERNES, 2 DE ENERO**

En su mayor parte, las calles de Reno aparecían limpias y secas, a pesar de una reciente y fuerte nevada; pero acá y allá, algunas placas de negro hielo aguardaban a los confiados automovilistas. Elliot Stryker condujo con cautela, sin apartar los ojos de la carretera.

—Ya casi debemos estar —comentó Tina.

A unos quinientos metros más allá, la casa, y negocio, de Luciano Bellicosti quedó a la vista, a la izquierda, bajo un letrero bordeado de negro en donde, más bien en tono grandioso, se declaraba la naturaleza de los servicios que proporcionaba:

### DIRECTOR FUNERARIO Y CONSEJERO DE LOS DEUDOS

Se trataba de un inmenso edificioseudocolonial, que se alzaba, prominente, en la cima de una colina, hacia la parte trasera de una propiedad de una hectárea, y convenientemente cerca de la puerta de un grande e indenumerado cementerio. La larga entrada de coches dibujaba una curva hacia la derecha, como si se tratara de una extensión de cinta negra trazada a través del césped, más elevado y cubierto de nieve. Algunos postes y unas farolas eléctricas de marchita luz marcaban el camino hasta la puerta de la casa, y una cálida claridad irradiaba de varias ventanas del primer piso.

Elliot casi se detuvo al llegar a la entrada; pero, en el último momento, decidió seguir con el coche.

—Eh —le dijo Tina—, que es ahí.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué pasas de largo?

—La discreción es la parte más importante del valor. ¿No te ha contado nadie eso?

—Tú eres el primero que acaba de hacerlo.

—Detenerse de improviso en la puerta principal, y comenzar a exigir respuestas de Bellicosti..., eso, a nivel emocional, puede resultar satisfactorio, valiente y estupendo. Pero, también, estúpido.

—No es posible que nos esperen. No saben que nos encontramos en Reno.

—No subestimes nunca a tu enemigo —replicó Elliot—. A mí, me subestimaron y aquello fue un gran error por su parte. No vamos a cometer nosotros la misma equivocación en que ellos incurrieron y dejar que nos echen mano.

Más allá del cementerio, giró a la izquierda, en una calle residencial. Estacionó junto al bordillo de la acera, apagó los faros y desconectó el motor.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Tina.

—Regresaré a pie a la funeraria —explicó Elliot—. Atravesaré el cementerio, daré la vuelta y me aproximaré a la casa por detrás.

—Nos acercaremos a la casa por detrás —rectificó ella.

—No.

—Sí.

—Esperarás aquí.

—Ni hablar...

La pálida luz de una farola de la calle atravesó el parabrisas e iluminó el rostro de Tina. Era una mujer exquisita, hermosa más allá de las palabras, y Elliot anheló tenerla entre sus brazos.

Pero la luz reveló, también, una evidente determinación en su expresión, una resolución de acero en sus azules y brillantes ojos. No le permitiría que la tratara como si fuese una delicada y preciosa figurilla de porcelana.

Aunque se percató de que iba a ser el perdedor en aquella discusión, pidió:

—Sé razonable. Si hay algún problema, te verás metida de lleno en él.

—Elliot, lo que dices tiene sentido. Pero ¿crees que soy la clase de mujer que se arredra?

—En el suelo hay casi treinta centímetros de nieve. Y no llevas botas.

—Tampoco tú.

—Si se nos han anticipado y nos han tendido una trampa en la funeraria...

—En ese caso, necesitarás mi ayuda —replicó Tina—. Y si no nos han tendido una trampa, quiero con gran fervor encontrarme allí cuando le hagas las preguntas a Bellicosti.

—Mira, estamos desperdiciando el tiempo —repuso, impaciente.

—Me alegro que veas las cosas igual que yo —insistió ella.

Abrió la portezuela y salió del coche.

Fue entonces cuando Elliot supo, más allá de la sombra de cualquier duda, que la amaba.

Se metió la pistola provista de silenciador en el bolsillo de su abrigo y salió del «Chevy». No cerró las portezuelas del coche porque resultaba probable que él y Tina necesitaran entrar en él a la carrera cuando regresaran.

En el cementerio, la nieve le llegó a Elliot hasta media pierna y le humedeció los pantalones, le empapó los calcetines, y se le embarraron los zapatos.

Tina, que llevaba unos zapatos de lona con la suela de goma, lo estaba pasando tan mal como él, pero se mantuvo a su lado sin emitir queja alguna.

El viento, húmedo y crudo, era más fuerte que unos momentos antes, cuando aterrizaron en el aeropuerto. Se deslizaba por el cementerio, y silbaba por entre las losas y los monumentos mortuorios más grandes, con un susurro que prometía más nieve, mucha más que los pequeños copos que transportaba en esos momentos.

Un muro de piedra bajo y una hilera de árboles de la altura de la casa separaban el cementerio de la propiedad de Luciano Bellicosti. Treparon por el muro y permanecieron un momento bajo las sombras de los árboles, mientras Elliot estudiaba cómo acercarse a la parte trasera de la funeraria.

A Tina no hubo necesidad de que le recomendara silencio. Aguardó, paciente, a su lado, con los brazos cruzados y las manos en las axilas para calentárselas.

Elliot estaba preocupado por ella, pero, al mismo tiempo, le alegraba tener su compañía.

La parte posterior de la casa de Bellicosti se encontraba a unos cincuenta metros de distancia. Desde donde se encontraban, vieron un garaje para tres coches, un pequeño porche trasero, unos cuantos arbustos de hoja perenne, aunque ninguno tenía el tamaño necesario para ocultar a un hombre. Y había una serie de ventanas oscurecidas; detrás de cualquiera de ellas podía encontrarse un centinela, invisible en la oscuridad.

Elliot forzó la vista, en un intento de captar algún movimiento más allá de los rectángulos de cristal.

No observó nada sospechoso.

Nada en absoluto.

En realidad no existía una gran probabilidad de que les hubiesen tendido una trampa tan pronto. Y si los asesinos les esperaban allí, lo más probable sería que aguardaran a que sus presas se aproximaran abiertamente a la casa de pompas fúnebres, confiadas e ingenuas; por lo tanto, su atención estaría puesta, casi exclusivamente, en la entrada principal de la funeraria.

«En cualquier caso», se dijo a sí mismo, «no te vas a quedar aquí en plan meditabundo durante toda la noche».

Salió de debajo del refugio que las ramas de los árboles les daban.

Tina avanzó junto a él.

El desagradable viento soplaba ahora a ráfagas. Diseminaba cristalitos de nieve por el suelo y les arrojaba a la cara dos punzantes y fríos copos.

Elliot se sintió desnudo al cruzar el luminiscente campo de nieve. Deseó no haber llevado aquellas prendas oscuras. Si alguien les miraba desde una ventana de la parte de atrás, les localizaría a ambos al instante.

También le pareció que hacían un ruido espantoso al aplastar la nieve bajo sus pies. Pero sabía que, en realidad, no era así en absoluto. Aunque no dejaba de sobresaltarle.

Llegaron a la casa de pompas fúnebres sin ninguna clase de incidentes.

Durante unos momentos se detuvieron, y se tocaron brevemente, en busca de valor.

Elliot se sacó la pistola del bolsillo del abrigo y la sostuvo con la mano derecha. Con la izquierda, toqueteó en busca de los dos seguros, los encontró y los soltó. Tenía los dedos rígidos y entumecidos a causa del frío. Se preguntó si podría manejar el arma con soltura en caso de que necesitara hacerlo.

Giraron en la esquina del edificio y avanzaron hacia la entrada con decisión.

Elliot se detuvo ante la primera ventana en la que se filtraba luz. Hizo un ademán a Tina para que permaneciese detrás de él y cerca de la pared. Con precaución, se

inclinó hacia delante y avizó a través de una pequeña abertura en la parcialmente cerrada persiana veneciana, casi gritó, alarmado, ante lo que vio allí.

Un hombre muerto.

Desnudo.

Sentado en la bañera.

Tenía una muñeca cortada. El agua aparecía ensangrentada.

Elliot miró aquella inexpresiva y muerta mirada del pálido rostro del cadáver, y supo que contemplaba a Luciano Bellicosti. Y también que el director de las pompas fúnebres no se había suicidado. La azulada mandíbula de aquel hombre colgaba en un gesto permanente de su boca, como si tratase de negar todas las acusaciones de suicidio que serían presentadas muy pronto.

Elliot deseó coger a Tina por el brazo y arrastrarla hasta el coche. Pero la mujer notó que él había visto algo importante, y no se mostraría tranquila hasta saber de qué se trataba. La comprendía lo suficiente como para estar seguro de que debería ver aquella espantosa cosa por sí misma. Elliot dio un paso atrás y la empujó con gesto cariñoso delante de él. Mantuvo una mano encima del hombro de la mujer cuando ésta se inclinó hacia la ventana; sintió cómo se ponía rígida al ver al hombre muerto. Cuando se volvió de nuevo hacia Elliot, ya estaba dispuesta del todo a salir de allí, sin discusiones y sin el menor retraso.

Sólo habían dado dos pasos alejándose de la ventana cuando Elliot vio que la nieve se movía a no más de siete metros de ellos. No se trataba del diáfano e insustancial deslizamiento de los copos transportados por el viento. Constituía algo no natural, pesado, que se alzaba de un montón de blanca nieve. Con un gesto instintivo, movió la pistola delante de él e hizo cuatro disparos.

El silenciador era tan bueno que los disparos no se oyeron por encima del ruido que hacía el viento, como el de arrugar papeles.

Se agachó para tratar de convertirse en el blanco más pequeño posible, y echó a correr hacia donde había visto moverse la nieve. Encontró a un hombre vestido con el traje blanco y aislante de vigilante exterior. El desconocido había permanecido tendido en la nieve, mirándoles, y aguardando; en ese momento lucía un húmedo agujero en el pecho. Y una porción de la garganta le había desaparecido. Incluso bajo aquella escasa e ilusoria luz de la nieve circundante, Elliot vio que los ojos del hombre estaban fijos con la misma mirada sin visión que Bellicosti aún dirigía hacia la ventana del cuarto de baño.

Por lo menos habría un asesino en la casa, el vigilante del cadáver de Bellicosti. Tal vez más de uno.

Y por lo menos otro hombre que aguardaba afuera, en la nieve.

¿Y cuántos más habría?

¿Dónde?

Elliot escudriñó la noche, con los latidos del corazón desacompañados. Llegó a esperar que todo el césped cubierto de un sudario de nieve comenzara a moverse y se



alzara en las formas de centenares de asesinos, dispuestos a vengarse.

Pero todo seguía inmóvil.

Se enderezó, asombrado de su propia habilidad para reaccionar tan deprisa y con tanta violencia. Experimentó una especie de cálida satisfacción animal, que no constituía una por completo bien recibida sensación, porque le gustaba pensar sobre sí mismo como de un nombre civilizado. Al mismo tiempo, unas oleadas de repugnancia le botaron. Su garganta se quedó rígida y notó un agrio y repentino sabor en la boca. Dio la espalda al hombre que acababa de matar. Tina estaba allí, como una amorosa aparición en la nieve.

—Saben que nos encontramos en Reno —susurró ella.

—Sí.

—Y sabían que vendríamos aquí.

—Pero nos esperaban por la puerta delantera —dijo Elliot.

—¿Y por qué no...?

La agarró del brazo e hizo que callara.

—Vayámonos de aquí.

Volvieron a toda prisa sobre sus pasos, y se alejaron de la funeraria a la mayor velocidad posible. Con cada paso que daba, Elliot esperaba oír un disparo, un grito de alarma y sonidos producidos por hombres que les perseguían a la carrera.

Ayudó a Tina a trepar por el muro del cementerio y luego, mientras subía detrás de ella, estuvo seguro de que alguien le agarraba el abrigo por detrás. Jadeó y se liberó de un tirón, pero cuando se encontraba al otro lado de la pared, miró hacia atrás aunque le resultó imposible ver a nadie.

Resultaba evidente que la gente oculta en la funeraria no sabían todavía que había matado al hombre que tenían afuera. Seguían aguardando con paciencia que su presa se precipitara de cabeza en la trampa.

Elliot y Tina se precipitaron entre las losas, lo que levantó nubes de nieve parecidas a cal. Unos penachos gemelos de aliento cristalizado como fantasmas, les seguían.

Cuando se encontraban ya a mitad de camino del cementerio, y Elliot estuvo seguro de que no iban tras ellos, se detuvo, se apoyó contra un alto monumento funerario y trató de no tragar tan profundas bocanadas de aquel aire dolorosamente frío. Una imagen de la desgarrada garganta de su víctima estalló en su memoria, y una oleada de náuseas le abrumó. Se apartó de Tina, se tambaleó unos cuantos pasos a través de un prístino manto de nieve, y empezó a vomitar.

*He matado a un hombre.*

El hecho de haber actuado en defensa propia no tuvo la virtud de tranquilizarle.

Cuando al fin pudo dominarse, se enjuagó la boca con nieve. El hielo medio derretido le provocó dolor en los dientes.

Tina le puso una mano encima del hombro.

—¿Te encuentras bien?

—Le he matado...

—De no haberlo hecho, él te hubiera matado a ti.

—Lo sé. Pero eso no cambia nada, hace que me sienta enfermo.

—Pues yo pensaba que... Verás... Cuando estabas en el Ejército...

—Sí —replicó Elliot en voz baja—. Sí..., ya había matado antes. Pero, como has dicho, yo estaba en el Ejército... En el Sudeste asiático... En la guerra... Maté, por lo menos, a una docena de hombres antes del de esta noche. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo ya. En cierto modo, en la guerra no era lo mismo, no era lo mismo en absoluto... Aquello tenía que ver con el Ejército y esto es un asesinato.

Meneó la cabeza como para aclarársela. Se llevó otro puñado de nieve a la boca, y luego la escupió en cuanto se le fundió en ella.

—Ya estoy bien.

Se metió la pistola de nuevo en un bolsillo del abrigo.

—Ha sido la conmoción. Pero puedo hacerle frente. Y tampoco quiero derrumbarme ante ti. No te preocupes por lo ocurrido.

—Claro que no me preocupo, tonto. Además, tampoco eres un tipo de esos que se vienen abajo. Estoy segura de ello, aunque tú no lo estés.

Se abrazaron durante un momento; luego, ella se separó un poco.

—Si sabían que volábamos hacia Reno —dijo entonces Tina—, ¿por qué no nos siguieron desde el aeropuerto? En ese caso, habrían sabido que no entraríamos por la puerta principal de la casa de Bellicosti.

—No lo sé —replicó Elliot, aún conmocionado por la muerte y sin pensar, como de costumbre, de una forma clara—. Es probable que imaginaran que habían dado con una pista y que podían localizarnos por ella. Y supongo que estaban tan seguros del lugar al que nos encaminábamos, que ni siquiera creyeron que fuese necesario vigilarnos demasiado de cerca. Supusieron que no había otro sitio al que pudiéramos dirigirnos. Si no era a la funeraria de Bellicosti...

—Volvamos al coche —le interrumpió Tina—. Estoy congelada.

—Sí. Yo también. Y no sería mala idea alejarnos de este vecindario antes de que encuentren el hombre muerto en la nieve.

Recorrieron sus propias pisadas en el cementerio, hasta la tranquila calle residencial donde el «Chevrolet» alquilado permanecía estacionado debajo de la tenue luz de la farola de la calle.

Elliot abrió la portezuela del lado del pasajero para Tina, la cerró en cuanto ella hubo entrado, y dio la vuelta por detrás del coche mientras hurgaba en el bolsillo en busca de las llaves. Al abrir la puerta del conductor, observó unos movimientos por el rabillo del ojo y alzó la mirada, seguro de lo que iba a encontrar. Un «Ford» blanco acababa de girar en la esquina y avanzaba despacio; se acercó al bordillo y frenó en seco; se abrieron las portezuelas y del vehículo dos hombres, altos y muy robustos, se dispusieron a salir.

—¡Maldita sea! —exclamó Elliot, que de inmediato, les reconoció. Saltó al

«Chevy», cerró la portezuela de golpe y metió la llave en el contacto.

—Nos han seguido —dijo Tina.

—Sí —respondió él mientras ponía el motor en marcha y metía la primera velocidad al coche—. Un chivato. Nos lo instalarían en el coche.

No oyó el ruido del disparo, mas la bala hizo saltar la ventanilla trasera de su lado y se estrelló en la parte posterior del asiento trasero, esparciendo por el suelo del vehículo trocitos del cristal de seguridad.

—¡Baja la cabeza! —gritó Elliot.

Miró hacia atrás.

Los dos hombres se acercaban a la carrera, aunque resbalaban un poco en el pavimento con manchas de nieve.

Elliot apretó el acelerador. Los neumáticos chirriaron, sacó el coche de al lado del bordillo y lo situó en el centro de la calzada.

En rápida sucesión, dos balas rebotaron en el vehículo; cada una produjo un fuerte zumbido detrás de ellos.

Elliot se agachó encima del volante, en espera de que una bala entrase por la ventanilla trasera. En la esquina, ignoró la señal de *stop* y giró el volante fuertemente hacia la izquierda, aunque sólo apretó los frenos una vez, probando, en condiciones muy difíciles, la suspensión del «Chevy».

Tina alzó la cabeza, lanzó una ojeada hacia la vacía calle a sus espaldas y luego miró a Elliot.

—¿Un chivato? ¿Quieres decir que nos han colocado alguna especie de transmisor?

—Sí.

—¿Tendremos que abandonar el coche, no te parece?

—No hasta que consigamos despistar a esos payasos —contestó—. Si abandonamos el coche con ellos tan cerca, nos perseguirán mas de cerca aún. No podemos seguir a pie.

—Entonces, ¿qué?

Llegaron a otro cruce y Elliot hizo girar el auto hacia la derecha.

—Después de que doble en la próxima calle, me detendré y saldré. Estáte preparada para deslizarte a mi asiento y hacerte cargo del volante.

—¿Y dónde irás?

—Me esconderé entre los arbustos y aguardaré a que doblen la esquina en nuestra persecución. Sigue conduciendo recto por la calle, pero no demasiado deprisa. Dales la oportunidad de que te vean cuando entren en esa calle. Te verán a ti, pero no podrán verme a mí. Por lo menos, les reventaré un neumático.

—No debemos separarnos —contestó ella.

—Es la única manera.

—¿Y qué pasará si te atrapan?

—No lo conseguirán.

—En ese caso, me quedaría sola.

—No me atraparán. No esperan una trampa. Pero tendrás que moverte deprisa. Si nos detenemos más de un par de segundos, lo registrara su receptor, y puede infundirles sospechas.

Giró a la derecha en el cruce y se detuvo en mitad de la nueva calle.

—Elliot, yo...

—No tenemos elección —dijo él, al tiempo que abría su portezuela y salía del coche.

—Pero yo...

—¡Date prisa! —le gritó Elliot.

Echó a correr hacia una hilera de arbustos de hoja perenne que bordeaba la parte delantera del césped de una casa de ladrillos baja, estilo rancho. Se agazapó detrás de uno de aquellos arbustos, donde se acurrucó en las sombras, más allá del círculo de luz helada que una farola de la cercana calle proyectaba. Sacó la pistola del bolsillo de su abrigo mientras Tina se alejaba con el coche.

En cuanto el ruido del «Chevy» se extinguió, oyó el ruido de otro coche, que se aproximaba a toda velocidad. Unos segundos después, el sedán blanco entró muy fuerte en el cruce.

Elliot se incorporó, sujetó la pistola con ambas manos e hizo tres rápidos disparos. Los dos primeros se estrellaron contra la metálica carrocería, pero el tercero rajó el neumático delantero derecho.

El «Ford», que había doblado por la esquina con demasiada velocidad, sacudido por el reventón, perdió el control, patinó a través de la calle, saltó el bordillo, atravesó una cerca de metro y medio de altura, destruyó un bebedero de escayola para pájaros y se paró al fin en mitad del césped cubierto de nieve.

Elliot echó a correr. Tina detuvo el «Chevy» a unos cien metros de distancia. En realidad, parecían cien kilómetros. El eco de sus resonantes pisadas pareció tan atronador como un redoble de tambor en un silencioso ambiente nocturno. Al fin, alcanzó el coche. La mujer le mantenía la portezuela abierta. Elliot penetró en el vehículo, cerró con violencia y exclamó:

—¡Vamos, vamos!

—Tina pisó el acelerador a fondo y el coche respondió con un estremecimiento, y, al instante, con un estallido de potencia. Cuando ya habían recorrido dos manzanas, Elliot dijo:

—Gira a la derecha, en la próxima esquina.

Tras otros dos giros y tres manzanas más lejos, Elliot prosiguió:

—Estacionalo junto al bordillo. Buscaré el chivato que nos han instalado.

—Pero, ahora ya no podrán seguirnos —exclamó Tina.

—Pero tienen un receptor. Captarán nuestro avance, aunque no les sea posible ponernos las manos encima. Y no quiero que sepan siquiera la dirección que tomamos.

Tina detuvo el coche y él salió. Introdujo la mano por la parte de los parachoques traseros, alrededor de los tapacubos de las ruedas donde un transmisor podía situarse de una forma rápida y sencilla. Nada. El parachoques delantero estaba limpio también. Finalmente localizó el transmisor, fijado magnéticamente en un lateral del parachoques trasero. Lo soltó de la chapa y lo arrojó al suelo.

De nuevo en el automóvil, con las portezuelas cerradas, el motor en marcha y la calefacción a tope, ninguno de los dos pudo hablar durante un rato. Permanecieron sentados en un pétreo silencio, acariciados por el aire cálido, aunque siguieran temblando.

—¡Dios mío, se mueven con rapidez! —exclamó Tina al fin.

—Aún seguiremos un paso por delante de ellos —replicó Elliot, tembloroso.

—Medio paso...

—Tal vez sea así —convino él.

—Es posible que Bellicosti tuviera los datos de los hechos que necesitamos para interesar en el caso a un periodista de la Prensa sensacionalista.

—Ahora ya no —repuso él.

—Entonces, ¿cómo daremos con esos hechos?

—De alguna manera —replicó Elliot, de una manera vaga.

—¿Cómo reconstruiremos nuestro caso?

—Ya pensaremos en algo.

—¿A quien nos dirigiremos ahora?

—Aún hay esperanzas, Tina.

—No digo que no las haya. Sólo te pregunto dónde iremos a partir de ahora.

—Esta noche ya no hay nada que hacer —respondió Elliot con tono cansado—. No en nuestro estado. Nos encontramos molidos. Cualquier decisión que tomáramos se basaría en percepciones inducidas por la adrenalina. Sólo nos apoyaríamos en la pura desesperación. Y eso puede convertirse en un peligro. Cualquier decisión no sería en absoluto la mejor decisión. Hemos de encontrar algún sitio y descansar. Por la mañana tendremos la cabeza despejada y entonces las respuestas nos parecerán obvias.

—¿Crees que, en realidad, podrás dormir? —preguntó ella.

—Demonios, sí. Ha sido una dura noche la de hoy: me he visto obligado a luchar por mi vida en mi propia casa. Casi me han hecho añicos. Un par de matones, en una furgoneta negra, me han perseguido por todo Las Vegas, y otro grupo de gánsters, en un sedán blanco, les han tomado el relevo. Y he matado a un hombre. Ya es demasiado. No me digas que estás llena de energía y vigor.

—No —repuso Tina—. Me encuentro hecha polvo.

—Estupendo. Sé que eres una dama muy fuerte, pero si fueses aún más fuerte, resultarías demasiado para mí.

—¿Y dónde nos hallaremos a salvo durante esta noche?

—Emplearemos un viejo truco —prosiguió Elliot—. En vez de escondernos en

algún hotelucho de mala muerte, nos dirigiremos en línea recta hacia el mejor hotel de la ciudad.

—¿A «Harrah's»?

—Exactamente. No esperarán de nosotros que hagamos algo así. Nos buscarán por cualquier otro lugar.

—Es demasiado arriesgado.

—¿Puedes pensar en algo mejor?

—No.

—*Todo* es arriesgado.

—Muy bien. Pues, hagámoslo.

Tina condujo el coche hasta el centro de la ciudad, y abandonaron el «Chevy» en un estacionamiento público, a cuatro manzanas de distancia de «Harrah's».

—Me gustaría no tener que abandonar el coche —comentó Tina, mientras sacaba su única maleta del portaequipajes.

—Lo estarán buscando.

Siguieron a pie hacia el «Harrah's Hotel», por unas calles ventosas y aplastadas por el neón. Pasaron ante la entrada de los casinos, de los que salía una música fuerte, risas y el sonido de las máquinas tragaperras, incluso a las dos menos cuarto de la madrugada.

Aunque Reno no vivía toda la noche con la misma energía que Las Vegas exhibía, y a pesar de que muchos turistas se habían ido ya a la cama, en «Harrah's», el casino se hallaba casi lleno. Un marinero joven estaba teniendo mucha suerte en la mesa de dados, y un excitado grupo de jugadores le urgían para que sacara un ocho y consiguiera su puesta.

Elliot y Tina subieron en la escalera mecánica hasta el vestíbulo del hotel. En casi todos los hoteles importantes de Nevada, el vestíbulo se encontraba cerca de una parte integrante del casino, para que los huéspedes se viesan tentados a entrar en acción en el mismo instante de su llegada, y fuesen atraídos de nuevo hacia las mesas para una última apuesta incluso en el momento de pagar la cuenta del hotel para regresar a sus casas. Pero «Harrah's» tenía al parecer mucha más clase que la mayoría de los hoteles de Nevada; y el empleo principal de eso radicaba en el hecho de que el mostrador de recepción se encontrara en la segunda planta, en un tranquilo rincón, lejos del bullicio general.

Era un fin de semana festivo, y el hotel estaba ocupado por completo, hasta el límite de su capacidad; no obstante, Elliot sabía que siempre había un acomodo disponible. A requerimiento del director del propio casino, todos los hoteles reservaban unas cuantas habitaciones vacantes, para el caso de que algunos clientes habituales —grandes jugadores, por supuesto— apareciesen por sorpresa por allí, sin haber hecho reservas anticipadas, pero provistos de grandes fajos de billetes y ningún lugar donde acomodarse. Además, algunas reservas se cancelaban en el último momento, y siempre quedaba alguna *suite* libre por este motivo. Un billete de veinte

dólares doblado colocado sin ostentación en la mano del empleado de recepción, era siempre el causante de que se descubriera un cuarto vacío olvidado.

Cuando informaron a Elliot de que, por casualidad, había una habitación disponible por dos noches, firmó la tarjeta de admisión como *Clifford Montgomery*, un levemente modificado nombre de una de sus viejas estrellas de cine favoritas; y también anotó una falsa dirección de Seattle. El empleado le pidió el documento de identidad o alguna tarjeta de crédito importante, y Elliot contó una triste historia acerca de haber sido víctima de un ratero en el aeropuerto. Incapaz de demostrar su identidad, se le requirió para que pagase las dos noches por anticipado, lo cual hizo, sacando el dinero de un bolsillo del abrigo, en vez del billeteiro que, supuestamente, le había sido robado.

Él y Tina fueron conducidos a una habitación espaciosa y muy bien decorada de la novena planta.

Después de que el botones se marchara, Elliot cerró la puerta, pasó el cerrojo, y también colocó la cadena de seguridad, además de encajar un robusto sillón debajo del pomo de la cerradura.

—Esto se parece a una prisión —comentó Tina.

—Excepto que estamos cerrados por dentro, y los asesinos corren en libertad por el exterior.

Poco tiempo después, ya en la cama, se acurrucaron uno contra otro, sin que ninguno de ellos pensara en el sexo para nada. Sólo deseaban tocar y ser tocados, jugar, para confirmarse mutuamente que aún seguían vivos; para sentirse a salvo, protegidos y amados. Era una especie de necesidad animal de afecto y compañía, y constituía una reacción contra la muerte y la destrucción en las que aquel día había sido tan pródigo. Tras encontrarse a tantas personas con tan poco respeto hacia la vida humana, necesitaban convencerse de que realmente eran algo más que una pavesa al viento.

Al cabo de un rato, sin que ninguno de ellos hubiera buscado ni esperado el sexo, ambos sintieron que el deseo se despertaba con fuerza en su interior, una especie de cálido y delicioso anhelo. Fue un acoplamiento parecido, curiosamente, a un sueño. Elliot no llegó a estar seguro de cómo llegaron a ese estado. Al principio, se hallaban entrelazados, cada uno tumbado de lado, de frente, besándose con cariño y murmurándose palabras amorosas, mientras ella aplastaba con suavidad sus senos contra el pecho de él, y luego, de repente, Elliot se encontró sobre ella, y Tina, sin palabras, empezó a urgirle alegremente con las manos. Las sedosas piernas de Tina y sus brazos parecieron plegarse en torno de él. Se produjo una susurrante fricción de carne contra carne. Él estuvo dentro del cuerpo femenino antes de que siquiera se percatara de ello, y luego comenzaron a moverse, a oprimirse, a aferrarse. Constituyó una sorprendente e intensa experiencia, que se consumó pronto, con ansia y con fuerza, en no más de dos o tres minutos.

Cuando hubieron acabado, Tina se oprimió contra él con fuerza durante un rato,

sin desear que Elliot se apartase de su cuerpo ni unos milímetros. Al final, se desenredaron y se separaron con la misma adormilada y torpe manera que los había unido. Se despezaron, uno junto al otro, sobre sus espaldas, agarrados de la mano, en espera de que su agitada respiración se calmara hasta conseguir un ritmo más normal, mientras contemplaban el techo, despiertos.

Al cabo de un momento, él dijo:

—Tenías razón.

—¿Acerca de qué? —preguntó Tina.

—Sobre lo que dijiste anoche en Las Vegas.

—Refréscame la memoria.

—Afirmaste que yo disfrutaba con esta persecución.

—Una parte de ti..., muy dentro de ti mismo. Sí, creo que es cierto.

—Sé que lo es —replicó Elliot—. Ahora lo veo claro. Al principio no quería creerlo.

—¿Y por qué no? Yo no lo decía de manera despectiva.

—Eso ya lo sé. Sólo que... Verás..., durante más de quince años he llevado una vida muy corriente, la vida de todos los días. Estaba convencido de que ya no anhelaba ni necesitaba la clase de emociones por las que pasé de joven.

—No creo que las necesites ni las desees —le respondió Tina—. Pero ahora, cuando te encuentras de nuevo en auténtico peligro por primera vez desde que trabajabas para la Inteligencia militar, ahora que, realmente, tu vida pende de nuevo de un hilo, una parte de ti responde al desafío. Como un viejo atleta que vuelve a la cancha después de una larga ausencia, y que comprueba sus músculos y reflejos, y se enorgullece ante el hecho de que sus antiguas habilidades siguen presentes.

—Es algo más que eso —repuso Elliot—. Creo..., en lo más profundo de mí..., creo que experimenté una emoción enfermiza cuando maté a aquel hombre.

—No seas tan duro contigo mismo —dijo Tina.

—No lo soy. En realidad, yo no tenía tan soterradas esas emociones como pensaba. Quizá estuviesen más bien próximas a la superficie.

—Seguro que no experimentas ningún placer en el asesinato. A menos que, por costumbre, experimentes placer en entregarte a ese tipo de acciones.

—Me entrego porque..., de repente, he sido consciente de lo mucho que me ha complacido disparar contra un hombre con tanta rapidez y puntería. Como si... pudiera entrever a la criatura salvo que tenía ante mi propio rostro. Me pone enfermo el comprobar que se ocultaba en mi interior.

—Deberías alegrarte por haber matado a ese bastardo —replicó Tina en voz baja, mientras le oprimía la mano.

—¿De veras?

—Escucha, si les pongo las manos encima a las personas que tratan de evitar que busque a Danny, no tendré el menor reparo en matarles. Ninguno en absoluto. Soy una leona madre, y me han robado a mi cachorro; tal vez, el matarles sea la cosa más



natural y admirable que yo podría hacer.

—Así que dentro de nosotros tenemos algo propio de las bestias ¿verdad?

—Sí.

—Tal vez yo no sea el único que lleva un animal salvaje atrapado en mi interior.

—No. Claro que no eres tú solo. En absoluto. Es algo que nos sucede a todos.

—Pero ¿llega eso a convertirlo en más aceptable?

—¿Y qué debemos aceptar? —preguntó Tina—. Se trata de la forma en que Dios nos ha hecho. Es como se supone que debemos ser... Por lo tanto, ¿cómo puede decirse que no esté bien?

—Tal vez...

—Si un hombre mata por el mero placer de matar, o si lo hace sólo por un ideal, como alguno de esos revolucionarios chalados acerca de los que has leído, eso *sí* es una cosa salvaje..., o una locura. Pero lo que tú has hecho es diferente por completo. El instinto de conservación es uno de los impulsos más poderosos de los que Dios nos ha dotado. Estamos hechos para sobrevivir, aunque tengamos que matar a alguien a fin de conseguirlo. Es lo que la *Biblia* dice...: «Hay un tiempo para todo..., un tiempo para nacer, un tiempo para morir...; un tiempo para matar, un tiempo para curar...».

Permanecieron silenciosos durante un rato.

—Gracias... —murmuró Elliot.

—Yo no he hecho nada.

—Has escuchado.

—Para eso tengo los oídos.

—Y has hablado con mucho sentido común.

—Para eso tengo la voz.

Elliot le tocó los senos.

—¿Y esto para qué es?

—Para ti, por supuesto.

—¿Y esto?

—También es para ti.

—Es un regalo muy bonito.

—¿Te gustan los regalos?

—Los adoro.

—Pues, tómalos.

—No puedo creer que esté dispuesto de nuevo.

—Pues será que así lo sientes.

Aquella vez su forma de hacerse el amor fue más lenta y suave que la anterior. Cuando Tina se notó liberada, Elliot sintió su climax avanzando a través de su cuerpo; temblores de placer azotaron a Tina como si se tratara de una lenta, lenta marea, y se dejó ir a un exquisito movimiento lento, como una ligera planta subacuática que respondiera a unas invisibles corrientes. Cuando al fin acabó, Elliot

se dejó ir también, una y otra vez, hasta que se sintió profunda y placenteramente vacío, hueco. Unos minutos después, Tina estaba dormida.

Agotado, demasiado cansado ni siquiera para preocuparse respecto de aquellas peligrosas personas que le perseguían en aquel preciso instante, Elliot se durmió también.

Kurt Hensen, la mano derecha de George Alexander, dormitó durante la mayor parte de un agitado vuelo desde Las Vegas a Reno. Iban en una avioneta de diez plazas que pertenecía a la Red, y el pequeño aparato sufrió una ruda paliza a causa de los vientos de altitud que azotaban el corredor de vuelo que le había sido asignado. A Hensen, un hombre de robusta constitución, de cabello rubio claro y ojos crueles, le daba miedo volar. Sólo conseguía meterse en un avión tras haberse tomado unas pastillas tranquilizantes. Como de costumbre, empezó a dar cabezadas en cuanto el avión se elevó desde la pista de despegue.

George Alexander era el otro único pasajero. Consideraba que hacerse con aquel reactor había sido uno de sus más importantes logros en los tres años en que fue jefe de la oficina de Nevada de la Red. Ya pasaba más de la mitad de su tiempo en el área de Las Vegas, y puesto que trabajaba fuera de la oficina, a menudo tenía razones para volar de pronto a puntos alejados: Reno, Elko, incluso fuera del Estado, a Texas, California, Arizona, Nuevo México, Utah... Durante el Primer año, empleó los vuelos comerciales o alquiló los servicios de un piloto privado de confianza para llevar el avión convencional de dos motores que el predecesor de Alexander consiguió extraer del presupuesto de la Red. A Alexander, le pareció absurdo y corto de miras, por parte del Director, el forzar a un hombre como él, de su posición a viajar con unos medios relativamente tan primitivos. Su tiempo era muy valioso para el país: su trabajo, delicado y a menudo requería decisiones urgentes basadas en el estudio de informaciones de primera mano, que sólo podían encontrarse en lugares distantes. Tras un prolongado y arduo cabildeo del Director, Alexander, al fin se vio recompensado con ese pequeño reactor, y, de inmediato contrató a dos pilotos a jornada completa, ambos exmilitares, incluidos en la nómina de la oficina de Nevada.

A veces, la Red regateaba el dinero. Y George Lincoln Stanhope Alexander, que era heredero tanto de la fortuna de los Alexander de Pensilvania como de la enorme riqueza de los Stanhope de Delaware, no tenía paciencia en absoluto con gente tan mezquina.

Resultaba cierto que cada dólar contaba, puesto que cada dólar del presupuesto de la Red resultaba difícil de conseguir. Dado que su existencia debía guardarse en secreto, la organización se valía de expropiaciones conseguidas en otras Agencias gubernamentales. Por ejemplo, tres mil millones de dólares, la parte por sí sola más importante del presupuesto anual de la Red, les era cedido por el Departamento de Sanidad y Bienestar. La Red tenía un agente de cobertura, llamado Jacklin, en las filas de más alto rango de la burocracia de Sanidad. Era trabajo de Jacklin el concebir nuevos programas de bienestar, convencer al ministro de Sanidad y Bienestar de que dichos programas eran necesarios, hacerlos aceptar por el Congreso, y luego establecer unos refugios burocráticos convincentes para ocultar el hecho de que los programas eran falsos por completo; y a medida que los fondos federales

comenzaban a afluir a esas falsas operaciones, el dinero se dirigía hacia la Red. El conseguir tres mil millones de Sanidad resultó la menos arriesgada de las maniobras de captación de fondos, puesto que el ministerio de Sanidad era tan gigantesco y, según su propia admisión, tan vasto que nunca llegaba a controlar sumas tan pequeñas. Se había estimado que Joseph Califano, durante su tiempo de ministro gastaba diez mil millones al año, e incluso había quienes creían que esas cifras eran inexactas y que, en realidad, había que multiplicarlas por tres. El Departamento de Defensa, que no tenía tanto dinero como el de Sanidad y Bienestar, era, sin embargo, también culpable de despilfarro, y proporcionaba otros mil millones al año. Cantidades más pequeñas, que iban desde cien millones a quinientos mil millones, eran sustraídas con menos esfuerzos del Departamento de Energía, del de Educación y de otros cuerpos gubernamentales, sobre una base de tipo anual.

La Red, por lo tanto, se financiaba con algunas dificultades; pero, innegablemente, se hallaba bien provista de fondos. Un pequeño reactor para el jefe de la vital oficina de Nevada no constituía una extravagancia, y Alexander creía que sus mejores actuaciones durante el año anterior habrían convencido al viejo de Washington de que todo ese dinero estaba bien gastado.

Alexander se sentía orgulloso de la importancia de su posición, pero también frustrado porque había muy pocas personas que fueran *conscientes* de su gran importancia.

En ocasiones, envidiaba a su padre y a sus tíos. La mayoría de éstos habían servido a su país de una forma abierta, en unos cargos visibles del todo, donde la gente podía ver y admirar su impecable servicio público. Ministro de Defensa, ministro de Asuntos Exteriores, embajador en Francia... En posiciones de esa naturaleza, un hombre era apreciado y respetado.

Por otra parte, George no consiguió alcanzar un puesto de auténtica talla y autoridad hasta sólo seis años antes, cuando cumplió los treinta y seis. Durante sus veinte años y primeros de los treinta, intervino en gran variedad de trabajos para el Gobierno, nombramientos diplomáticos y de Inteligencia, que no habían sido nunca un insulto al nombre de la familia, pero siempre en cargos menores, en Embajadas en Asia y en América del Sur, nada por lo que el *New York Times* se dignase ni siquiera reconocer su existencia.

Luego, seis años atrás, se formó la Red como una respuesta a las castraciones del FBI y de la CÍA, que habían sido objeto de sendos ataques sin fin, llevados a cabo contra aquellas organizaciones, por parte de los medios de difusión, y de los elementos de izquierdas y de derechas del Congreso. El Presidente había encargado a George la tarea de crear una Oficina fiable y clandestina en Sudamérica para la nueva Agencia de espionaje. Aquello había sido un trabajo excitante, de gran importancia y auténtico desafío. George se había responsabilizado del gasto de decenas, de millones de dólares y, llegado el momento, tuvo el control de centenares de agentes en una docena de países. Después de tres años, el Presidente se mostró encantado con los

éxitos en América del Sur, y pidió a George que se encargara de la oficina de la Red en Nevada, que había sido muy mal dirigida. Ese lugar era uno de la media docena en los que trabajaban los más poderosos ejecutivos en la jerarquía de la Red. George se vio alentado por el Presidente hasta que llegó a creerse que, en su día, sería ascendido a jefe de oficina de toda la División Occidental, y, luego, toda la ascensión a la cumbre, en el caso de que pudiera lograr que la División Occidental funcionase de una manera tan suave como las oficinas de Sudamérica y de Nevada. Con el tiempo, él se haría cargo del sillón del Director en Washington y tendría en sus manos toda la responsabilidad respecto de las operaciones de Inteligencia, tanto nacionales como extranjeras. Con ese título, se convertiría en uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos, una fuerza con la que tendrían que contar los secretarios de Estado y de Defensa.

Pero no podía contar a nadie sus logros. Carecía de la esperanza de recibir la aclamación pública y el honor que habían alcanzado a otros hombres de su familia. La Red era algo secreto, y debería continuar así para que tuviera alguna clase de valor. Por lo menos la mitad de las personas que trabajaban para ella ni siquiera se daban cuenta de que existiera; algunos de ellos creían que eran empleados del FBI; otros, estaban seguros hasta de trabajar para la CÍA, e incluso los había que creían encontrarse dentro de las diversas ramas del Departamento del Tesoro y del Servicio Secreto. Ninguna de aquellas personas comprometería a la Red. Sólo los jefes de la Oficina, su personal más inmediato, los jefes de estación en ciudades importantes, y oficiales de campo, que demostraron su buen actuar y su lealtad; sólo esas personas conocían la auténtica naturaleza de sus patronos y su trabajo. En el momento en que los medios de comunicación fuesen conscientes de la existencia de la Red, los periodistas comenzarían con todo vigor a la búsqueda de información, y cuando tuviesen pruebas suficientes de que aquella Agencia de espionaje era real, lo pondrían todo al descubierto.

«No deja de ser irónico», pensó Alexander, «que los medios de difusión, y algunos congresistas, con sus exageradas reacciones contra algunas transgresiones auténticas del FBI y de la CÍA, en sus incansables esfuerzos por quitarles vigor a aquellas tiendas tan necesarias para reunir temas de espionaje, hubieran, indirectamente (y sin quererlo), contribuido a la fundación de lo que más temían: la primera y auténtica fuerza de Policía Secreta en los doscientos años de historia de Estados Unidos».

Mientras se sentaba en la poco iluminada cabina del reactor, y observaba como las nubes corrían rápidas por debajo, Alexander se preguntó qué dirían su padre y sus tíos si supieran que su servicio a su país había requerido de él, a menudo que emitiera órdenes de asesinato. Y, peor todavía, en tres ocasiones, en América del Sur, se encontró en una posición en que necesitó apretar el gatillo del asesino él mismo. Había disfrutado con tal intensidad de aquel acto, quedó tan profundamente electrizado por él, que, por gusto, llevó a cabo el papel de verdugo en otra media

docena de misiones. ¿Qué pensarían sus mayores Alexander, los famosos estadistas, al saber que se había manchado las manos de sangre? En lo que se refiere al hecho de que constituía, a veces, una parte de su trabajo el ordenar a unos hombres que asesinaran, suponía que su familia lo comprendería. Los Alexander eran todos unos idealistas si llegaban a discutir acerca de cómo deberían ser las cosas, pero también eran unos redomados pragmáticos cuando tenían que enfrentarse con la realidad. Sabían que los mundos de la seguridad militar nacional, así como los del espionaje internacional, no eran, en absoluto, un juego de niños. Incluso en lo más profundo de sus corazones, habrían llegado a perdonar a George por haber apretado el gatillo en persona. «*Después de todo*», pensó «*nunca he matado a un ciudadano corriente o a una persona que de verdad valiese mucho*». Sus blancos habían sido siempre espías, traidores; y algunos de ellos incluso asesinos a sangre fría. *Basura, sólo he matado basura*. No era un trabajo muy agradable, pero tampoco carecía de una parte de auténtica dignidad y heroísmo, por lo menos, ésa era la manera en que George veía el asunto; él se consideraba todo un héroe. Estaba convencido de que su padre y sus tíos le concederían sus bendiciones..., pero a él no le estaba permitido contárselo.

El reactor tuvo que hacer frente a una serie de importantes turbulencias. Durante un minuto se estremeció, osciló y saltó.

Kurt Hensen se movió en sueños, pero no despertó.

Cuando el avión volvió a estabilizarse de nuevo, Alexander miró por la ventanilla hacia aquella femenina redondez de las nubes, blancas como la leche, iluminadas por la luz lunar. Aquello le recordó a la mujer de Evans. Era encantadora. Tenía en el asiento de al lado su expediente. Lo cogió, lo abrió y se quedó mirando su fotografía. De lo más encantadora... Decidió que él mismo la mataría cuando llegara el momento, y aquel pensamiento le produjo una erección casi instantánea.

Disfrutaba matando. No podía pretender engañarse a sí mismo, sin tener en cuenta el rostro que debía mostrar al mundo. Durante toda su vida, por razones de las que jamás había estado del todo seguro, la muerte le fascinó, le intrigaba la forma, naturaleza y posibilidades de la misma, hechizado por el estudio y teoría de su significado. Se consideraba un auténtico mensajero de la muerte, un caudillo de nombramiento divino. En muchos aspectos, el asesinato le resultaba más electrizante que el sexo. Sabía que su gusto por la violencia no hubiera sido tolerado durante mucho tiempo en el FBI, o en otras Agencias de Policía del dominio público. Pero, en esta desconocida organización, en este lugar secreto, siempre medraría.

Cerró los ojos y pensó en Christina Evans.

En el sueño, Danny se hallaba en el extremo más alejado de un largo túnel. Estaba encadenado, sentado en el centro de una pequeña caverna bien iluminada, pero el pasadizo que conducía hasta él aparecía en sombras y se traslucía el peligro. Danny la llamaba una y otra vez, le suplicaba que le salvara antes de que el techo de su Prisión subterránea se hundiera y le enterrase vivo. Ella echaba a andar por el túnel hacia él, determinada a sacarle de allí, pero algo alargaba la mano hacia ella desde una pequeña hendidura en la pared. Fue consciente de un resplandor suave, parecido al ruego, que se mostraba más allá de la hendidura, y una figura en movimiento silueteada contra el fondo rojizo. Se dio la vuelta y se quedó mirando el rostro sonriente de la Muerte, como si la observaran desde las mismas entrañas del infierno. Aquellos ojos carmesíes. La temblorosa carne. El racimo de gusanos en la mejilla. Gritó, pero luego vio que la Muerte no podía llegar a alcanzarla. El agujero en la pared no era lo bastante ancho como para que la Muerte entrara en el pasadizo; sólo podía alargar un brazo hacia ella, y sus largos y huesudos dedos quedaban a pocos centímetros de Tina. Danny comenzó a llamarla de nuevo, y ella continuó por el oscuro túnel hacia él. Una docena de veces pasó ante hendiduras en la pared, y la Muerte la miró enfurecida desde cada una de ellas, gritándole, maldiciéndola, pero ninguno de los agujeros era lo bastante grande como para que la Muerte pudiera pasar por él. Tina llegó junto a Danny y, cuando le tocó, las cadenas cayeron mágicamente de sus brazos y piernas.

—Qué susto he pasado —dijo Tina.

—Hice más pequeños los agujeros —replicó Danny—. Quería estar seguro de que no resultaras lastimada.

A las ocho y media de la mañana del viernes, Tina se despertó sonriendo, excitada. Tocó repetidas veces a Elliot hasta despertarle.

Él parpadeó, adormecido, y se incorporó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Danny acaba de enviarme otro sueño.

Al ver la amplia sonrisa de Tina, Elliot respondió:

—Resulta obvio, al mirarte, que no ha sido la pesadilla de siempre.

—En absoluto. Danny quiere que vayamos hasta él. Desea que nos presentemos en el lugar donde le retienen, y que nos lo llevemos de allí.

—Nos matarían antes de llegar junto a él. No podemos presentarnos a la carga como si fuésemos la caballería. Deberé emplear los medios de comunicación y los tribunales para liberarle. Nosotros dos solos no podemos luchar contra toda la organización que está detrás de Kennebeck, además del personal de algún centro secreto militar de investigación.

—Pero Danny lo convertirá en seguro para nosotros —explicó ella confiada—. Empleará sus poderes psíquicos para ayudarnos a penetrar allí.

—Eso no es posible.

—Dijiste que creías en ello.

—Y creo —replicó Elliot, que bostezó y se desperezó de una manera forma muy elaborada—. Claro que creo. Pero..., ¿cómo nos ayudará? ¿Cómo garantizaría nuestra seguridad?

—No lo sé. Sin embargo, estoy segura de que eso es lo que ha tratado de decirme en el sueño.

Le contó con todo detalle lo que había soñado, y él admitió que la interpretación de Tina no era forzada en absoluto.

—Pero aunque Danny pudiera, de alguna forma, hacernos entrar —repuso Elliot—, no sabemos dónde le retienen.

—Esa instalación militar secreta acerca de la cual teorizamos...

—Puede estar en cualquier parte —repuso Elliot—. Y tal vez ni siquiera exista. Y aunque exista, quizá no le tengan allí.

—Existe, y es donde él se encuentra —dijo ella, que trató de parecer más segura de lo que en realidad se sentía.

Estaba convencida de que se hallaba a punto de llegar hasta Danny. Casi le parecía que le tenía de nuevo entre sus brazos, y no deseaba que nadie dijese que le separaba de ella algo más que el grosor de su cabello.

—Muy bien —replicó Elliot, al tiempo que se erguía, y se pasaba los dedos por los adormilados ojos—. Digamos que tu teoría de la instalación secreta es correcta. Digamos, también, que ese lugar existe. Pero eso no nos ayuda en absoluto. Puede encontrarse en cualquier lugar de estas montañas.

—No —contestó Tina—. Debe hallarse a pocos kilómetros de distancia de donde Jaborski quería ir con los muchachos.

—De acuerdo... Tal vez sea verdad. Pero eso cubre una gran extensión de terreno escabroso. Y no podemos llevar a cabo una exploración en regla.

La confianza de Tina resultaba incommovible.

—Danny nos lo indicará —replicó.

—¿Va a decirnos Danny dónde se encuentra?

—Creo que lo intentará. Al menos, tuve ese presentimiento durante el sueño.

—¿Y cómo lo hará?

—No lo sé. Pero tengo la corazonada de que si encontráramos alguna forma de..., algún medio para que enfocara su energía, para que la canalizara...

—¿Y eso cómo sería?

Tina se quedó mirando durante un instante la revuelta ropa de la cama, como si buscara una inspiración en las arrugas de las sábanas, con la misma expresión que uno ve en el rostro de una gitana que Predice el futuro mientras mira las hojas de té.

—¡Mapas! —exclamó de repente.

—¿Qué?

—¿No publican mapas del terreno de esas zonas deshabitadas? Los excursionistas



y otros amantes de la naturaleza los necesitan. Sin un minucioso detalle de todo. Pero sí unos mapas que muestren el aspecto básico del terreno: colinas, valles, los cursos de ríos y torrentes, senderos, pistas forestales abandonadas..., todo ese tipo de información. Estoy segura de que Jaborski tenía mapas. Sé que los tenía Los vi durante la reunión con los padres de los escolares, cuando nos explicó que la excursión sería de lo más segura.

—Supongo que en los establecimientos de artículos deportivos de Reno tendrán mapas, por lo menos de las partes más cercanas de las Sierras —admitió Elliot.

—Tal vez si encontráramos un mapa y lo extendiéramos..., pues quizá Danny hallara una manera de mostrarnos con exactitud el lugar dónde se encuentra.

—¿Cómo?

—Aún no estoy segura.

Tina apartó los cobertores y se levantó de la cama.

—Primero habremos de conseguir los mapas. Ya nos preocuparemos después por todo lo demás. Vamos. Tenemos que ducharnos y vestirnos. Las tiendas abrirán dentro de una hora o así.

Debido al lío que se había organizado en casa de Bellicosti, George Alexander no se fue a la cama hasta las cinco y media de la madrugada del viernes. Dado que estaba furioso con sus subordinados por haber permitido de nuevo que Stryker y la mujer escapasen, tuvo dificultades para conciliar el sueño. Finalmente, lo consiguió a eso de las siete, y a las diez estaba de nuevo en pie, sintiéndose atontado y cansado.

No se había despertado a las diez por obra del despertador, sino por una llamada telefónica. Era el Director que le telefoneaba desde Washington. Empleaban un aparato de interferencias, para hablar con plena libertad, el Director no se ahorró ninguna clase de palabras. El viejo estaba furioso. Mientras escuchaba con docilidad las acusaciones y exigencias del Director, Alexander se percató de que su futuro en la Red estaba en juego. Si fallaba en eliminar a Stryker y la Evans, sus sueños de sentarse en el sillón de Director al cabo de unos cuantos años, no tendrían la menor oportunidad de convertirse en realidad.

Después que el viejo colgase, Alexander llamó a la oficina, y no estaba de humor en absoluto para escuchar que Elliot Stryker y Christina Evans seguían aún libres. Pero eso fue exactamente lo que le dijeron. Sacó más hombres de otras misiones y les ordenó que participaran también en aquella caza del hombre.

—Quiero que les encuentren antes de que el día concluya —gritó Alexander—. Ese hijo de puta ha matado ya a uno de los nuestros. Y no se irá de rositas después de eso. Quiero que sea eliminado.

«Y también quiero a esa bruja. La quiero muerta», pensó Alexander.

Había dos buenas tiendas de artículos deportivos y dos armerías cerca del hotel. En el primer establecimiento no vendían mapas, y en el segundo solían tener, pero se les habían agotado. Encontraron lo que necesitaban en una de las armerías: una serie de doce mapas de los páramos de las Sierras, realizados para uso de excursionistas y cazadores. La serie iba en una caja de cuero y el precio era de cien dólares menos unos pocos centavos.

Ya de regreso en la habitación del hotel, extendieron uno de los mapas encima de la cama.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Elliot.

Tina consideró el problema durante un momento. Luego, se acercó al escritorio, abrió el cajón del centro y sacó una carpeta con artículos de escritorio del «Harrah's». También había un bolígrafo barato de plástico, con el nombre del hotel impreso. Lo cogió, regresó a la cama y se sentó delante del mapa.

Tina dijo:

—La gente que cree en las cosas ocultas dice que hay un fenómeno denominado «escritura automática». ¿Has oído hablar de ella?

—Claro —replicó Elliot—. La escritura de los espíritus. Se supone que un fantasma guía la mano de algún viviente para hacerle llegar un mensaje desde el Más Allá. Eso es algo que siempre me ha parecido una imbecilidad.

—Pues voy a intentar algo de esa clase. Excepto, como es natural, que no espero que fantasma alguno guíe mi mano. Confío en que Danny lo haga.

—¿Y no tendrías que estar en trance, como una médium durante una sesión?

—No lo sé. Me limitaré a dejar mi mente tan en blanco como pueda. Me relajaré por completo e intentaré estar abierta y receptiva. Sujetaré el bolígrafo contra el mapa y es posible que Danny trace una ruta para nosotros.

Elliot acercó una silla a la cama y se sentó.

—No creo ni por un momento que eso vaya a funcionar. Pero me sentaré aquí tan silencioso como un ratón y concederé una oportunidad al asunto.

Tina miró el mapa y trató de no pensar en nada más que en los llamativos verdes, y azules, amarillos y rosas que los cartógrafos habían empleado para señalar los diferentes tipos de terreno. Dejó que sus ojos mirasen al vacío.

Pasó un minuto.

Dos minutos. Tres.

Otro minuto. Dos.

Nada.

Plegó el mapa y buscó otra zona.

Siguió sin ocurrir nada.

—Dame otro mapa —pidió.

Elliot retiró uno de la caja de piel y se lo tendió; después cogió el primer mapa y

lo dobló.

Media hora y cinco mapas después, de repente, la mano de la mujer se deslizó por el papel como si alguien empujara su brazo.

Percibió una peculiar sensación que parecía proceder *del interior* de su mano, y la sorpresa la dejó rígida.

Aquella fuerza la abandonó.

—¿Qué pasa? —preguntó Elliot.

—Danny. Lo intenta.

—¿Estás segura?

—¡Claro que sí! Pero me ha desconcertado, y supongo que incluso esa leve resistencia que he ofrecido, ha sido suficiente para alejarle. Por lo menos, sabemos que éste es el mapa correcto. Deja que lo intente de nuevo.

De nuevo, apoyó la punta del bolígrafo en el mapa, y dejó que su mirada se desenfocara otra vez.

La habitación comenzó a enfriarse.

Tina trató de no pensar en aquel ambiente helado. Intentó, con todas sus fuerzas, no pensar en nada.

Su mano derecha, la que sujetaba el bolígrafo, se puso con rapidez más fría que cualquier otra parte de su cuerpo. Sintió de nuevo aquella desagradable tensión surgir de ella. Sus dedos eran como de hielo, y estaban tan fríos que comenzaron a dolerle. De repente, su mano se extendió por el mapa, luego regresó y describió una serie de círculos; el bolígrafo hizo unos garabatos sin sentido por el papel. Al cabo de un minuto, notó que el poder abandonaba su mano una vez más.

El mapa voló por los aires, como si alguien lo hubiese tirado a impulsos de la ira y la frustración.

Elliot se puso en pie e intentó cogerlo.

Pero el mapa siguió girando en el aire. Chocó de manera audible contra el otro extremo de la habitación y regresó de nuevo, cayendo en el suelo como un pájaro muerto, a los pies de Elliot.

—¡Jesús! —exclamó éste en voz baja—. La próxima vez que lea un artículo en el periódico sobre algún tipo que diga que un platillo volante se apoderó de él y se lo llevó a dar una vuelta por el espacio, no me apresuraré a reírme. Y si veo algunos objetos inanimados que bailotean por ahí, comenzaré a creer en *todo*, por monstruoso que parezca.

Tina se levantó de la cama y empezó a darse masajes en la mano helada.

—Creo que ofrezco demasiada resistencia. Pero es que todo parece tan raro cuando él se hace con el control... No puedo evitar el envararme. Creo que tenías razón cuando afirmabas que necesitaba encontrarme en trance.

—Me temo que no pueda ayudarte en eso —contestó él—. Soy un maldito buen cocinero, pero en absoluto un buen hipnotizador.

Tina parpadeó.

—Un hipnotizador. Por supuesto... En eso consiste el truco.

—Tal vez funcione. Pero ¿dónde esperas encontrar un hipnotizador? La última vez que busqué uno, no se sentaban en los cruces de las calles.

—Billy Sandstone —dijo ella.

—¿Quién?

—Es hipnotizador. Vive aquí mismo, en Reno. Tiene un número. «El Gran Sandstone». Es un número de lo más brillante. Yo quise contratarle para *Magyck!*; pero ya tenía un compromiso en exclusiva con una cadena de hoteles de Reno-Tahoe. Si encuentro a Billy, me hipnotizará. Y entonces tal vez me relaje lo suficiente como para llevar a cabo esta tarea de escritura automática.

—¿Sabes su número de teléfono?

—No. Tal vez ni aparezca en la guía. Pero sé el de su agente. Y daré con Sandstone de esa manera.

Se apresuró hacia el teléfono.

Billy Sandstone pasaba unos años de los treinta, era un hombre de la misma talla de Elliot y su santo y seña parecía ser «pulcritud». Sus zapatos brillaban con betún vigorosamente aplicado. Las rayas de sus pantalones eran tan firmes como cuchillas, y su camisa deportiva azul parecía recién almidonada. Llevaba el cabello cortado a navaja y un bigote acicalado con tal cuidado que casi parecía como si alguien se lo hubiese pintado por encima de su labio superior.

El comedor de Billy era también sinónimo de pulcritud. La mesa, las sillas, la vitrina y el aparador brillaban cálidamente a causa de la prodigiosa cantidad de cera para muebles que se había incrustado en la madera, con más vigor aún que el empleado para dar betún a sus radiantes zapatos. Había rosas recién cortadas en un florero de cristal tallado en el centro de la mesa y unos agudos reflejos de luz brillaban en la exquisita cristalería. Las cortinas colgaban con unos pliegues perfectamente medidos. Un batallón entero de quisquillosos y meticulosos hubieran debido emplearse a fondo para encontrar una mota de polvo en aquella estancia.

Extendieron el mapa sobre la mesa y se sentaron.

—La escritura automática es un fraude, Christina —dijo Billy—. Deberías saberlo.

—Lo sé, Billy. Claro que lo sé. Pero, de todos modos, quiero que me hipnotices.

—Eres una persona equilibrada, Tina —replicó Billy—. Esto no parece tu forma habitual de ser.

—Lo sé —repitió ella.

—Si al menos quisieras explicarme el *porqué*... Si me explicaras de qué se trata, tal vez te ayudaría mejor.

—Billy —contestó Tina—, si tratara de explicártelo, nos pasaríamos con ello toda la tarde.

—Mucho más tiempo incluso —intervino Elliot.

—Y no tenemos mucho —siguió Tina—. Se trata de un asunto muy urgente. Y muy importante.

No le habían contado nada acerca de Danny. Sandstone no tenía la menor idea de lo que tramaban.

—Estoy seguro de que esto te parecerá ridículo, Billy —prosiguió Elliot—. Tal vez te estarás preguntando si soy alguna clase de lunático. Te parecerá que he trastornado la mente de Tina.

—Lo cual no es el caso en absoluto —medió ella.

—Eso es —dijo Elliot—. Ella era ya una lunática mucho antes de que yo la conociera.

Aquella especie de broma relajó algo a Sandstone, como Elliot había confiado que ocurriría. Los lunáticos y la gente que tiende a lo irracional nunca tratan, intencionadamente, de bromear.

—Te aseguro, Billy —prosiguió Elliot—, que no hemos perdido un tornillo. Y que se trata de un asunto de vida o muerte.

—Realmente, lo es —terció Tina.

—De acuerdo —contestó Billy—. Ahora no tenéis tiempo para contármelo. Aceptaré vuestra palabra. Pero ¿me lo explicaréis algún día, cuando no tengáis tanta condenada prisa?

—Claro que sí —dijo Tina—. Te lo contaré todo. Y ahora, por favor, ponme en trance.

—Está bien —repuso Billy Sandstone.

Llevaba un anillo de oro de sello. Lo giró en el dedo de forma que su cara quedase vuelta hacia la palma de la mano. Entonces, colocó ésta enfrente de los ojos de Tina.

—Manten la mirada fija en el anillo y escucha sólo mi voz.

—Aguarda un momento —dijo ella. Sacó la capucha del rotulador que Elliot había comprado en el quiosco del hotel poco antes de tomar un taxi para acudir a casa de Sandstone. Elliot había sugerido un cambio en el color de la tinta, para que captasen la diferencia entre los garabatos de bolígrafo, sin significación, que ya había en el mapa y cualesquiera otras marcas que se hiciesen ahora. Tina colocó la punta del rotulador encima del papel. Luego, dijo—: Vale, Billy. Vamos a ello.

Elliot no estuvo nunca seguro de cuándo cayó Tina bajo el encantamiento del hipnotizador, y tampoco tuvo la menor idea de cómo se había producido el mesmerismo. Todo cuanto Sandstone hizo fue mover la mano con lentitud de un lado al otro delante del rostro de Tina, y hablarle con voz tranquila y rítmica, mientras empleaba con frecuencia el nombre de la mujer.

Elliot casi cayó en trance también. Parpadeó varias veces y trató de no escuchar la voz melodiosa de Sandstone cuando se percató de que iba a sucumbir a ella.

Tina tenía la mirada en blanco.

El hipnotizador bajó la mano y volvió a girar el anillo, hasta colocarlo de forma correcta.

—Estás sumergida en un sueño profundo, Tina.

—Sí.

—Tus ojos permanecen abiertos, pero tu sueño es profundo, muy profundo.

—Sí.

—Seguirás en este sueño profundo hasta que yo te ordene que te despiertes. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Permanecerás relajada y perceptiva.

—Sí.

—Permanecerás pasiva del todo hasta que sientas el impulso de usar el rotulador que tienes en la mano.

—Muy bien.

—Cuando sientas la urgencia de usar el rotulador, no te resistas. Te dejarás llevar por él. ¿De acuerdo?

—Sí.

—No te inquietarás por nada que Elliot y yo nos digamos. Me responderás sólo cuando te hable de manera directa. ¿Entendido?

—Sí.

Aguardaron.

Paso un minuto; luego, otro.

Billy Sandstone observó a Tina con intensidad durante un rato; pero, al fin, se removi6 impaciente en su silla. Hizo una seña a Elliot.

—No creo que este asunto de la escritura de los espíritus... —comenzó a decir.

El mapa crujió, lo que atrajo su atención. Las esquinas del papel se curvaron y estiraron, se doblaron y desdoblaron, una y otra vez, como el latido de algo vivo.

El ambiente empezó a enfriarse.

El mapa dejó de doblarse y el crujido de papel cesó.

Tina bajó la mirada desde el vacío ambiente hacia el mapa, y su mano comenzó a moverse. No giró ni fue de acá para allá de una manera incontrolada, como la vez anterior; avanzó con cuidado, entre titubeos, a lo largo del papel, dejando una delgada línea roja de tinta que tenía el aspecto, según Elliot pensó, de un hilillo de sangre.

Sandstone se frotaba los brazos, una y otra vez, con las manos de arriba abajo, a medida que el firme y penetrante frío se iba apoderando de la habitación. Con el ceño fruncido, miró hacia las salidas de la calefacción, y comenzó a levantarse de la silla.

—No te preocupes por comprobar el aire acondicionado —dijo Elliot—. Está bien. Ni tampoco la calefacción funciona mal.

—¿Qué?

—El frío procede del espíritu —le explicó Elliot, decidiendo basarse en la terminología ocultista sin desear enzarzarse en la auténtica historia de Danny.

—¿Espíritu?

—Sí.

—¿El espíritu de quién?

—De alguien.

—¿Hablas en serio?

—Por completo.

Sandstone se le quedó mirando como si dijera: *Estás chiflado. Pero ¿eres peligroso?*

Elliot señaló el mapa.

—¿Ves?

Mientras la mano de Tina avanzaba con lentitud por encima del papel, los rebordes del mapa comenzaron de nuevo a doblarse y desdoblarse.

—¿Cómo hace eso? —preguntó Sandstone.

—No es ella.

—Entonces, supongo que se tratará del fantasma.

—Así es.

Una expresión de dolor se apoderó del rostro de Billy, como si sufriese una genuina incomodidad física a causa de la creencia de Elliot en fantasmas. Al parecer, a Billy le gustaba que su visión del mundo fuese tan nítida y virginal como cualesquiera otra cosa en él mismo; si comenzaba a creer en fantasmas, tendría que reconsiderar también sus opiniones acerca de un montón de ideas más, y, en ese caso, la vida se convertiría en un lío intolerable.

A Elliot le resultaba simpático el hipnotizador. En ese mismo momento, anhelaba la rígida y estructurada vida de su gabinete jurídico; los claros y ordenados párrafos de las citas legales y las reglas inmutables de los tribunales.

Tina dejó caer el rotulador de sus dedos. Alzó la vista del mapa.

—¿Has terminado? —le preguntó Billy.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí.

Con unas simples frases y una palmada, el hipnotizador sacó a Tina de su trance.

La mujer parpadeó, confundida durante un momento; luego, lanzó un vistazo a la ruta que había señalado en el mapa. Miró a Elliot.

—Ha funcionado. ¡Dios mío, ha funcionado!

—Al parecer, sí.

Señaló a la terminación de la línea roja.

—Aquí es donde está, Elliot. Aquí es donde le esconden.

—No resultará nada fácil avanzar por un terreno como ése —repuso Elliot.

—Podemos hacerlo... Necesitamos unas buenas prendas de abrigo aislantes. Botas. Raquetas de nieve, para el caso de que debamos andar mucho por campo abierto. ¿Sabes usar las raquetas de nieve? Podría constituir un problema.

—Un momento —le interrumpió Elliot—. Aún no estoy convencido de que tu sueño signifique lo que crees. Si nos basamos en lo que me explicaste que sucedió en él, no veo cómo llegar a la conclusión de que Danny nos ayuda a entrar en la instalación. Debemos llegar a ese lugar y pensar en cómo sortear sus defensas.

Billy Sandstone, desconcertado, pasó su mirada de Elliot a Tina repetidas veces.

Tina dijo:

—No sólo fue lo sucedido en el sueño lo que me llevó a esa conclusión. Lo que sentí es más importante aún. Sólo puedo explicar una parte de él. La única forma de que lo comprendieras sería que tú mismo lo soñaras. Estoy segura de que me decía que podía ayudarnos a llegar hasta él. ¿Soy la clase de mujer que saca conclusiones a tontas y a locas?

—No —admitió Elliot.

Plegó un poco el mapa para estudiarlo más de cerca.

—Te dije que nos diría dónde le guardan, y nos ha trazado esa ruta. Hasta ahora



he estado en lo cierto. Y también siento que nos ayudará a entrar en ese lugar, y no veo razón alguna para que me equivoque en eso.

—Se trata de... de que caeremos directamente en sus brazos —dijo Elliot.

—¿Qué brazos? —preguntó Billy Sandstone.

—Elliot —prosiguió Tina—, ¿qué pasaría si nos quedáramos aquí, escondidos, hasta que encontremos una alternativa? ¿Cuánto tiempo tenemos? No mucho. Nos encontrarán más pronto o más tarde, y cuando nos pongan las manos encima... nos matarán.

—¿Matar? —inquirió Billy Sandstone.

—Hemos llegado hasta donde estamos por mantenernos en movimiento y porque nos hemos vuelto agresivos —prosiguió Tina—. Si cambiamos nuestro enfoque, si nos volvemos cautelosos de repente, podría suponer nuestro fin en vez de la salvación.

—Habláis como si estuviérais en una guerra —replicó Billy Sandstone.

—Es probable que tengas razón —dijo Elliot a Tina—. Una cosa que aprendí en el Ejército es que, de vez en cuando, debes detenerte y reagrupar tus fuerzas; pero que si te detienes demasiado tiempo, la situación puede dar un vuelco y ponerse en contra tuya.

—¿Será que no he visto los noticiarios con atención? —preguntó Billy Sandstone una vez más—. ¿Es que se ha declarado una guerra?

Elliot siguió hablando para Tina:

—¿Qué más necesitamos aparte de las prendas de abrigo, las botas y las raquetas para la nieve?

—Un todo terreno —le dijo Tina.

—Eso está hecho.

—¿Y qué os parece un tanque? —preguntó Billy Sandstone.

Una vez decididos a aceptar y confiar en el mensaje que ella había leído en sus sueños, se iban excitando a medida que preparaban aquella operación de rescate. Ninguno de los dos eran conscientes en absoluto de los comentarios de Billy.

—Tenemos que conseguir un *jeep* —prosiguió Tina—. O cualquier otro coche con las cuatro ruedas motrices. No debemos caminar más de lo estrictamente necesario. Y no debemos caminar nada si podemos evitarlo. Ha de haber algún tipo de carretera para ir y volver de ese lugar, aunque esté oculto. Si tenemos suerte y nos traemos a Danny con nosotros al regreso, es probable que no se encuentre en condiciones de corretear por las Sierras, en pleno corazón invernal.

—Supongo que conseguiré que me transfieran algún dinero desde mi Banco de Las Vegas —siguió Elliot—. Pero ¿qué pasará si también vigilan mis cuentas? Eso les conduciría hasta nosotros de inmediato. Y puesto que los Bancos permanecen cerrados estos días de fiesta, no podremos conseguir nada hasta la semana que viene. Y, para entonces, habrán dado con nosotros.

—¿Y qué me dices de tu tarjeta de la «American Express»? —preguntó Tina.

—Te refieres a cargarles un *jeep*...

—Esa tarjeta es sin límite, ¿verdad?

—Sí. Pero...

—Leí una vez un artículo en un periódico acerca de un tipo que adquirió un «Rolls-Royce» con su tarjeta de crédito. Puedes hacer ese tipo de compras siempre que den por seguro que eres capaz de pagar la factura cuando llegue a tu casa, un mes después.

—Suenas a locura —dijo Elliot—, pero creo que debemos intentarlo.

—Yo tengo un *jeep* —dijo Billy Sandstone.

—Echaremos un vistazo a los vendedores de coches locales —prosiguió Tina—. Y comprobaremos si nos aceptan la tarjeta.

—¡Yo tengo un *jeep*! —gritó Billy Sandstone.

Se quedaron mirándole, desconcertados.

—Hago mi número en Lake Tahoe unas cuantas semanas todos los inviernos —explicó Billy—. Ya sabes cómo está en esta época del año. Nieva hasta taparte por completo. Y aborrezco usar el puente aéreo Tahoe-Reno; los aviones son tan condenadamente pequeños... Y ya habéis visto la birria de aeropuerto que tienen en Tahoe. Por lo tanto, acudo en coche el día antes de mi debut. Y un todo terreno es el único vehículo que puede usarse en las montañas durante el mal tiempo.

—¿Irás pronto a Tahoe? —quiso saber Tina.

—No. Hasta final de mes no empiezo.

—En ese caso, ¿necesitarás el *jeep* durante los dos próximos días? —le preguntó Elliot.

—No.

—¿Nos lo puedes prestar?

—Pues..., supongo que sí...

Tina se inclinó sobre la esquina de la mesa, agarró la cabeza de Billy con las dos manos, atrajo el rostro de éste hacia el suyo y le besó.

—Eres un salvavidas, Billy. Y lo digo en el sentido literal de la palabra.

—Tal vez las cosas se tuerzan luego —intervino Elliot—, pero me parece que todo empieza a ponérsenos bien. Quizás, a fin de cuentas, consigamos liberar a Danny.

—Lo haremos —repuso Tina—. *Lo sé*.

Las rosas que había en el florero giraron sobre sí mismas como si fueran un grupo de bailarinas de rojas cabezas.

Desconcertado, Billy Sandstone dio un salto, y casi derribó la silla.

Los cortinajes se abrieron, se cerraron, se abrieron, se cerraron, aunque nadie se encontraba cerca de los tiradores.

El candelabro de bronce comenzó a moverse en locos círculos.

Billy se quedó mirándolo todo, con la boca abierta.

Elliot supo lo desorientado que se encontraba Billy en sus creencias y sintió

lástima de aquel hombre.

Al cabo de treinta o cuarenta segundos, todos los movimientos cesaron.

La habitación se caldeó con rapidez.

—¿Cómo habéis hecho todo eso? —preguntó Billy.

—Nosotros no hemos sido —explicó Tina.

—Ni tampoco un fantasma —replicó Billy tajante.

—No un fantasma ni ninguna otra cosa —remachó Elliot.

—Podéis llevaros el *jeep* —les autorizó Billy—. Pero primero me tendréis que decir qué demonios ocurre. No me preocupa la prisa que tengáis. Por lo menos, podríais contarme algo. En caso contrario, me marchitaré y moriré de curiosidad.

Tina se quedó mirando a Elliot.

—¿Qué te parece?

Él replicó:

—Billy, será mejor que no sepas nada.

—Imposible.

—Nos enfrentamos a una gente terriblemente peligrosa. Si creen que sabes algo acerca de ellos...

—Mira —replicó Billy—. No sólo soy un hipnotizador. Soy también algo parecido a un mago. En realidad, eso es lo que más deseo ser, pero no tengo la habilidad necesaria. Por lo tanto, elaboré este número basándome en el hipnotismo. Pero la magia..., ése es mi gran amor. Por lo tanto, me gustaría saber como habéis hecho eso de las cortinas y de las rosas. ¡Y los bordes del mapa! Simplemente, necesito saberlo...

Aquella mañana, a Elliot se le había ocurrido que él y Tina eran las únicas dos personas que sabían que la historia oficial del accidente de la Sierra era mentira. Si les mataban, la verdad moriría con ellos, y la tapadera de todo aquello seguiría adelante. Si consideraba el elevado precio que ya habían pagado por la escasa información conseguida, no podía tolerar el pensamiento de que su dolor, su miedo y su ansiedad llegasen a no servir para nada.

—Billy, ¿tienes una grabadora? —preguntó Elliot.

—Claro que sí. No tiene nada de fantástica. Es una pequeña que llevo siempre conmigo. Hay unas líneas de comedia en el número, y empleo la grabadora para desarrollar nuevo material, y para corregir problemas con el empleo del tiempo.

—No necesitamos nada fantasioso —repuso Elliot—. Basta con que funcione. Te proporcionaremos una versión condensada de la historia que existe detrás de todo esto, y la grabaremos antes de irnos. Luego, enviaré la cinta a uno de mis socios del gabinete jurídico.

Miró a Tina.

—No es demasiada seguridad, pero más vale eso que nada.

—Traeré la grabadora —dijo Billy, que salió a toda prisa del comedor.

Tina plegó el mapa.

—Es muy agradable verte sonreír de nuevo —comentó Elliot.

—Debo de estar loca —respondió ella—. Todavía nos queda un trabajo bastante peligroso por delante. Aún tenemos ante nosotros a todo ese hatajo de asesinos. Y no sabemos qué encontraremos al recorrer esas montañas. Entonces, ¿por qué me siento tan terriblemente bien, y de esta forma tan repentina?

—Te sientes bien porque ya no huimos —contestó Elliot—. Vamos a pasar a la ofensiva. Y por absurdo que eso pueda parecer, representa mucho para el amor propio de una persona.

—¿Y, realmente, un par de personas como nosotros poseen la menor posibilidad de vencer cuando tienen delante a una poderosa organización gubernamental, como ésta parece ser?

—Verás —dijo Elliot—. Yo siempre he creído que los individuos son más aptos para actuar de una manera responsable y moral de como las instituciones hacen; todo lo cual nos coloca, por lo menos, del lado de la justicia. Y también creo que los individuos son siempre más listos y se adaptan mejor para sobrevivir, por lo menos a la larga, que cualquiera de las instituciones gubernamentales. Confiemos, por lo menos, que mi filosofía no demuestre estar construida a medias.

A la una y media, Kurt Hensen entró en la oficina de George Alexander, en la zona céntrica de Reno.

—Han encontrado el coche que Stryker alquiló en «Avis» —dijo nada más entrar—. Se encuentra en un estacionamiento público a tres manzanas de aquí.

—¿Y lo han usado hace poco rato? —preguntó Alexander.

—No. El motor está frío por completo. Hay escarcha en las ventanillas. Ha debido permanecer allí durante toda la noche.

—No tratamos con ningún estúpido —comentó Alexander—. Es probable que haya abandonado este condenado coche.

—¿Quieres, de todas formas, que establezcamos una vigilancia?

—Será mejor hacerlo —repuso Alexander—. Más pronto o más tarde, cometerán un error. Y regresar al coche podría ser uno de ellos. No lo creo así..., pero podría ocurrir.

Hensen salió de la habitación.

Alexander sacó un «Valium» de una cajita que llevaba en el bolsillo de su chaqueta, y se la tragó con un sorbo de agua helada, de la jarra que estaba sobre su escritorio. Era su segunda pastilla desde que se levantara de la cama, hacía ya tres horas y media, pero aún se sentía con los nervios de punta.

Stryker y la mujer estaban demostrando ser unos rivales de cuidado.

Alexander nunca se había interesado por los contrincantes de valía. Les prefería débiles y fáciles. *¿Dónde estarán?*

Los árboles caducifolios, desprovistos de todas sus hojas, parecían oscuros esqueletos con muchos miembros. Los de hoja perenne (pinos, piceas, abetos, alerces) estaban cubiertos de nieve. Un fuerte viento corría por el dentado horizonte bajo un cielo bajo y amenazador, y arrojaba oleadas de helados copos de nieve contra el parabrisas del *jeep*.

Tina empezaba a tener miedo de aquel bosque, que cada vez se espesaba más a medida que trepaban hacia el norte, por la estrecha carretera comarcal. Habían dejado la Interestatal 80 un cuarto de hora antes; seguían la ruta marcada por Danny, la cual rodeaba el borde del páramo. Sobre el papel, aún avanzaban por el límite del mapa, con una gran extensión de azules y verdes a su izquierda. Muy pronto abandonarían aquella carretera de dos direcciones, para adentrarse en otra a la que el mapa calificaba de «sin pavimentar, sin polvo», significara aquello lo que fuese.

Tras dejar la casa de Billy Sandstone con su *jeep*, Tina y Elliot no regresaron al hotel. Ambos habían tenido la misma espantosa premonición de que alguien, decididamente poco amistoso, les aguardaba en su habitación.

En primer lugar, visitaron una tienda de artículos deportivos. Compraron prendas de abrigo, botas, raquetas para la nieve, comida preparada para excursionistas, un par de latas de «Stern» y otros artículos selectos para expediciones de supervivencia. Si el intento de rescate discurría sin dificultades, tal y como el sueño de Tina había querido significar, no necesitarían muchas de las cosas que habían adquirido. Pero si el *jeep* se estropeaba en las montañas, o si ocurría algún otro percance, deseaban estar, por lo menos, mínimamente preparados para lo inesperado.

Elliot se proveyó también de un centenar de cargadores para la pistola. No se trataba de ninguna clase de seguro para lo imprevisible; era, simplemente, una prudente medida previsoría ante los problemas que se imaginaban con gran exactitud.

Desde el establecimiento de artículos deportivos salieron en el *jeep* de la ciudad, y luego se dirigieron al oeste, hacia las montañas.

Se detuvieron en un restaurante, a un lado de la carretera, y se cambiaron de ropa en los aseos. El traje térmico de Elliot era de color verde con franjas amarillas a cada lado; el de Tina, azul con franjas blancas. Parecían una pareja de esquiadores camino de las pistas.

Al entrar en las montañas, se volvieron conscientes de que la oscuridad se apoderaría muy pronto de aquellos frágiles valles y gargantas, y discutieron acerca de la prudencia de seguir adelante o detenerse. Tal vez hubieran debido ser más precavidos y decidir dar la vuelta, regresar a Reno y encontrar alguna habitación en un hotel, para luego, ya frescos, seguir por la mañana. Pero ninguno de los dos deseó hacer algo así. Tal vez lo tardío de la hora y la mortecina luz actuara en su contra, pero tampoco estaban seguros de eso. También, el acercarse por la noche pudiera resultar ser una ventaja considerable. En realidad, debían seguir sus impulsos. A

ambos les parecía encontrarse en buena forma y no deseaban tentar al destino posponiendo el viaje.

Ahora, que se encontraban en una estrecha y cuidada pista de montaña, trepaban de manera incansable mientras el valle se abría hacia el extremo norte. Las máquinas quitanieves habían dejado despejada la ruta, excepto algunos trechos de nieve endurecida que llenaban los baches, y, a ambos lados, se veían montones de nieve de hasta dos metros de altura.

—Ya estamos cerca —dijo Tina, echando una ojeada al mapa que llevaba abierto encima de las rodillas.

—Es la parte más solitaria del mundo, ¿no te parece? —preguntó Elliot.

—Da la sensación de que la vida civilizada puede quedar destruida mientras uno permanece aquí, y que jamás llegaría uno a enterarse.

No habían visto casa alguna ni ningún otro tipo de construcción desde hacía casi tres kilómetros. Y en otros cinco kilómetros, no se cruzaron con ningún otro vehículo.

El crepúsculo se afianzaba ya por encima del bosque invernal y Elliot encendió los faros del *jeep*.

Por delante, a la izquierda, apareció un claro en el banco de nieve que las máquinas habían amontonado. Cuando el vehículo se acercó a la brecha, Elliot frenó, giró en el cruce y se detuvo. Una pista estrecha se adentraba en el bosque. No tenía una anchura superior a la de un callejón y los árboles formaban un túnel a su alrededor, por lo que, a los veinte o treinta metros, desaparecía en una noche prematura. El camino había sido despejado de nieve. Pero aún quedaban más manchas a trechos que en los últimos kilómetros del camino comarcal. No estaba pavimentado, pero presentaba una superficie relativamente sólida después de muchos años de haber depositado en él alquitrán y gravilla de forma generosa.

—Según el mapa, lo que vemos es una «carretera sin pavimentar y sin polvo» —dijo Tina.

—Supongo que se trata de eso.

—¿Una especie de camino forestal?

—Más bien parece la carretera que sale siempre en las viejas películas, y que conduce al castillo de *Drácula*.

—No es exactamente la clase de explicación que serviría para levantarme el espíritu —contraatacó ella.

—Lo siento.

—Y no sirve de ayuda el que tengas razón. En realidad, *se parece* a la carretera del castillo de *Drácula*.

Enfilaron el *jeep* por la senda, bajo el techo de pesadas ramas de los árboles de hoja perenne, adentrándose en el corazón del bosque.

En la larga habitación rectangular, tres plantas por debajo de la superficie, los ordenadores zumbaban, tecleaban, silbaban y murmuraban en voz baja.

El doctor Carlton Dombey, que había entrado de servicio veinte minutos antes, se sentaba a una de las mesas colocadas contra la pared norte, enfrente de la fila de ordenadores. Examinaba la serie d rayos X. Estudiaba con atención media docena de listados de ordenador que interpretaban los trazados de rayos X. Al cabo de un momento, alzó la cabeza.

—¿Has echado un vistazo a las fotografías tomadas esta mañana del cerebro del chico? —preguntó.

El doctor Aaron Zachariah se volvió desde la serie de monitores del ordenador.

—No sabía que hubiese ninguna —respondió.

—Sí, una serie nueva.

—¿Algo interesante?

—Sí —comentó Dombey—. La mancha que descubrimos en el lóbulo parietal del niño hace seis semanas.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está más oscura y ha aumentado de tamaño.

—Entonces, ¿se trata claramente de un tumor maligno?

—Eso aún no queda claro.

—¿Benigno?

—No se puede decir ni una cosa ni otra.

—¿Y cuál es la opinión del ordenador?

—No sugiere ninguna clase de diagnóstico —repuso Dombey—. Esa mancha no tiene las características espectrográficas de un tumor.

—¿Tejido cicatrizado?

—Tampoco es eso exactamente.

—¿Un coágulo de sangre?

—El ordenador afirma con claridad que no se trata de eso.

—¿Y esa maldita máquina dice algo que sea claro y de utilidad?

—Tal vez —contestó Dombey—. No estoy seguro de que sea o no útil. —Frunció el ceño—. Sin embargo, todo eso es muy extraño.

—No me mantengas en suspenso —dijo Zachariah al tiempo que se acercaba a la mesa para echar una ojeada a las pruebas.

—Según el ordenador —prosiguió Dombey—, el crecimiento es consistente y de la misma naturaleza del tejido cerebral normal.

Zachariah se le quedó mirando.

—¿Ya empiezas?

—El ordenador afirma que podría ser una nueva masa de tejido cerebral —dijo Dombey.

—Pero eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—El cerebro no puede, de repente, comenzar a crear pequeños nódulos que nadie había observado con anterioridad.

—Ya lo sé.

—Sería mejor realizar una prueba de mantenimiento de los ordenadores. Se tratará de una avería.

—Ya lo han hecho esta tarde —repuso Dombey, dando unos golpecitos a un montón de impresiones que se encontraban encima de la mesa—. Se supone que todo funciona a la perfección.

—Algo parecido a que el sistema de calefacción de la cámara de aislamiento funcione bien —comentó Zachariah.

Mientras aún miraba los resultados de las pruebas, se mesó el bigote con una mano.

Dombey prosiguió:

—El ordenador observa que el índice de crecimiento de la mancha parietal es directamente proporcional al número de inyecciones que se le han puesto al muchacho. Apareció después de las primeras tandas de inyecciones, hace seis semanas. Con cuanta más frecuencia es reinyectado el niño, ese espacio parietal crece más deprisa.

—En ese caso, se tratará de un tumor —porfió Zachariah.

—Quizá.

Zachariah miró hacia la ventana de observación que daba a la cámara de aislamiento.

—¡Maldita sea, está ocurriendo de nuevo!

Dombey alzó la mirada y vio que el cristal empezaba a llenarse de escarcha.

Zachariah corrió hacia la ventana.

Dombey miró pensativo la capa de hielo que se extendía poco a poco por el cristal.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Ese problema de la ventana..., comenzó al mismo tiempo que esa masa en el parietal apareció en los rayos X.

Zachariah se volvió hacia él.

—¿De veras?

—¿No te choca tanta coincidencia?

—Eso es exactamente lo que me sorprende. Coincidencia. No puedo ver ninguna clase de asociación.

—Pues...

—¿En qué piensas?

—Esa mancha parietal, ¿no podría tener una conexión directa, de alguna forma, con la escarcha...?

—¿Insinúas que el niño sería el responsable de los cambios en la temperatura



ambiental?

—¿Podría hacerlo?

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Pues tú eres quien plantea la pregunta.

—No lo sé —repitió Dombey.

—Esa teoría no se tiene de pie —siguió Zachariah—. No tiene sentido en absoluto. Si sigues con sugerencias de ese tipo, tendré que hacerte una comprobación de mantenimiento *a ti*, Carl.

La senda de alquitrán y gravilla se adentró mucho en el bosque. Era extraño lo libre de baches y agujeros que estaba en la mayor parte de su extensión; aunque el *jeep* se hundió hasta los ejes tres veces al encontrarse, de repente, con alguna depresión.

Los árboles colgaban cada vez más y más bajos hasta que, al fin, las ramas de hoja perenne empezaron a rozar con mayor frecuencia con el techo del vehículo todo terreno, produciendo un sonido como el de las uñas al rascar contra una pizarra.

Pasaron ante unas cuantas señales de tráfico explicativas: la senda que recorrían se mantenía abierta en beneficio exclusivo de los funcionarios federales y estatales de conservación de la vida salvaje y de los investigadores. Los indicadores prevenían que sólo se permitía el paso de aquellos vehículos que estuviesen debidamente autorizados.

—¿Es posible que la instalación que buscamos opere bajo el disfraz de un centro de investigaciones acerca de la vida salvaje? —preguntó Elliot.

—No —replicó ella—. Según el mapa, esto se encuentra a quince kilómetros bosque adentro. Las instrucciones de Danny consisten en girar hacia el norte, tras salir de este camino, y recorrer un trayecto de unos ocho kilómetros.

—Pues ya hemos hecho los ocho kilómetros desde que abandonamos la carretera comarcal —repuso Elliot.

Las ramas rozaban encima del techo y la nieve en polvo caía en cascadas encima del parabrisas y del capó.

Mientras los limpiaparabrisas barrían la nieve a un lado, Tina se inclinó hacia delante, y trató de entrever algo a través de los rayos de luz de los faros.

—Para... Me parece que esto es lo que andamos buscando.

Elliot conducía a sólo unos quince kilómetros por hora, pero la mujer le dejó tan poco tiempo desde la advertencia, que se pasó el desvío.

Elliot se detuvo, metió la marcha atrás del *jeep* y retrocedió unos ocho metros hasta que los faros alumbraron la senda que Tina había localizado.

—No le han quitado la nieve —comentó Elliot.

—Tendrás que seguir las huellas de los neumáticos.

—En realidad, por aquí ha habido bastante tráfico —convino Elliot.

—¡Lo hemos encontrado! —exclamó confiada, Tina—. Éste es el lugar por donde Danny nos indica que sigamos.

—Pues es una condenada suerte que dispongamos de un *jeep*.

Abandonó el sendero desprovisto de nieve y se adentró en la nevada senda. El vehículo, equipado con tracción en las cuatro ruedas, y provisto de pesadas cadenas para el invierno en sus neumáticos, mordió en la nieve y se lanzó hacia delante sin el menor titubeo.

La nueva senda transcurrió durante unos cien metros así antes de elevarse y girar

de pronto hacia la derecha, en torno de la constante cara de un risco. Cuando salieron de la curva, los árboles se apartaron de los márgenes y, por primera vez desde que dejaron la carretera comarcal, el cielo se abrió por encima de ellos.

El crepúsculo se había extinguido y la noche cerrada era la que prevalecía.

Por delante, apareció una ruta despejada, sin manchas de nieve en el pavimento. La senda en que la nieve estaba aún sin quitar les había conducido a una carretera asfaltada. Una pequeña humareda se alzaba de ella y vastas secciones del firme aparecían incluso secas por completo.

—Unas salidas de calor empotradas en la superficie —comentó Elliot.

—Aquí..., en un lugar que parece no conducir a ninguna parte —añadió Tina.

Elliot detuvo el *jeep*. Sacó la pistola que reposaba en el asiento entre ambos y le quitó los dos seguros. Ya había repuesto el cargador, y metió una bala en la recámara. Cuando dejó la pistola encima del asiento de nuevo, ya estaba lista para ser usada, con la máxima rapidez posible, si se daba el caso.

—Aún podemos volvernos —dijo Tina.

—¿Es eso lo que deseas?

—No.

—Tampoco yo.

Unos ciento cincuenta metros más adelante llegaron a otra curva cerrada. La carretera descendió hacia una hondonada, y, esta vez, el giro fue hacia la izquierda. Tras esto, prosiguieron el camino.

Unos veinte metros más allá de la curva, la ruta aparecía cerrada por una alta puerta. A cada lado de ella, había un muro de tres metros de altura, que formaba un ángulo en la parte superior donde se veía alambre espinoso, y se adentraba en el bosque hasta perderse de vista. La puerta estaba provista también de alambre espinoso y tenía pinchos por encima.

Asimismo, había un gran cartel a la derecha de la carretera:

PROPIEDAD PRIVADA  
ENTRADA SÓLO POR MEDIO DE TARJETA DE LLAVE.  
SE PERSEGUIRÁ A LOS INFRACTORES

—Hacen ver que es una especie de finca estatal —comentó Tina.

—Estoy seguro que de manera intencionada. ¿Y ahora, qué? No creo que tengas una tarjeta para abrir esto, ¿verdad?

—Danny nos ayudará —aseguró Tina—. Eso es lo que me decía en el sueño.

—¿Y cuánto tiempo deberemos aguardar aquí?

—No mucho —contestó Tina, en el momento en que la puerta se abría hacia dentro.

—¡Que me condenen...! —exclamó Elliot.

La carretera caldeada se perdía de vista en la oscuridad.

—Ya vamos, Danny —musitó Tina.

—¿Y qué ocurrirá si ha sido otra persona la que ha abierto la puerta? —preguntó Elliot—. ¿Qué pasará si Danny no ha tenido nada que ver con esto? A lo mejor nos llevan a alguna especie de trampa un poco adentro.

—Ha sido Danny.

—No estés tan segura.

—Sí.

Elliot suspiró e hizo penetrar el *jeep* por la puerta, que se cerró de nuevo detrás de ellos.

La carretera empezó a ascender, a través de las lomas. Por encima, aparecían formaciones rocosas en algunos puntos, mientras que en otros lugares se divisaban sombreretes de nieve esculpidos por el viento. El sendero de un solo carril, aunque en ciertos lugares se desdoblaba en dos direcciones, serpenteaba por los riscos, a través de árboles que cada vez parecían más grandes. El *jeep* siguió trepando por la montaña.

La segunda puerta se encontraba a un kilómetro de la primera, en una corta extensión de camino recto, exactamente por encima de la cumbre de una colina. En realidad, no se trataba de una verdadera puerta, sino de un puesto de control. Se veía la garita de un vigilante a la derecha de la ruta, que era quien controlaba la puerta.

Elliot sacó la pistola mientras detenía el *jeep* por completo delante de la barrera.

Estaban a menos de dos o tres metros de la iluminada garita, tan cerca que podían divisar el rostro del guardia. Les miró con cara de pocos amigos a través de la ventanilla.

—Debe estarse preguntando quién diablos somos —dijo Elliot—. No nos ha visto nunca ni a nosotros ni al *jeep*, y ésta no es la clase de lugar donde existan atascos de tráfico.

Dentro de la garita, el vigilante descolgó un receptor telefónico de la pared.

—¡Maldita sea! —exclamó Elliot—. Tendré que ir a por él.

Mientras Elliot comenzaba a abrir la portezuela, Tina vio algo que le obligó a agarrarle por el brazo.

—¡Espera! El teléfono no funciona. Mira, está toqueteándolo.

El guardián colgó el teléfono. Cogió un chaquetón del respaldo de su silla, se lo puso, le subió la cremallera y salió de la garita. Llevaba una metralleta.

La puerta se abrió por sí sola.

El vigilante se detuvo entre el *jeep* y la garita, volvió la cabeza, y se acercó a la puerta, al ver que se movía, sin dar crédito a sus ojos.

Elliot pisó el acelerador a fondo y el *jeep* saltó hacia delante.

El guardián colocó la metralleta en posición de fuego mientras pasaban por delante de él.

Tina alzó las manos, en un involuntario e inútil, por completo, intento de detener las balas.

Pero no se produjo ningún disparo.

No se desgarró el metal. Ni los cristales estallaron. No hubo ni sangre ni dolor.

No se produjo sonido alguno en absoluto.

El *jeep* aceleró por el tramo recto y ascendió por la loma que subía hacia detrás, por encima de los hilillos de vapor que salían del negro pavimento.

Siguió sin haber disparos.

Mientras maniobraban en otra curva, Elliot se aferró al volante y Tina fue consciente del todo de que no había ninguna protección más allá del afilado borde de la carretera, nada en absoluto, sólo un gran vacío oscuro y una profunda sima. Elliot mantuvo el *jeep* sobre la carretera mientras terminaban de pasar la curva. Después se encontraron ya fuera de la línea de fuego del vigilante; y durante otros doscientos metros, hasta que la carretera dibujó una curva, nada amenazador apareció a la vista.

El *jeep* se mantuvo a una velocidad segura.

—¿Ha hecho Danny todo eso? —preguntó Elliot.

—Debe de haber sido él.

—Estropeó el teléfono del vigilante, abrió la puerta y encasquilló la metralleta. ¿Qué es ese hijo tuyo?

Mientras avanzaban en la noche, empezó a caer nieve con fuerza y sin pausa, no sólo copos de nieve, sino una especie de sábana de finos y duros copos.

Al cabo de unos momentos de ensimismamiento, Tina contestó:

—No lo sé. Ya no sé lo que es. Tampoco sé lo que le sucedió y no comprendo en qué se ha convertido.

Aquello constituía un pensamiento un tanto incómodo. Comenzó a preguntarse qué clase de niño encontraría en la cumbre de la montaña.

Los hombres de George Alexander circulaban por los hoteles de parte céntrica de Reno con fotos de Christina Evans y Elliot Stryke. Hablaban con los conserjes de recepción, botones, y otros empleados de los hoteles, y a las cuatro y media lograron una confirmación positiva por parte de una camarera del «Harrah's».

En la habitación 918, los operarios de la Red encontraron una maleta barata, algunas prendas sucias, cepillos de dientes, artículos de tocador y once mapas en una caja de piel que Elliot y Tina, con las prisas y el cansancio, se habían olvidado.

Alexander fue informado del descubrimiento a las 5:35, y a las 5:40 todo cuanto Elliot y Tina habían abandonado en su habitación del hotel fue llevado al despacho de Alexander.

Al descubrir la naturaleza de los mapas; cuando se percató de que faltaba uno, y luego descubrió que el que faltaba era uno que Stryker necesitaría para encontrar los laboratorios del «Proyecto Pandora», Alexander sintió que su rostro enrojecía de ira y contrariedad.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Kurt Hensen se hallaba de pie delante del escritorio de Alexander, y curioseaba en el montón de cosas que se había llevado del hotel.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Se han ido a las montañas. Intentarán de encontrar el laboratorio —explicó Alexander—. Algún condenado miembro del personal del «Proyecto Pandora» debe haberles contado lo suficiente acerca de su ubicación para que lo encuentren con una pequeña ayuda. Han escapado y hasta se han comprado mapas...

Alexander estaba furioso por la forma fría y metódica de actuar que parecía representar aquella adquisición de mapas. ¿Quiénes eran aquellas dos personas? ¿Por qué no se limitaban a esconderse en algún perdido rincón? ¿Por qué no estaban mortalmente espantados? Christina Evans era sólo una mujer corriente. ¡Una antigua corista! Alexander se negaba a creer que una corista pudiese ser muy brillante. Y aunque Stryker había prestado un servicio militar bastante duro, aquello había sucedido hacía mucho tiempo. ¿De dónde extraían su fuerza, su temple, su fortaleza? Parecía como si gozasen de alguna ventaja que Alexander desconociera. Eso debía de ser. Tendrían entre manos algo que él no sabía. ¿Qué podría ser? ¿Dónde residía su ventaja? Se retrepó en su sillón y pensó en las diversas posibilidades.

Hensen cogió uno de los mapas y le dio vueltas entre sus manos.

—No veo razón para preocuparme por esto. Incluso aunque localicen la puerta principal, no podrán llegar más lejos. Hay miles de hectáreas detrás del muro, y el laboratorio se encuentra bien situado en medio de toda esa extensión. No podrán acercarse, y mucho menos, entrar.

Alexander se dio cuenta, de repente, de que aquella ventaja con la que contaban era lo que les hacía seguir adelante. Se enderezó en su sillón.

—Podrían entrar con toda facilidad si tuvieran un amigo dentro.

—¿Qué?

—¡Eso es!

Alexander se puso en pie.

—No sólo alguien del «Proyecto Pandora» le ha hablado a la Evans acerca de su hijo. El mismo traidor sigue allí, en el laboratorio, en este preciso instante, y les abrirá toda clase de puertas a Stryker y a la mujer. Algún bastardo nos está apuñalando por la espalda..., y ayudará a la mujer a sacar a su hijo...

Alexander marcó el número de la oficina de seguridad militar en el laboratorio de la Sierra. Pero no se oyó ningún timbrazo ni tampoco la señal de comunicar; la línea, simplemente estaba muda. Colgó y probó de nuevo, con idéntico resultado. Enseguida marcó el número del despacho del director del laboratorio, el doctor Tamaguchi. Tampoco se oyó el timbrazo. Ni la señal de comunicar. Sólo una especie de silbido irregular.

—¡Allí ocurre algo! —exclamó Alexander al mismo tiempo que colgaba el auricular en su horquilla—. Los teléfonos no funcionan.

—Es posible que se haya presentado una nueva tormenta —replicó Hensen—. Tal vez nieve en las montañas. Quizá las líneas...

—Emplea la cabeza, Kurt. Las líneas son subterráneas. Ninguna tormenta puede estropearlas. Localiza a Jack Morgan y dile que prepare el helicóptero enseguida. Nos encontraremos con él en el aeropuerto, en cuanto podamos llegar allí.

—Por lo menos necesitará media hora —explicó Hensen.

—Ni un minuto más que eso.

—Quizá no quiera salir. Las condiciones atmosféricas nocturnas deben de ser muy malas.

—Me importa un pepino que caigan chuzos de punta —replicó, tajante, Alexander—. Tenemos que llegar con el helicóptero. No hay tiempo para ir en coche. De eso estoy seguro. Algo anda mal. Ahora mismo pasa algo en los laboratorios.

Hensen frunció el ceño.

—Pero tratar de salir con el helicóptero de noche..., en medio de la tormenta...

—Morgan es el mejor. En Vietnam, tripulaba helicópteros. Y perteneció a la patrulla de seguridad mientras construían el oleoducto de Alaska. Y también tiene experiencia con la nieve.

—Pero no será fácil.

—Si Morgan quiere cosas sencillas —replicó Alexander—, que se dedique a pilotar alguno de esos aparatos que dan una vuelta por Disneylandia.

—Pero casi parece suicida...

—Y si tú quieres cosas fáciles —siguió Alexander—, no tendrías que haber empezado a trabajar para mí. Esta labor requiere que te la juegues siempre. Ya lo sabes. Esto no es como trabajar para la Sociedad de Ayuda a las Mujeres, Kurt.

El rostro de Hensen enrojeció.

—Llamaré a Morgan —replicó.

—Sí. Será mejor que lo hagas.



Los limpiaparabrisas barrían nieve y los neumáticos con cadenas rechinaban contra la carretera calefaccionada, con todo lo cual, el *jeep* ascendió la última colina. Tras eso, alcanzaron una meseta, una especie de gigantesco rellano en medio de las montañas.

Elliot accionó los frenos y detuvo el *jeep* por completo. Un tanto desesperanzado, avizó el territorio que tenían ante sí. Aquella meseta era, básicamente, obra de la Naturaleza, pero también existían en ella evidencias de la mano del hombre. Aquella especie de saliente no habría sido tan grande y de una forma tan regular en su estado natural. Tenía una anchura de trescientos metros y casi doscientos de profundidad, por lo que constituía un perfecto triángulo. El terreno había sido alisado como si se tratase de una pista de aterrizaje, lo habían asfaltado. No se veía árbol alguno ni cualquier otro objeto de tamaño regular detrás del cual una persona pudiera esconderse. Unos pequeños postes de luz se hallaban desparramados por el resto de la meseta. Las lámparas proyectaban sólo una tenue luz rojiza; obviamente, pretendían llamar lo menos posible la atención de los aviones que recorrían sus usuales pasillos aéreos, así como también de los excursionistas en cualquier otra parte de las montañas. Sin embargo, aquella escasa iluminación que las farolas suministraban era, al parecer, suficiente para que las cámaras de seguridad consiguieran unas imágenes perfectamente nítidas de toda la meseta. Las cámaras estaban fijadas en cada punto luminoso, y ni un centímetro de aquella zona escapaba a su continuo barrido.

—Los del servicio de seguridad nos deben estar viendo ahora mismo en los monitores del vídeo —explicó, con lúgubre acento, Elliot.

—A menos que Danny haya estropeado sus cámaras también —replicó Tina—. Si puede encasquillar una metralleta, ¿por qué no va a poder interferir en una transmisión de televisión en circuito cerrado?

—Sí —repuso Elliot, sintiéndose un poco más tranquilo acerca de sus posibilidades—. Es probable que tengas razón.

A doscientos metros, en el extremo más alejado del campo asfaltado, se veía un edificio de una planta, sin ventanas y de unos treinta metros de longitud.

—Allí debe de ser donde le guardan —comentó Elliot.

—Yo me esperaba una estructura enorme, un complejo gigantesco —observó Tina.

—Tal vez sea enorme. Lo que tienes delante es sólo la fachada. El edificio está construido en el siguiente escalón de la montaña. Dios sabe lo que habrán cortado en la roca. Y es casi seguro que tenga varias plantas subterráneas.

—Hasta llegar a los infiernos...

—Es posible...

Elliot levantó el pie del freno e hizo que el *jeep* avanzara a través de la nieve que se teñía de rojo a causa de aquella extraña luz.

Unos cuantos *jeeps*, un par de «Land Rover» y otros vehículos de tracción en las cuatro ruedas, ocho en total, se alineaban enfrente del edificio, unos al lado de los otros en la nieve que caía.

—No parece que haya demasiada gente dentro —observó Tina—. Pensé que habría mucho más personal.

—Oh, claro. Estoy seguro de que también tienes razón sobre eso —replicó Elliot—. El Gobierno no se habría tomado tantas molestias en ocultar este antro en los páramos sólo para alojar a un puñado de investigadores o lo que sean. Sospecho que la mayoría de ellos viven en las instalaciones durante semanas o meses quizá. No iban a consumir un montón de tiempo cada día, yendo y viniendo por unas pistas forestales, las cuales se supone que sólo emplean los funcionarios estatales del servicio de protección de la Naturaleza. Seguramente eso llamaría mucho la atención sobre este lugar. Supongo que algunas de las personas más importantes irán y vendrán con regularidad, empleando un helicóptero. Pero si se trata de una operación militar, es probable que la mayor parte del personal asignado aquí tenga que pasar por las mismas condiciones de vida que las tripulaciones de los submarinos; les dejarán ir a Reno con permiso de permanencia en tierra entre cruceros..., pero, durante prolongados periodos de tiempo, estarán confinados en este «navio».

Estacionó al lado de otro *jeep*, desconectó las luces y apagó el motor.

La meseta permanecía sumida en un silencio irreal. Nadie había salido aún del edificio para enfrentarse con ellos. Aquello sólo significaba que quizá Danny hubiese estropeado el sistema de seguridad por vídeo.

El hecho de que hubiesen podido llegar hasta allí sin demasiadas molestias, no hacía que Elliot se sintiese mejor acerca de lo que les quedaba por delante. ¿Hasta cuándo podría Danny seguir facilitándoles el avance? El chico poseía, al parecer, unos increíbles poderes psíquicos, pero no era Dios. Más pronto o más tarde, pasaría algo por alto. Cometería un error. Un solo error. Y estarían muertos.

—Ya ves —comentó Tina, tratando, sin mucho éxito, de ocultar su propio miedo—, a fin de cuentas, no hemos necesitado las raquetas de nieve.

—Pero tal vez necesitemos emplear estos rollos de cuerda —repuso Elliot.

Se dio la vuelta, se inclinó sobre el respaldo del asiento y rápidamente cogió la cuerda que se encontraba junto con otros útiles en la parte trasera del *jeep*.

—Es probable que nos encontremos con, por lo menos, un par de hombres del Servicio de Seguridad, por listo que sea Danny. Debemos estar preparados para matarles o bien dejarles fuera de combate de una manera u otra.

—Si me dan a elegir —replicó Tina—, me gustaría emplear más la cuerda que las balas.

—Mis sentimientos son los mismos. —Cogió la pistola—. Veamos si podemos entrar. Salieron del *jeep*.

El viento resultaba como una presencia animal. Aullaba en voz baja. Parecía tener dientes, que les mordían en sus expuestos rostros. La fría respiración de la nieve

asemejaba pequeños escupitajos de hielo.

El único rasgo de aquella fachada de hormigón de una planta y treinta metros de longitud consistía en una puerta de acero. No tenía agujero alguno por el que introducir una llave, ni ranura en la que meter una tarjeta de identidad que desbloqueara los cierres. Al parecer, la puerta sólo se abría desde dentro, hasta que las personas que pretendieran entrar hubiesen sufrido un escrutinio por medio de la cámara colocada en la puerta.

Aquella pesada barrera de acero se deslizó hacia un lado. ¿La había abierto Danny? se preguntó Elliot ¿O detrás abría un sonriente guardián que les echaría el guante?

Una cámara con paredes de acero se encontraba más allá de la puerta. Tenía las medidas de una gran cabina de ascensor y aparecía brillantemente iluminada..., y vacía.

Tina y Elliot cruzaron el umbral. La puerta exterior se deslizó con suavidad detrás de ellos, con un ruido que indicaba su funcionamiento con aire comprimido.

Una cámara y dos monitores de vídeo se hallaban instalados en la pared de la izquierda del vestíbulo. La cámara de televisión mostraba una serie de líneas. A su lado, también había una lámina de cristal iluminada contra la que se suponía que se debía apoyar la mano derecha con la palma hacia abajo, dentro del contorno de una mano, para que el ordenador de las instalaciones escudriñara las huellas digitales y verificara la autorización del visitante para entrar.

Elliot y Tina no colocaron las manos encima de la lámina, pero también la puerta interior del vestíbulo se abrió con otro siseo de aire comprimido. Se dirigieron a la siguiente habitación.

Dos hombres uniformados trasteaban en las consolas de control entre una serie de veinte pantallas de televisión empotradas en la pared. Todas estaban llenas de líneas y ondulaciones. El más joven de los guardias oyó cómo se abría la puerta y se volvió, sorprendido. Elliot le apuntó con la pistola.

—No se mueva.

Pero el guardián joven era de los heroicos. Llevaba un arma al cinto —un revólver monstruoso— y era muy rápido con él. Lo sacó de su funda, apuntó desde la cadera y apretó el gatillo con una velocidad y soltura que hubieran sido muy admiradas en el viejo Oeste.

Por fortuna, Danny llegó en su auxilio, como si fuera un príncipe. El enorme revólver se negó a disparar.

Elliot no deseaba matar a aquellos hombres.

—Sus armas no funcionan —les dijo, sudando, al tiempo que rezaba por que Danny no le dejase en mal lugar—. Será mejor que faciliten un poco las cosas...

Cuando el vigilante joven comprobó que su revólver se negaba a funcionar, se lo tiró a Elliot.

Éste se agachó, pero no con la bastante rapidez. El revólver le alcanzó en un lado

de la cabeza y Elliot se derrumbó contra la puerta de acero. Tina gritó.

A través de unas repentinas lágrimas causadas por el dolor, Elliot vio cómo el joven guardia se arrojaba contra él, por lo que no tuvo otro remedio que disparar su arma.

La bala atravesó el hombro izquierdo del guardián, y le hizo girar sobre sí mismo. Cayó contra un escritorio, tirando al suelo un montón de papeles blancos y rosados. A continuación se precipitó encima del amasijo de papeles que había provocado.

Parpadeando para librarse de las lágrimas, Elliot apuntó con la pistola al guardián mayor, que ya había sacado su revólver y comprobado que tampoco funcionaba.

—Deje el arma, siéntese y no cause problemas.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó el vigilante, que dejó caer su arma, tal y como se le había ordenado—. ¿Quién es usted?

—No se preocupe de eso —repuso Elliot—. Limítese a sentarse.

Pero el guardián aún porfió.

—¿Quiénes son ustedes?

—La Justicia —contestó Tina.

Cinco minutos al oeste de Reno, el helicóptero se encontró con la nieve. Los copos eran duros, secos y granulados; silbaban como una tempestad de arena contra el parabrisas de plástico endurecido.

Jack Morgan, el piloto, lanzó una mirada hacia George Alexander.

—La cosa se va a poner difícil —comentó.

—Sólo es un poco de nieve —contestó Alexander.

—Una tormenta —le corrigió Morgan.

—Ya has volado antes entre tormentas.

—En estas montañas, las corrientes de aire pueden llegar a ser mortíferas.

—Lo conseguiremos —repuso Alexander sonriente.

—Tal vez sí, tal vez no —replicó Morgan.

Luego sonrió también.

—¡Pero seguro que vamos a divertirnos intentándolo!

—Estás loco —intervino Hensen, desde su asiento al lado del piloto.

—En Vietnam —prosiguió Morgan—, me llamaban *Chiflado*, queriendo decir que la azotea no me funcionaba muy bien. Tenían sus razones para pensar que me faltaba un tornillo. Y eso siempre fue así —concluyó, echándose a reír.

Hensen llevaba una metralleta apoyada en el regazo. Movié las manos con lentitud por encima del arma, como si estuviese acariciando a una mujer. Cerró los ojos e *in mente*, se dedicó a montar y desmontar la metralleta. Tenía el estómago un tanto delicado. Intentó con todas sus fuerzas no pensar en el helicóptero, en el mal tiempo y en la posibilidad de que pudiesen estrellarse por todas esas causas en un remoto barranco de la montaña.

El guardia herido tenía grandes dolores pero, según Tina pudo observar, no se encontraba en peligro de muerte. La bala había cauterizado parcialmente la herida al atravesar el hombro. El agujero se veía limpio y no sangraba demasiado.

—Vivirás —dijo Elliot al guardián.

—¡Dios mío, me estoy muriendo!

—No —replicó Elliot—. Duele bastante, pero no es una cosa grave. La bala no ha seccionado ningún vaso sanguíneo importante.

—¿Y cómo demonios lo sabe? —inquirió el herido, esforzándose en pronunciar las palabras a través de sus apretados dientes.

—He visto heridas como ésta cuando estuve en Vietnam —explicó Elliot—. Si te quedas quieto, estarás bien. Pero si te mueves con esa herida, podrías seccionar algún vaso sanguíneo lastimado y te desangrarías como un cerdo hasta morir.

—Mierda —exclamó el vigilante con voz temblorosa.

—¿Comprendido? —le preguntó Elliot.

El hombre asintió. Tenía el rostro pálido y sudaba.

Elliot ató al vigilante de más edad con firmeza a una silla. No quería atar las manos del herido, por lo que le trasladaron a unos servicios y le encerraron allí.

—¿Cómo tienes la cabeza? —le preguntó Tina a Elliot, pasando con cuidado las puntas de los dedos por el feo chichón que le había salido en la sien, donde le golpeara el revólver del vigilante.

Elliot hizo una mueca.

—Duele.

—Se está inflamando.

—Estaré bien —aseguró Elliot.

—¿Te mareas?

—No.

—¿Ves doble?

—No —repuso él—, estoy bien. No me golpearon con demasiada fuerza. No hay conmoción cerebral. Sólo dolor de cabeza.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te amo —le contestó.

Ella le dio un rápido beso.

—Vamos —dijo Elliot—. Tenemos que encontrar a Danny y sacarle de aquí.

Cruzaron la habitación, pasando ante el vigilante que se encontraba atado y sujeto a su silla. Tina se llevó la cuerda sobrante y Elliot guardó el arma.

Enfrente de la puerta de acero corredera, por la que ella y Elliot habían penetrado en la sala de seguridad, había otra de dimensiones y construcción más normales. Se

abría al punto de enlace de dos pasillos, que Tina había descubierto unos minutos antes, después de que Elliot disparase contra el vigilante, cuando miró a través de la puerta para comprobar si había refuerzos en camino. Entonces encontró los corredores desiertos, y así seguían. Silencio. Pisos de baldosas blancas. Pareces blancas. Fría iluminación de fluorescentes. Uno de los corredores se extendía unos veinte metros hacia la izquierda y otros tantos hacia la derecha; a ambos lados se veían más puertas, todas ellas cerradas, además de una serie de cuatro ascensores, a la derecha. El vestíbulo de intersección comenzaba enfrente de ellos, al otro lado de la sala de los vigilantes, y se extendía ciento veinte metros, por lo menos, en la ladera de la montaña. A cada lado, había una larga serie de puertas, y también allí se abrían otros pasillos.

Hablaron en susurros:

—¿Crees que Danny se encuentra en este piso?

—No lo sé.

—¿Por dónde empezamos a mirar?

—No podemos andar por ahí abriendo puertas.

—Puede que haya personas detrás de alguna de ellas.

—Por eso. Y cuantas menos personas encontremos...

—... más oportunidades tendremos de seguir con vida...

Durante un momento, permanecieron allí, indecisos, mirando a la derecha, luego a la izquierda y, a continuación, hacia delante.

A unos tres metros, se abrieron una serie de puertas de ascensor.

Tina se acurrucó contra la pared del corredor.

Elliot apuntó con la pistola hacia la izquierda.

Nadie salió.

La cabina estaba en un ángulo tal que no podían ver quién estaba dentro.

Las puertas se cerraron.

Tina tuvo la poca tranquilizadora sensación de que alguien había estado a punto de salir, que había notado su presencia y había ido a solicitar ayuda.

Incluso antes de que Elliot bajara la pistola, la misma serie de puertas de ascensor volvió a abrirse. Y luego se cerraron. Abiertas. Cerradas. Abiertas. Cerradas. Abiertas.

El ambiente comenzó a enfriarse.

Con un suspiro de alivio, Tina dijo:

—Es Danny. Nos está indicando el camino.

No obstante, se acercaron despacio al ascensor; con precaución, miraron en su interior. Estaba vacío; entonces, entraron y las puertas se deslizaron hasta cerrarse.

Encima de las puertas había un indicador y, según él, se encontraban en el cuarto de cuatro niveles, y el primero era el que estaba más profundo. Los controles del ascensor no funcionaban a menos que se insertase una tarjeta de identidad aceptable en una ranura que había encima de los mismos. Pero Tina y Elliot no tuvieron

necesidad de la autorización del ordenador para emplear el ascensor. No, mientras Danny estuviera de su parte. La luz del tablero indicador cambió del cuarto nivel, al tercero y al segundo, y el aire dentro del ascensor se enfrió tanto que Tina comenzó a ver su aliento. Las puertas se abrieron tres pisos por debajo de la superficie, en el penúltimo nivel.

Salieron a un vestíbulo exactamente igual al que habían abandonado segundos antes.

Las puertas del ascensor se cerraron tras ellos, y el ambiente empezó a caldearse de nuevo.

A unos dos metros, una puerta estaba abierta unos centímetros, y de la habitación que se encontraba más allá salían animadas ráfagas de conversación. Eran voces, tanto de hombres como de mujeres. Media docena o más, a juzgar por los sonidos. Voces indistintas. Risas.

Tina sabía que tanto ella como Elliot estaban acabados si alguien salía de la habitación y les veía. Danny era *capaz* de obrar milagros con los objetos inanimados, pero al parecer no podía controlar a las personas. Como en el caso del guardia del piso de arriba contra el que Elliot se vio forzado a disparar. Si se veían descubiertos y debían enfrentarse a media docena de encolerizados vigilantes de seguridad, la única pistola de Elliot no sería capaz de desalentarles a que no les atacasen. Luego, aunque Danny encasquillara las armas del enemigo, ella y Elliot sólo escaparían si se abrían paso a tiros, y Tina sabía que ninguno de los dos tendría estómago para un asesinato en masa, aunque se tratara de un caso de defensa propia.

De nuevo salieron risotadas de aquella sala y Elliot preguntó en voz baja:

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé.

Ese nivel tenía el mismo tamaño que aquel por el que habían penetrado en el complejo: más de ciento veinte metros por un lado, y más de treinta por el otro. Lo cual constituía muchos metros cuadrados en los que buscar. ¿Cuántas puertas habría? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Un centenar, si contaban los servicios?

Justo en el momento cuando Tina comenzaba a desesperarse, el aire se enfrió de nuevo. Ella miró a su alrededor, en espera de alguna señal procedente del niño. Los dos tuvieron un sobresalto al observar que el tubo fluorescente que se encontraba por encima parpadeaba una y otra vez. El tubo que estaba a la izquierda del primero también parpadeó. Luego, el fenómeno se repitió en un tercer fluorescente, adentrándose cada vez más hacia la izquierda.

Siguieron los oscilantes fluorescentes hasta el final del ala corta en que se encontraban los ascensores. El corredor terminaba ante una puerta de acero cerrada herméticamente, como las que se emplean en los submarinos; el bruído metal brillaba con suavidad y reflejaba la luz en los remaches de cabeza redondeada.

Cuando Tina y Elliot llegaron a aquella barrera, el volante situado en el centro comenzó a girar sobre sí mismo. La puerta se abrió. Como llevaba la pistola, Elliot

fue el primero en pasar, aunque Tina se situó detrás de él, muy cerca.

Entraron en una habitación oblonga, de unas dimensiones aproximadas de doce por siete metros. En el extremo más alejado, una ventana llenaba el centro de la otra pared más corta y, al parecer, tenía vistas a una bóveda con frigorífico, pues se encontraba blanqueada de escarcha. A la derecha de la ventana, había otra puerta hermética parecida a aquélla por la que acababan de entrar. A la izquierda, a todo lo largo de la cámara, se veía una hilera de ordenadores. Había allí más tubos de rayos catódicos de los que Tina podía abarcar en una simple ojeada; la mayoría, estaban encendidos y en sus pantallas no cesaban de aparecer datos. A lo largo de la otra pared se disponían una serie de mesas, cubiertas de libros, expedientes y algunos instrumentos que Tina fue incapaz de identificar.

Un hombre de cabello rizado y poblado bigote se sentaba a una de las mesas. Era alto, de anchos hombros, de cincuenta y tantos años e iba vestido como un médico. Ojeaba un libro cuando ellos irrumpieron allí. Otro hombre, más joven que el primero, impecablemente afeitado, también con atuendo blanco, se sentaba ante una terminal de ordenador, y leía la información que fluía en la pantalla del monitor. Ambos hombres alzaron la mirada y se quedaron sin habla por la sorpresa.

Mientras apuntaba a aquellos desconocidos con la amenazadora pistola provista de silenciador, Elliot dijo:

—Tina, cierra la puerta. Y echa el cerrojo si es posible. Si los de seguridad descubren que estamos aquí, por lo menos no nos atraparán durante un buen rato.

Tina cerró la puerta de acero. A pesar de su tremendo peso, se movió de una forma más suave y fácil que cualquier puerta vulgar en una casa corriente. Giró el volante y localizó una clavija que, una vez pulsada, impedía que nadie moviera la maneta a la posición de abierto.

—Hecho —dijo.

El hombre del ordenador se volvió de repente hacia el teclado de programar y comenzó a teclear a toda prisa.

—¡Pare eso! —le gritó Elliot.

Pero el otro no parecía dispuesto a dejar de hacerlo hasta haber dado instrucciones al ordenador para que hiciese sonar las alarmas.

Elliot disparó una vez y la pantalla del monitor se disolvió en millares de astillas de cristal.

El hombre del teclado gritó y se apartó con su silla de ruedas de la terminal de los ordenadores.

Elliot disparó otra bala contra el teclado de programación.

El ordenador ronroneó durante un momento, emitió un sonido de tecleo, no muy diferente al de un hombre al que hubiesen amordazado e intentase gritar, y luego quedó en silencio.

El hombre que había querido dar la alarma se levantó de un salto de la silla.

—¿Quién demonios se cree que es?



—Soy el que tiene la pistola —replicó Elliot tajante—. Ése es el que creo que soy. Y si no es lo bastante bueno para usted, le derribaré de un balazo, del mismo modo que he hecho con esa maldita máquina. Y ahora, pose su culo en esa otra silla antes de que le vuele por los aires su jodida cabeza...

Tina no había oído nunca a Elliot hablar con aquel tono de voz, y su furiosa expresión resultó suficiente para helarle la sangre de miedo incluso a ella... Parecía un tipo duro y dispuesto a todo.

El hombre joven de blanco quedó impresionado también. Se sentó, poniéndose pálido.

—Muy bien —prosiguió Elliot, dirigiéndose a los dos hombres—. Si cooperan, no les pasará nada.

Hizo una señal con el cañón de la pistola en dirección al hombre de más edad.

—¿Cómo se llama?

—Carl Dombey.

—¿Y qué hace aquí?

—Trabajo aquí —replicó Dombey, intrigado ante aquella pregunta.

—Me refiero a cuál es su trabajo.

—Soy un científico investigador.

—¿En qué rama?

—Soy doctor en biología y bioquímica.

Elliot miró hacia el hombre más joven.

—¿Y qué me dice de usted?

—¿Qué pasa conmigo? —replicó el hombre con hosquedad.

Elliot extendió el brazo y apuntó la pistola al puente de la nariz del hombre.

—Soy el doctor Zachariah —replicó el sujeto de menor edad.

—¿Biología?

—Sí. Especializado en bacteriología y virología.

Elliot retiró la pistola, aunque siguió apuntando con ella a toda la habitación en general.

—Queremos hacer algunas preguntas y supongo que ustedes, caballeros, son quienes tienen las respuestas.

Dombey, que resultaba claro que no compartía los impulsos de su colega respecto a desempeñar el papel de héroe, se quedó muy quieto en su silla.

—¿Preguntas acerca de qué? —se interesó.

Tina avanzó hasta colocarse al lado de Elliot. Habló dirigiéndose a Dombey:

—Queremos saber todo lo referente al niño. A mi hijo. Danny Evans. Queremos saber *qué* han hecho con él. Queremos saber *dónde* está.

Tina se percató de que no podía haber dicho nada que, en una fracción de segundo, causase más impacto sobre ellos que las palabras que acababa de proferir. Los ojos de Dombey se salieron casi de sus órbitas. Zachariah la miró como si Tina se hubiera derrumbado al suelo, muerta, para ponerse milagrosamente en pie después.

—Dios mío —exclamó Dombey.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? —preguntó Zachariah—. No puede ser... Es imposible que se encuentre aquí...

—Pues a mí sí me parece posible —medió Dombey—. Ahora que pienso en ello, me parece hasta inevitable. Supe siempre que todo este asunto era tan sucio que no podía acabar más que en un completo desastre.

Suspiró, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—Responderé a todas sus preguntas, Mrs. Evans.

Zachariah se volvió hacia él.

—¡No puedes hacer eso!

—¿Que no? —replicó Dombey—. Pues, en ese caso, si crees que no puedo hacerlo, límitate a estar sentado y escucha. Te vas a llevar una sorpresa.

—Hiciste un juramento de lealtad —le dijo Zachariah—. Y un juramento de guardar secreto. Si les cuentas algo acerca de este... escándalo..., el ultraje público..., la liberación de secretos militares... Serás un traidor a tu país...

—No —replicó Dombey—. Seré un traidor a estas instalaciones. Tal vez sea un traidor a mis colegas. Pero no a mi país. Mi país está muy lejos de ser perfecto; pero lo que se le ha hecho a Danny Evans no es nada que *mi* país aprobaría. Todo el proyecto «Danny Evans» es obra de unos cuantos megalomaniacos.

—¡El doctor Tamaguchi no es un megalomaniaco! —exclamó el doctor Zachariah, auténticamente ofendido.

—Claro que lo es —replicó Dombey—. Cree que es un gran hombre de ciencia, destinado a la inmortalidad, un hombre de grandes obras. Y un montón de gente que le rodea, gente que le protege, la gente de investigaciones y la gente a cargo del proyecto de seguridad; todos ellos son unos megalomaniacos también. Las cosas que se le han hecho a Danny Evans no constituyen una «gran tarea». No conseguirán la inmortalidad para nadie. Es algo vergonzoso y yo quiero lavarme las manos al respecto.

Miró de nuevo a Tina:

—Puede hacer las preguntas.

—¡No! —gritó Zachariah—. ¡Maldito loco!

Elliot cogió el resto de la cuerda de manos de Tina y le entregó la pistola.

—Al parecer, tendré que atar y amordazar al doctor Zachariah, para que escuchemos en paz el relato del doctor Dombey. Si cualquiera de los dos hace el menor movimiento en falso, vuélales la cabeza.

—No te preocupes —contestó Tina—. No titubearé.

—No me va a atar —dijo Zachariah.

Sonriente, Elliot avanzó hacia él con la cuerda.

Un muro de aire helado chocó contra el helicóptero y le hizo descender. Jack

Morgan luchó con el viento, estabilizó el aparato y consiguió elevarlo cuando estaba a sólo pocos metros de altura de las copas de los árboles.

—¡Yupiiii! —exclamó el piloto—. Es como montar a un caballo salvaje.

A través de los brillantes faros que iluminaban desde el helicóptero, había poca cosa que ver que no fuese la nieve que caía.

—Esto es una locura —comentó Hensen—. No estamos volando entre una tormenta ordinaria. Es una auténtica ventisca.

Ignorando a Hensen, Alexander dijo:

—Morgan, maldita sea, sé que puede hacerlo.

—Tal vez —replicó Morgan—. Desearía estar tan seguro como usted. Aunque tal vez pueda. Lo que haré será una aproximación indirecta al rellano, moviéndome al compás del viento en vez de a través de él. Atravesaré este sexto valle y luego daré la vuelta hacia las instalaciones y trataré de evitar algunas de esas corrientes cruzadas. Son mortíferas. De esta manera, tardaremos más; pero, por lo menos, tendremos una oportunidad para luchar.

Una bocanada particularmente fuerte envió nieve contra el parabrisas con tal fuerza que, a Kurt Hensen, le parecieron los perdigones de una escopeta de caza.

Zachariah se encontraba en el suelo, atado y amordazado sin perderles de vista. El odio y la cólera se revelaban ahora a través de sus ojos.

—Primero querrá ver a su hijo, ¿verdad? —preguntó Dombey—. Luego ya les contaré cómo llegó hasta aquí.

—¿Dónde está? —preguntó, temblorosa, Tina.

—En la cámara de aislamiento —replicó Dombey.

Señaló la ventana en una de las paredes de la habitación.

—Vengan.

Se acercó al gran panel de cristal, donde sólo quedaban ya algunas pequeñas porciones de escarcha.

Durante un momento, Tina tuvo miedo de moverse. Le producía pánico ver lo que le habrían hecho a Danny. El pavor tendió sus zarcillos en torno de ella y a Tina le pareció que sus pies habían echado raíces en el suelo.

Elliot le apoyó una mano en los hombros.

—No hagas esperar a Danny. Hace ya mucho tiempo que aguarda. Nos ha estado llamando durante muchísimo tiempo.

Tina dio un paso, luego otro y, antes de que llegara a saberlo, se encontraba ante la ventana, al lado de Dombey.

En el centro de la cámara de aislamiento se alzaba una cama de hospital. Aparecía conectada con un equipo médico electrónico.

Danny estaba en la cama, en posición supina. La mayor parte de él permanecía tapada, pero su cabeza, levantada sobre una almohada, estaba vuelta hacia la ventana. Se quedó mirando a Tina a través de los laterales de la cama.

—Danny —musitó Tina.

Le asaltó el miedo irracional de que, si pronunciaba su nombre en voz alta, el encantamiento se rompería y se desvanecería para siempre.

Su rostro estaba enjuto. Enjuto y cansado. Parecía mayor de sus doce años. En realidad, tenía el aspecto de un viejecito.

Dombey, al notar la conmoción de Tina, se apresuró a decir:

—Está demacrado. Durante las últimas seis o siete semanas no ha sido capaz de mantener en el estómago otra cosa que líquidos. Y tampoco muchos...

Los ojos de Danny eran extraños. Oscuros, como siempre. Grandes y redondos, como siempre. Pero aparecían hundidos, rodeados de una piel oscura y malsana, y en esto no eran como siempre. Pero no fue eso lo que a Tina le parecía tan extraño. No acababa de señalar qué había en ellos que los convertía en tan diferentes de los ojos que siempre había visto. Pero cuando se encontró con la mirada de Danny, un estremecimiento pasó a través de ella y sintió que le retoñaba una enorme piedad hacia él.

El niño parpadeó y, con lo que parecía constituir un gran esfuerzo, a costa de algo

más que un pequeño dolor, retiró un brazo de debajo de los cobertores y lo alargó hacia su madre. Su brazo era todo piel y huesos, una especie de patético bastón. Lo hizo pasar entre dos de los barrotes laterales y abrió su pequeña y débil mano, que buscaba amor y con la que trataba desesperadamente de tocar a Tina.

Con voz temblorosa, Tina le dijo a Dombey:

—Quiero estar con mi niño. Quiero abrazarle.

—Claro que sí —respondió Dombey.

Mientras los tres se dirigían a la puerta de acero de cierre hermético que daba a la habitación que se encontraba detrás de la ventana, Elliot preguntó:

—¿Y por qué se encuentra en una cámara de aislamiento? ¿Está enfermo?

—Ahora no —repuso Dombey, que se detuvo ante la puerta, vuelto hacia ellos, con una evidente turbación ante lo que debía contarles—. Ahora mismo está al borde de la muerte por inanición a causa del tiempo que lleva sin poder retener ninguna comida en el estómago. Pero no es ninguna enfermedad infecciosa. Ha padecido varias infecciones, una y otra vez; pero no en este momento. Tiene una enfermedad única, una enfermedad artificial creada en el laboratorio. Es la única persona que ha sobrevivido a la misma. Posee un anticuerpo natural en la sangre que le ayuda a combatir a ese virus particular, aunque sea de tipo artificial. Eso es lo que fascinó al doctor Tamaguchi. Es el jefe de estas instalaciones. El doctor Tamaguchi nos hizo trabajar muy duro hasta que conseguimos aislar el anticuerpo y representarnos cómo actúa contra la enfermedad. Naturalmente, cuando todo esto acabe, Danny ya no será de valor científico. Y para Tamaguchi eso significa que carece de la menor utilidad. Excepto en la forma más cruda... Tamaguchi decidió hacer pruebas a Danny hasta lograr su destrucción. Durante casi dos meses, han estado reinfectando al chico, una y otra vez, intentando que el virus le destruyera, para descubrir cuántas veces vencía hasta que el virus, finalmente, acabe con él. Verá, no existe una inmunidad permanente contra esta enfermedad. Se parece a las anginas o al resfriado común... o al cáncer..., por que lo puedes coger una y otra vez, si eres lo bastante afortunado —o desgraciado— de vencerlo la primera vez. Hoy, ha conseguido su decimocuarta victoria. Aunque cada vez vence al virus con mayor rapidez. Sin embargo, cada victoria le agota. La enfermedad le está matando, aunque será de manera indirecta. Le está matando al quitarle las fuerzas. Ahora mismo se encuentra limpio, no le han reinfestado. Mañana pretenden clavarle otra aguja emponzoñada.

—Dios mío —exclamó Elliot—. Dios mío...

Atenazada por el horror, Tina se quedó mirando a Dombey.

—Me resisto a creer lo que acabo de oír.

—Pues tome fuerzas —le respondió Dombey sonriente—. Aún no ha escuchado la mitad de toda la historia.

Se apartó de ellos, hizo girar el volante de la puerta de acero y la abrió hacia dentro.

Unos minutos antes, cuando miró por la ventana de observación, cuando vio a

aquel niño tan terriblemente adelgazado, se prometió a sí misma que no lloraría. Danny no necesitaba verla llorar. Necesitaba amor y cuidados, y protección. Sus lágrimas le trastornarían. Y, a juzgar por el aspecto que presentaba, a Tina le preocupaba que cualquier perturbación emocional sería, literalmente, le destruyese.

Ahora, mientras se acercaba a su cama, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que enseguida tuvo un leve sabor a sangre. Luchó por contener las lágrimas, pero necesitó hasta el último vestigio de su fuerza de voluntad para mantener secos sus ojos.

Danny se excitó al verla acercarse y, a pesar de su terrible estado, consiguió colocarse en una posición sedente, aferrándose a los barrotes laterales con una mano, frágil y temblorosa, mientras extendía la otra hacia su madre.

Tina dio los últimos pasos vacilante, mientras sentía como el corazón latía con fuerza en su pecho, con la garganta oprimida, abrumada por una combinación de alegría por verle de nuevo, y de miedo al contemplar cuan horriblemente consumido se encontraba. También ella alargó una mano hacia él, y sus manos se tocaron. Los dedos del niño se curvaron alrededor de los dedos de ella. Los sujetó con una fuerza terrible, desesperada.

—Danny —musitó Tina, como interrogándose—. Danny, Danny...

Desde alguna parte en lo más interior de él, desde más allá del dolor, el miedo y la angustia, Danny encontró una sonrisa que brindar a su madre. No llegó a una auténtica sonrisa, fue más bien un estremecimiento de sus labios, como si la menor brisa pudiese deshacerla. Algo parecido a un intento de sonrisa, como un vago fantasma de todas aquellas cálidas sonrisas que Tina recordaba, y eso le rompió el corazón.

—Mamá —musitó Danny, con una voz desvaída y crujiente, que Tina apenas reconoció.

—Toda va bien —le dijo.

El niño comenzó a temblar.

—Todo ha acabado Danny. Ahora todo irá bien.

—Mamá... Mamaíta...

Su rostro pareció estremecerse; su valiente sonrisa se disolvió y un agonizante gemido se escapó de él.

—Ohhhhhhhhh, mami...

Tina bajó el barrote lateral, se sentó en el borde de la cama y tomó al niño entre sus brazos. Era como una muñeca de trapo con muy pocos trozos de relleno. Una frágil y delicada criatura, que en nada se parecía a aquel niño feliz, vibrante, activo, que había sido en tiempos. Al principio, a Tina le dio miedo abrazarle, miedo a que se le rompiera entre los brazos. Pero el niño respondió con fuerza a su abrazo, y, una vez más, Tina quedó sorprendida por la mucha fuerza que Danny podía reunir aún en su devastado cuerpo. Temblando con violencia, respirando con fuerza, Danny apoyó el rostro contra el cuerpo de su madre y Tina sintió las lágrimas del niño sobre su piel.

No pudo dominarse más, por lo que permitió que las suyas brotasen, ríos de lágrimas, una auténtica inundación. Cuando le puso una mano en la espalda al niño, para oprimirle contra ella, descubrió lo increíblemente delgado que estaba, puesto que cada costilla, cada vértebra, resultaban tan prominentes que casi sintió como si estuviese abrazando un esqueleto, y eso hizo que llorara con más fuerza todavía. Le apretó contra su regazo, y el niño arrastró cables que se unían con unos electrodos sobre su piel hasta las máquinas de cuidados intensivos que rodeaban la cama; parecía una marioneta abandonada. Cuando sus piernas salieron de entre los cobertores, cuando el camisón hospitalario se deslizó de ellas, Tina vio que sus pobres miembros eran todo huesos y piel sin carne. Tina le acunó, le meció, le arrulló, le dijo cuánto le quería. Y siguió llorando.

*Danny estaba vivo.*

La estrategia de Jack Morgan de volar cerca de tierra en vez de muy por encima, resultó un gran éxito. Alexander tuvo cada vez más confianza en que llegarían ilesos a las instalaciones, y hasta se percató de que Kurt Hensen, que aborrecía volar con Morgan, estaba más calmado que diez minutos antes.

El helicóptero se colgó sobre el suelo del valle, y se encaminó hacia el noroeste, a tres metros por encima del río con una capa de hielo, aún forzado a seguir su avance a través de la perturbación de una fuerte tormenta de nieve, pero al abrigo de lo peor de la turbulencia de la tormenta por los muros de gigantescos arbustos siempre verdes que flanqueaban el río. Plateado, casi luminoso, el río resultaba una pista fácil de seguir. De vez en cuando, el viento chocaba contra el aparato, pero el helicóptero se bamboleaba, tintaba como un buen boxeador y ya no parecía correr el peligro de que un puñetazo lo dejase fuera de combate.

—¿Cuánto falta? —preguntó Alexander.

—Diez minutos. Tal vez quince —replicó Morgan—. A menos...

—¿A menos qué...?

—A menos que se deposite hielo en las aspas. A menos que el motor se pare o se hielen las juntas del rotor.

—¿Y eso es probable? —quiso saber Alexander.

—Resulta ciertamente algo en lo que se debe pensar —repuso Morgan—. Y siempre existe la posibilidad de que, en la oscuridad, interprete mal la situación del terreno y nos precipitemos contra el flanco de una colina.

—No lo harás —replicó Alexander—. Eres demasiado bueno.

—Pues siempre existe la posibilidad de que lo fastidie todo —concluyó Morgan—. Eso es lo que impide el aburrimiento en un momento así.

Tina preparó a Danny para salir del laboratorio subterráneo. Empezó por quitarle todos los electrodos fijados a cabeza y cuerpo en ocho lugares diferentes. Cuando le quitó el esparadrapo, el niño se quejó y Tina no pudo menos de hacer una mueca al ver lo irritada que tenía la piel por debajo. No habían hecho el menor esfuerzo por evitarle irritaciones.

Mientras Tina atendía a Danny, Elliot se dedicó a hacer preguntas a Carl Dombey.

—¿A qué se dedica este sitio? ¿A investigación militar?

—Sí —contestó Dombey.

—¿Estrictamente a las armas biológicas?

—Biológicas y químicas. A experimentos de nuevas combinaciones del ADN. En cualquier momento, existen treinta proyectos en marcha.

—Creía que Estados Unidos había abandonado mucho tiempo atrás la carrera de las armas químicas y biológicas.



—En lo que se refiere al conocimiento público, así ha sido —repuso Dombey—. Nixon fue el primer presidente que declaró que Estados Unidos no se dedicaría nunca a alentar esta guerra sucia, y cada jefe del ejecutivo, desde los tiempos de Nixon, ha continuado con estos alegatos. Pero, en realidad, han continuado. Y tiene que ser así. Ésta es la única instalación de esa clase que poseemos. Los rusos disponen de tres como ésta. Son partidarios de la guerra química y biológica. No ven nada inmoral al respecto. Han empleado armas biológicas y químicas en Afganistán, y matado a más de veinte mil personas con lo que solemos llamar «armas no convencionales». Si opinan que poseen algún arma terrible de la que nosotros nada sepamos, algo contra lo que no podríamos contraatacar, lo más probable sería que la empleasen contra nosotros.

Elliot replicó:

—Pero el intentar mantener esa carrera contra los soviéticos nos puede llevar a situaciones como la que tenemos aquí, situaciones en las que se mantiene a un chiquillo inocente bajo tierra y atado a una máquina. Y en este caso, ¿no estamos convirtiéndonos en los mismos monstruos que los líderes soviéticos? ¿No nos lleva el miedo a nuestros enemigos a que nos convirtamos en iguales a ellos? ¿Y no es esto otra manera de perder la guerra?

Dombey asintió. Mientras hablaba, no cesó de alisarse las puntas del mostacho.

—Ésa es la misma pregunta que me he estado haciendo desde que Danny cayó en las garras de todo este asunto. El problema radica en que algunas personas retorcidas se ven atraídas a este tipo de trabajo a causa de que es secreto y porque te infunde una especie de poder al diseñar armas que matan a centenares de miles de personas. Así es como quedan implicadas personas megalomaniacas como Tamaguchi. Hombres como Aaron Zachariah. Abusan de su poder, pervierten sus deberes. No es posible desenmascararles antes de tiempo. Pero si cerramos estas instalaciones, si dejamos de hacer este tipo de investigaciones, sólo porque temamos que hombres como Tamaguchi se hagan cargo de las mismas, estamos también concediendo mucha ventaja a nuestros enemigos y, tal vez, tampoco podamos sobrevivir durante demasiado tiempo. Supongo que tendremos que aceptar el tener que vivir con el menor de los males posibles.

Tina quitó el electrodo del cuello de Danny, arrancando con cuidado el esparadrapo de la piel.

El niño seguía aún abrazado a ella, pero sus hundidos ojos estaban fijos en Dombey.

—No estoy interesada en la filosofía o en la moralidad de la guerra biológica —intervino Tina—. No en este momento. Ahora mismo, lo que deseo saber es cómo demonios llegó Danny a este lugar.

—Para comprender eso —contestó Dombey— deberé retroceder veinte meses en el tiempo. Por entonces, un científico ruso llamado Iliá Papáropov desertó a Estados Unidos, y trajo consigo un expediente en microfilme de la más importante y peligrosa

nueva arma biológica soviética de la última década. Los rusos la denominaban «Gorki-400», porque la habían desarrollado en sus laboratorios de investigación del ADN, situados en las afueras de Gorki, y se trataba, además, de la cepa viable que hacía la número cuatrocientos de los organismos artificiales creados en dicho centro de investigaciones.

»“Gorki-400” es un arma perfecta. Afecta sólo a los seres humanos. Ninguna otra criatura viviente puede transportarla. Y, al igual que la sífilis, “Gorki-400” no puede sobrevivir fuera de un cuerpo humano vivo más allá de un minuto, lo cual significa que no puede contaminar de manera permanente objetos o lugares completos, como sucede con el ántrax u otras bacterias virulentas. Y cuando el huésped muere, el “Gorki-400” perece con él escaso tiempo después, en cuanto la temperatura del cadáver desciende por debajo de los treinta grados. ¿Comprende las ventajas de todo esto?

Tina estaba demasiado atareada con Danny para pensar, en realidad, en lo que Carl Dombey acababa de decir, pero Elliot sabía a qué se refería el científico.

—Si le he comprendido bien, los rusos podrían utilizar el «Gorki-400» para borrar una ciudad, un país, y, después, no deberían llevar a cabo una costosa y larga descontaminación antes de avanzar y hacerse cargo del territorio conquistado.

—Eso es —repuso Dombey—. Y el «Gorki-400» tiene otras ventajas igualmente importantes sobre la mayoría de los agentes biológicos. Por una parte, uno se convierte en portador infeccioso sólo cuatro horas después de haber entrado en contacto con el virus. Y ése es un extraordinariamente breve período de gestación. Una vez infectado, ya no se vive más allá de veinticuatro horas. La mayoría muere en sólo doce horas. El índice de letalidad del «Gorki-400» es del ciento por ciento. Nadie puede sobrevivir. Los rusos hicieron pruebas Dios sabe con cuántos presos políticos. Jamás pudieron encontrar un anticuerpo o un antibiótico que fuese efectivo contra el «Gorki-400». El virus emigra al bulbo raquídeo, y desde allí comienza a segregar una toxina que, literalmente, se come todo el tejido cerebral, del mismo modo que el ácido de una batería disuelve la estopilla. Y así destruye la parte del cerebro que controla todas las funciones autónomas del cuerpo. La víctima, simplemente, deja de tener pulso, los órganos no le funcionan o ya no hay impulso respiratorio.

—Y ésa es la enfermedad a la que Danny ha sobrevivido —concluyó Elliot.

—Sí —contestó Dombey—. Por lo que yo sé, es la única persona que ha conseguido algo así.

Tina había quitado la manta de la cama, la dobló por la mitad y cubrió a Danny con ella para el viaje en el *jeep*. Entonces alzó la mirada después de haber preparado al chico y le dijo a Dombey:

—¿Pero, ante todo, porqué le infectaron?

—Fue un accidente —explicó Dombey.

—Eso es algo que ya he oído antes.

—Pero esta vez es verdad —insistió Dombey—. Después de la deserción de Iliá Papáropov con sus datos del «Gorki-400», lo trajeron aquí, y de inmediato comenzaron a trabajar con él, intentando la ingeniería genética necesaria para conseguir la duplicación del virus ruso, cosa que conseguimos en un tiempo relativamente breve. Luego empezamos a estudiar la cepa, e intentamos manejarla de la misma forma que los soviéticos habían llevado a cabo.

—Y alguien tuvo un descuido —le interrumpió Elliot.

—Sí —contestó Dombey—. Y lo que es peor. Alguien fue descuidado y *estúpido*. Hace unos trece meses, cuando Danny y los otros muchachos realizaban su excursión de supervivencia invernal, uno de nuestros científicos, un tipo llamado Larry Bollinger, se contaminó a sí mismo de forma accidental mientras trabajaba solo en este mismo laboratorio.

La mano de Danny apretó la de Christina y ésta le acarició la cabeza, tranquilizándole; luego, se dirigió a Dombey:

—Pero tendrían medidas de seguridad, procedimientos que hay que seguir cuando...

—Por supuesto —repuso Dombey—. Te adiestran en todo esto desde el primer día que comienzas a trabajar aquí. En el caso de una contaminación accidental, de inmediato debes dar la alarma. A continuación, sellas la estancia en que trabajas, y si al lado existe una cámara de aislamiento, se espera que entres en ella y cierres la puerta. Entonces se presenta un equipo de descontaminación para limpiar el problema que hayas dejado en el laboratorio. «Si te has infectado a ti mismo, te tratarán. Y si no es curable..., te atenderán en aislamiento hasta que mueras». Ésta es una de las razones de que tu paga sea tan elevada. Tenemos una gran prima por riesgos... Y el riesgo es precisamente una parte de tu trabajo.

—Excepto que ese tal Larry Bollinger no lo consideró de esa forma —contestó con amargura Tina.

Tenía problemas para arropar a Danny de una forma segura con la manta, porque él intentaba separarse de ella. Con sonrisas, murmurándole palabras tranquilizadoras y besándole en sus dos frágiles manos, al fin logró persuadirle para que soltara los brazos con que se aferraba a su cuerpo.

—Bollinger perdió la cabeza. Se volvió loco —respondió Dombey, pareciendo un tanto incómodo ante el hecho de que uno de sus colegas hubiese perdido el dominio de sí mismo en aquellas circunstancias.

Dombey comenzó a pasear mientras hablaba.

—Bollinger sabía con cuánta rapidez actuaba el «Gorki-400» con sus víctimas, y el pánico le dominó. Al parecer, trató de convencerse de que podría escapar a la infección. Dios sabe qué trataría de hacer. No dio la alarma. Se limitó a salir del laboratorio, se dirigió a su cuarto, donde se puso ropas de abrigo y abandonó el complejo. No tenía permiso de salida y, ante las prisas del momento, no pensó en ninguna excusa para utilizar uno de los *jeeps*, por lo que escapó a pie. Les dijo a los

vigilantes que iba a caminar con raquetas un par de horas por los terrenos nevados. Eso es algo que muchos de nosotros hacemos durante el invierno. Constituye un buen ejercicio, y te saca durante un rato de este agujero subterráneo. Se puso las raquetas debajo del brazo y se dirigió a la carretera de montaña, la misma por la que me imagino que ustedes han venido. Antes de llegar a la caseta del vigilante, trepó por una de las crestas y, finalmente empleó las raquetas de nieve para rodear el lugar donde el vigilante se encontraba, regresó, a continuación, a la carretera, y se deshizo de las raquetas. Los del servicio de seguridad las encontraron más tarde. Probablemente, Bollinger llegó a la última puerta de abajo dos horas y media después de que atravesara la puerta de aquí y tres horas después de haberse infectado. Fue en ese momento cuando otro investigador entró en este laboratorio y vio los cultivos del «Gorki-400» rotos por el suelo, tras lo cual dio la alarma. Mientras tanto, a pesar del alambre espinoso, Bollinger logró trepar por la cerca. Luego, siguió su camino por la carretera que emplean los funcionarios del centro de investigaciones de la vida salvaje. Empezaba a salir del bosque hacia el sendero del condado, que se encuentra a unos ocho kilómetros del desvío a los laboratorios, y al cabo de sólo cinco kilómetros...

—Se encontró con Mr. Jaborski y sus excursionistas —le interrumpió Elliot.

—Y entonces ya podía transmitirles la enfermedad —medió Tina, que acomodaba a Danny en la manta.

—Sí —respondió Dombey—. Debió tropezarse con los excursionistas cinco o cinco horas y media después de haberse infectado. Para entonces, ya estaba agotado. Había empleado la mayor parte de sus reservas físicas para salir de la reserva de los laboratorios, y también comenzaba a experimentar alguno de los primeros síntomas del «Gorki-400». Mareos. Fuertes náuseas. El jefe de los *boyscouts* había dejado el minibús de la expedición en un área de estacionamiento, a unos dos kilómetros en el interior de los bosques. Él y su ayudante, así como sus muchachos, habían caminado otro kilómetro cuando se encontraron con Larry Bollinger. Estaban a punto de abandonar la carretera e internarse entre los árboles, para apartarse de cualquier señal de civilización y alzar su campamento para su primera noche en el páramo. Cuando Bollinger descubrió que tenían un vehículo, trató de persuadirles para que le llevaran a Reno. Al mostrarse ellos reacios a hacerlo, les contó una historia acerca de un amigo que se había quedado en las montañas con una pierna rota. Jaborski no creyó ni por un momento en la historia de Bollinger, pero, finalmente, se ofreció a llevarle hasta el centro de protección de vida salvaje donde podría montarse una expedición de rescate. Pero aquello no resultó lo bastante bueno para Bollinger, y se puso histérico. Tanto Jaborski como el otro dirigente de los excursionistas se percataron de que estaban tratando con un tipo peligroso. En ese momento fue cuando el equipo de seguridad llegó. Bollinger trató de escaparse. Después, intentó romper uno de los trajes de descontaminación de los vigilantes. De manera que se vieron forzados a abatirle a tiros.

—Los hombres del espacio —dijo entonces Danny.

Todos le miraron en silencio.

Se arrebujó en su manta amarilla encima de la cama y el recuerdo de todo aquello le hizo estremecer.

—Los hombres espaciales vinieron y nos llevaron.

—Sí —convino Dombey—. Probablemente tenían algo del aspecto de hombres del espacio con sus trajes de descontaminación. Les trajeron a todos aquí y les pusieron en cuarentena. Un día después, todos habían muerto, menos Danny.

Dombey suspiró.

—Y... creo que ya conocen el resto de la historia...

El helicóptero seguía el curso del río helado hacia el norte, a través del valle.

La fantasmal y leve luminosidad del paisaje invernal le hizo pensar a George Alexander en cementerios. Le gustaba dar largos paseos en sus momentos de ocio entre las tumbas. Durante tanto tiempo como podía recordar, la muerte le había fascinado, con toda la mecánica que conllevaba, y siempre anhelaba llegar a saber cómo serían las cosas al otro lado, aunque, como era natural, sin tener el menor deseo de comprometerse en un viaje allí sólo de ida. No quería morir; sólo deseaba *saber*. Cada vez que mataba a alguien personalmente, sentía haber establecido otro lazo con el mundo que estaba más allá de éste; y confiaba, una vez hubiese efectuado algunos de estos vínculos, que se vería recompensado con una visión del otro lado. Tal vez un día podría hallarse en un cementerio, ante la tumba de una de sus víctimas, y la persona matada por él tal vez le llevase al Más Allá y le permitiera divisar, de una forma vivida y clarividente, cómo era exactamente la muerte. Y así alcanzaría el conocimiento.

—Ya no falta mucho —comentó Morgan.

Alexander avizoró con ansia a través de la sábana de nieve que caía y en la que el helicóptero se movía como un hombre ciego que corriese sin aliento en una oscuridad infinita. Se tocó el arma que había traído y metida en una pistolera de hombreras y pensó en Christina Evans.

Alexander dijo luego a Kurt Hensen:

—Mata a Stryker en cuanto le veas. No le necesitamos para nada. Pero no toques a la mujer. Deseo interrogarla. Tiene que decirme quién es el traidor. Me contará quién la ha ayudado a dar con los laboratorios, aunque tenga que quebrarle los dedos uno a uno para obligarla a hablar.

En la cámara de aislamiento, cuanto Dombey acabó de hablar, Tina prosiguió:

—Danny presenta un aspecto horrible. Aunque ya no tenga esa enfermedad, ¿estará en condiciones de viajar?

—Creo que sí —replicó Dombey—. Lo único que necesita es engordar. No puede retener nada en el estómago porque hace muy poco que le han estado reinfectando, probándole hasta la destrucción. Aunque una vez salga de aquí, enseguida empezará a ganar peso. Pero hay una cosa...

Tina se envaró ante la nota de preocupación que se percibía en la voz de Dombey.

—¿Qué? ¿De qué se trata?

—Después de todas esas reinfecciones, se le ha desarrollado una protuberancia en el lóbulo parietal del cerebro.

Tina se sintió mal.

—No...

—Pero, al parecer, no es nada que amenace su vida —se apresuró a contestar Dombey—. Por cuanto puedo determinar, no se trata de un tumor. No es un tumor ni benigno ni maligno. Por lo menos, a través de las pruebas efectuadas, no hemos encontrado las características de un tumor. Pero tampoco se trata de tejido cicatricial. Y no es un coágulo sanguíneo.

—¿Entonces, qué es en realidad? —inquirió Elliot.

Dombey se pasó una mano por su recio y rizado cabello.

—El ordenador dice que el nuevo crecimiento tiene la misma consistencia que la estructura normal del tejido cerebral. Y eso carece de sentido. Pero hemos comprobado nuestros datos centenares de veces, y no podemos encontrar nada equivocado respecto de ese diagnóstico. Excepto que resulta imposible. Lo que podemos ver a través de los rayos X se escapa de nuestra experiencia. Por lo tanto, cuando lo saque de aquí, llévele a un especialista del cerebro. A una docena de especialistas, hasta que alguno de ellos pueda decirle qué anda mal en él. La protuberancia parietal no es algo que amenace la vida, pero deberá conseguir que le observen bien.

Tina miró a Elliot y supo que por la mente de su amante rondaba el mismo pensamiento: ¿Tendría esa protuberancia en el cerebro de Danny algo que ver con los poderes psíquicos del muchacho? Sus habilidades psíquicas latentes, ¿habrían salido a la superficie como un resultado directo del virus artificial con que le habían infectado de una manera tan repetida? Eso no parecía más improbable que el hecho de que, en primer lugar, hubiese caído víctima del «Proyecto Pandora». Y, por lo que Tina llegaba a entender, era la única cosa que explicaba los fenomenales nuevos poderes de Danny.

Elliot, que al parecer tenía miedo de que Tina expresase en palabras sus pensamientos y pusiese en guardia a Dombey de la increíble verdad de la situación, miró su reloj de pulsera.

—Debemos salir de aquí —dijo.

—Cuando se vayan —les pidió Dombey—, deberían llevarse algunos expedientes del caso Danny. Están en la mesa más cercana a la puerta exterior. Servirán de apoyo a su relato cuando acudan a la Prensa con él. Y, por el amor de Dios, hagan llegar

todo esto a los periódicos en el menor plazo posible. Mientras continúen siendo las únicas personas de fuera de aquí que sepan lo sucedido, serán personas marcadas.

—Ya somos penosamente conscientes de ello —respondió Elliot.

Entonces Tina intervino:

—Elliot, tendrás que llevar a Danny. No puede andar. Y es demasiado pesado para mí; con lo depauperado que se encuentra, aún es una carga para mí.

Elliot le entregó la pistola y avanzó hacia la cama.

—¿Me podrían hacer primero un favor? —les dijo Dombey.

—¿De qué se trata?

—Trasladen al doctor Zachariah aquí, y quítenle la mordaza de la boca. Entonces me atan y amordazan a mí y me dejan en la habitación exterior. Les haré creer que fue él quien cooperó con ustedes. En realidad, cuando cuenten todo esto a la Prensa, tal vez tengan que suministrar la misma versión.

Tina meneó la cabeza, intrigada.

—Después de todo lo que dijo a Zachariah acerca de que este lugar era dirigido por megalomaniacos, y después de que dejara en claro que no estaba de acuerdo con todo lo que ocurría aquí, ¿cómo desea quedarse?

—La vida de ermitaño va con mi carácter y la paga es buena —explicó Dombey—. Y si salgo de aquí, y si consigo un empleo en un centro civil de investigaciones, en este lugar habrá personas con opiniones menos racionales. Aquí hay un montón de gente con algún sentido de responsabilidad social acerca de su trabajo. Y si todos se van, dejarán este sitio en manos de personas como Tamaguchi y Zachariah, y no habrá nadie que pueda equilibrar las cosas. ¿Y qué clase de investigaciones creen que llevarán a cabo entonces?

—Pero una vez llegue nuestro relato de los hechos a la Prensa —repuso Tina—, lo más probable es que cierren este lugar.

—De ninguna manera —contestó Dombey—. En realidad, el trabajo debe hacerse. El equilibrio de poder con la Unión Soviética ha de mantenerse. Tal vez pretendan cerrarlo, pero no lo harán. Despedirán a Tamaguchi y a alguno de sus colaboradores más cercanos. Se producirá el gran follón, y eso será bueno. Si conseguimos hacerles creer que Zachariah fue uno de los que filtraron los secretos, si protejo mi posición aquí, es probable que me asciendan a un cargo de mayor influencia. —Sonrió—. Y, por lo menos, me aumentarán el sueldo...

—Muy bien —contestó Elliot—. Haremos lo que desea. Pero hemos de llevarlo a cabo lo más deprisa posible.

Trasladaron a Zachariah a la cámara de aislamiento y le quitaron la mordaza. Forcejeó con sus cuerdas e insultó a Elliot. Luego, hizo lo mismo con Tina, Danny y Dombey. Cuando sacaron a Danny de la estancia pequeña oyeron a Zachariah que lanzaba invectivas a través de la hermética puerta de acero.

Mientras Elliot empleaba el resto de la cuerda para atar a Dombey, el científico dijo:

—Ahora, ustedes tendrían que satisfacer mi curiosidad.

—¿Acerca de qué?

—¿Quién les dijo que su hijo estaba aquí? ¿Quién les ayudó a llegar hasta los laboratorios?

Tina parpadeó. No sabía qué contestar.

—Vale, vale —dijo Dombey—. Comprendo que no quieran que se sepa de quién se trata. Pero sí podrían decirme una cosa. ¿Se trata de alguien del servicio de seguridad o bien del personal médico? Me gustaría pensar que ha sido un médico, alguien como yo, el que, finalmente, hizo lo que debía hacerse.

Tina miró a Elliot.

Elliot movió la cabeza: *no*.

Tina se mostró de acuerdo respecto de que no sería prudente permitir que nadie supiera los poderes adquiridos por Danny. El mundo le consideraría un monstruo de circo, y todos desearían hacerse con él y convertirle en un espectáculo. Y, desde luego, si alguno de los miembros de aquella instalación tenían la idea de que los nuevos poderes psíquicos de Danny eran debidos a la protuberancia en el parietal, a causa de sus repetidas exposiciones al «Gorki-400», desearían hacerle pruebas, sondearle y analizarle por los cuatro costados. No, Tina no deseaba contarle a nadie lo que Danny era capaz de hacer. Aún no. No hasta que ella y Elliot imaginasen los efectos que aquella revelación tendría en la vida del muchacho.

—Fue alguien del personal médico —replicó Elliot—. Ha sido un médico el que nos ha hecho llegar hasta aquí.

—Estupendo —contestó Dombey—. Me alegra oírlo. Me gustaría haber tenido la suficiente valentía para haber hecho una cosa así hace ya mucho tiempo.

Elliot introdujo un pañuelo doblado en la boca de Dombey.

Tina abrió la puerta sellada exterior.

Elliot cogió a Danny en brazos.

—Hay que ver lo poco que pesas, muchachito. Tendremos que llevarte enseguida a «MacDonald's» y pedirte un montón de hamburguesas y patatas fritas.

Danny le sonrió.

Sujetando la pistola, Tina abrió la marcha hacia el vestíbulo. En la estancia cercana a los ascensores, la gente aún hablaba y reía, pero no había nadie en el corredor.

Danny abrió el ascensor de alta seguridad e hizo que se pusiera en funcionamiento en cuanto hubieron entrado en él. Tenía la frente llena de arrugas, como si estuviera concentrándose, pero aquélla constituyó la única señal de que había tenido algo que ver con el movimiento del ascensor.

En el piso de arriba, los vestíbulos estaban asimismo desiertos.

En la sala del personal de seguridad, el vigilante seguía aún amordazado y atado a su silla. Los miró con expresión de cólera y miedo.

Tina, Elliot y Danny atravesaron el vestíbulo y salieron al frío de la noche. La



nieve les azotó.

Otro sonido, además del aullido del viento, llegó a sus oídos, y Tina necesitó escasos segundos para identificarlo.

¡Un helicóptero!

Alzó la vista y vio cómo cruzaba por encima de la elevación del extremo occidental de la meseta.

—¡Al *jeep*! —gritó Elliot—. ¡Apresúrate!

Corrieron hacia el vehículo todo terreno, Tina cogió a Danny de los brazos de Elliot, lo deslizó en el asiento trasero y entró detrás de él.

Elliot se puso al volante y empezó a trastear con las llaves. El motor no se puso en marcha enseguida.

El helicóptero se abatió hacia ellos.

—¿Quién está en el helicóptero? —preguntó Danny, contemplándolo a través de la ventanilla lateral del *jeep*.

—No lo sé —respondió Tina—. Pero no son personas buenas, mi niño. Son como el monstruo del libro de cómics. Aquél del que me enviaste imágenes en mi sueño. No nos permitirán salir de aquí.

Danny se quedó mirando el helicóptero que se acercaba a ellos, y las frunces aparecieron en su frente de nuevo. De repente, el motor del *jeep* arrancó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Elliot.

Pero las arrugas no desaparecieron de la frente de Danny. Tina se percató de lo que el niño estaba a punto de hacer y le dijo:

—¡Danny, espera un momento!

Inclinándose para ver el *jeep* a través de la ventanilla de plástico del helicóptero, George Alexander ordenó:

—Ponte recto delante de ellos, Jack.

—Lo intentaré —respondió Morgan. Luego, Alexander se dirigió a Hensen, que ya tenía la metralleta preparada.

—Como ya te dije, elimina en el acto a Stryker, pero no a la mujer.

De repente, el helicóptero se elevó. Había estado a sólo tres o cinco metros por encima del suelo, pero subió con rapidez hasta quince, veinte, treinta metros.

Alexander gritó:

—¿Qué sucede?

—La palanca —dijo Morgan.

Se percibía un indicio de miedo en su voz como no le había sucedido en ningún momento de su atroz viaje y de pesadilla a través de las montañas.

—No puedo controlarla. Se ha helado.

Treinta y cinco. Cuarenta metros. Continuaron ascendiendo en línea recta en medio de la noche.

Luego el motor se paró.

—¿Qué demonios ocurre? —aulló Morgan.

Hensen empezó a gritar.

Alexander percibió que la muerte se precipitaba hacia él, y supo que su curiosidad acerca de cómo eran las cosas del Más Allá se vería muy pronto satisfecha.

Mientras salían en el *jeep* de la meseta, rodeando los humeantes restos del helicóptero, Danny dijo:

—Eran personas malas. Todo va bien, mamaíta. Eran unos malos auténticos.

*Hay un tiempo para todo* —se recordó Tina a sí misma—. *Un tiempo para matar, un tiempo para sanar.*

Mantuvo a Danny muy cerca de ella, y se quedó mirando en sus oscuros ojos, y no pudo consolarse con aquellas palabras de la *Biblia*, por lo menos no en la extensión en que había sido capaz de consolar a Elliot con ellas.

En los ojos de Danny había demasiado dolor, demasiado conocimiento acerca de las cosas. Pensó en el futuro. Se preguntó qué les depararía a todos ellos.

## **Nota**

<sup>[1]</sup> *Sneaky*: furtivo, sigiloso. (*N. del t.*) <<

[2] En varios fragmentos de conversación de este capítulo ha usado la expresión «comer el cuervo», que resulta intraducible conservando su doble sentido. En realidad equivalen a reconocer un error. (*N. del t.*) <<